

HQN™

Autora best seller No. 1 de The New York Times

SHERRYL WOODS

Con vistas al mar



SHERRYL
WOODS

Con vistas al mar

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Sherryl Woods
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Con vistas al mar, n.º 203 - enero 2020
Título original: Seaview Inn
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarlequinBooks S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-132-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Queridos amigos:

Cuando se publicó por primera vez *Con vistas al mar*, en 2008, una de mis amigas de toda la vida estaba luchando contra una recaída de un cáncer de pecho. Patti, como muchas otras mujeres valientes, perdió esa batalla. Sus últimos meses fueron una mezcla de coraje, dignidad, tratamientos rigurosos y empeño por vivir para ver crecer a su nieto pequeño.

Por desgracia, eso no pudo ser, pero siempre estuvo dispuesta a ganar una semana más, o un día, o una hora, para poder estar con sus hijas y su nieto, y fue un gran ejemplo para todos los que la queríamos.

Creo que eso debe de ser igual para todas las familias de las mujeres que han tenido que luchar contra esta terrible enfermedad. Los demás solo podemos ofrecer apoyo, plegarias y nuestra fuerza en esos días en los que la debilidad triunfa sobre la voluntad de vivir.

Gracias a la detección precoz y los tratamientos, que cada vez son mejores, hay más y más mujeres que superan el cáncer de mama hoy día, pero incluso las personas más fuertes tienen sus momentos de duda. La historia de Hannah es para ellas; es un recordatorio de que siempre hay esperanza, de que hay familia y amigos en los que apoyarse, y de que hay nuevas curas a la vuelta de la esquina.

A todas aquellas que estáis luchando os deseo fuerza, esperanza y muchos años de buena salud.

Con afecto,
Sherryl

Capítulo 1

Hannah Matthews estaba orgullosa de ser una persona sensata y responsable. Era madre divorciada y ejecutiva de relaciones públicas que dirigía las cuentas de varios clientes muy exigentes y, a la vez, fascinantes. Era la persona a la que acudir en un momento de crisis. Decía que no era en absoluto supersticiosa, pero estaba empezando a preguntarse si aquel dicho de que «Las desgracias nunca vienen solas» era cierto. Claramente, en aquel momento se sentía superada.

Hacía tres meses que había terminado el tratamiento de quimioterapia por un cáncer de pecho, y menos de un mes desde que su madre había muerto por la misma enfermedad. Y allí estaba ella, de vuelta en un pueblo del que había huido años atrás, delante de un establecimiento de hostelería que, antiguamente, era su hogar. Un hogar que detestaba. Y lo peor de todo era que tenía que convencer a su obstinada abuela de ochenta y cinco años de que vendiera la posada, Seaview Inn, y se mudara a vivir a una residencia con atención médica y otros servicios. La vida no podía ser más estresante.

-Hannah, ¿qué haces ahí, pasmada? -le preguntó su abuela, desde el otro lado de la pantalla de la puerta, en un tono tan quejoso y exigente como el que ella recordaba de su última visita-. Con este calor, dejar la puerta abierta es malgastar el aire acondicionado. Y ¿por qué no has llegado esta mañana? Me dijiste que vendrías por la mañana. He estado esperándote en el porche hasta que he tenido que meterme en casa por el calor.

Hannah contuvo un suspiro, tomó la maleta y tiró de ella.

-Me han retrasado el vuelo, abuela. ¿No te acuerdas de que te llamé desde el aeropuerto de Nueva York para decírtelo?

Los ojos castaños de su abuela se llenaron de confusión. Aquello era otro cambio con respecto a su astuto comportamiento de siempre.

-¿Seguro?

-Sí, seguro, abuela, pero no importa. Ya estoy aquí.

-Y ya era hora -respondió su abuela con un suave resoplido.

Hannah le pasó un brazo por los frágiles hombros y le dio un beso en la mejilla.

-Estás estupenda, abuela. ¿Te encuentras bien?

En realidad, parecía que una ráfaga de viento fuerte podría llevársela. Había adelgazado, y no podía permitirse seguir perdiendo peso. Tenía la cara demacrada, llena de las arrugas y de las marcas que le habían dejado sus ochenta y cinco años de vida, y perder a su única hija le había pasado una terrible factura. Sus amigas habían llamado a Hannah para decirle que Jenny apenas salía de casa desde el funeral. Ya no iba a las reuniones del grupo de confección de colchas ni a la misa de los domingos. Todos estaban preocupados por ella.

-En mi opinión, se va a dejar morir de pena -le dijo Rachel Morrison por teléfono.

Hannah había notado el tono de crítica de Rachel, como si le estuviera diciendo que

había sido una irresponsable por marcharse corriendo después del entierro de su madre y dejar a su abuela sola con su dolor en Seaview Inn.

Aunque su familia sí conocía la situación por la que estaba atravesando, ella no había querido hablarle de su propio cáncer a ninguno de aquellos vecinos bienintencionados. Por eso, no había podido defenderse ni justificar sus actos. ¿Cómo iba a decirles que ver el rápido empeoramiento y la dolorosa muerte de su madre en medio de su propio tratamiento le había causado terror? Había tenido que salir rápidamente de Seaview y alejarse de los recuerdos. Creía que un requisito indispensable para curarse de un cáncer era mantener una actitud positiva, pero eso era casi imposible después de ver que su madre moría de una recaída poco menos de dos años después de que le dieran el primer diagnóstico.

Así pues, en vez de dar explicaciones, y con un gran sentimiento de culpabilidad, había tomado dos semanas de vacaciones que tenía acumuladas y varios días por enfermedad para volver al pueblo. Aquellas dos semanas eran lo que le quedaba después del tiempo que había tomado para recuperarse de la mastectomía y para recibir el tratamiento de quimioterapia. Su jefe había permitido, de mala gana, que se marchara, pero le había dejado bien claro que no estaba nada contento con el momento elegido.

En menos de veinticuatro horas, había vuelto a Florida, había alquilado un coche y había tomado un ferry para ir a Seaview Key, una pequeña isla de menos de mil habitantes que estaba junto a la costa oeste de Florida. Una vez allí, se había encontrado con los atascos de tráfico que provocaban los turistas de invierno. Todo aquello, en su actual estado, le había resultado estresante, por decirlo de un modo suave.

Y lo peor de todo era que solo tenía catorce días para convencer a su abuela de que vendiera la posada, que también había sido el hogar familiar durante mucho tiempo, y se fuera a vivir a una residencia de ancianos donde iba a ser muy bien cuidada. Como los padres de la abuela Jenny habían levantado Seaview Inn cuando en la isla solo había un pueblecito de pescadores al que había que llegar en barca de remos, Hannah tenía el presentimiento de que iba a ser una tarea muy difícil. Algunas veces, su abuela tenía un sentimentalismo que superaba al sentido común.

-Sé que solo son las cuatro, pero vamos a comer ya -dijo su abuela-. No he almorzado y tengo hambre. Ya desharás después la maleta -añadió, mirando el escaso equipaje de Hannah-. No has traído muchas cosas, ¿no? ¿Es que has pedido que te envíen el resto?

Hannah la miró con desconcierto.

-¿Por qué iba a hacer eso?

-Pues porque te vienes a vivir a casa, lógicamente -dijo su abuela Jenny, dándolo por sentado-. Le he dicho a todo el pueblo que la posada abrirá otra vez dentro de una o dos semanas. Mientras tu madre estaba enferma, tuvimos que desatender unas cuantas cosas, pero ahora que estamos tú y yo, lo tendremos todo preparado enseguida, ¿no crees? Todavía quedan un par de meses de temporada de invierno, y en primavera habrá algo de movimiento. Y, aunque algunos de nuestros clientes de siempre tuvieron que hacer otros planes, estoy segura de que volverán el año que viene.

Su abuela había asumido tantas cosas que no eran ciertas, que Hannah no sabía por

dónde empezar. De todos modos, no importaba, porque Jenny no esperó su respuesta. Ya iba hacia la cocina a un ritmo que no se correspondía con la previsión de su muerte inminente. De hecho, Hannah pensó que su abuela la iba a sobrevivir, y lo iba a hacer con gusto.

Durante toda aquella comida tardía, a base de pescado a la plancha, ensalada de tomate y fresas del mercado del pueblo, la abuela Jenny siguió bombardeando a Hannah con los planes que había hecho para volver a abrir Seaview Inn tan rápidamente como fuera posible. Seguía igual de aguda y de decidida que siempre.

-Te servirá de mucho toda tu experiencia en el campo de las relaciones públicas -le dijo a Hannah-. Pon anuncios en medios de comunicación del Norte. Muchos de nuestros clientes de Ohio y Michigan tienen que enterarse de que volvemos a estar abiertos. Incluso podrías hacer algo por internet. Tengo entendido que hoy día es el mejor modo de anunciarse. O podríamos enviar postales. Tengo la dirección de la mayoría de los clientes que se han hospedado aquí estos últimos años. En realidad, tengo la dirección de los clientes que han estado viniendo desde siempre, pero, claro, esos ya se habrán muerto, ¿no crees?

Hannah dejó el tenedor en el plato e intentó dar con las palabras más adecuadas para explicarle a su abuela que, en vez de gastar el dinero y el tiempo en anuncios, tenían que encontrar un buen agente inmobiliario. Entonces, se le ocurrió que deberían hacer algunas pequeñas reformas para aumentar el interés de la casa y poder venderla con más rapidez. Tal vez no tuviera que hablarle de la venta en aquel preciso instante. Podría empezar aquella batalla otro día, cuando no estuviera tan agotada.

-Lo pensaré -dijo por fin-. Mañana por la mañana, a primera hora, podemos echar un vistazo y ver lo que hay que hacer, ¿de acuerdo?

-¿Y para qué vamos a esperar? -preguntó su abuela, y se puso en pie de un salto, con los ojos brillantes de entusiasmo-. Aunque estemos a finales de enero, todavía nos queda una hora de luz hasta que atardezca. Vamos a revisar primero la parte de fuera. He estado pensando que le vendría bien una mano de pintura de algún color alegre y brillante, a lo mejor un turquesa, con las molduras en blanco.

Hannah se estremeció al imaginarse el resultado de aquella combinación, que despojaría a la posada de la poca clase que tenía.

-Bueno, vamos -dijo su abuela-. Que se va la luz.

Hannah la siguió con un suspiro.

Con los años, la posada había ido formándose desde la vivienda privada original, una casa de playa de dos pisos construida en los años treinta. Debido al tamaño de la casa y al gusto de sus bisabuelos por conocer gente, habían abierto las habitaciones libres para huéspedes de pago. Aquella primera temporada habían tenido tanto éxito, que la habían bautizado oficialmente Seaview Inn y habían ido ampliándola con los años, añadiendo un ala a principios de los cuarenta y otra en los cincuenta. Funcionaban a la manera de los bed-and-breakfast que se habían popularizado más tarde.

Por desgracia, no habían prestado atención a la arquitectura a la hora de hacer las ampliaciones. Las partes nuevas sobresalían del edificio al azar, una a cada lado, construidas en ángulo para que las habitaciones de la derecha y el gran comedor de la

izquierda, con sus altas ventanas y su colección heterogénea de mesas y sillas antiguas, tuvieran vistas a la playa que había al otro lado de la carretera, al igual que la vivienda que la familia ocupaba en el segundo piso. Hannah pensaba, con desaprobación, que parecía un cruce entre una casa medio decente y un motel de mala muerte. Haría falta algo más que una mano de pintura, fuera del color que fuera, para arreglar aquel desaguisado.

Su parte favorita era el porche, que recorría la fachada de la casa original, y en el que había una fila de mecedoras blancas y una colección de sillas de mimbre antiguas con cojines desvaídos. Los años anteriores había una cesta colgante llena de flores, pero, aquel año, ni su madre ni su abuela habían tenido el tiempo ni la energía para dedicarse a esos detalles.

De niña, ella organizaba meriendas y tés con sus muñecas en aquel porche. Algunas veces, su madre y su abuela la acompañaban. Esas tardes eran las mejores. Después, en la adolescencia, aquel porche había sido un lugar para compartir sueños y planes con sus amigas, tomando un refresco y un aperitivo. Y su primer beso había tenido lugar allí, en las sombras del porche de su casa.

En aquel momento, bañada por la luz de un atardecer espectacular, la posada no tenía tan mal aspecto como le había parecido a primera vista. Casi podía ver su particular encanto y entender por qué su abuela quería mantenerla abierta y que siguiera siendo de la familia. El problema era que la abuela Jenny no podía hacerlo sola, y en la familia no había nadie que pudiera ayudarla. Hannah no quería marcharse de Nueva York, sobre todo, porque su equipo médico estaba allí, por no mencionar que tenía una profesión que adoraba. Su hija de veintiún años, Kelsey, terminaría en California, seguramente, cuando terminara sus estudios en la Universidad de Stanford. ¿Para qué iba a quedarse ahora con la posada si, al cabo de unos años, tendría que vendérsela a unos desconocidos? Su abuela se merecía disfrutar de los años que le quedaban, no pasarse el resto de su vida trabajando para los clientes de la posada.

Hannah se giró y se dio cuenta de que su abuela la estaba observando especulativamente.

-Es un buen momento del día, ¿a que sí? -le dijo, en voz baja, con una expresión de nostalgia-. Tu abuelo y yo pasábamos muchas noches aquí, mirando el atardecer con la música que salía por las ventanas del piso de abajo. Y, antes que nosotros, mis padres pasaban las veladas haciendo lo mismo. No nos quedábamos dentro, viendo la televisión, como hace la gente hoy día. Hablábamos y conocíamos a la gente que se hospedaba aquí. Disfrutábamos de la belleza que Dios nos concedió en este lugar - explicó, y miró a Hannah a los ojos-. Tú también amabas este lugar cuando eras más joven. ¿No te acuerdas? Algunas noches no había manera humana de traerte a casa de la playa.

De repente, Hannah se acordó de cuando tenía cinco o seis años. Había hecho un castillo de arena en la playa. Tuvo que entrar en casa para acostarse y, al día siguiente, había cruzado la calle a toda prisa para ver su obra, pero las olas se lo habían llevado por la noche. Había aprendido que algunas cosas no duraban demasiado, por mucho que parecieran sólidas. Algunas veces, lo que más importaba eran los cimientos y no la estructura, y la arena era una de aquellas cosas que se movían bajo los pies, como el matrimonio de sus padres, que se había desmoronado pocos años después.

Con el paso de los años, ella había aprendido muchas más cosas, y sabía que, después del divorcio, su madre se había sentido atrapada allí. ¿Qué otra cosa podía hacer, con una hija adolescente y sin experiencia laboral, aparte de haber trabajado siempre en la posada?

-Me acuerdo -dijo, por fin, pero su tono de voz era amargo, y su abuela la miró fijamente.

-Hubo momentos muy buenos, Hannah, aunque tú no quieras recordarlo.

-Me pregunto si mamá pensó lo mismo después de que mi padre se marchara. Creo que tenía ganas de salir de aquí y hacer algo diferente. Él pudo huir de ella y de todas sus responsabilidades, pero ella se quedó aquí estancada.

-¿Qué es lo que quieres decir? -le preguntó su abuela con indignación-. ¿Que yo la obligué a quedarse? Nada más lejos de la verdad. A ella le encantaba estar aquí. Sabía que era el mejor lugar para criar a una niña, rodeada de su familia y sus amigos.

-Pues es obvio que a mi padre no le gustaba tanto.

-Oh, Hannah, eso no es verdad. Seguro que, a estas alturas, ya sabes que las relaciones son muy complicadas. Tus padres fueron felices durante un tiempo y, después, dejaron de serlo. No tuvo nada que ver con Seaview Key ni con la posada.

Hannah no quería malgastar el tiempo hablando de aquello. Cuando sus padres se habían divorciado, ella no era más que una niña, y había la posibilidad de que no hubiera presenciado las peleas y desencuentros entre sus padres. Para mantener la paz, le dio la razón a su abuela.

-Supongo que no.

A su abuela se le hundieron los hombros.

-Necesito sentarme -dijo, y subió las escaleras del porche agarrándose con fuerza a la barandilla. Se dejó caer en su mecedora favorita mientras el sol se hundía lentamente en el mar del Golfo de México, dejando vetas de color naranja y dorado en el cielo.

-Abuela, ¿estás bien?

-Solo estoy un poco cansada. Entra tú, si quieres. Instálate. Yo me voy a quedar aquí un rato para disfrutar de la puesta de sol. Deja en paz los platos. Ya recojo yo cuando entre.

-Pero... si ni siquiera hemos empezado con la lista de reformas que quieres hacer -dijo Hannah, que se sentía un poco culpable por haber desanimado a su abuela.

-Tú misma lo has dicho, mañana podemos empezar.

No quería entrar y dejar sola a su abuela, y se quedó en la puerta unos minutos.

Cuando se puso el sol, se encendió la farola de la esquina e iluminó el porche y el jardín. Entonces fue cuando Hannah se dio cuenta de que su abuela tenía las mejillas llenas de lágrimas.

-Mamá, ¿qué estás haciendo en Florida? -le preguntó Kelsey, cuando llamó al móvil de Hannah aquella noche y la despertó-. Te he llamado a la oficina y tu secretaria me ha dicho que te habías tomado unos días para ir a Seaview. Llevo todo el día intentando hablar contigo, pero tenías el teléfono apagado. Como no me devolvías las llamadas, me he preocupado. ¿Está bien la abuela?

Hannah se sentó al borde de la cama. Casi se arrepentía de haberse acordado de

encender el teléfono antes de acostarse. Tenía cinco mensajes de su jefe, en un tono de impaciencia, y tres de Kesley. Por una vez, hizo caso omiso de todos ellos; por suerte, era demasiado tarde para llamar a la oficina y, en aquel momento, todavía no quería hablar de la situación con su hija. Sin embargo, ya no le quedaba más remedio que hacerlo.

-¿Te refieres aparte de su idea de que voy a abandonar mi carrera profesional y voy a volver aquí para llevar la posada?

-Oh, Dios mío -susurró Kelsey-. ¿Lo dice en serio?

-Se ha pasado una hora durante la cena hablando de que necesitamos reformar algunas cosas y darle un buen lavado de cara a todo para abrir dentro de dos semanas. Yo diría que sí, que va en serio.

-Pero tú no vas a hacerlo, ¿no? Tú odias Seaview Key y la posada.

-No, claro que no voy a hacerlo -dijo Hannah con vehemencia. Después, suspiró-. En realidad, estaba pensando que sí sería buena idea hacer algunas reformas y arreglos -dijo.

-Pero... ¿para qué, si no va a abrir la posada? Sabes que no puede atenderla ella sola.

Hannah titubeó.

-Sí, ya lo sé -dijo, al final.

-Tú querías que la vendiera, ¿no? Pero se le va a romper el corazón, mamá. No puedes hacerle eso.

-¿Y qué otra elección tengo?

-Supongo que ninguna, pero odio todo esto, mamá.

-Yo, también, pero no puedo quedarme aquí. Lo único que pasa es que todavía no sé cómo se lo voy a explicar a tu abuela. Ya sabes cómo es cuando se le mete algo en la cabeza.

-Muy parecida a ti.

-Sí, bueno... Ese es el problema, ¿no? -dijo con ironía. De repente, se le ocurrió que tenía que haber una crisis de algún tipo para que Kelsey la estuviera llamando desde la universidad a mediados de semana-. Bueno, ya está bien de hablar de lo que pasa aquí. Ya se me ocurrirá algo. ¿Y tú? Cuéntame qué está pasando.

Kelsey vaciló.

-Puede que no sea un buen momento. Hablaremos cuando hayas vuelto a Nueva York después de arreglarlo todo por allí.

A Hannah se le encogió el estómago.

-¿No es un buen momento para qué? -insistió.

-¿Seguro que no quieres esperar y hablar de esto en otro momento? -le preguntó Kelsey, en un tono de esperanza.

-Ahora mismo -ordenó Hannah.

-Está bien. ¿Te acuerdas de que en Navidad te dije que no me gustaba estar en la universidad?

-Y yo te dije que era solo que estabas pasando por un mal momento -le recordó Hannah.

-Bueno, es algo más que eso, mamá. No te agobies, ¿de acuerdo? He pensado mucho en esto, y es lo que necesito hacer en este momento. He decidido dejar la universidad, ir a casa, a Nueva York, y buscar un trabajo.

Hannah apretó el auricular con fuerza.

-¿En el tercer año? -preguntó, alzando la voz, a pesar de que quería mantener la calma-. ¿Te has vuelto loca?

-Sabía que no lo ibas a entender -dijo Kelsey con petulancia. Parecía más una niña mimada que la mujer adulta y responsable que era en realidad.

-No, no lo entiendo. Y, a menos que tengas una explicación que incluya un puesto de trabajo varios niveles por encima de servir hamburguesas, no es probable que lo entienda. Llegamos a un acuerdo. Si yo pedía un crédito para que fueras a Stanford, la universidad de tus sueños, tú cumplirías con tu parte del trato y te graduarías en Diseño Gráfico, pasara lo que pasara. ¿No te acuerdas?

-Sí, sí me acuerdo -dijo Kelsey, dócilmente-. Pero, mamá...

Hannah la interrumpió.

-Nada de «pero, mamá». Fuiste a Stanford. He pagado ya tres cursos en Stanford, y vas a terminar en Stanford. Punto. Ahora ya no puedes romper nuestro compromiso.

-No puedo quedarme aquí.

-Claro que puedes quedarte. Si las asignaturas son demasiado difíciles, puedes dejar una de ellas, pero no puedes dejarlo todo, y se acabó. Vamos, hija mía. Tú puedes hacerlo. Eres inteligente. Ya llevas más de medio camino recorrido hacia la licenciatura. Solo tienes que posar el trasero en la biblioteca y hacer lo que haga falta para salir de ahí graduada el año que viene.

-No lo entiendes -dijo Kelsey.

-Claro que lo entiendo, hija. Todos nos hemos encontrado obstáculos en el camino de vez en cuando. No podemos rendirnos.

-Mamá, no se trata de ningún obstáculo. Es que estoy embarazada -le soltó Kelsey.

Si no hubiera estado ya sentada, se habría desmayado y, seguramente, se habría abierto la cabeza de un golpe en el suelo. Parecía que las cosas sí podían ir peor, y ya sabía en qué sentido.

Capítulo 2

Por la mañana, Hannah se levantó con una jaqueca terrible. Se había pasado toda la noche rememorando su conversación con Kelsey e intentando asimilar que su hija iba a tener un niño.

La abuela alzó la vista cuando ella entró en la cocina.

-Creía que ibas a pasarte todo el día durmiendo -le dijo. Y, al verla bien, añadió-: No tienes buena cara. ¿Estás mala?

«Tengo el corazón encogido», pensó Hannah, pero no lo dijo en voz alta. Ya tendría tiempo de explicarle a su abuela lo que estaba ocurriendo después de que Kelsey llegara al día siguiente o al otro, en cuanto pudiera tomar un vuelo desde California. Hannah había conseguido que su hija le prometiera que no iba a tomar ninguna decisión drástica hasta que tuvieran más tiempo para hablar de la situación.

-No he dormido mucho -le dijo a su abuela-. Me vendría bien una taza de café.

-Bien. Después, podemos empezar a hacer la lista. Ya he pedido ayuda a algunas personas, así que tú y yo tenemos que organizarnos.

El dolor de cabeza de Hannah se intensificó.

-En cuanto haya hablado con mi jefe, que me ha llamado varias veces -le prometió a su abuela, mientras rebuscaba una caja de aspirinas en el armario. Se tomó un par de ellas-. Ayer me dejó un montón de mensajes y no los escuché hasta que era demasiado tarde como para llamarlo.

Su abuela frunció el ceño.

-¿Por qué te molesta? Yo creía que ibas a dejar ese trabajo.

-No, abuela, no lo he dejado -le dijo Hannah-. Solo me he tomado unas vacaciones de dos semanas.

-Bueno, pues deberías dejarlo del todo. Tu sitio está aquí. En esta casa serías tu propia jefa.

-No hablemos de eso ahora, ¿de acuerdo? -le rogó Hannah-. He venido para estar un par de semanas.

Su abuela descartó aquella explicación con un gesto de la mano, como si no tuviera importancia.

-De todos modos, aunque estés de vacaciones, tu jefe no debería aprovecharse así. Cualquiera que trabaje tanto como tú se merece tener unas vacaciones de verdad. Un jefe que te aprecie debería saberlo.

-No se está aprovechando de mí, abuela. Me he marchado avisando con muy poca antelación, y hay algunas cosas que tengo que resolver. La llamada no va a durar mucho. Tú empieza con la lista de reformas, y la repasamos cuando yo entre. Tengo más cobertura en el porche.

-Bueno, pues date prisa. Necesitamos algunas cosas que no podemos comprar en la isla. Tenemos que tomar el ferry de las once para ir a la costa.

Hannah hizo un mohín. Aquel era otro motivo para no vivir en Seaview. Si uno perdía la lancha de las once, no había otra hasta las cuatro y media, y eso era demasiado tarde para ir de compras. Solo había cuatro ferris diarios; el de las once, el de las cuatro y media, el de las seis, sobre todo, para la gente que trabajaba en la costa, y el último, a las ocho, que tomaban sobre todo las personas que habían ido a pasar el día a Seaview Key, se habían quedado a cenar y querían volver.

-Sí, no tardo nada -le prometió a su abuela.

Tomó el teléfono y la taza de café, salió y se sentó en una cómoda mecedora en uno de los extremos del porche, donde el sol había creado una zona cálida en medio del frío matinal. Le dio un largo sorbo al café e inclinó la cabeza hacia el sol. Ojalá no tuviera que hacer aquella llamada. No iba a ir bien. A Dave no le había parecido bien que ella pidiera aquellas vacaciones de manera inesperada, y menos, después de todos los meses durante los que su horario había sido impredecible a causa de las sesiones de quimioterapia.

Marcó el número de la oficina de mala gana.

-Hola, Melinda, soy Hannah. Dave intentó hablar conmigo ayer, pero yo estaba de viaje y tenía apagado el teléfono. ¿Puede ponerse ahora?

-Sí -le dijo su secretaria, y añadió, en voz baja-: Pero tengo que decirte que estás furioso. Aunque tú pusiste a Carl al tanto de los plazos de la cuenta de Parker, no has cumplido la primera entrega, y Dave ha tenido que soportar la ira de Ron Parker, que estaba furioso.

Hannah soltó una palabrota. Carl Manson era un inútil, pero Dave siempre le daba otra oportunidad. Se había empeñado en que Hannah le dejara a cargo de sus cuentas mientras estaba fuera. Era culpa suya que las cosas hubieran salido mal, pero era ella la que iba a tener que sacarlos del atolladero.

-Mira, no me pases ahora a Dave. Voy a hablar primero con Ron para suavizar las cosas y después, vuelvo a llamar para hablar con Dave.

-Claro, cariño -le dijo Melinda. Sin embargo, antes de que su secretaria pudiera colgar, Hannah oyó a Dave al fondo.

-¿Es Hannah? Pásamela ahora mismo -le ordenó a Melinda.

-Lo siento -murmuró su secretaria.

-No ha sido culpa tuya -dijo Hannah. Esperó a que Dave tomara la llamada e intentó adelantarse a los acontecimientos-. Melinda ya me ha puesto al corriente de los problemas con la cuenta Parker. Estaba a punto de llamar yo a Ron.

-No habría ningún problema con esa cuenta si la estuvieras llevando tú -gruñó Dave.

Hannah tuvo que contenerse para no corregirlo diciéndole que no habría ningún problema si se la hubiera asignado a alguien competente. De todos modos, habría estado malgastando saliva.

-Ron no se va a calmar con una llamada de teléfono -le dijo Dave-. Tienes que volver aquí y hacer tu trabajo.

-Sabes que no puedo. Hay una crisis familiar y tengo que solucionarla.

-Has tenido muchas crisis últimamente -le respondió Dave-. Tal vez tu trabajo ya no sea tan importante para ti como antes.

Al oír aquel comentario tan insensible, a Hannah se le escapó un jadeo.

-¿De verdad crees que he decidido tener cáncer de pecho para molestarte? ¿Crees

que quería que mi madre muriera y que mi abuela tuviera problemas para adaptarse a su falta, para poder tomarme unas vacaciones?

-No. Lo siento. No debería haber dicho eso. Sé que has pasado por un infierno, pero eres la persona más importante de este equipo. Que faltes en la oficina tiene un impacto muy fuerte.

-Está bien -dijo ella-. Mira, solo son dos semanas. Le he dejado a Carl bien anotado todo lo que hay que hacer, además de los plazos de entrega. A lo mejor tienes que vigilarlo durante estas dos semanas para cerciorarte de que sigue las instrucciones. Si eso no funciona, entonces no es culpa mía.

Dave suspiró.

-Sé que no está a la altura. Por eso lo puse a trabajar contigo. Pensé que se le pegaría tu capacidad organizativa.

-Siempre fuiste un soñador -respondió ella con ligereza.

Esa era una de las razones por las que siempre habían trabajado tan bien juntos. Cuando Dave y Lou Morgan habían abierto la agencia, hacía quince años, ella había sido la primera persona a la que habían contratado. Dave era un genio a la hora de idear campañas de relaciones públicas para sus clientes, pero Hannah era la que dirigía los proyectos y los llevaba según lo previsto, tranquilizaba a los participantes y contribuía con sus propias ideas creativas. Además, Dave contaba con que ella no tuviera pelos en la lengua y, en aquel momento, no los tuvo.

-Dave, creo que le has dado ya bastantes oportunidades a Carl. A lo mejor deberías decirle que se fuera y contratar a alguien que haga bien el trabajo.

-Sí, seguramente tienes razón -reconoció él, de mala gana-. Si no le hubiera prometido a mi mujer que iba a tener paciencia con él, lo habría despedido hace meses. Es su sobrino, y lo adora. ¿Sabes la que me va a caer encima si lo despido?

-Comparado con la que te está cayendo ahora, con clientes como Ron Parker, no sé... Mira, voy a llamar a Ron y voy a arreglar este lío, pero no puede haber una segunda vez, Dave. Lo sabes.

-Sí, lo sé. Date prisa en volver, ¿de acuerdo?

-Dos semanas -le recordó ella-. Casi no te vas a dar cuenta de que no estoy.

-Lo dirás de broma. Dos minutos después de que te fueras hemos tenido el primero de nuestros problemas.

-Ten cuidado -le dijo ella-. Voy a pensar que soy imprescindible y te voy a pedir un aumento de sueldo.

Colgó despacio y se pasó unos minutos tranquilizándose de la exasperación que sentía hacia Carl por haber metido la pata. Entonces, llamó a Ron Parker y le pidió disculpas. Por suerte, Ron era un tipo razonable y, con la promesa de unas cuantas ofertas para la siguiente campaña de relaciones públicas, se calmó.

-Siento que Dave te haya molestado durante tus vacaciones -le dijo-. Cuando hablé con él estaba muy enfadado, y despotriqué. No pensaba cambiar de agencia de relaciones públicas, claro que no. Tú eres la mejor, Hannah. Y Dave, también.

-Y a nosotros nos encanta trabajar contigo. Tenemos que quedar todos para comer en cuanto vuelva a Nueva York. Tú elige el sitio, y yo invito.

-Debería invitar ese idiota de Carl Mason -dijo Ron-. Disfruta de las vacaciones y no te preocupes por nada de esto, ¿de acuerdo?

-Gracias por tu comprensión.

Cuando, por fin, pudo dejar el teléfono, estaba agotada. Todavía le dolía la cabeza, aunque la cafeína y las aspirinas estaban empezando a hacer efecto. Con otra taza más de café, podría vérselas con la abuela Jenny y enfrentarse a lo que tuviera pensado para destruir su tranquilidad aquel día.

-No entiendo por qué te vas a Florida -le dijo Jeff a Kelsey, mientras ella hacía la maleta-. No es el mejor momento para salir corriendo, cuando tenemos tantas cosas que resolver.

-Las cosas ya están resueltas, Jeff. Digas lo que digas, no me voy a casar contigo, y es definitivo.

-¡Pero si vamos a tener un hijo! -exclamó él, como si ella necesitara que se lo recordaran.

-Yo soy la que va a tenerlo -replicó Kelsey-. No tú. Yo soy la que tiene que darle al pause en la vida porque fuimos idiotas una noche y lo hicimos sin condón.

Jeff se quedó pálido.

-Y es culpa mía, lo reconozco. Fue una estupidez, pero, por mucho que me disculpe, las cosas no van a cambiar. Ahora tenemos que aceptar lo que somos. Yo te quiero, y quiero casarme contigo. Quiero que seamos una familia. Lo quería antes de que te quedaras embarazada, y lo quiero ahora.

-Y yo ya te he dicho que no estoy lista para casarme.

Llevaban dos semanas discutiendo sobre ello, desde que le había dicho a Jeff que iban a tener un hijo. Para él, el bebé solo era un problema insignificante en el camino que había trazado cuando habían empezado a salir, hacía un año. Para ella, sin embargo, lo cambiaba todo. Le había quitado las opciones y la había dejado arrinconada. Quería a Jeff, y podía verlos juntos en el futuro, sí, pero no quería verse obligada a tomar una decisión apresurada, una decisión demasiado importante como para tomarla con prisas.

Era hija de padres divorciados y, aunque su madre había hecho todo lo que estaba en su mano para que nunca le faltara nada, ella nunca había dejado de desear tener a sus dos progenitores. Su padre y ella no habían vuelto a tener relación, aparte de que él le enviara algún cheque en Navidad o por su cumpleaños, o de alguna llamada de teléfono ocasional. Al principio se habían visto alguna vez, pero eso había cesado cuando él había vuelto a casarse, había tenido más hijos y había formado la clase de familia que ella había querido siempre.

Y, ahora, ella estaba dispuesta a negarle a su hijo lo que siempre había deseado para sí misma durante su infancia. Sabía que era irónico, pero estaba segura de que, si se casaba con Jeff apresuradamente por el bebé, no conseguirían que su matrimonio funcionara. No podría contener el resentimiento, y eso envenenaría su relación.

Suspiró, se sentó al borde de la cama y tiró de Jeff para que se sentara a su lado. Así sentados, muslo contra muslo, notaba la química que había entre ellos a pesar de las circunstancias, y esa química había existido desde el primer momento en que se conocieron. Él no era como los niños pijos con los que había salido siempre. Era poco convencional, tenía algo de bicho raro. Era castaño y llevaba el pelo un poco largo, no

por rebelión, sino porque se le olvidaba cortárselo.

Sin embargo, lo que la había atraído más de él eran sus ojos. Eran como chocolate fundido y, cuando se clavaban en ella, la intensidad de su mirada le aceleraba el pulso.

La forma de vestir de Jeff era un horror. Pantalones vaqueros desgastados, camisetas y zapatillas deportivas viejísimas. Era una ofensa para el sentido que ella tenía de la moda, que se le había desarrollado al tratar con algunos de los clientes de su madre, que eran diseñadores de moda. Sin embargo, había sabido ver más allá de la ropa y darse cuenta de lo buena persona que era. Después de que estuvieran saliendo varios meses, supo que Jeff pertenecía a una familia rica de San Francisco y que era un genio de la informática que ya había amasado una pequeña fortuna personal con un software que él mismo había desarrollado.

En aquel momento, no lo miró a los ojos, porque pensaba que, si lo hacía, acabaría aceptando casarse con él. Era la solución más fácil para su problema, pero no quería aceptarla.

-Quiero que entiendas que no te estoy diciendo que no porque no te quiera -le dijo, suavemente.

-Estás diciendo que no porque eres muy obstinada -replicó él-. Llevamos meses hablando de casarnos. Lo único que cambia este embarazo es el momento de la boda.

-Exacto. Teníamos planificado lo que íbamos a hacer, y era por un buen motivo. Yo quería graduarme y empezar mi carrera profesional antes de dar el siguiente paso en nuestra relación. Quería saber quién soy.

-Yo ya sé quién eres, aunque supongo que eso no cuenta -dijo Jeff-. De todos modos, tú puedes hacer todo eso. Podemos contratar a una niñera. O yo cuidaré al bebé cuando tú estés en clase.

-Tú también tienes clases -le recordó ella.

-Vamos, Kelsey, ya hemos hablado de esto. Entiendo lo que quieres decir, y entiendo que estés asustada, pero las cosas no tienen por qué cambiar. Si no tuviéramos ni un centavo, tal vez sí habría que hacer sacrificios, pero podemos permitirnos tener un buen lugar donde vivir y contar con ayuda. Tendrás tiempo y espacio para saber quién eres, para estudiar y para hacer lo que quieras. De hecho, sería más fácil, porque no te verías obligada a aceptar trabajos que no te aporten nada para poder pagar las facturas. Puedes tomarte un tiempo después de la graduación para encontrar el trabajo perfecto.

Al oír la sinceridad con que le hablaba Jeff, ella deseaba con todas sus fuerzas poder creer que las cosas iban a ser tan sencillas, pero no podía. En un abrir y cerrar de ojos, se convertiría en la señora de Jeff Hampton, en esposa y madre. Y tenía mucho miedo de que Kelsey Matthews-Ryan se perdiera por el camino.

También sabía que sus temores no tenían un único origen. Había pensado muchos años que estaba segura de lo que quería: dedicarse profesionalmente al diseño gráfico. Sin embargo, después de estar varios años estudiando diseño y de haberse demostrado que podía conseguirlo, aquel camino que había elegido había perdido algo de brillo. Y temía que ocurriera lo mismo con su matrimonio, si se casaba con premura. Tal vez fuera por el mareo matinal o por las hormonas, pero su mundo se había tambaleado y tenía náuseas. No podía tomar una decisión tan importante como aquella en aquel momento.

-No puedo, Jeff. No puedo hacerlo.

-¿Prefieres dejar de estudiar y salir corriendo a tu casa para ser madre? -le preguntó él con incredulidad-. Eso no tiene lógica. Estás renunciando precisamente a lo que dices que quieres hacer.

-Temporalmente -respondió ella-. Volveré a estudiar cuando haya nacido el bebé. Puede que para entonces haya decidido si lo que realmente quiero hacer es dedicarme al diseño gráfico. ¿Para qué voy a graduarme en una cosa que tal vez no sea mi pasión?

-De acuerdo. Digamos que te tomas un tiempo sabático de los estudios. ¿Cómo vas a volver a la universidad dentro de uno o dos años, y más aún, si decides empezar otra carrera desde cero?

Kelsey frunció el ceño.

-No lo sé, exactamente, pero lo conseguiré.

-Mírame -le dijo Jeff-. Kelsey, mírame. No seguirás pensando en lo de la adopción, ¿verdad? Porque yo no lo voy a permitir. Quiero a este bebé, aunque tú no lo quieras.

Kelsey percibió un tono inflexible en su voz, algo que no había oído nunca. ¿Por qué tenía Jeff que dejar de ser una persona tranquila y nada exigente, precisamente en aquella situación, y convertirse en alguien tan empeñado en salirse con la suya?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo era posible que se hubieran complicado tanto las cosas? Hacía pocas semanas, la vida discurría según lo previsto. Había sacado unas notas estupendas en los exámenes finales. Estaba muy emocionada con las nuevas asignaturas, aunque estuviera empezando a cuestionarse cuáles eran sus objetivos profesionales. Estaba con un chico al que adoraba. Y, ahora, por culpa de un momento de descuido, todo eso estaba en la cuerda floja.

-Deberías irte -le dijo a Jeff-. Esta noche no vamos a resolver nada, y yo salgo de viaje a primera hora de la mañana.

-Pero ¿vas a volver? -le preguntó él-. No irás a desaparecer y hacer algo sin que yo lo sepa, ¿verdad?

-No puedo creer que me preguntes eso -le dijo ella, muy dolida-. Me conoces mejor que nadie. Te he prometido que no iba a cometer ninguna locura, y no lo voy a hacer. A mi madre le he prometido lo mismo.

-¿Y ella se lo ha creído?

Kelsey suspiró.

-No del todo. Mira, tome la decisión que tome, volveré y te lo diré. Es lo máximo que puedo prometerle.

-Supongo que tendré que conformarme con eso -dijo Jeff. Entonces, la miró a los ojos-. Por ahora.

-¿Qué significa eso?

-Significa que yo también tengo algo que decir en esta decisión. Sé que ahora necesitas tiempo, y te lo concedo. Pero no demasiado tiempo, o iré a buscarte y haré todo lo que esté en mi mano para que cambies de opinión.

Kelsey miró a Jeff a los ojos y vio una profunda determinación en su mirada. Se dio cuenta de que los poderes de persuasión de Jeff eran lo que más la asustaba.

Hannah aprovechó el trayecto de veinte minutos en ferry para abordar el tema que la había llevado a Seaview Key. El mar estaba tranquilo y corría una brisa cálida. Su

abuela y ella iban junto a la barandilla, en cubierta. A medida que se acercaban a la costa, el horizonte de la ciudad se hacía más y más impresionante.

-Abuela, ¿has pensado en venir a vivir a la costa? -le preguntó Hannah con cautela.

-¿Y por qué iba a pensarlo, si estoy perfectamente en mi casa?

-Estarías con gente de tu edad -le dijo Hannah, tratando de hablar con entusiasmo-. Podrías apuntarte a más actividades, y estarías más cerca de los médicos y de un hospital grande. La clínica de Seaview Key solo está preparada para urgencias menores.

-¿De verdad crees que me voy a ir a vivir a una residencia? Porque me estás hablando de eso, ¿no? De sacarme de la pradera, como si fuera un caballo que ya no es útil.

-Claro que no -dijo Hannah-. Creo que sería estupendo que pudieras hacer muchas más cosas sin tener que preocuparte del horario del ferry. Además, te has pasado toda la vida atendiendo a los demás. Ya es hora de que alguien se ocupe de ti.

-Yo no necesito que nadie se ocupe de mí, y no me preocupa el horario del ferry -respondió su abuela, secamente-. Me lo sé de memoria. Además, ahora que ya no conduzco mucho, cada vez que necesito algo de la costa, le pido a alguien que me lo traiga. Yo no soy como tú. No necesito estar todo el rato de arriba para abajo. Me gusta mucho el sitio donde estoy -dijo, mirando a Hannah con dureza-. Y tengo intención de quedarme aquí, así que no te hagas ideas equivocadas.

Hannah decidió dejar aquel tema por el momento. Iba a buscar en internet las mejores residencias de la zona y llamaría para pedir folletos. Tal vez, en su próximo viaje a la costa, pudiera convencer a su abuela para ir a visitar un par de ellas.

-¿Te apetecería comer en algún sitio en especial? -le preguntó, cambiando de conversación-. Creo que deberíamos comer antes de hacer los recados.

-A mí me vale con esa cafetería.

Hannah se contuvo para no gruñir. La última vez que había tomado un pedazo de tarta allí, la nata tenía la textura de la espuma de plástico.

-Supongo que querrás comer hígado encebollado -bromeó.

-Por supuesto. Hace mucho que sé que perdería el tiempo preparándote eso. Te entrarían náuseas cada vez que lo pusiera sobre la mesa.

-Lo cual debería decirte algo -respondió Hannah-. Pero, si quieres ir a ese sitio, vamos.

Su abuela la miró con astucia.

-No creas que me vas a ablandar, jovencita. Aunque accedas a hacer todo lo que quiero yo de aquí a Navidad, no voy a mirar ninguna residencia.

-Lo que tú digas -respondió ella, pero tuvo que contener la sonrisa. Acababa de hablar exactamente igual que Kelsey en sus momentos más molestos. Parecía que la vida quería convertirla en una niña petulante a ella también.

-¿Qué habéis hecho la abuela y tú hoy? -le preguntó Kelsey aquella noche.

-Elegir pintura y mirar telas para los cojines del porche -le dijo Hannah-. Hemos podido comprar la pintura en el primer sitio que hemos ido, pero para encontrar una tela que le gustara hemos ido a cuatro tiendas. He visto tantas telas de flores que he

llegado a casa mareada.

-¿Le has dicho ya que no te vas a quedar?

-Sí, pero no ha dejado de intentar que cambiara de opinión. Bueno, cuéntame tú.

¿Has podido reservar un vuelo?

-Sí, para mañana -le dijo Kelsey, y le dio la hora de llegada y la información del vuelo.

-¿Y la vuelta? -le preguntó Hannah.

Kelsey vaciló.

-Solo he comprado la ida, por si acaso decido no volver ipso facto.

-¡Kelsey!

-No pasa nada, mamá. Puedo comprar el billete de vuelta cuando esté allí. ¿Quién sabe? A lo mejor decidís que necesitáis mi ayuda.

Hannah pensó que discutir no iba a servir de nada.

-Entonces, te recojo mañana. Que tengas un buen vuelo, cariño.

-Gracias. ¿Mamá?

-¿Sí?

-¿Se te hace muy duro estar allí... sin tu madre?

Hannah no supo qué responder. Si se paraba a pensarlo, diría que sí, que era increíblemente difícil, y que esa era una de las razones por las que había permitido que su abuela la convenciera para hacer las reformas. Así, tendría menos tiempo para pensar en que su madre había perdido la guerra contra el cáncer. Y aún no había entrado en la suite de su madre; había pasado muchas horas allí antes de que muriera.

-No me permito a mí misma pensar en eso -dijo.

-¿Cómo no vas a pensar en eso? -preguntó Kelsey-. Ella era una parte muy importante de Seaview Inn. Debes de verla por todas partes, como los cubos de arena que coleccionaba. A mí me parecían porquerías, pero a ella se le empañaban los ojos cuando me contaba que le recordaban a su niñez.

Hannah estuvo a punto de sollozar. Recordaba el entusiasmo que sentía su madre cada vez que encontraba un cubo antiguo de lata para jugar en la arena, pintado con coloridas imágenes, en los anticuarios que visitaba. Se le iluminaban los ojos como si acabara de recordar mil cosas a la vez. Ella había evitado mirar las estanterías que albergaban la colección. Y, en aquel momento, se dio cuenta de que se había pasado los dos últimos días negando la realidad.

-Sí, le encantaban -dijo cuando recuperó la voz.

-Oh, mamá... ¿estás llorando? Lo siento. No quería ponerte triste.

-Creo que llevo desde que llegué aquí fingiendo que todo es de lo más normal, que está de viaje, o algo así. No he querido asimilar la realidad de que se ha ido para siempre.

-Puede que te venga bien que yo vaya, ¿no? Para distraerte.

-Teniendo en cuenta el motivo por el que vienes, yo diría que seguro que sí -respondió Hannah con ironía-. Nos vemos mañana.

-Adiós, mamá. Te quiero.

-Yo también te quiero.

Colgó el teléfono, pero, inmediatamente, volvió a sonar. Al mirar la pantalla, vio que se trataba de Sue Nelson, su mejor amiga desde que había ido a vivir a Nueva York,

hacía veinte años.

-He tenido que enterarme por tu secretaria de que te has vuelto a ir de la ciudad -le dijo Sue a Hannah cuando contestó.

-Lo siento. El viaje surgió repentinamente.

-Jane me ha dicho que tu abuela lo está pasando muy mal para superar la muerte de tu madre. ¿Te has ido por eso?

-Sí, más o menos. Estoy intentando convencerla de que venda la posada y se vaya a vivir a una residencia.

-¿Y qué tal vas? -preguntó Sue. Conocía a su abuela y, seguramente, se imaginaba su reacción.

-Como era de esperar. Ni siquiera se lo he dicho, pero ya me ha contestado que ni lo sueña.

-Entonces, ¿por qué no te vuelves a casa? Seguro que estar allí en estos momentos tiene que ser muy duro para ti. Además, ¿no tienes la revisión de los tres meses del cáncer?

-La he pospuesto.

-¡Hannah! No puedes hacer eso. Es demasiado importante.

-No te pongas así. Solo la he pospuesto dos semanas. Iré el día después de llegar a Nueva York.

-¿Podrías ponérmelo por escrito? Sé que la temes.

-Bueno, es lógico que la tema, pero no soy tonta. Sé que no puedo retrasarla indefinidamente.

-¿Cuándo es la nueva fecha?

-¿Por qué? ¿Piensas que te estoy mintiendo?

-No, es que quiero apuntarla en mi agenda para poder ir contigo. Cuando te dieron el diagnóstico, te dije que no ibas a pasar sola por esto.

A Hannah se le llenaron los ojos de lágrimas por segunda vez aquel día.

-Has sido maravillosa y nunca podré agradecértelo lo suficiente -le dijo a su amiga-, pero ya te has pasado bastante tiempo cuidándome durante la operación y la quimioterapia. Puedo ir a una cita yo sola.

-Pero ¿por qué? Sobre todo, teniendo en cuenta que después podemos irnos a cenar a un restaurante por todo lo alto para celebrar que estás perfectamente.

-Shhh. No digas esas cosas. Es como pedir que algo salga mal.

-Creía que no eras supersticiosa.

-Estoy replanteándomelo.

-¿Y eso?

-Es una larga historia, y John y tú debéis de estar a punto de cenar.

-No creo que le importe esperar unos minutos -dijo Sue-. Dime por qué te dan miedo de repente los gatos negros y las escaleras.

-No se trata de gatos y escaleras. Pero, hazme caso, las desgracias nunca vienen solas. Kelsey está embarazada.

-¡Oh, Dios mío! ¡No es verdad!

-Sí, no iba a mentirte en algo así.

-No, ya me supongo que no. ¿Cuándo te lo ha dicho?

-Anoche.

-¿Y cómo reaccionaste?
-Ya me conoces, soy una obsesa del control. Le ordené que viniera aquí antes de tomar cualquier decisión. Necesito verla. Quiero ver por mí misma que está bien.
-¿Cuándo llega?
-Mañana.
-Está bien. Y tú, ¿cómo te sientes al respecto?
-Estoy atontada, para ser sincera. No me esperaba nada así.
-Dudo que ninguna madre se espere algo así, a no ser que sus hijas sean unas rebeldes, cosa que Kelsey no es. ¿Cómo está ella?
-Parecía que estaba tranquila, pero yo sé que está angustiada. No tiene la cabeza clara. En este momento, la solución que ha pensado es dejar los estudios y volver a Nueva York conmigo.
-¡Vaya! Me sorprende no haberte oído chillar desde aquí.
-A mí, también.
-¿Puedo hacer algo?
-Solo con saber que estás ahí cuando necesite hablar es suficiente.
-Puedo ir a veros para mediar, si sirve de algo.
-No, no te preocupes. Yo puedo arreglármelas. Cuando vuelva a Nueva York, empieza a preparar Martinis.
-Eso dalo por hecho. Y, si necesitas algo más, solo tienes que llamar.
-Gracias, Sue, no sé qué haría sin ti.
-En lo bueno y en lo malo, ese fue el trato que hicimos hace tantos años -le recordó Sue, y añadió con ironía-: Es una pena que algunos de mis votos matrimoniales no duraran tanto y del mismo modo que nuestra amistad.
-Solo porque tuviste muy mal gusto a la hora de elegir, hasta que conociste a John.
-Sí, yo también lo creo. Bueno, voy a darle de cenar. Te echamos de menos, querida. Vuelve pronto.
-Gracias por llamar.
Hannah colgó con una sonrisa. Tenía otros amigos en Nueva York, incluyendo a Dave y a su mujer, y muchos conocidos, pero Sue Dyer Martinelli Nelson era la mejor. Si Hannah hubiera dicho que la necesitaba en Florida, Sue habría estado allí a la mañana siguiente. Y saberlo era casi tan reconfortante como habría sido estar sentada en el porche con ella, con una coctelera llena de Martini entre las dos.

Capítulo 3

Seaview Inn tenía muy mal aspecto. Luke Stevens llevaba veinte años sin pasar por allí, y la posada acusaba el paso de todos aquellos años. Tenía la pintura descolorida, el césped estaba sin cortar y a la barandilla del porche le faltaban media docena de postes. Era como si fuera una víctima del descuido, como si la hubieran dejado de lado. Tal y como él se sentía, también, en aquellos momentos.

Era un pensamiento amargo, pero tenía derecho a sentir amargura. Como muchos otros hombres que habían vuelto de Irak, se había encontrado que su vida anterior ya no existía. Había pasado varios meses en un hospital de rehabilitación en Washington y, después, había tenido que enfrentarse a la realidad de que no podía volver a su antigua vida en Atlanta. Su mujer le había pedido el divorcio dos semanas antes de que la explosión de un coche bomba le hubiera destrozado la pierna. Los médicos se la habían salvado, y siempre les estaría agradecido por ello. Sin embargo, todavía le quedaba mucho para poder mantenerse en pie en un quirófano durante largas horas, haciendo operaciones de Traumatología, la que había sido su especialidad antes de volver al ejército para responder a la necesidad de médicos en el frente. Sí, sentía amargura, y no pensaba disculparse por ello.

Durante su recuperación, sentado en una silla de ruedas, mirando la nieve que cubría Washington una mañana de enero hacía dos semanas, había tenido de repente el anhelo de sentir el sol y ver las palmeras que llevaba más de veinte años sin ver, desde que se había marchado de Seaview Key a la universidad. Aunque su familia se había ido de la isla para vivir cerca de su hermana, en Arizona, Seaview siempre había ocupado un lugar especial en su corazón. Era su hogar. Allí era donde se había enamorado por primera vez, donde había aprendido a pescar y a nadar, donde había trabajado como voluntario en el equipo de rescate local y había descubierto su pasión por la medicina. En suma, era el lugar perfecto para curarse.

En Seaview no tendría recuerdos de Lisa, la que pronto iba a ser su exmujer, ni imágenes de sus hijos tendidos en la playa de arena blanca. Como llevaba tantos años lejos de allí, seguramente nadie se acordaría mucho de él. La mayoría de sus compañeros de clase habían dejado la isla en busca de vivencias más emocionantes de las que podían encontrar allí. Así pues, nadie lo miraría con lástima, no le harían preguntas. Tan solo sentiría paz y tranquilidad mientras pensaba en lo que iba a hacer durante el resto de su vida.

Hacía veinte años, solo existía un hotel donde alojarse en la isla: Seaview Inn. Era una posada que llevaba tres generaciones en manos de la familia Matthews. Hannah también estaba en su clase y, como todos los demás, tenía el anhelo de salir de allí. Recordó a aquella chica callada y estudiosa, cuyo rostro se iluminaba cuando reía, algo que no hacía demasiado a menudo. Era amiga de Abby Dawson, su primer amor, así que se habían pasado mucho tiempo en el porche delantero de la posada, meciéndose

durante horas y hablando del futuro, mientras la brisa marina agitaba suavemente las palmeras y las estrellas brillaban como diamantes en el cielo de terciopelo negro.

Movió la cabeza. Qué sencilla era la vida entonces. Su mayor problema era averiguar cómo quitarle el sujetador a Abby sin que ella le diera una torta. Por fin, lo había conseguido al final de un verano. Sonrió al recordar en lo mucho que le había servido aquella técnica en la universidad.

Al pasar el tiempo, cuando todos se habían ido a la universidad, habían terminado por perder el contacto. Él había conocido a Lisa y se había olvidado de Seaview Key. Hasta hacía poco tiempo.

Había llamado al servicio de información y había conseguido el teléfono de la posada, pero había tardado varios días en conseguir hablar con alguien. Ni siquiera tenían contestador automático, pero él había insistido, porque no quería renunciar al único plan que le agradaba en mucho tiempo.

Por fin, alguien había respondido al teléfono. Se trataba de una anciana que le habló en un tono de molestia.

-¿Qué quiere? -preguntó la mujer sin saludar.

-¿Hablo con Seaview Inn?

-Es el número que ha marcado, ¿no?

A pesar de aquella respuesta, él sonrió. Claramente, la vieja Jenny Matthews tenía un mal día.

-Sí, señora -dijo-. Quería reservar una habitación.

-Estamos cerrados.

Luke decidió intentarlo de otro modo.

-Señora Matthews, soy Luke Stevens. No sé si se acuerda de mí...

-Todavía no he perdido la cabeza -le espetó ella-. Claro que me acuerdo. Eres el hijo de Mark y Stella. Siempre estabas aquí con la niña de los Dawson. A propósito, ella no era para ti. Espero que tuvieras sentido común y no os casarais.

-No sé si tuvo algo que ver con el sentido común, pero no, no nos casamos -dijo él, que se había quedado impresionado por su memoria.

-Me alegro. Lo último que supe de ella era que estaba trabajando en un bar de Pensacola y codeándose con tipos poco recomendables. Sospecho que una banda de moteros.

Luke se echó a reír. Lo último que él había sabido de Abby era que tenía un restaurante en Pensacola y estaba casada con un reverendo. Sin embargo, no vio la necesidad de hablar de aquello con la señora Matthews. Habría tiempo suficiente cuando la viera en persona.

-Ha dicho que en este momento están cerrados. ¿Cuándo van a abrir?

-Eso depende de Hannah.

Luke se quedó sorprendido.

-¿Hannah sigue viviendo en Seaview?

-No, Hannah vive en Nueva York, pero estoy trabajando en eso. Cuando la tenga otra vez aquí, supongo que podré conseguir que se quede. Después, me llevará un par de semanas poner la posada a punto para que vengan los huéspedes.

-Yo podría ayudar en eso -dijo Luke-. No sé lo que necesita, pero puedo hacer algunos trabajos para usted.

-¡No! Si eres un huésped, no puedes -respondió ella, escandalizada.

-No me importa. Me vendrá bien hacer algo útil. Si no se siente cómoda, puede hacerme un descuento en el alojamiento. Espero estar allí varias semanas.

Ella se quedó callada durante un instante tan largo, que él creyó que iba a rechazar su ofrecimiento. Sin embargo, le preguntó:

-¿Cuándo llegarías?

-La primera semana de febrero, si le parece bien -dijo él.

-Perfecto -murmuró Jenny Matthews, casi para sí misma-. De acuerdo, Luke Stevens, trato hecho. Te reservo una habitación. Puede que tengas que vértelas con Hannah, pero me imagino que podrás manejarla. Adiós.

Entonces, colgó y lo dejó boquiabierto, tal y como le había dejado boquiabierto la visión de Seaview en aquel momento. Parecía que había sido demasiado optimista acerca de lo idílico que iba a ser aquel viaje al pasado.

Luke llamó a la puerta de la posada. Nadie fue a recibirlo, así que entró al vestíbulo.

-Señora Matthews, soy yo, Luke Stevens. ¿Está en casa?

Oyó que se abría una puerta a su izquierda, y vio a Jenny Matthews, que salía de la cocina y atravesaba el salón secándose las manos con un trapo.

-Llegas antes de tiempo -dijo, en tono de acusación-. Creía que no venías hasta dentro de una semana.

-He podido escaparme antes de lo que pensaba. Como mencionó usted que había que hacer trabajos por aquí, pensé que cuanto antes viniera a ayudar, mejor. ¿Le parece bien?

Ella se quedó un poco apesadumbrada, pero, después, hizo un gesto negativo con la cabeza.

-No te preocupes. Es que no he tenido ocasión de explicárselo a Hannah -dijo, y se encogió de hombros-. Bueno, espero que se acostumbre pronto a la idea. Voy a llevarte a tu habitación.

-No es necesario que me acompañe -dijo él, preocupado por si ella podía subir y bajar aquellas escaleras-. Solo dígame la dirección, y yo me las arreglo.

-Muy bien. Voy a darte una llave para que subas tus cosas. Cuanto menos tenga que subir, mejor -dijo. Se acercó a un pequeño escritorio que había en la entrada, sacó una llave de un cajón y se la entregó-. Como no hay ningún huésped en estos momentos, te doy la habitación del final del pasillo. Es la más grande, y la que tiene mejores vistas. Además, tiene un baño muy bueno. La madre de Hannah me convenció para que pusiéramos un jacuzzi, y todo. Dijo que así podríamos cobrar el doble.

Luke pensó en lo maravilloso que sería eso para su pierna, que todavía le dolía mucho cuando permanecía de pie demasiado tiempo o cuando intentaba caminar demasiada distancia. Sin embargo, parecía que no era capaz de dejar de probar sus límites. El hecho de no estar al cien por cien físicamente, de sentirse incapacitado, le molestaba más de lo que quisiera reconocer, porque ser fuerte y atlético era parte de su identidad, tanto como ser médico.

-Gracias -dijo-. Se lo agradezco.

-Yo misma limpié esa habitación ayer. Debería haber suficientes toallas limpias, pero,

si hay algo que necesites, avísame cuando bajas. Voy a hacerte la comida. Puedes comer en el porche, si quieres. Un sándwich de atún, galletas caseras y limonada. ¿Qué te parece?

-Perfecto -dijo Luke. Recordaba con afecto sus galletas de chocolate, que estaban en su lista de cosas favoritas, solo un poco por debajo de robar besos a las chicas.

-¿Con media hora tienes suficiente para instalarte? -le preguntó ella.

-Más que suficiente. Gracias, señora Matthews.

-Si vas a quedarte aquí una temporada, prefiero que me llames abuela Jenny.

-Pues así lo haré -dijo él, e, impulsivamente, le dio un beso en la mejilla-. Gracias por acogerme.

-Oh, te vas a ganar el alojamiento muy pronto -dijo ella-. Y, ahora, vamos, date prisa. Tienes que estar instalado antes de que vuelva Hannah.

Él la miró desconfiadamente.

-¿Por qué?

-Hazme caso. Es mejor así.

-¿Crees que va a querer echarme?

-Pues sí -dijo ella-. Pero por eso no te preocupes, Luke. A pesar de lo que se crea mi nieta, yo todavía tengo mucho que decir en esta casa. Todavía no la ha vendido.

-¿Hannah quiere vender Seaview Inn? ¿Por qué? -preguntó Luke con asombro.

-Porque yo soy vieja, y ella no quiere ocuparse de la posada. Mi nieta cree que yo no me doy cuenta de cuáles son sus intenciones, pero lo veo claramente.

Luke no sabía cuál era la dinámica de aquella familia, pero sí sabía una cosa: que a la gente no debería obligársele a hacer algo solo por la comodidad de otra persona. Había tratado con muchos pacientes con roturas de cadera, y sabía que muchos de ellos tenían que dejar los hogares que amaban solo porque así sus hijos no sentían tanto cargo de conciencia.

Sin embargo, hasta que supiera algo más de la situación, debía guardarse sus opiniones. No estaría bien ponerse del lado de la abuela Jenny hasta conocer la perspectiva de Hannah.

-Bueno, habrá tiempo para resolver eso, seguro -le dijo-. Por lo menos, Hannah y tú habéis acordado arreglar la casa, así que, en cuanto haya comido, me puedes poner a trabajar.

-Eres entusiasta. Eso me gusta. Bueno, date prisa. La comida estará esperándote en el porche.

-¿Hannah y tú no vais a comer conmigo?

-Yo, no. Tengo cosas que hacer -dijo con una expresión de culpabilidad.

-¿Y Hannah?

-Se ha ido a dar un paseo por la playa, y no se sabe cuándo volverá.

Entonces, Luke lo entendió. La abuela Jenny no quería estar presente cuando Hannah descubriera que él se había instalado en la posada.

-Eres una mujer muy astuta, ¿eh? -le dijo con deleite.

Ella sonrió.

-Tengo mis momentos.

Luke tuvo la sensación de que el hecho de estar allí iba a darle algunas sorpresas muy interesantes. La posibilidad de que hubiera fuegos artificiales le causaba mucha intriga.

El aire salado y el agua fría del Golfo de México eran mágicos para Hannah, pero aquel día iba a hacer falta algo más que un paseo por la playa para poder aclararse la cabeza. Aunque quería a su hija con toda su alma y estaba impaciente por verla aquella tarde, tenía miedo de la batalla que iban a librar a causa de la universidad.

El problema no era que Kelsey se quedara o no se quedara en Stanford, sino lo que iba a hacer con el bebé. ¡Su hija estaba embarazada! Casi no podía creerlo todavía, aunque estuviera muy enfadada. Nunca se le había pasado por la cabeza que Kelsey pudiera hacer algo tan descuidado e irresponsable.

Aunque la gente joven corría riesgos y cometía errores en la universidad, Kelsey siempre había tenido unos valores férreos, casi puritanos. Habían hablado de que las relaciones sexuales eran mejores dentro del marco de una relación consolidada. Habían hablado de las precauciones. ¡Demonios, era el único tema en el que siempre habían estado de acuerdo!

Las dos estaban muy unidas, y ella siempre había pensado que sabía todo lo que había que saber sobre la vida de su hija en la universidad. Kelsey nunca le había mencionado que estuviera saliendo con alguien especial, ni siquiera cuando ella le había hecho preguntas directas sobre su vida social.

-Claro que salgo, mamá, pero no con nadie en serio.

Recordaba sus palabras exactas. Sin embargo, ella diría que salir con un chico que era responsable de un embarazo no deseado sí era algo que había que mencionar.

Pero ya no merecía la pena darle vueltas a eso. Tenía que mantener la calma y ser racional cuando recogiera a Kelsey en el aeropuerto. No podía hacerle un interrogatorio agresivo a su hija en cuanto bajara del avión. No era eso lo que necesitaba Kelsey, ni tampoco necesitaba que su madre se inmiscuyera e intentara arreglar las cosas.

Cruzó la carretera de la playa y vio a alguien sentado en el porche. Era un hombre que le resultaba familiar.

-Hola, Hannah -dijo el hombre, levantando hacia ella un vaso de limonada, a modo de saludo-. ¿Quieres sentarte conmigo? Tu abuela ha dejado un vaso de más.

Ella volvió a mirarlo. Se fijó en su pelo castaño y corto, en los rasgos angulosos de su cara, en los hombros anchos y en su sonrisa. Sin embargo, no terminó de reconocerlo hasta que lo miró a los ojos marrones.

-¿Luke? -preguntó con alegría-. ¿Eres Luke Stevens? ¡Cuánto tiempo!

-Más de veinte años -dijo él, mirándola de pies a cabeza con apreciación masculina-. Estás estupenda, Hannah. ¿Qué tal te va la vida?

-No preguntes. ¿Y tú, qué tal?

-No preguntes.

-No sigues viviendo en Seaview Key, ¿no?

-No, hacía años que no venía por aquí.

-Bueno, entonces, ¿qué estás haciendo aquí? Bueno, no es que no me alegre de verte.

-He venido de visita.

-Pues es una coincidencia asombrosa -dijo ella.

Asombrosa y muchas cosas más, sinceramente. Luke seguía teniendo el mismo poder

de dejarla anonadada y de alterarla, al mismo tiempo. Recordó cómo eran las cosas durante su adolescencia. Aunque quería que Luke se fijara en ella, su mejor amiga y él estaban enamorados. Deliberadamente, le preguntó: -¿Tienes contacto con Abby?

Él hizo un gesto negativo con la cabeza.

-No. ¿Y tú?

-No, desde la universidad, no. Bueno, y ¿dónde te alojas?

-Aquí, en realidad. Me he instalado hace una hora.

Hannah, que estaba a punto de inclinarse para darle un beso de amistad en la mejilla, se retiró tan bruscamente que estuvo a punto de caerse del porche.

-¿Aquí? -preguntó con incredulidad.

Él se echó a reír y volvió a hacer un brindis con el vaso de limonada.

-¡Sorpresa!

-Pero... si estamos cerrados. ¿Quién te ha dicho que podías quedarte? -preguntó. Sin embargo, la respuesta era obvia. La abuela Jenny no iba a rechazar a ningún huésped.

-Tu abuela me reservó una habitación hace un par de semanas.

Hannah miró con un gesto de contrariedad hacia la casa. Sin duda, su abuela estaba al lado de la ventana, disfrutando de una vista perfecta de aquel encuentro.

-¿De verdad? ¿Y cuánto tiempo te vas a quedar?

Luke se encogió de hombros.

-No sabría decirte. Tengo que resolver algunos asuntos. Le dije a tu abuela que os iba a ayudar a lavarle la cara a la posada.

-Ah -dijo Hannah. Por eso su abuela le había dicho que ya había contratado a alguien para ayudar-. No me dijo que fueras tú. ¿Habéis hecho más planes que no me haya explicado?

-Yo no -respondió él-. Pero no puedo hablar en su nombre.

-Bueno, creo que mi abuela y yo tenemos que hablar. Me alegro muchísimo de verte otra vez, Luke, pero, por favor, no te hagas ilusiones de quedarte aquí. Dentro de dos semanas, la posada estará cerrada y mi abuela estará en... Bueno, en otro sitio. En este momento, me parece que el mejor lugar es un sanatorio mental.

Estaba a punto de entrar para cantarle las cuarenta a su abuela, cuando Luke la detuvo.

-Espera, Hannah. Si el hecho de que yo esté aquí es un problema, puedo encontrar otro sitio. He visto que hay un par de hoteles nuevos cuando venía desde el ferry.

Ella estuvo a punto de aceptar su oferta, pero se dio cuenta de que sería absurdo. Luke podía alojarse en una de las habitaciones de huéspedes, aunque el hecho de tenerlo cerca iba a despertarle muchos recuerdos de un amor no correspondido. En realidad, lo que le molestaba de todo aquello era que su abuela lo hubiera urdido a sus espaldas.

Suspiró y se sentó en una mecedora, a su lado. Se sirvió un vaso de limonada y le dio un sorbito.

-Siento haber sido tan poco hospitalaria -dijo al final-. Todo esto me ha tomado por sorpresa. La posada ha estado cerrada más de un mes, desde que murió mi madre. No sabía que mi abuela había aceptado reservas otra vez.

Luke se quedó consternado.

-¿Ha muerto tu madre? No lo sabía. Lo siento mucho, Hannah. Era una mujer

maravillosa. A mí me encantaba hablar con ella. Siempre nos escuchaba a todos los niños.

Hannah tuvo que contener las lágrimas. Para ser una mujer que siempre se había enorgullecido de dominar sus emociones, desde que había vuelto a Seaview Key estaba convirtiéndose en una llorona.

-Se le daba bien escuchar, ¿verdad? -preguntó con la voz quebrada-. Me acuerdo de que los otros niños y tú os colabais a menudo en la cocina para contarle algún secreto. Ella siempre sabía las cosas de mis amigos antes que yo. Me daba envidia.

-Tu abuela no me dijo nada de que hubiera muerto cuando hablamos por teléfono. Creía que tu madre estaba de viaje, o algo así.

-No te sientas mal. Yo sé que murió, y tengo la misma sensación de que está fuera, solamente. Estoy todo el rato pensando que me la voy a encontrar al torcer una esquina.

Él vaciló, pero la miró con compasión, atentamente.

-¿Quieres hablar de ello, o cambiamos de tema?

-Sinceramente, todavía no puedo hablar de esto. Tuvo cáncer y las cosas no fueron bien, y...

No fue capaz de decir que ella también estaba enferma y sentía terror por si el destino le deparaba el mismo final.

-Es una enfermedad horrible -dijo él-. Y es muy difícil ver que un ser querido la sufre.

-No te haces una idea -dijo ella con suavidad. Después, se puso en pie-. Mira, tengo que tomar el ferry de las cuatro y media y antes necesito hablar con mi abuela sobre tu estancia. No es que sea ningún problema que te quedes, Luke, de verdad. Lo que pasa es que tengo que asegurarme de que esto no sea la punta del iceberg y vayan a aparecer hordas de huéspedes sin previo aviso. En este momento están sucediendo muchas cosas, y no puedo lidiar con la complicación de atender a los clientes.

-Mi oferta de buscar otro alojamiento sigue en pie -dijo él-. No quiero causarte más estrés. Sé muy bien lo que significa que las cosas empiecen a complicarse sin freno. Más tarde o más temprano, llega a ser demasiado.

Ella cabeceó al percibir la comprensión de su tono de voz.

-No, quédate, por favor. Pero prepárate, porque puede suceder cualquier cosa. Cuando llegue mi hija Kelsey, dentro de unas horas, a lo mejor empezamos a ser un buen ejemplo de lo que es una familia disfuncional.

Él sonrió.

-No me das miedo, si es lo que quieres conseguir. Resulta que yo sé mucho de familias disfuncionales. Recientemente he hecho un curso intensivo.

Ella lo observó con curiosidad.

-¿Y tú? ¿Quieres hablar sobre eso?

-No. Quiero olvidarme de ello, al menos durante unos días.

-¿Te das cuenta de que, si seguimos poniendo límites a los temas de conversación, no vamos a tener mucho que decir?

-Bueno, seguro que se nos ocurrirá algo. El tiempo siempre es un buen tema.

Ella sonrió.

-¿En esta época del año? La Cámara de Comercio dice en sus folletos que siempre

hace sol y una temperatura agradable.

-Salvo cuando hace frío y hay humedad -replicó él.

-Seguro que eso no lo dicen nunca.

-Pero ni tú ni yo trabajamos para la Cámara de Comercio, y podemos decir la verdad -dijo él, y se puso muy serio-. Puedes sincerarte conmigo, Hannah. ¿Seguro que no hay ningún problema porque me quede?

-Sí, seguro -dijo ella sin vacilación.

La verdad era que, cuanto más lo pensaba, más quería que se quedara. Tenía el presentimiento de que, con otro adulto sensato por la casa, sería más fácil permanecer cuerda mientras resolvía aquellas crisis familiares. Lo único que tenía que conseguir era controlar a sus hormonas, que ya se habían vuelto locas. Enamorarse de Luke Stevens por segunda vez en la vida, y en aquel preciso momento, sería una estupidez indescriptible.

Capítulo 4

Luke llegó a la conclusión de que, en vez de tener paz y tranquilidad en Seaview Key, había llegado a la isla en mitad de un drama familiar de los Matthews. Había oído que Hannah levantaba la voz a los dos minutos de marcharse del porche. Sin embargo, lo que hubiera dicho no había amedrentado demasiado a su abuela. Jenny Matthews se había mantenido firme. Él no había podido oír lo que decían, pero, por su tono de voz, las dos mujeres estaban a la par en vehemencia y determinación. Admiraba la fuerza de las dos, pero, en especial, la de la abuela Jenny. Muchos de sus pacientes de la tercera edad se dejaban acobardar por los miembros de su familia, y aquel no era el caso.

Diez minutos después de que terminara la discusión, Hannah había salido de casa echando humo por las orejas y se había subido al coche de alquiler equivocado, porque el suyo y el de ella eran casi exactamente el mismo. Al intentar arrancar, lógicamente, la llave no funcionaba. Hannah había bajado del coche, le había dado una patada a un neumático y se había dado cuenta de que había cometido un error. Al instante, se había subido a su coche y había salido por la carretera a toda velocidad, sin despedirse. Claramente, las cosas con su abuela no habían salido como ella esperaba.

En cuanto se marchó, Jenny salió al porche.

-A esta chica le van a poner una multa, o va a acabar en una zanja, si sigue conduciendo así -dijo con desaprobación.

-Parecía disgustada -comentó él mientras la abuela Jenny se sentaba a su lado, se servía un vaso de limonada y tomaba la última galleta.

-Su malhumor tiene que ver con su hija -respondió ella, mirándolo de reojo.

Luke se rio.

-A mí me parece que tiene algo que ver contigo. Estás intentando obligarla a algo, ¿no?

-¿Por qué dices eso?

-Hasta el momento, me da la impresión de que quieres que Hannah vuelva a vivir aquí y se haga cargo de la posada. Ella no quiere. Tú pensaste que, si tenías un huésped, yo, ella se vería obligada a quedarse un tiempo y que, seguramente, empezaría a acostumbrarse a la idea.

Jenny ni siquiera se molestó en negarlo.

-Te crees muy listo, ¿eh?

-Ni hablar, pero reconozco a una persona astuta cuando la tengo delante. ¿Esto tiene algo que ver con el hecho de que no quieras vender la casa porque ha sido tu hogar toda la vida?

-Pues no -respondió ella, airadamente-. Sé que Hannah también piensa eso. Pero esto, en realidad, es por ella. Lleva veinte años viviendo en Nueva York, pero no es feliz.

Luke se calló lo que pensaba. A él le había parecido que Hannah estaba contenta hasta que había averiguado que él se alojaba allí. Claro que, hasta ese momento, tampoco habían tenido ocasión de hablar demasiado.

-Ella cree que es feliz -prosiguió Jenny-, porque está ocupada todo el tiempo, atendiendo a clientes ricos y poderosos, saliendo a cenar y a comer y a ver espectáculos caros, dando fiestas en clubes de moda. Me envía recortes de prensa para que me impresione todo el éxito que tiene, y yo me siento impresionada. Estoy orgullosa de ella, pero el éxito profesional no lo es todo en la vida.

-Puede que no, pero a mí no me parece una mala vida -dijo él-. Sobre todo, si es lo que ella quiere.

-Sí que es una mala vida si, al final del día, vuelves a una casa vacía y a una cama fría. Su hija está estudiando al otro lado del país, en Stanford. Su marido, que no valía mucho, la dejó hace años. Está sola y se ha olvidado de quién es y de lo que es importante. Siempre está pensando en ganar dinero y lo gana, pero, al final, no es eso lo que hace feliz a una persona.

Luke se preguntó si lo que acababa de decir Jenny podía aplicarse también a su vida. Su exmujer también había medido el éxito en la vida por el dinero. Él había ganado mucho dinero, sí, pero nunca había sido completamente feliz, aunque no sabía decir por qué. Aquel era uno de los motivos por los que había ido a Seaview Key. Quería aclararse la cabeza y ordenar sus prioridades mientras estuviera allí. Tal vez, recuperar los valores que le habían inculcado sus padres y su amor por la Medicina, el que sentía cuando había empezado a ejercer.

-¿De verdad crees que Hannah va a descubrir todo eso mientras esté aquí? -le preguntó a Jenny.

-Eso espero -dijo ella-. Yo adoro esta casa destartada, es cierto. La construyeron mis padres, y mi marido y yo tuvimos una buena vida trabajando en ella y criando aquí a nuestros hijos. Hannah también tuvo una buena vida aquí, pero lo olvidó. Estaba rodeada de su familia y vivía en una comunidad muy unida, no entre miles de desconocidos que no se miran a los ojos por la calle. Tú sabes a lo que me refiero, porque es eso lo que te ha traído aquí, ¿no?

-Sí, pero no para quedarme -dijo Luke-. Solo para aclararme las ideas.

Ella lo miró con astucia.

-Pues a mí me parece que el mejor lugar para conseguir eso es el hogar de uno -dijo, y chocó suavemente su vaso contra el de él-. Eso es algo sobre lo que hay que reflexionar, ¿no crees?

-Puede que tengas algo de razón. Y, tal vez, sí, he vuelto aquí porque fue mi hogar de pequeño. Quería volver a vivir un tiempo de mi vida que era más simple. Pero no sé si eso es posible. Puede que lo único que consiga es retrasar el encuentro con la realidad.

-Si no te importa explicarme de qué estás hablando, a lo mejor podría ayudarte. Mucha gente piensa que, con la edad, uno se hace más sabio.

-Eso no lo cuestiono, y puede que un día de estos te cuente lo que está pasando en mi vida -dijo él.

Ella le dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

-Cuando quieras contármelo, estaré preparada para escucharte. Ahora, tengo que pensar en la cena. Kelsey, la hija de Hannah, va a tener mucha hambre cuando llegue,

después de pasarse todo el día de viaje. Creo que voy a hacer pollo frito y macarrones con queso. Comida para reconfortar. ¿Qué te parece?

-Me parece que nos va a atascar las arterias -respondió él-, pero me suena a lo mejor que haya comido desde hace meses -añadió. La vio ponerse en pie con algo de dificultad, y le preguntó-: ¿Quieres que te ayude?

Ella se indignó.

-El día que no pueda entrar en esta casa con mis dos piernas, ese será el día en que me vaya a la residencia esa en la que Hannah está deseando meterme.

Luke se echó a reír.

-Me refería a ayudarte a hacer la cena.

-Bueno, eso, sí. ¿Sabes cortar un pollo?

-Soy cirujano. Creo que podré arreglármelas.

Ella se quedó asombrada.

-Vaya. No lo sabía.

-Mis padres se fueron de aquí antes de que yo empezara la carrera.

Luke esperó, con temor, una avalancha de preguntas sobre el motivo por el que estaba allí, en Seaview Key, y no en casa, haciendo su trabajo.

Sin embargo, ella lo miró con inteligencia y le dio otra palmadita en la mano.

-Como ya te he dicho, este es un buen sitio para aclararse la cabeza.

Luke contaba con ello. Era muy distinto al hospital de Washington D.C, con los pasillos llenos de soldados heridos, cuyas almas estaban tan destrozadas como sus cuerpos. Comparado con el infierno que había conocido en Bagdad y las complicaciones que le esperaban en Atlanta, Seaview Key era el cielo.

Irak, unos meses antes

Las casillas del calendario que había en la pared del cuarto de Luke estaban marcadas con unas equis grandes. Había empezado a contar los días que faltaban hasta que pudiera volver a casa prácticamente desde el minuto en que había llegado a Bagdad. Se había alistado por un periodo de un año en el servicio activo, en parte por patriotismo y en parte por un sentido de la obligación. El ejército había pagado su carrera de Medicina y, aunque él ya había trabajado para ellos durante el tiempo requerido para compensar la deuda, sintió el deber moral de alistarse otra vez cuando los hombres con los que había servido fueron enviados a Irak. Lisa y él habían tenido una pelea de proporciones monumentales cuando él le contó su plan de alistarse como voluntario.

-Ya dejaste el ejército, Luke -dijo ella, llorando-. ¿Cómo puedes plantearte esto ahora? Ya has pagado tu deuda, y tienes una familia. Tienes niños. La consulta te va muy bien, y por fin tenemos una situación financiera estable. Si dejas todo esto, ¿qué va a pasar con nuestros ingresos? ¿Esperas que vivamos con la paga de un soldado?

En aquel momento, él había perdido la paciencia.

-Hay muchas otras familias de militares que se ven obligadas a hacerlo -le había dicho-. Por suerte, nosotros tenemos unos buenos ahorros, y acordaré con Brad que un porcentaje de los ingresos de la consulta sirva para manteneros a los niños y a ti

mientras estoy fuera. Vamos, Lisa. No te vas a morir de hambre y lo sabes. Esto es algo que tengo que hacer. Mi especialidad médica es muy necesaria allí.

-¿Y eso es más importante que tu familia?

-No, no es más importante. Pero, a veces, hay que hacer lo que te pide el corazón. Si puedo ayudar a salvar la pierna de un niño para que pueda volver a caminar, entonces, tengo que hacerlo.

Mirándola a los ojos, se había dado cuenta de que Lisa no lo entendía. Seguramente, ninguna esposa lo entendería, sobre todo, porque se estaba ofreciendo voluntario para correr un grave peligro. Sin embargo, solo sabía dónde tenía que estar y lo que tenía que hacer.

Aunque, al final, ella se había resignado, había tratado de sabotear todos los pasos del camino, le había hecho sentir culpabilidad de todas las maneras posibles y, el día de su marcha, no había ido a despedirlo. Él les había dicho adiós a su mujer y a sus hijos en casa. Nadie había ondeado una bandera para él, ni le había lanzado besos al despegar. En vano, había intentado no sentirse dolido.

Sin embargo, al llegar a Irak, no había tenido tiempo de lamentarse. Los días pasaban rápidamente en medio de la miseria y el dolor. Demasiados soldados y demasiadas horas operando de pie, exhausto y con dolor de espalda.

Lo que le impulsaba a continuar eran los éxitos y los correos electrónicos que recibía de casa. Por lo menos, Lisa fue constante en eso, y los niños, también. Aunque eran pequeños, Nate estaba en el jardín de infancia y Gracie en segundo curso, conseguían escribirle *Te echo de menos, papá*. Y, de vez en cuando, le enviaban un paquete con galletas caseras, fotos de una fiesta de cumpleaños que se había perdido y dibujos de cera. Los dibujos estaban en la pared, junto al calendario en el que marcaba los días según iban pasando.

-Doctor, está aterrizando otro helicóptero -le dijo Kenny Franklin-. El quirófano ya está montado. ¿Está listo?

-Voy para allá -le respondió al joven médico, arrancando la vista de los dibujos de sus hijos.

Miró por última vez la foto de Nate, en cuya sonrisa faltaba un diente. El Ratoncito Pérez le había dejado un dólar, según le había contado por correo electrónico.

Pensaba en su hijo unos minutos después, mientras examinaba a un soldado a quien una mina antipersona había destrozado la cara y la pierna. La sonrisa de Nate estaría completa dentro de muy poco tiempo, en cuanto le saliera el nuevo diente. El chico que estaba en la camilla, frente a él, aún no tenía diecinueve años, y no iba a ser tan afortunado. Sería afortunado si sobrevivía. Solo tenía una década más que su hija, y ya había arriesgado la vida por su país.

Luke tuvo que tomar aire y reunir fuerzas para dominar la oleada de angustia que lo invadió mientras daba órdenes y hacía la primera incisión. Una hora más tarde, todo había terminado. El muchacho había muerto. Había perdido demasiada sangre, y no habían podido controlar las hemorragias lo suficientemente rápido.

-Algunas veces no se puede hacer nada, doctor.

-Sí, ya lo sé -dijo Luke-. Pero es un asco, igualmente.

En días como aquel le resultaba muy difícil recordar que había ido allí para salvar

vidas. De hecho, era muy difícil recordar por qué había dejado a su familia, su casa, su vida, por aquello. Si pensaba en el terrible golpe que iba a sufrir otra familia que esperaba en su país, no podría seguir funcionando. Lo único que podía hacer era volver a su habitación y dormir un par de horas antes de que llegara el siguiente helicóptero.

-¡Luke!

La abuela Jenny le sacó de su ensimismamiento y lo devolvió al presente.

-Luke, ¿estás bien? Te has quedado muy pálido. Siéntate, voy a traerte algo de beber.

-Estoy bien -dijo él, y se dio cuenta de que estaba en la cocina, delante de un pollo, con un cuchillo en la mano-. Voy a terminar de cortar el pollo.

-Yo puedo hacer eso. Tú, siéntate, vamos.

De repente, estaba tan agotado, que ni siquiera podía discutir. Se sentó.

-¿Quieres decirme en qué estabas pensando? -le preguntó ella.

-No, creo que no.

-Algo me dice que deberías hablar con alguien sobre eso. Lo de guardarse las cosas que le disgustan a uno no es nada bueno.

-No, ya lo sé -dijo Luke.

Pero había hablado de aquel tema hasta la saciedad durante la rehabilitación, y no había servido para que se desvanecieran los recuerdos. Más bien, los tenía más grabados en la mente, y los veía con más claridad que nunca.

-Bueno, cuéntame. Me has dicho que eres cirujano. ¿Dónde trabajas?

-En Atlanta. Allí es donde tengo la clínica.

-¿Tienes familia allí?

Luke se puso en pie.

-No te molestes, abuela Jenny, pero no puedo hablar de esto ahora. Necesito ir a dar un paseo, si no te importa.

Ella lo miró con severidad.

-No irás a vomitar en cuanto salgas por la puerta, ¿no?

Él sonrió apagadamente.

-Espero que no.

-Bueno, entonces, vete -le ordenó ella, blandiendo un dedo por debajo de su nariz-. Pero no creas que se me van a olvidar las preguntas.

-No tengo ninguna duda de que no -dijo él-. Pero ahora necesito tomar un poco de aire fresco.

-Volverás para la cena, ¿verdad?

-Por supuesto.

Se dio cuenta de que ella lo miraba con preocupación mientras se alejaba. Eso le produjo una sensación dulce. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba de sus idas y venidas. Su mujer había dejado de preocuparse hacía varios meses, y sus hijos... bueno, en aquel momento, estaban confusos. En cuanto él estuviera más centrado y seguro de sí mismo, tendría que arreglarlo. Ellos tenían que saber que los quería y que siempre iba a estar a su lado. Sin embargo, para conseguir aquello, necesitaba saber quién era en aquel momento... o quién quería ser.

-Vaya, deja de compadecerte a ti mismo, ¿quieres? -se dijo con disgusto.

Iba caminando hacia el centro del pueblo, fijándose en los cambios que habían tenido lugar desde que él se había marchado. Había más variedad de tiendas, y los turistas que paseaban por la calle iban en familia, ya no eran pescadores que viajaban solos. Y mucha gente iba en carritos de golf, a pesar de que el campo de golf más cercano estaba en la costa.

Cuando llegó al pequeño supermercado de la isla, que, por suerte, no había cambiado, le dolía la pierna, pero su estado de ánimo había mejorado. Compró una tarrina de helado de chocolate y salsa de caramelo, porque recordaba vagamente que era el preferido de Hannah... ¿O era el de Abby? En cualquier caso, habían comido mucho helado de ese sabor en aquellos tiempos. Tal vez fuera lo mejor para que aquella noche hubiera un buen ambiente.

Claro que... eso era pedirle demasiado a una tarrina de helado. Además, teniendo en cuenta la velocidad a la que podía caminar últimamente, cabía la posibilidad de que el helado llegara en estado líquido a Seaview Inn.

Kelsey le echó una mirada al plato lleno de pollo frito y macarrones con queso y se fue corriendo al baño más cercano. Los mareos del embarazo eran espantosos. Detestaba vomitar todo lo que tenía en el estómago varias veces al día.

El médico al que había ido le había asegurado que se le pasarían pronto, pero ella no tenía esa sensación. Tenía la sensación de que aquel bebé iba a castigarla durante toda la eternidad por no ser un hijo deseado. Cuando terminaran los mareos del embarazo, serían los cólicos, o la salida de los dientes acompañada de gritos de dolor o, ya de mayor, con rebeliones adolescentes de proporciones bíblicas. Seguramente, se lo merecería todo.

Aunque oía los murmullos desde el baño, en cuanto volvió a la cocina, se hizo el silencio. Era obvio que habían estado hablando de ella. Esperaba que su madre no le hubiera dicho todavía a su abuela que estaba embarazada. La abuela Jenny iba a tener muchas cosas que decir al respecto, y ella no quería oír nada. Había cometido un error, sí. Iba a ocuparse de ello. ¿Había algo más que decir?

Incluso su madre sabía que no, que había muy poco que decir del tema, porque había estado muy callada y pensativa durante el trayecto desde el aeropuerto a Seaview. A pesar del silencio, Kelsey había sentido sus miradas de reprobación.

Al llegar a la cocina, vio que había alguien más, aparte de su abuela y su madre. Era un hombre que estaba al lado del fregadero. Tenía una actitud intensa. Era guapo y moreno, pero, también, intenso.

-Kelsey, te presento a Luke Stevens -le dijo su madre-. Es un huésped de la posada. De niños éramos amigos.

Kelsey lo miró con curiosidad. Sus visitas a Seaview siempre habían sido muy rápidas, y nunca había conocido a nadie de la infancia de su madre. Que ella supiera, nadie se quedaba en aquella isla si podía salir de ella. Según su madre, los únicos que se quedaban eran los perdedores, y aquel tipo no parecía un perdedor.

-Me alegro de conocerte -dijo Luke-. Me parece que tenéis mucho de lo que hablar, así que me voy a preparar un plato para cenar en mi habitación.

-No -dijo Kelsey, al mismo tiempo que su madre y su abuela.

-Además, has salido y nos has traído helado -dijo la abuela Jenny-. Tienes que cenar con nosotras.

Luke las miró riéndose.

-Vaya, nunca me había sentido tan querido por mí mismo.

Kelsey sonrió, a pesar de su mal humor.

-Toda familia necesita un buen amortiguador.

-Me alegro de poder llenar ese hueco -dijo él, y miró a la abuela Jenny de forma elocuente-. Aunque creía que había venido para hacer chapuzas en la casa durante un par de semanas.

La abuela Jenny se encogió de hombros.

-Yo diría que ser mediador entre nosotras tres también encaja en esa descripción.

-Bueno, está bien. Pero avisadme si necesito algún arma o una armadura -dijo Luke con ironía.

Kelsey se dio cuenta de que su madre contenía una sonrisa al oír aquello. Se tomó un puñado de Saltines que había encontrado en un armario mientras los demás empezaban a cenar. Minutos después, se arriesgó a tomar un macarrón con queso y, después, una alita de pollo.

Miró a su alrededor y, de repente, se dio cuenta de que se le había relajado el nudo que tenía en el estómago desde que se había enterado de que estaba embarazada. Tal vez, como aquella cena, la vida iba a salir bien, después de todo.

De repente, notó el ácido en la garganta, y tuvo que salir corriendo al baño.

Después de vomitar lo poco que había cenado, se lavó la cara y pensó que iba a pasarse nueve meses echando todo lo que tenía en el estómago y que, cuando naciera el bebé, las cosas se iban a complicar aún más, sobre todo, si Jeff no renunciaba a su demanda de que se casaran y se quedaran con el niño. No había ninguna salida con la que pudiera imaginarse que su vida volvería a ser una buena vida.

Capítulo 5

Luke no habría necesitado estudiar la carrera de Medicina para saber lo que le ocurría a Kelsey y por qué había ido a Florida a mediados del curso escolar. Estaba embarazada. Y, obviamente, Hannah lo sabía. Por eso se le había puesto aquella cara de consternación cada vez que Kelsey había tenido que salir corriendo al baño. Si la abuela Jenny lo sabía, no dejaba traslucir ninguna reacción. Sirvió un vaso de ginger ale, lo puso junto al sitio de Kelsey y dijo que se iba a su habitación.

-Algo me dice que tu hija y tú tenéis que hablar -le dijo a Hannah, y miró elocuentemente a Luke-. Les vendría bien estar a solas.

Luke asintió y se puso en pie.

-Qué sutil -comentó Hannah, después de que su abuela se marchara-. ¿Estás seguro de que quieres seguir alojándote aquí después de lo que has visto esta noche? Ya te dije que iba a ser un lío.

-¿Quieres que me marche? -le preguntó él, observándola con atención-. Me refiero, ahora. Antes, me ha parecido que Kelsey y tú queríais tener a alguien para suavizar la situación. Tal vez una tercera parte pudiera ayudar.

Hannah suspiró de alivio.

-Para ser sincera, no quiero hablar de nada de esto esta noche, y me imagino que Kelsey preferiría posponer la conversación indefinidamente. Quédate, por favor.

Luke asintió y se sentó.

-¿Sabe tu abuela lo del bebé?

-Todavía no se lo he dicho, pero lo sabe. Seguro que se ha fijado en que Kelsey ha tomado un puñado de crackers hace un rato. Además, le ha dejado un vaso de ginger ale.

-¿Estás bien?

-Bueno, yo no soy la que está a un año de graduarse y va a tener un bebé.

-No, pero eres la madre de una mujer joven que va a tener un hijo, y parece que sin marido. ¿O me equivoco y hay una boda prevista?

-No, que yo sepa -dijo ella-. Pero parece que hay muchas cosas que no sé. Ni siquiera estaba al tanto de que Kelsey estuviera saliendo con alguien.

-Tal vez no lo esté.

-Bueno, yo diría que tiene que haber un hombre implicado en este asunto.

Él sonrió al ver que ella no había perdido el sentido del humor.

-Me refiero a nadie con quien esté saliendo en serio.

-¿Quieres decir que va por ahí acostándose con cualquiera? -preguntó ella con indignación-. Ni hablar. Puede que no sepa otras cosas, pero eso sí lo sé -añadió. Después, volvió a suspirar y dijo-. En realidad, todavía no hemos hablado del padre. Yo me enteré anoche de que está embarazada, justo después de llegar aquí. Kelsey ha venido porque me empeñé. En este momento no tiene las ideas claras. Quiere dejar la

universidad y volver a Nueva York.

-¿Y tú no estás de acuerdo?

-Claro que no. ¿Te parece que me equivoco?

-Sinceramente, no lo sé.

-Yo, tampoco -reconoció ella-. No sé si tengo derecho a presionarla para que siga en la universidad. No sé si es lo mejor. Todo esto se me escapa.

-No creo que ningún padre esté preparado para este momento.

-¿Tienes hijos?

-Tengo dos, pero son mucho más pequeños que Kelsey. Gracias a Dios, por ahora no tengo que preocuparme por nada de esto.

-El tiempo pasa sin que te des cuenta. Una parte de mí desearía que Kelsey siguiera siendo una niña, pero se ha convertido en una joven increíble cuya vida está a punto de dar un gran giro. Si fuera una chica distinta, frívola o irresponsable, entendería lo que ha pasado. Pero ella no es así. Siempre ha llevado muy bien las riendas de todo.

La puerta del baño se abrió, y los dos se quedaron callados. Kelsey estaba pálida y demacrada, pero consiguió sonreír.

-Lo siento -dijo. Al ver el vaso de ginger ale, le dio un sorbito-. ¿Dónde está la abuela Jenny?

-Se ha ido a su habitación -le dijo Hannah.

-Creo que yo también me voy a acostar -dijo Kelsey, evitando mirar a los ojos a su madre-. Es muy temprano, pero estoy agotada. Me gustaría dormir una semana seguida.

Hannah la miró con desilusión.

-Pensaba que íbamos a hablar un rato -dijo, aunque sin demasiada convicción.

-Por favor, mamá, mañana por la mañana -dijo Kelsey-. Esta noche no puedo.

-Claro, hija. Ve a descansar. Te quiero.

Kelsey le dio un beso en la mejilla.

-Yo también te quiero. Buenas noches, Luke. Te juro que mañana seré una compañía mucho más agradable.

-Tu compañía es estupenda -dijo él.

Ella sonrió.

-Y has conseguido decirlo sin echarte a reír. Creo que me caes bien.

Después, se marchó, y Hannah se quedó a solas con Luke. Parecía que ella estaba a punto de llorar.

-No irás a echarte a llorar, ¿no? -le preguntó él con preocupación.

-Es muy posible que lllore como una magdalena antes de que termine la noche -dijo Hannah-. Puedes echar a correr, si quieres.

Como ella le ofreció una salida fácil, él se sintió obligado a responder que no la quería.

-Vamos, vamos, ¿por qué iba a hacer yo algo así? Te lo estoy preguntando para estar prevenido y poder ofrecerte pañuelos de papel. Y, en cuanto a lo de echar a correr, vamos a aceptar que voy a estar aquí unos cuantos días.

-Eres muy galante, ¿eh? Kelsey tenía razón -respondió Hannah, secándose los ojos con una servilleta-. Solo por esa respuesta, no voy a llorar. Voy a lavar los platos y hacer un té helado. ¿Quieres tomarte uno conmigo en el porche?

-Olvida el té. Quiero helado. ¿Y tú?

A ella empezaron a brillarle los ojos.

-Se me había olvidado eso. ¿De qué lo has comprado?

-De chocolate y salsa de caramelo.

Ella lo miró con sorpresa.

-¿Ha sido una coincidencia, o te acordabas de que es mi favorito?

Él se encogió de hombros con timidez.

-Me acuerdo que hubo un verano que comimos kilos y kilos de ese helado cuando yo estaba por aquí. Tenía que ser el favorito de alguien.

-Vaya, qué sincero. Es una rareza. La mayoría de los hombres habrían alardeado de ser muy detallistas.

-Solo si quisieran impresionarte, y no es mi caso -dijo él.

Sus miradas se encontraron, y él sintió un chispazo inesperado que lo tomó por sorpresa. Y, por la expresión de Hannah, se había quedado tan asombrada como él. Era de lo más inoportuno, porque los dos tenían ya suficientes problemas como para añadir otra complicación. Sin embargo, tal vez resultara imposible ignorar aquella atracción. Hacía mucho tiempo que él no estaba con nadie, que no deseaba a nadie que no fuera su esposa. Esa tenía que ser la explicación de aquella súbita descarga de electricidad entre una mujer que nunca había sido más que una amiga y él. Fuera cual fuera el motivo, la reacción era innegable.

-A lo mejor tengo que corregir eso -dijo en voz baja.

-¿El qué? -preguntó Hannah con la voz entrecortada.

-Que no estoy intentando impresionarte todavía.

Aquel momento duró una eternidad, pero ella sonrió otra vez, y el hechizo se rompió.

-Avísame cuando vayas a empezar a intentarlo -le dijo, despreocupadamente-. Creo que es mejor que esté preparada. Algo me dice que eres un hombre peligroso cuando te propones algo.

Él se echó a reír. Le alivió volver a un terreno mucho más familiar. Tomarle el pelo a Hannah siempre había sido uno de sus pasatiempos favoritos.

-Hannah Matthews, ¿estás flirteando conmigo?

Ella se ruborizó.

-Has empezado tú. Vamos, saca el helado, Luke. Aquí hace mucho calor.

Él, deliberadamente, le sostuvo la mirada un instante más. Después, sonrió.

-Pues sí, hace mucho calor.

Sacó el helado del congelador y mantuvo la puerta abierta unos segundos para que el frío calmara su libido.

Mientras estaba de espaldas a Hannah, se dijo que era un idiota. Estaba en Seaview Key para ordenarse las ideas y las prioridades. Y parecía que ella tenía una vida tan complicada como la suya, al menos en aquel momento. Por muy divertido que fuera ligar con Hannah, incluso tener una aventura con ella, ninguno de los dos podía permitirse correr el riesgo de que se le rompiera el corazón. Debía tenerlo en mente.

Además, hacía años que no tenía un amigo o amiga en quien poder confiar. Eso era lo que necesitaba de Hannah. Aquella atracción que sentía por ella era una aberración. Al día siguiente volverían a ser amigos, tal y como lo habían sido de adolescentes.

Estaba tan absorto haciendo aquellos planes, que no se dio cuenta de que ella lo estaba observando con una sonrisa de diversión. Al percatarse, preguntó:

-¿Qué pasa?

-Eso es demasiado helado, incluso para ti -dijo ella, señalando el cuenco, en el que él había servido ya casi medio litro.

Luke sonrió y le pasó el cuenco.

-En realidad, es para ti. Sé cuándo necesita una mujer un buen chute de chocolate -dijo, y le añadió al helado una cucharada de salsa de caramelo para demostrarlo.

Ella miró el cuenco con escepticismo, pero lo tomó.

-Puede que tengas razón. Sal al porche cuando hayas terminado.

Luke se dijo que debería estar en cualquier parte salvo en aquel porche aquella noche, pero, cuando tuvo su cuenco lleno de helado, no quiso subir a su habitación. Se encaminó hacia la puerta principal... y, seguramente, hacia otro montón de problemas.

-¿Por qué no me habías dicho que tu hija está embarazada? -le preguntó la abuela Jenny a Hannah, la mañana siguiente, en cuanto bajó a la cocina siguiendo el aroma del café recién hecho.

Hannah no podía mantener aquella conversación sin tomar cafeína. Luke y ella se habían quedado hasta muy tarde charlando. Habían evitado volver a coquetear y se habían puesto a recordar los viejos tiempos y a contarse noticias de viejos amigos con los que mantenían el contacto. A las dos horas de charla, se habían dado las buenas noches y se habían ido cada uno a su habitación.

En aquel momento, Hannah ignoró a su abuela. Tomó la taza más grande que encontró y la llenó hasta el borde de café. Después de dar varios sorbitos, miró a la abuela Jenny.

-¿Por qué no me dijiste tú que Luke iba a quedarse aquí? -le reprochó, con la esperanza de ganar un par de minutos.

-No me salgas con esas -respondió su abuela-. Ayer ya te dije por qué está Luke aquí. Ahora quiero saber por qué mi bisnieta ha aparecido aquí embarazada.

Hannah suspiró.

-Para ser sincera, todavía tengo que hacerle muchas preguntas a Kelsey.

-Anoche os dejé a solas precisamente para que pudierais hablar.

-No pudimos. Ella se fue a dormir. Luke se quedó, porque yo se lo pedí.

-Entiendo.

-No, no creo -dijo Hannah-. Kelsey me dijo que estaba embarazada anteanoche, y me quedé tan angustiada, que lo único que pude hacer fue convencerla de que viniera para que pudiésemos hablar. Ahora que ya está aquí, no sé por dónde empezar.

-A mí me parece que el padre de la criatura es un buen tema. ¿Quién es?

Hannah se encogió de hombros.

-Ni idea.

-¿Y no crees que deberías preguntárselo?

-Ya se lo preguntaré. Con Kelsey, es mejor dejar que las cosas vayan a su ritmo.

Su abuela puso los ojos en blanco.

-Como quieras, pero te recomiendo que consigas respuestas antes de que llegue el

parto.

-Abuela... ¿qué se supone que tengo que hacer? -preguntó Hannah en un tono de inseguridad.

Para su sorpresa, su abuela tomó una silla, se sentó a su lado y la tomó de la mano.

-Sigue haciendo lo que estás haciendo. Apoyar a tu hija. Yo también voy a estar aquí. Y, entre todas, ya daremos con una solución -dijo-. Sin embargo, para conseguirlo, necesitamos tener todas las cartas sobre la mesa.

-¿No estás enfadada porque le haya dicho que viniera?

-No seas tonta. Esta es tu casa, tanto como la mía -le recordó su abuela-. Y, por eso, también es la casa de Kelsey. ¿A qué otro sitio iba a ir en un momento de crisis?

-Cuando me lo dijo, lo único que quería era convencerla de que se quedara en la universidad y terminara la carrera. No pensé en que eso sería muy duro, ni en lo que vendría después. Va a tener que criar a un bebé ella sola, y no está preparada para eso.

-Nadie está nunca preparado para tener un bebé, por mucho que nos lo creamos -respondió la abuela Jenny-. Cuando iba a nacer tu madre, me leí todos los libros y obligué a tu abuelo a que se los leyera también. Pero no sirvió de nada. Todos los bebés son diferentes, y cada lloro es una crisis hasta que conoces bien a tu propio hijo. Al final, te adaptas, y empiezas a resolver los problemas que van llegando. Kelsey hará lo mismo. Es tu hija, ¿no? Me imagino que tiene capacidad de organización y fuerzas para salir de esta, ¿no? Incluso aunque no tuviera la ayuda del padre del bebé.

-¿Y me equivoco por querer que termine su educación, pase lo que pase?

-Tener una carrera y una buena educación nunca es un error, pero no sabrás si este es el mejor momento para terminar eso si no te sientas a hablar con ella y la escuchas. Al final, es Kelsey quien tiene que tomar la decisión.

-Sí, supongo que sí -dijo Hannah, y se apoyó en el hombro de su abuela. Su olor a rosas la reconfortó-. Te quiero, abuela. Sé que vine aquí para intentar obligarte a que hicieras las cosas a mi manera, pero solo porque te quiero y me preocupo por ti.

Su abuela le guiñó un ojo.

-Pues me alegro de que no seas la única cabezota de la familia. A mí no se me puede obligar tan fácilmente a nada. Bueno, sube a hablar con tu hija. Tenéis que empezar a resolver la situación. Y si te encuentras a Luke al subir, dile que me puede llevar a la ferretería de la costa para comprar pintura dentro de una hora.

-¿Más pintura? Pero si ya la hemos comprado -protestó Hannah.

-He decidido que el blanco es demasiado aburrido para el exterior de una posada de playa. No sé por qué dejé que me convencieras.

-¿Aburrido? -preguntó Hannah con nerviosismo-. ¿Qué significa eso?

-Que voy a pintarla de turquesa, después de todo. Menos mal que este no es uno de esos municipios en los que hay que pedir licencia para todo. ¿Puedes creer que hay sitios en los que hasta tienen una gama de colores y tienes que elegir entre ellos? Eso no es para mí. Quiero infundirle nueva vida a la casa. Deberíamos destacar entre todas las demás.

Hannah se estremeció.

-¿Seguro? -preguntó.

No creía que ningún posible comprador pudiera interesarse por un edificio de color turquesa, pero, seguramente, aquella era la menor de sus preocupaciones. Claramente,

la abuela Jenny no tenía intención de vender la casa en aquel momento.

-Seguro -dijo su abuela-. Pero voy a preguntarle a Luke qué le parece antes de volverme loca -le dijo a Hannah, y la miró con astucia-. Parece que tiene una buena cabeza. ¿Te has dado cuenta?

Hannah la observó recelosamente.

-No tendrás planes para Luke y para mí, ¿no?

-Ni siquiera sé si está casado -dijo su abuela, inocentemente-. Si quieres, se lo puedo preguntar en el viaje a la costa. Ir tomándole el pulso, por decirlo de algún modo.

Hannah soltó un gruñido al ver cómo le brillaban los ojos.

-Déjalo, abuela. Seguro que Luke ya nos contará lo que quiera que sepamos.

-Es mejor saber algunas cosas desde el principio -dijo su abuela-. Tú, ocúpate de Kelsey. Yo ya me ocupo de Luke -añadió, y se puso de pie-. Ahora que tenemos un plan, vamos. No podemos perder todo el día holgazaneando aquí sentadas.

Hannah miró con melancolía las olas del mar por la ventana de la cocina. Holgazanear le parecía mucho mejor que subir a enfrentarse con su hija. Tuvo la tentación de escapar de la casa e irse a la playa, pero su abuela la miró con severidad.

-Está bien, está bien, ya subo -dijo.

Sin embargo, sentía una gran reticencia. ¿Cuándo se había convertido en una mujer que esperaba que ignorando los problemas se iban a solucionar? ¿Cuándo había empezado a sentir aquel poderoso deseo de meter la cabeza en la arena y fingir que todo iba bien?

Tenía que ser la influencia de Seaview Key, pensó, mientras subía las escaleras. Otro motivo por el que tenía que volver a su vida organizada y productiva. En Nueva York, ella era la mujer a la que había que acudir para resolver los problemas. Allí, en Seaview, se había convertido en alguien que no tenía motivación ni respuestas para nada. Hannah, la vaga. Se estremeció.

Kelsey oyó que llamaban a la puerta y supo que era su madre.

-Tengo que colgar -le dijo a Jeff-. Te llamo después.

Apagó el teléfono móvil y lo metió en uno de los cajones de la mesilla de noche. Después, le dijo a su madre que pasara.

-¿Con quién estabas hablando? -le preguntó Hannah.

-Con nadie.

-Te he oído hablar.

-No, debía de ser la radio -dijo Kelsey.

Su madre entrecerró los ojos.

-Estás mintiendo, Kelsey, y eso no se te da bien, así que no lo hagas.

Kelsey se encogió.

-Era un amigo de la universidad.

-¿El padre del bebé?

-¿Por qué dices eso?

-¿De verdad estabas hablando con el padre del bebé? ¿Por qué?

-Yo no he dicho que...

-Kelsey, ¿qué piensa ese hombre de que te hayas quedado embarazada? ¿Qué tipo de

persona te dejaría enfrentarte sola a algo como esto?

-Mamá, no sabes de qué estás hablando, así que déjalo, ¿de acuerdo?

-Después de estar con tu padre, creo que sé un par de cosas sobre los hombres que no están a la altura de la situación. No debes tener a nadie así en tu vida, Kelsey. Olvídalo. Nos tienes a tu abuela y a mí. Podemos ayudarte en todo esto.

-No se trata de tu vida, mamá, y Jeff no es como papá. De hecho, es muy diferente. Soy yo la que no quiere casarse. Soy yo la que tiene problemas para aceptar lo que está pasando. No quiero tener un hijo ahora. No estoy preparada. Yo abortaría, pero Jeff se puso furioso cuando le mencioné esa posibilidad, así que le prometí que lo pensaría todo antes de hacer algo drástico.

Kelsey se sintió fatal al ver la cara de consternación de su madre.

-Sé que no lo crees, pero ¿cómo voy a traer a este bebé al mundo en estas circunstancias?

-Cariño, no siempre podemos elegir las circunstancias, pero un hijo siempre es una bendición.

-¿De verdad? Dile eso a una mujer a la que han violado.

-¡Kelsey!

-Bueno, es cierto. Hay situaciones en las que un hijo no es una bendición, por cientos de razones. ¿No debería tener yo el derecho a decidir si esto es bueno para mí?

-Sí, hija, tienes derecho a tomar tus propias decisiones. Pero solo después de haber reflexionado cuidadosamente sobre esto. Se trata de una de esas cosas que no se pueden deshacer si se toma una decisión impulsiva, y tienes que vivir con ello el resto de tu vida. Y, para ser sincera, no creo que sea la mejor persona para ayudarte, porque estamos hablando de mi nieto. Puede que yo no hubiera elegido este momento para que llegara, pero la vida es así. Las cosas suceden, y tenemos que enfrentarnos a ellas.

A Kelsey se le llenaron los ojos de lágrimas.

-No quiero pasar por esto -dijo, y se arrojó a los brazos de su madre-. ¿Cómo he podido estropearlo todo de esta forma?

-Creo que las dos sabemos la respuesta a esa pregunta -dijo Hannah-. ¿Por qué no me hablas de Jeff? Nunca lo habías mencionado, pero debe de ser importante para ti si vais a tener un hijo.

Kelsey ya no sabía lo que sentía por Jeff. Sabía que lo quería, pero también estaba furiosa con él por su papel en aquella situación. Como sus sentimientos eran tan confusos, dijo:

-¿Podríamos ir a dar un paseo por la playa, en vez de hablar de él? Es lo que necesito en este momento.

Tuvo la impresión de que su madre quería insistir, pero, al final, cedió.

-Sí, puede que sea lo mejor para las dos. Ver las olas rompiendo suavemente en la orilla, sabiendo que estarán ahí mañana y al día siguiente, y mucho después de que hayamos muerto, ayuda a poner las cosas en perspectiva. En comparación, los problemas nunca parecen tan grandes y abrumadores.

Kelsey miró a su madre con ironía.

-Yo solo estaba pensando que me ayudaría a sentirme como una niña otra vez, durante un rato.

Hannah sonrió.

-Bueno, eso, también.

-Me acuerdo de la última vez que estuve aquí, no para el funeral de la abuela, sino antes. Creo que estaba en el instituto, y tú me dejaste que viniera sola para las vacaciones de primavera.

-Es lo más difícil que he tenido que hacer: verte subir a ese avión -dijo Hannah. Las dos empezaron a cruzar la calle para ir a la playa-. Sabía que eras lo suficientemente responsable como para viajar sola, pero, para mí, fue aterrador. Nunca nos habíamos separado más de dos días. Me quedé en el aeropuerto hasta que el avión estaba en el aire y, después, estuve sentada al lado del teléfono hasta que me llamaste aquella tarde. Sin duda, fue la semana más larga de mi vida.

Kelsey la miró con sorpresa.

-¿De verdad? Creía que te alegrabas de que yo pasara tiempo aquí, con la abuela y la bisabuela Jenny.

-Sí, me alegraba. Quería que conocieras bien al resto de nuestra familia, que te sintieras unida a ellas. Pero creo que tenía miedo de que te enamoraras de Seaview Key. Mucha gente que sale de Nueva York en mitad del invierno y descubre que puede hacer buen tiempo en febrero se enamora de Florida. Y, para alguien que no se crió aquí, Seaview Key tiene mucho encanto.

-Como, por ejemplo, el encanto de poder cruzar la calle y estar en la playa, y que todo el mundo del pueblo sepa quién eres -dijo Kelsey. Se quitó las sandalias y metió los dedos en el agua de la orilla-. No podía creerlo un día que fui al supermercado con la abuela y todo aquel con quien nos cruzamos nos dijo hola y me llamó por mi nombre. Todos sabían quién era yo. Fue muy guay.

-Yo no pensaba eso de niña, porque cualquiera podía llamar a mi casa si me veían comportándome mal. Cuando entraba por la puerta, tu abuela y tu bisabuela me estaban esperando para cantarme las cuarenta.

-Bueno, sí, supongo que eso era un asco -dijo Kelsey con una sonrisa-. ¿Acaso te portabas mal a menudo?

-Bastante -dijo Hannah.

-Cuéntamelo -le rogó Kelsey-. Vamos, mamá, suéltalo todo.

-No, no voy a darte armas para que las utilices contra mí -respondió Hannah, fingiendo que estaba indignada, aunque no pudiera dejar de sonreír.

-Se lo preguntaré a la bisabuela -dijo Kelsey-. Seguro que ella se acuerda de todas las cosas malas que hiciste.

-Seguro que sí. Siempre le encantó decirme que estaba en un buen lío.

Kelsey se puso seria.

-Pero, mamá, tú sabes que tu madre y la bisabuela te querían y estaban orgullosas de ti, ¿no?

Hannah se quedó mirándola.

-¿Por qué piensas eso?

-Me lo dijeron ellas. Cuando estaba aquí, me hacían un millón de preguntas sobre tu trabajo y tus amigos, y todos los sitios a los que íbamos. Ojalá hubieran ido más veces a vernos a Nueva York.

-Las invité, pero la única vez que fueron, lo odiaron -dijo Hannah en un tono defensivo-. Todas las Navidades quería enviarles billetes de avión para que vinieran a

vernos, pero siempre tenían alguna excusa, y siempre era algo relacionado con la posada.

-Era su negocio, mamá -respondió Kelsey con impaciencia-. Precisamente tú deberías comprender lo que es la responsabilidad. Hasta que te pusiste enferma, nunca te has tomado unas vacaciones de verdad.

-¡Pero si estábamos viajando todo el tiempo!

-Solo por trabajo. Yo odiaba esos viajes. Cuando era pequeña, me dejabas en el hotel con una niñera. Cuando fui un poco mayor, me dejabas ir a pasear por las ciudades, pero tenía que hacerlo sola mientras tú estabas trabajando.

-No era así.

-Era exactamente así -dijo Kelsey-. Por supuesto, fuimos a ciudades muy emocionantes, pero tú nunca podías divertirte, y yo siempre estaba sola.

Su madre se quedó consternada.

-Lo siento. No sabía que sentías eso. Siempre pensé que era increíble que pudieras ir a sitios a los que yo ni siquiera soñaba con ir cuando tenía tu edad.

Kelsey se sintió culpable por estropear los recuerdos que tenía su madre de esos viajes.

-Bueno, no estaba tan mal -dijo-. El servicio de habitaciones era siempre alucinante. Ahora ya no puedo ir a hoteles sencillitos.

Su madre soltó un gruñido.

-Anda, haz que me sienta todavía peor, ¿quieres?

-Mamá, no te he dicho nada de esto para que te sientas mal. Solo quería hacerte entender que tú eres tan adicta al trabajo como la abuela y la bisabuela. Creo que tenéis en común muchas más cosas de las que tú piensas.

-No, no lo creo. Siempre estábamos discutiendo por todo. No sabes cómo era.

-¿Que no? Vamos, mamá. Piénsalo bien. Tú y yo tenemos nuestros momentos. Eso es lógico. Nosotras no hemos dejado de discutir hasta hace dos años, cuando cada una tuvimos nuestro espacio y empezamos a tratarnos como gente de verdad, no como madre e hija. Tú te marchaste de aquí, así que no creo que eso pudiera suceder entre tu madre y tú. Ella era increíble.

-Sí, eso ya lo sé -dijo Hannah.

-¿De verdad? ¿Sabías que estaba en el equipo de natación de su universidad? ¿Qué fue la primera presidenta de la Cámara de Comercio de la isla? -le preguntó Kelsey, y vio que su madre se ruborizaba-. No lo sabías, ¿eh?

-No. ¿Y por qué lo sabes tú?

-Porque hablábamos, como estamos haciendo ahora tú y yo. Y por las noches, en el porche, la bisabuela también me contaba cosas de su pasado.

-¿Por ejemplo?

-Ganó el primer premio de un concurso de tango.

-¿La abuela Jenny? No. Es broma.

Kelsey se echó a reír al ver su cara de asombro.

-No, no es broma. Es cierto. El bisabuelo y ella sabían bailar. Y él también cantaba.

-En el coro de la iglesia, sí. Me acuerdo de haberlo oído cuando era pequeña.

-No solo en el coro. Cantaba en una banda. Tocaban por toda Florida. Me enseñó fotos.

Su madre se quedó estupefacta.

-¿Cómo es posible que yo me perdiera todo eso?

Kelsey se encogió de hombros.

-A lo mejor nunca preguntaste, o nunca escuchaste.

-Seguramente, no.

-No quiero que sigamos haciendo eso, mamá, ¿de acuerdo?

-Nunca más -dijo Hannah.

-Te quiero -le dijo Kelsey, impulsivamente, y le dio un abrazo.

-Yo más a ti.

-Gracias por dejarme venir aquí. Sé que estarías más contenta si yo me hubiera quedado en la universidad, pero necesito este tiempo para pensar, y necesitaba hacerlo aquí. Ni siquiera en Nueva York, sino aquí, con la bisabuela y contigo.

Tal vez, en Seaview Key, pudiera empezar a entender quién era de verdad y de dónde provenía. Tal vez pudiera entender lo que se suponía que tenía que ser una familia, para que la idea de crear la suya no le diera tanto miedo.

Capítulo 6

Luke consiguió evitar a Hannah casi todo el día. Primero, fue a la costa con la abuela Jenny a cambiar los botes de pintura que había comprado con Hannah. Cuando llegaron a casa por la tarde, se excusó diciendo que necesitaba un poco de tiempo para sí mismo y se fue al centro del pueblo dando un paseo.

Seaview había crecido un poco con los años, pero no era muy grande. Había dos o tres restaurantes nuevos, unas seis tiendas de ropa, de regalos y anticuarios, y un par de locales que se hacían llamar galerías de arte. No era ningún experto, pero las piezas que tenían expuestas parecían las manualidades que hacían sus hijos en el colegio. Sin embargo, sonrió al ver que Seaview se había vuelto lujoso. En los viejos tiempos, en aquellas tiendas se vendían cebo, aparejos de pesca y camisetas baratas.

Aunque no iba hacia ningún sitio en concreto, se encontró delante de The Fish Tale, un restaurante sencillo que vendía los mejores bocadillos de mero que había comido en la vida, además de cerveza bien fría. Al recordar aquella combinación, entró en el local.

Fue directamente a la barra, y se quedó asombrado al ver al hombre que estaba detrás. Jackson Ferguson, Jack para los amigos, había abierto el establecimiento hacía treinta años. Luke recordaba la inauguración. Por muy rústico que fuera, era el primer restaurante de verdad que había en el pueblo, además de la cafetería y un par de puestos de perritos calientes y hamburguesas frecuentados por los bañistas. También había un bar que acogía a los más juerguistas, pero, en aquellos años, Seaview era demasiado pequeño y no había espacio para más locales de ocio.

En la inauguración de The Fish Tale había globos y, en una pequeña sala, máquinas de pinball para tener entretenidos a los niños. El ambiente era muy familiar. Bajo la severa mirada de Jack, nadie se emborrachaba nunca ni se comportaba mal. Si alguien ya se había tomado demasiadas copas, Jack le ponía freno, lo sacaba del restaurante y lo metía en el único taxi que había en toda la isla para que lo llevara a su casa. Y, si el taxista, John Blake, que también había conducido un taxi en Nueva York, ya había terminado la jornada, el policía que estuviera de servicio proporcionaba el transporte en el coche patrulla.

En aquel momento, Jack estaba ocupado al final de la barra, y Luke tuvo un minuto para observarlo. Todavía estaba bronceado y en forma, pero tenía la cara más curtida de lo que él recordaba. Estaba tomando nota de lo que le pedían con la rapidez y el buen talante de alguien a quien le encantaba hablar con la gente. Al ver a Luke, pestañeó y sonrió.

-Luke Stevens... No pensaba que iba a verte nunca más por Seaview.

Luke se acercó y le estrechó la mano.

-Yo tampoco pensaba que fuera a volver. ¿Cómo está Greta? -le preguntó, refiriéndose a la amada mujer de Jack, que trabajaba en el restaurante con su marido.

A Jack se le hundieron los hombros.

-La perdí el año pasado -dijo con la voz ronca-. Fue un infarto. Yo también estuve a punto de morirme, pero este sitio no se lleva solo. Al final, ha sido lo que me ha salvado.

-Lo siento mucho. ¿Y tus hijos? ¿Siguen en Seaview?

Jack tiró una cerveza y se la puso delante sin preguntarle si la quería.

-Bill se marchó después del instituto, como tú. Tenía grandes expectativas, y las cumplió. Es abogado y trabaja en Biloxi. El Katrina le destruyó la casa, así que su familia y él vinieron a vivir aquí un par de meses. Después, volvieron para reconstruirla.

-¿Y Lesley Ann?

-Si te quedas esta noche, puede que la veas. Está embarazada de su tercer hijo y a punto de dar a luz, pero no para. Viene por aquí una vez al día solo para echarme sermones por lo mucho que trabajo y para decirme que contrate a más gente -dijo Jack, y cabeceó-. Esta hija mía da más la lata todavía que su madre.

Luke sonrió. Recordó una vez memorable que había salido con Lesley Ann, y ella había hecho eso exactamente: fastidiarlo de principio a fin. Parecía que algunas cosas no cambiaban nunca.

-Me gustaría conocer a su marido -dijo-. Debe de ser muy paciente.

-Ese hombre besa el suelo por donde pisa mi hija. Las charlas de Lesley Ann le entran por un oído y le salen por el otro. A lo mejor es porque se casaron tarde. Tenían ya treinta años cuando se conocieron, se casaron dos semanas después y no han vuelto a mirar atrás -le explicó Jack. Después, movió la cabeza de un lado a otro-. Vaya, no dejo de hablar. ¿Querías algo de comer con esa cerveza -¿Todavía tenéis los bocadillos de mero con patatas fritas?

-Por supuesto que sí -dijo Jack-. Si quieres una mesa, será mejor que te sientes ya. Dentro de media hora esto estará de bote en bote.

-No, me quedo aquí -dijo Luke.

-Voy a pedirte el bocadillo y vendré a verte de vez en cuando.

-Gracias, Jack. Me alegro mucho de verte.

El hombre se fue a la cocina, pero volvió a medio camino.

-¿Te estás alojando en Seaview Inn?

Luke asintió.

Jack cabeceó.

-Lo siento muchísimo por Jenny. Ella adora esa casa, pero no sé cómo va a conseguir llevar la posada ahora que ha muerto Maggie. He oído decir que Hannah está aquí, también, pero que no se va a quedar.

-Eso es lo que me ha parecido -dijo Luke.

-Es una pena que no quede nadie para heredar un negocio familiar. Yo siempre pensé que iba a dejarle el restaurante a Bill, pero, irónicamente, es Lesley Ann la que va a seguir. Cuando tenga a este bebé, volverá a trabajar a tiempo completo, y me volverá loco con que tenemos que modernizar esto o aquello, o experimentar con la carta -explicó, agitando la cabeza-. Espero no estar vivo el día que se niegue a servir fritos. Ya despótica contra las grasas trans.

Luke se echó a reír.

-Vaya.

-Voy a traerte la comida para que puedas terminar de comer antes de que llegue. Si no, te va a recriminar lo que les estás haciendo a tus arterias.

Luke no se molestó en decirle que ya conocía, probablemente mejor que Lesley Ann, los peligros de la comida frita. Sin embargo, algunos alimentos estaban hechos para cocinarse de ese modo, y pensó que, si los tomaba con moderación, podría sobrevivir.

Cuando se quedó a solas con su cerveza fría y sus pensamientos, intentó concentrarse en el futuro, pero lo único que se le ocurrió era que, si volvía a Atlanta, la vida no sería como antes. Atlanta era lo suficientemente grande como para que Lisa y él pudieran coexistir en paz y, seguramente, tendrían una relación cordial por sus hijos. Sin embargo, no podía volver a su consulta. El hombre que había sido su mejor amigo y su socio había comenzado a seducir a su mujer en cuanto él se había dado la vuelta. Luke no creía que pudiera ver de nuevo a Brad Reilly sin darle un puñetazo en la cara, así que mucho menos iba a poder ejercer la Medicina a su lado.

Solo con pensar en que Brad y Lisa estaban juntos se ponía de mal humor. No sabía a cuál de los dos odiaba más. La traición siempre era muy amarga, pero... ¿su mejor amigo y su mujer? Recordaba perfectamente cómo se había sentido cuando Lisa le había enviado un correo electrónico para contárselo. Recordaba el horror al leer las palabras, el dolor que le había atenazado el estómago al asimilar su significado, y el entumecimiento posterior.

¿Qué clase de mujer le contaba a su marido algo así cuando estaba tan lejos de su casa, enfrentándose al peligro cada minuto del día? ¿Qué clase de hombre traicionaba a su amigo aprovechando semejante situación?

Por supuesto, él sabía cuál era la respuesta. Los dos eran egoístas. Él sabía eso de Brad desde el día que lo había conocido. Entre todos los internos y residentes con los que había trabajado era legendaria la vanidad de su amigo. Él había aceptado eso y había visto que era un extraordinario cirujano. Su sociedad se había cimentado en el respeto mutuo y en sus habilidades. Su amistad, aparentemente, no tenía cimientos, sino que descansaba en arenas movedizas.

En cuanto a Lisa, seguramente había reconocido aquel mismo rasgo en ella, aunque solo había quedado patente cuando le había dicho que tenía que irse a cumplir con su deber en Irak. Ella le había dejado claro que eso le causaba una gran infelicidad, pero él nunca hubiera esperado que la empujara a tener una aventura con otro hombre. Se preguntó si había elegido a Brad precisamente porque sabía que le iba a romper el corazón.

Por suerte, antes de que se hubiera hundido en la depresión total, Jack volvió con su cena y otra cerveza. Miró a Luke con atención.

-¿Necesitas hablar de eso? -le preguntó con cara de preocupación.

-Esta noche no, gracias -Luke sonrió forzosamente.

-Si cambias de opinión, siempre estoy por aquí -dijo Jack-. Con este trabajo deberían darle a uno la carrera de Psicología. He oído de todo.

-Lo tendré en cuenta -dijo Luke.

-Bueno, pues tómate la cena antes de que se enfríe. Si necesitas algo, me avisas.

Por desgracia, lo que necesitaba no podían servírselo en The Fish Tale, a menos que Jack tuviera un adivino entre el personal, alguien que pudiera ofrecerle una visión más clara del futuro. El que él veía era demasiado oscuro.

Después de dar el paseo con Kelsey, Hannah volvió a la posada con intención de empezar la limpieza y el papeleo que tenía pendientes. Kelsey iba a estar allí pocos días, solo lo necesario para aclarar las decisiones que tenía que tomar, pero ella tenía que preparar la casa para venderla. A pesar de las objeciones de la abuela Jenny, el plan seguía siendo ese.

Sacó la aspiradora, trapos para quitar el polvo y abrillantador para la madera, y fue de habitación en habitación del ala de huéspedes. Lo cierto era que todas las habitaciones estaban en perfecto estado. Su abuela se le había adelantado, o para demostrar que podía llevar la posada o por la impaciencia que sentía por la reapertura.

Por último, llegó a la habitación de Luke, pero no pudo abrir la puerta con su llave. Le parecía que eso sería invadir su privacidad. O, tal vez, tenía miedo por si descubriría algo que no quería saber sobre él... Como, por ejemplo, que había una mujer esperándolo en casa.

-Tonta, tonta, tonta -susurró, y se obligó a sí misma a entrar.

Para su sorpresa, la habitación estaba perfectamente ordenada. La poca ropa que se había llevado Luke a Seaview estaba colgada en el armario. Las toallas estaban en los toalleros del baño, y no húmedas y amontonadas en el suelo. La cama estaba hecha con una precisión militar; las sábanas, perfectamente remetidas, y la manta, completamente alisada. No había ni una mota de polvo. Tampoco vio nada personal, aparte de una foto de dos niños, un niño a quien le faltaba un diente y una niña. La foto estaba en un marco sobre la cómoda.

Se acercó a la ventana para admirar las vistas que tenía aquella habitación. En aquel preciso instante, el coche de Luke giraba hacia el camino de entrada a la parcela. Su abuela salió con varios paquetes, y Luke descargó varios botes de pintura para exteriores y los llevó al porche. Hannah cabeceó al ver la muestra de color que había en las tapas; era un turquesa brillante. Parecía que Luke había aprobado la decisión de la abuela Jenny.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Para su sorpresa, no oyó nada después de que se cerrara la pantalla mosquitera.

Mientras bajaba las escaleras, su abuela alzó la vista con sorpresa.

-Hannah, ¿qué estás haciendo?

-Iba a limpiar las habitaciones de huéspedes, pero no era necesario.

-Pues claro que no. Yo misma las limpié hace pocos días.

-Abuela, eso es demasiado para ti.

-No seas tonta. Además, la hija de Jolene Walker, Macey, viene una vez a la semana para ayudarme. Ella hace los baños y se pone de rodillas para quitarles el polvo a los rodapiés.

-Pues hace un buen trabajo -dijo Hannah de mala gana.

-¿Es que crees que iba a decirle que viniera si no fuese así?

Hannah se contuvo para no suspirar.

-¿Cómo han ido vuestras compras? Veo que has traído la pintura del color que querías.

La abuela Jenny se animó.

-Luke dijo que sí, que a esta casa le hacía falta un poco de color.

-¿De verdad? ¿O le has obligado a decirte lo que tú querías oír?

-No, él sabe perfectamente lo que piensa. Además, solo le estaba pidiendo su opinión, ¿por qué iba a obligarle?

Hannah se rindió.

-¿Y dónde está ahora?

-Se ha ido a dar un paseo. Me ha dicho que iba a cenar en el pueblo -dijo la abuela Jenny, y miró a su nieta con astucia-. Mencionó algo del The Fish Tale. Podrías ir con él, si quieres. Yo le preparo algo a Kelsey. Así podré hablar con ella. Tal vez pueda llegar al fondo de lo que pasa con ella. A menos que lo hayas conseguido tú, claro.

-Hemos hablado. Me ha dicho que el padre del bebé quiere casarse con ella, pero que ella no está preparada para eso. Después, cambió de tema.

-¿Y no has insistido?

-Pensé que sería contraproducente.

-Bueno, pues yo no soy tan tímida. Vamos, vete. Da un paseo y mira a ver si encuentras a Luke. Puede que se te dé mejor averiguar lo que le pasa a él que lo que le pasa a Kelsey.

-¿Y por qué piensas que a Luke le pasa algo?

-Aparece aquí solo, después de tantos años, sin ninguna explicación. Un hombre tan guapo y cabal tiene que tener una mujer e hijos, una familia.

-Tiene hijos, así que debe de haber una mujer.

-Bueno, pero no está con él, ¿no? Y no me digas que no sientes curiosidad. Anoche te vi observándolo. Y me acuerdo de cómo lo mirabas cuando Abby y él venían aquí todos los días. Te gustaba ese chico entonces, y algo me dice que ahora, también.

-Ves demasiadas cosas -murmuró Hannah.

-Y también las oigo, así que no hables para el cuello de la camisa -respondió su abuela.

Hannah se echó a reír.

-Pues deja de hacer de celestina, ¿de acuerdo? Prométemelo.

Su abuela la miró con inocencia.

-¿Qué puedo decir? Está en mi naturaleza. Además, necesitas a un hombre en tu vida. Un hombre de verdad, no un inútil que se largue a la primera de cambio en vez de hacerse cargo de sus responsabilidades.

Hannah no quería escuchar más sermones con respecto a su exmarido.

-Voy a meter las cosas de limpieza en el armario y me voy a dar un paseo -dijo.

Su abuela asintió con satisfacción.

-Dile hola a Jack de mi parte.

-Yo no he dicho que fuera a ir a The Fish Tale.

La abuela Jenny se encogió de hombros.

-Si no vas, es que eres tonta, y no creo que hayamos criado a ninguna tonta en esta casa.

-Acabas de decirme que fui una tonta eligiendo marido.

-Eras joven. Eso fue un error. Ahora tienes una segunda oportunidad para hacer bien las cosas.

-¿Y por qué estás tan segura de que Luke sería un acierto? No sabes nada de cómo ha

sido su vida desde que se marchó de aquí.

-Sé lo suficiente. Y ya he visto yo otras veces esa mirada de pena que tiene. Ha visto muchas desgracias. Y un hombre que tiene esos sentimientos es que tiene un carácter equilibrado.

-Si tú lo dices -respondió Hannah, dubitativamente-. ¿Estás segura de que no quieres que me quede a hacer la cena?

-Ya te he dicho que quiero estar a solas con mi bisnieta.

Hannah guardó los productos de limpieza, se lavó la cara y las manos y se puso un poco de brillo labial. Al mirarse al espejo, se dio cuenta de que tenía muy buen color en las mejillas. Tenía el pelo revuelto del paseo por la playa. Parecía casi una persona despreocupada y relajada. Lo cual era mentira, dado todo lo que tenía en la cabeza, pero, tal vez, aunque solo fuera durante unas horas, pudiera fingir que todo era perfecto en su vida.

Y su abuela tenía razón en una cosa: Luke era el hombre más atractivo e interesante que se había cruzado en su camino desde hacía una eternidad. Había disfrutado charlando con él la noche anterior en el porche. Había sido divertido poner en práctica sus olvidadas tácticas de flirteo con él. Aunque las cosas solo llegaran hasta ese punto entre ellos, sería suficiente para recordarle que, con cáncer o sin él, su vida no había terminado. Tenía que vivir cada momento como si fuera el último.

Hannah fue paseando hasta el pueblo, diciéndose que The Fish Tale no tenía por qué ser su destino. Podía explorar un rato y volverse a casa. Luke no tenía por qué saber que ella había salido con la intención de encontrárselo.

Cabeceó. Se estaba comportando como una adolescente. ¿Cuántas veces habían planeado Abby y ella que iban a encontrarse con Luke por casualidad? Cientos. Sin embargo, ninguno de esos encuentros había surtido efecto. Había sido necesario algo mucho más dramático para captar la atención de Luke. Abby había estado a punto de ahogarse, y Luke la había salvado. Después, se había fijado en ella y, a partir de ese momento, los tres se habían vuelto inseparables. La situación había sido una tortura para Hannah, que se había enamorado de Luke pero no había dicho nada, y menos, después de que Luke eligiera a Abby. Las amigas no podían quitarse el novio. Luke estaba fuera de su alcance.

Cuando llegó al The Fish Tale, se quedó fuera, pensando en si debía entrar o no.

-La comida es buenísima -le dijo alguien, a su espalda-. Lo garantizo. Este restaurante es de mi familia.

Hannah se dio la vuelta con una sonrisa.

-¿Lesley Ann?

-¡Oh, Dios mío, Hannah! No puedo creerlo -dijo Lesley Ann, mientras la abrazaba.

-Vas a tener un niño -le dijo Hannah, retirándose un poco para poder mirarla-. Y estás resplandeciente.

-Es mi tercer hijo -respondió Lesley Ann-. Va a nacer en cualquier momento, así que ni siquiera debería estar aquí, pero me gusta venir a última hora del día para ver qué tal está mi padre. Desde que murió mi madre, trabaja demasiado, pero no consigo que se lo tome con calma. Me imagino que tú tienes el mismo problema con Jenny.

-Pues sí -dijo Hannah.

-Vamos, vamos a entrar. Te invito a cenar -le dijo Lesley Ann.

Hannah asintió. Se sintió aliviada de no tener que entrar sola.

Lesley Ann abrió la puerta y pasó.

-Eh, papá, mira a quién me he encontrado merodeando por la acera.

Luke se dio la vuelta, y sus miradas se cruzaron. Él sonrió, aunque Hannah no supo si la sonrisa era para Lesley Ann o para ella.

-Pues mira quién ha aparecido hace un rato -le dijo Jack a su hija, señalando a Luke-. ¿Por qué no os sentáis los tres en una mesa y charláis? Yo os llevo algo de beber. Hannah, ¿qué quieres? ¿Cerveza? ¿Refresco? ¿Algo de comer?

-Una cerveza y un bocadillo de mero -dijo ella al instante.

-Para mí, solo agua, papá -dijo Lesley Ann, mientras caminaba entre las mesas-. Vamos a esa mesa vacía de al lado de la ventana -añadió, acariciándose la tripa de un modo protector-. Este embarazo mío ya no cabe en ningún reservado.

Llegó hasta la mesa y sacó una silla antes de que Luke pudiera hacer el gesto. Él se encogió de hombros y sacó otra para Hannah.

-La misma vena independiente de siempre -le dijo a Lesley Ann.

-Mi madre me enseñó bien -replicó ella-. Bueno, contadme qué tal vosotros. Hannah, tú vives en Nueva York, ¿no?

-Sí, y trabajo en las relaciones públicas.

-Ah, parece muy interesante. ¿Te gusta?

-Sí, mucho. Es lo que siempre quise hacer -dijo.

Entonces, se preguntó por qué últimamente no era tan feliz. Debía de ser por la presión que había sufrido aquellos meses, y no por la falta de satisfacción con su vida.

-Luke, ¿y tú? -preguntó Lesley Ann-. No había vuelto a saber nada de ti desde que tus padres se fueron de aquí, y todavía estabas en la universidad.

-Bueno, no hay mucho que contar -dijo él, con tirantez. Por un momento, se puso muy serio, pero suspiró de alivio cuando Jack llegó para servirle a Hannah su comida.

Hannah le dio el primer mordisco al bocadillo y cerró los ojos.

-Está tan delicioso como recordaba.

Luke sonrió.

-Yo he dicho lo mismo.

-Por supuesto -dijo Lesley Ann con indignación-. Era la receta de mi madre, y no permito que nadie le cambie ni una coma.

-Me he enterado de que te vas a hacer cargo del restaurante un día de estos - comentó Luke.

-Sí, si consigo que mi padre se jubile -dijo, mirando hacia la barra, donde su padre charlaba con un cliente-. Pero ¿cómo voy a obligarle, cuando este sitio es lo único que le mantiene activo desde que mi madre murió? Tú debes de entenderlo bien, Hannah. Seguro que debe de ser muy parecido con tu abuela, desde que murió tu madre. Seaview Inn debe de ser más importante para ella que nunca.

Hannah asintió lentamente, aunque no quería admitir que Lesley Ann tenía razón.

-Pero no sé cómo va a poder con la posada a su edad.

-Contrata a alguien que la ayude -dijo Lesley Ann-. O vuelve tú a Seaview. Sé que vosotros dos estabais deseando marcharos de aquí. Supongo que a todos nos pasaba lo

mismo. Pero, ahora, yo estoy encantada. Es un sitio estupendo para criar a los niños, y a mí me encanta el ritmo relajado de la vida. Bueno, en la temporada alta es una locura, con tanto turismo, pero el resto del año tengo tiempo suficiente para recuperarme.

Hannah no quería aguarle la fiesta, pero, a sus ojos, Seaview seguía siendo tan aburrido como siempre. Allí, en The Fish Tale, el negocio era muy próspero, pero ¿qué otra cosa podía hacerse en aquel pueblo?

-Yo creo que me volvería loca si viviera aquí -dijo-. Estoy acostumbrada a ir al teatro y a conciertos, a comer comida de todos los países del mundo cuando quiera, y a pasarme la tarde en un museo o una galería de arte, cuando tengo tiempo.

Luke la observó atentamente mientras hablaba. Después, preguntó:

-¿Y cuándo haces todas esas cosas? Porque, según tu abuela, eres adicta al trabajo.

Hannah se estremeció al oírlo, pero no pudo negarlo.

-Bueno, sí, un poco, pero todo eso lo tengo al alcance de la mano si quiero hacer algo -respondió.

-Pero, si no lo haces, no te sirve de nada.

Hubo un tiempo en que lo hacía. Iba a las inauguraciones de las galerías de arte, iba a conciertos gratis casi todos los fines de semana, ahorraba para comprar entradas para el ballet o los espectáculos de Broadway. Aunque estuviera justa de dinero, se ocupaba de que Kelsey estuviera en contacto con toda la cultura que ofrecía Nueva York. ¿Cuándo había cambiado eso? Ahora tenía dinero suficiente y contactos como para sentarse en la primera fila de los teatros, pero casi nunca tenía tiempo para nada.

-¿Dónde vives tú? -le preguntó a Luke-. Seguro que no es un sitio como Seaview. Seguro que es una ciudad grande y llena de cosas que hacer.

-Vivía en Atlanta -dijo. De repente, se había vuelto distante otra vez.

-¿Vivías? ¿Ya no vas a volver?

-No lo sé -dijo él, encogiéndose de hombros-. Probablemente, sí.

-¿Por qué no quieres explicarlo? -le preguntó Lesley Ann.

-Es una larga historia -dijo él-, y se está haciendo tarde. Tengo que irme a descansar, porque mañana quiero empezar a pintar.

Hannah frunció el ceño.

-Tú no tienes por qué pintar la posada, Luke. Podemos contratar a alguien para que lo haga.

-Es el trato que hice con tu abuela. Ella me permitió que me alojara en la posada, aunque estuviera cerrada, si la ayudaba con algunas de las reformas.

-No sé qué hay entre vosotros dos -refunfuñó Hannah-. Ella te deja venir aunque no se acepten reservas y tú dejas que te convenza para comprar ese color turquesa tan horrible.

-No es horrible -dijo Luke, aunque estaba a punto de escapársele una sonrisa-. Es alegre y colorido.

Hannah miró a Lesley Ann y puso los ojos en blanco.

-¿Ves lo que quiero decir? Estos dos están conchabados.

-Pues a mí me parece muy bien que Luke quiera ayudar -dijo Lesley Ann-. Y el color me parece muy divertido. Avisadme cuando la casa esté pintada y llevo a mi padre para que la vea. Le he estado rogando que me dejara pintar el restaurante de color

coral, porque es más adecuado para un sitio de playa.

-Os ha picado a todos el mismo bicho -murmuró Hannah.

Luke se echó a reír.

-Puede ser. ¿Tú vas a volver ya a casa?

-Bueno, siempre y cuando no intentes convencerme por el camino de que el turquesa es el mejor color del mundo.

-No, por favor. No se me ocurriría. Había pensado ir contándote de qué color quiere pintar el comedor.

Hannah lo miró con horror.

-¿De qué color?

-Te lo digo por el camino -le prometió, y guiñó un ojo a Lesley Ann-. Buenas noches. Volveremos pronto, estoy seguro.

-Buenas noches a los dos. Os espero. Me alegro mucho de que hayáis vuelto a casa.

Cuando salieron a la calle, Hannah se estremeció.

-¿Tienes frío? -le preguntó Luke.

-No, solo estaba pensando en lo que ha dicho Lesley Ann. Hacía muchos años que no pensaba en que Seaview fuera mi casa.

-No puedes negar de dónde vienes -le dijo él-. Te guste o no, este es tu hogar.

-No, es el sitio donde me crie -replicó ella-. Mi casa está en Nueva York.

-Aparte de la gente con la que trabajas, dime el nombre de media docena de personas de Nueva York que sepan cómo te llamas tú, y que sepan lo que te gusta y lo que no te gusta.

Al instante, Hannah decidió aceptar aquel reto, pero fue más difícil de lo que creía.

-El hombre de la tienda de bagels sabe que me gustan solo con crema de queso -respondió, finalmente.

-¿Y cómo se llama?

-Eh... Raul -dijo, con una expresión de triunfo. Sin embargo, un segundo más tarde, vaciló-. ¿O Rafael?

-Es evidente que estáis muy unidos -le dijo Luke.

-Bueno, pero tengo una amiga desde hace muchos años, y conozco a mucha gente. ¿Me estás diciendo que en Atlanta es mucho mejor? ¿Tú estás hasta arriba de amigos estupendos?

-No, pero eso precisamente es lo que quiero decir. Que es agradable vivir en una comunidad en la que puedes entrar a un restaurante y saludar a los dueños, porque te conocen, y conocen a tu familia, y conocen tu historia. Reconócelo, Hannah, ha sido muy cómodo y agradable estar en The Fish Tale y ver otra vez a Jack y a Lesley Ann.

-Por supuesto que sí, por una noche, ha sido muy agradable charlar con ellos. Pero... ¿tú crees que tenemos algo en común a estas alturas?

-Tenemos un pasado común, muchos recuerdos, amigos comunes... Y Seaview ya no está tan aislado como cuando nosotros éramos pequeños. Aquí vienen turistas de todo tipo, y de todo el mundo. Me imagino que Jack y Lesley Ann pueden mantener una conversación animada sobre cualquier tema. Hablar con los clientes es algo muy necesario en un restaurante de este tipo.

-Pues a mí me parece que estás un poco embriagado de nostalgia -replicó ella-. En un mes, estarías tan harto de este sitio como yo.

Él la miró.

-Yo no estaría tan seguro de eso.

-No puedo creerme que estés pensando en venir a vivir aquí -dijo ella con asombro-. Tienes tu vida en Atlanta. Hace menos de diez minutos has dicho que ibas a volver.

-He dicho que probablemente iba a volver y que tenía una vida en Atlanta. Pero no sé cuántas cosas de esa vida voy a poder recuperar.

-¿Y no quieres explicarme todo eso? -le preguntó ella con curiosidad. Luke lo había dicho con la tristeza de la que hablaba la abuela Jenny.

Él negó con la cabeza.

-Un día de estos, pero hoy, no. Vamos a pasear por la playa y a disfrutar de la calma y el silencio.

-No hay ni calma ni silencio -gruñó ella-. ¿Es que no oyes el oleaje?

Luke la tomó de la mano.

-Shh, Hannah. Tú haces más ruido que las olas.

Al instante, se quedó callada. Luke había entrelazado sus dedos con los de ella, y Hannah no sabía lo que sentía al respecto. Hacía veinte años, habría dado cualquier cosa por tener un momento así en una noche como aquella, con el cielo lleno de estrellas y la delgada luna reflejándose en el mar. El corazón le habría estallado si Luke le hubiera prestado tanta atención.

Sin embargo, aquella noche, después de oírle decir que tal vez se quedara en Seaview Key, el contacto de su mano le producía terror. No podía enamorarse otra vez de Luke Stevens, porque se le rompería el corazón. Si resurgía algo entre ellos, ¿cómo iba a sobrevivir teniendo que marcharse? Y no podía evitar marcharse, porque la vida que quería estaba en Nueva York.

Entonces, Luke alzó sus manos unidas y le rozó el dorso con los labios y, en aquel instante, Hannah tuvo la sensación de que su mundo empezaba y terminaba allí mismo, en aquella playa.

Capítulo 7

Kelsey estaba balanceándose lentamente en una de las mecedoras del porche, junto a su bisabuela Jenny. Cuando estaba en el instituto y fue a Seaview durante las vacaciones de primavera, había descubierto lo relajante que podía ser sentarse fuera una noche agradable y mecerse, oyendo solo el ruido de las olas y el canto de los pájaros, y la música que estuvieran escuchando su abuela y su bisabuela. Hasta aquel momento, no sabía lo silencioso que podía ser el mundo sin el fragor constante de las bocinas, el tráfico y los camiones de la basura que pasaban por la calle.

En aquella visita, también había disfrutado mucho escuchando las historias que contaban de la familia y de los huéspedes que se habían alojado en la posada durante todos aquellos años. Le pareció irónico que su madre y ella, viviendo en una ciudad tan grande y llena de turistas, no hubieran conocido nunca a ninguno y, sin embargo, en Seaview, con tan pocos habitantes, su abuela y bisabuela hubieran conocido siempre a gente de todas partes del mundo.

-Bisabuela, ¿tú nunca has querido vivir en otra parte? -le preguntó.

-No, nunca. Esta es mi casa y siempre lo ha sido -declaró Jenny, y miró a Kelsey fijamente-. Y lo será hasta el día que me muera.

Kelsey sonrió al oír su determinación.

-¿Mamá te ha sugerido que vayas a vivir a una residencia?

-Lleva desde que llegó intentando abordar el tema.

-¿Y le has dicho tú lo que piensas?

-Con total claridad -respondió su bisabuela-. Pero me parece que no me ha hecho ni caso. Tu madre es igual de obcecada que tu abuela Maggie -dijo, y añadió, sonriendo-: Y yo soy peor.

-Yo no creo que tengas que irte si tú no quieres -le dijo Kelsey.

Desde que había llegado, tenía una idea rondándole por la cabeza. No estaba segura de cuándo había llegado a la conclusión de que aquella era la respuesta perfecta para su situación, pero, una vez que lo había pensado, quería llevar a cabo aquel plan. Y aquel momento era tan bueno como cualquier otro para contárselo a su bisabuela.

-Yo podría quedarme una temporada y ayudarte, hasta que nazca el bebé -dijo. Contuvo la respiración a la espera de la contestación de su bisabuela. Para que su plan funcionara, necesitaba que ella estuviera de su lado.

-Kelsey, eres muy buena por ofrecerte, pero ya sabes que tu madre piensa que debes volver a la universidad y terminar la carrera.

-Sí, ya sé que ella lo ha dicho un millón de veces, pero ¿tú también piensas eso? ¿O estás diciendo lo que crees que ella quiere que digas?

-Yo estoy de acuerdo con ella en que la educación es muy importante, y no quiero que dejes la universidad y no vuelvas después a terminar la carrera.

-Pero... ¿qué piensas de verdad?

-Que tú eres la que tienes que tomar la decisión, igual que la decisión de quedarme aquí o no la tengo que tomar yo.

-Eso es lo que yo creo, también. He intentado explicárselo a mi madre, pero no me hace caso. Me gustaría quedarme aquí. Me alegro de que mamá estuviera aquí cuando le conté lo del bebé. Venir aquí ha sido mucho mejor que ir a Nueva York. Ha sido como si... volviera a casa. ¿Te parece una locura?

-Pues claro que no. Esta es tu casa, aunque no hayas estado mucho tiempo aquí. Tus raíces familiares están aquí. Y, algún día, si tú quisieras, esta posada sería tuya.

Kelsey se quedó boquiabierta.

-¿De verdad? ¿Podría ser mía?

-Pero bueno, ¿a quién crees que podría dejársela? Hannah no la quiere. Supongo que, si ninguna de las dos la queréis, entonces la venderéis y os repartiréis el dinero, pero yo no quiero que eso suceda mientras viva. Me dolería demasiado verla en manos de unos extraños, sobre todo en manos de un constructor que la echaría abajo y construiría pisos.

Kelsey se quedó callada. Nunca se le había pasado por la cabeza la idea de ser la dueña de Seaview Inn. Siempre había pensado en que su profesión sería el diseño gráfico porque era algo que se le daba muy bien, pero ya no le gustaba tanto. Le gustaba hablar con la gente y saber cómo eran las personas, cuáles eran las cosas que les impulsaban, y alegrar a los demás cuando estaban deprimidos. ¿Qué podía ser mejor que dirigir un lugar al que las personas iban a relajarse y pasarlo bien?

Además, desde aquella última visita, siempre se había sentido como si aquel lugar la conectara con la vida. Tenía la sensación de que era el lugar al que pertenecía. ¿Podría ser que aquel embarazo hubiera sucedido solo para mostrarle que tenía otras opciones? ¿No sería increíble?

-Bisabuela, por favor, deja que me quede por lo menos hasta que tenga el bebé. Así tendré tiempo de aclararme las ideas.

-¿Por ejemplo, sabrás si realmente estás enamorada del padre del bebé?

Kelsey cabeceó lentamente.

-No, ya sé que quiero a Jeff. Lo que pasa es que no estoy lista para casarme todavía. No sé ni quién soy. Y se supone que el matrimonio es para siempre, como el bisabuelo y tú, no como mi madre y mi padre. Quiero un matrimonio como el tuyo, pero ¿cómo lo voy a tener, si ni siquiera sé lo que quiero de la vida? ¿Te parezco una egoísta?

Su bisabuela le apretó suavemente la mano.

-No, creo que tienes mucha más sabiduría de la que pensábamos tu madre y yo. Y claro que puedes quedarte aquí. Todo lo que quieras.

-Mamá se va a enfadar mucho -dijo Kelsey.

-Yo me encargo de tu madre. Al fin y al cabo, lo único que quiere es que tú seas feliz.

-Y también lo quiere para ti -le recordó Kelsey a su bisabuela.

-Entonces, supongo que las dos vamos a tener que enseñarle qué es lo que nos hace felices.

Justo en aquel momento, se oyeron unas voces por encima del ruido de las olas.

-Seguro que son Luke y tu madre -dijo Jenny-. Van a llegar enseguida.

Kelsey no quería perder aquella serenidad que había conseguido.

-Con salir corriendo nunca se consigue nada, jovencita.

-Estaba pensando que, a lo mejor, a ellos les gustaría tener algo de intimidad. Reconócelo, bisabuela, tú estás intentando que ocurra algo entre ellos. Lo he visto en tu mirada desde el primer día que llegué.

-Te crees muy lista, ¿eh? Bueno, sí, me gustaría que tu madre estuviera con alguien nuevo. Todo el mundo debe tener a alguien que lo quiera y lo cuide.

-Tú no has vuelto a casarte después de que muriera el bisabuelo.

-Eso es diferente.

-¿Por qué?

-Tú ya viste lo bien que nos llevábamos. Estuvimos juntos más de sesenta años, y eso no se puede superar tan fácilmente. Yo todavía lo echo de menos todos los días, y hace cuatro años que murió. Además, solo dos años después, tu abuela se puso enferma, y yo le dediqué toda mi atención. Además, cuando tengas mi edad, ya verás como no hay tantos viejos por ahí que merezcan la pena.

Kelsey se echó a reír.

-¿Y un hombre más joven? -bromeó-. Tú todavía tienes mucho brío.

-Sí, ya lo pensaré -dijo su bisabuela, guiñándole un ojo-. Pero la mayoría de esos están buscando a una mujer que tenga la mitad de años que ellos. Sin embargo, tu madre es diferente, porque es joven y puede empezar de nuevo. Después de que tu padre la abandonara... se merece encontrar la verdadera felicidad con alguien que esté a su altura.

-¿Y tú crees que Luke podría ser esa persona?

Su bisabuela la miró de reojo.

-¿Tú lo has visto bien?

-Sí, pero hay que buscar algo más que el atractivo en otra persona, ¿no? Por lo menos, eso es lo que siempre me ha dicho mi madre.

-Sí, claro que sí, pero ese es un buen punto por el que empezar -dijo Jenny, y se puso en pie lentamente-. ¿Sabes? Creo que has tenido una buena idea. Es mejor que entremos antes de que crucen la calle. ¿Quién sabe lo que podría pasar entre esos dos en una noche como esta, si nosotras no estamos aquí?

-¿Vas a acostarte, o te vas a quedar espiando por la ventana? -preguntó Kelsey.

-¡Yo nunca haría tal cosa! -respondió su bisabuela con indignación-. Me voy a la cama en cuanto cambie la música a algo más romántico.

-Yo podría servir un par de copas de vino -dijo Kelsey.

-Se notaría demasiado. Pero puedes dejar una botella y unas copas en la encimera de la cocina, donde puedan verlas bien. Entonces, pensarán que ha sido idea suya.

Kelsey la miró con aprobación.

-Se te da muy bien lo de emparejar a la gente.

-He tenido muy buenos momentos, sí -dijo Jenny, tomando a su bisnieta del brazo-. Y algo me dice que tú has salido a mí.

Kelsey la miró con seriedad.

-Eso espero, bisabuela. De verdad.

Sabía que no podía tener mejores modelos que su bisabuela Jenny y su madre. Solo tenía que conseguir que su madre se diera cuenta de que había aprendido de ellas el valor de ser fuerte e independiente.

Luke dejó a Hannah a solas en una de las mecedoras del porche y entró a la cocina en busca de algo para tomar. Al ver la botella de vino y las copas en la encimera, se echó a reír. No era precisamente una sugerencia sutil.

Tomó la botella y dos de las copas y volvió al porche.

-Mira lo que me he encontrado en la cocina -dijo, irónicamente-. Seguro que es para nosotros.

Hannah suspiró.

-Lo siento. La abuela Jenny está empeñada en hacer de celestina.

-Pues yo creía que la gente solo hacía eso cuando pensaban que sus víctimas necesitaban ayuda. ¿Acaso tú y yo somos tan patéticos?

Hannah sonrió.

-Tú, no lo sé, pero yo, sí -dijo-. De todos modos, no te sientas obligado a insinuarte.

-Tal vez no sea una obligación -respondió Luke.

Y, en cuanto dijo aquello, se dio cuenta de que era cierto. Se sentía atraído por Hannah. Se había sentido muy cómodo caminando con ella, tomados de la mano, por la playa. Se había sentido bien. Había sentido cosas que creía que habían muerto a la vez que su matrimonio.

-Probablemente no deberías decir esas cosas -comentó Hannah.

-¿Por qué no?

-Porque... Luke, ¿hasta qué punto es complicada tu vida en este momento?

Él respondió con sinceridad.

-Bastante complicada.

-La mía, también. Es muy mal momento para empezar algo que no puede llegar a ninguna parte, ¿no te parece?

-Sí, supongo que sí -dijo él. Estaba decepcionado, a pesar de que aquello era totalmente lógico.

-Pero lo siento -dijo ella.

-Yo también -respondió él.

Se giró hacia ella y esperó a que sus miradas se cruzaran. Y allí estaba. Aquel calor contenido que esperaba una chispa para arder en llamas. Era una pena malgastarlo, pero él no tenía derecho a complicarle la vida cuando ella acababa de decirle que ya era lo suficientemente caótica.

-Entonces, ¿no podemos sentarnos aquí un rato a tomar una copa de vino como viejos amigos y disfrutar de la velada?

Ella sonrió.

-Sí. Eso, sí.

-Muy bien. Pues, en nombre de la amistad -dijo él-, ¿quieres contarme qué cosas están pasando en tu vida en estos momentos? Supongo que el embarazo de Kelsey no es lo único.

-No, ni por asomo. ¿Y tú? ¿Vas a querer contarme lo que ocurre en tu vida?

Él se echó a reír.

-Eso es como decir: Si yo te cuento mi caótica existencia, tú me vas a contar la tuya.

Ella se quedó pensándolo unos instantes, pero, después, cabeceó.

-No -dijo-. La noche es demasiado agradable como para estropearla.

-Pero acuérdate de que los amigos pueden contarse sus problemas, Hannah, ¿de acuerdo? Cuando quieras.

-Gracias. Lo mismo digo.

-¿Y destruir la impresión de que soy perfecto? -bromeó él.

-La única que piensa eso es la abuela Jenny. Tú ya me has confesado que tu vida es un lío.

-Aunque no por culpa mía.

-¿Seguro? ¿Estás seguro de eso?

Él reflexionó sobre todo lo que había ocurrido. Empezó en el momento en que había tomado unilateralmente la decisión de marcharse a Irak. ¿Se merecía lo que había sucedido después? No. No estaba dispuesto a aceptarlo. Sin embargo, sabía que lo había puesto en marcha al no tener en cuenta que Lisa se oponía radicalmente a que él volviera al ejército.

Luke suspiró.

-No sé cómo me siento teniendo una amiga que reconoce una mentira con tanta facilidad y la rechaza.

Hannah lo miró con asombro.

-¿Yo he hecho eso?

-Sí, y ha sido muy molesto, sobre todo porque no tenías ni idea de que lo estabas haciendo.

Ella sonrió.

-Pues piensa en lo mucho que podría ayudarte si supiera de qué estamos hablando.

-Un día de estos -le prometió él-. Es que todavía no puedo hurgarme en las heridas.

Hannah alzó su copa.

-Por las revelaciones futuras.

-Y por la curación -añadió él.

Se había dado cuenta, de algún modo, de que Hannah tenía que curarse tanto como él.

-Bisabuela, ¿sabes qué? -preguntó Kelsey, con entusiasmo, mientras salía al porche al día siguiente, antes de comer.

Al ver a Hannah sentada, pintando la barandilla, se detuvo en seco.

A Hannah no se le escapó la cara de culpabilidad de su hija ni la expectación de su abuela. Se quedó callada, esperando a ver qué tramaban aquellas dos.

-¿Qué? -preguntó la abuela Jenny.

-He apuntado cinco reservas esta mañana -anunció Kelsey, evitando la mirada de su madre-. Todas las familias a las que he llamado reservaron en cuanto les dije que íbamos a volver a abrir la posada -dijo, y miró la hoja de papel que tenía en la mano-. Los Van Dorn me pidieron que te saludara de su parte, y los Johnson me dijeron que esta vez necesitan más de una habitación porque tienen dos nietos nuevos y quieren que este año venga toda la familia. Han reservado cuatro habitaciones en total. Los Marshal, los Watson y los Grady también han confirmado la reserva. Todos estaban muy contentos por poder volver. Algunos van a cancelar reservas que ya tenían hechas en otros hoteles porque prefieren volver aquí.

-Es maravilloso -dijo la abuela Jenny con entusiasmo-. Buen trabajo, Kelsey.

Hannah se tragó el comentario que iba a hacer e intentó controlar su mal humor. Preguntó en voz baja:

-¿Por qué estás aceptando reservas, Kelsey?

-Estamos en un hotel -dijo su hija-. Nuestro negocio es alquilar habitaciones. La gente se ha puesto muy feliz al saber que no habíamos cerrado para siempre. Es estupendo, mamá. ¡He escuchado tantas historias maravillosas esta mañana! La gente me decía que llevaba muchos años viniendo aquí y que están deseando volver. Tenías que haberlos oído.

-¿De quién fue la idea de empezar a llamar a la gente?

Kelsey la miró con una expresión de desafío.

-Mía. La bisabuela dijo que tú no habías hecho nada por anunciar la reapertura, así que he decidido empezar a llamar a algunos clientes de toda la vida.

-¿Y cuándo ibais a decírmelo? -inquirió ella. No sabía si estaba más furiosa porque la hubieran dejado de lado o porque estuviera sucediendo todo aquello. ¿Cómo iba a vender la casa si estaba completamente llena? Aunque, tal vez, eso elevara su valor en el mercado. Cabía la posibilidad de que se estuviera equivocando.

-Ahora ya lo sabes -respondió la abuela Jenny-. Te he dicho varias veces que quería reabrir la posada cuanto antes. Has sido tú la que has estado renqueando.

-Porque tú no puedes llevar este sitio sola -dijo Hannah. Entonces, vio la cara que ponía Kelsey, y se le formó un nudo en el estómago-. Vete dentro, Kelsey. Tengo que hablar con tu bisabuela.

Kelsey se sentó junto a Jenny.

-No. Esto también me concierne. Me voy a quedar aquí a ayudar a la bisabuela a llevar la posada.

-Sobre mi cadáver -le espetó Hannah, enfurecida. Soltó el pincel en el cubo y subió al porche, mirándolas a las dos con cara de pocos amigos. Entonces, se dirigió a su abuela-. ¿En qué estabas pensando al darle esa idea tan absurda? Tiene que volver a Stanford y, cuanto antes, mejor.

-Ella no quiere hacer eso -dijo la abuela Jenny, con suavidad-. Escúchala, hija. Quiere quedarse aquí, por lo menos hasta que nazca el bebé.

-Y después, ¿qué? ¿Malgastar el resto de tu vida en este pueblo?

-A mí me gusta Seaview Key -protestó Kelsey-. Y quiero quedarme aquí por ahora, así que es lo que voy a hacer. Sé que no te gusta, mamá, y lo siento, pero no es una decisión tuya.

-Teníamos un trato -dijo Hannah, aunque sabía que había perdido la batalla. Kelsey era tan terca, que cualquier argumento que ella pudiera darle solo serviría para reforzar su decisión.

-Yo creo que ese trato se volvió imposible el día que supe que estaba embarazada -dijo Kelsey.

-Muchas mujeres van a clase estando embarazadas.

-Seguramente, podría ir a clase y aprobar los exámenes -dijo Kelsey-, pero se te ha olvidado lo demás. Jeff quiere que nos casemos. Lo tendría encima todo el día, y las cosas irían a peor a medida que se acercara el parto. No puedo soportar esa presión además de las clases. Lo único que me dijo el médico fue que evitara el estrés. Es malo

para el bebé y para mí.

Se puso de pie y miró a Hannah.

-Por favor, mamá, no te enfades por esto. Es lo que quiero hacer, y sé que es lo mejor. Así tendré tiempo para decidir qué es lo mejor para todo el mundo, para el bebé, para Jeff y para mí.

-Kelsey, quedarte aquí no es la solución. Jeff y tú deberíais estar arreglando esto entre los dos.

-No podemos -dijo Kelsey-. Sé lo que pasaría. Tendré un par de días malos y él aparecerá para solucionarlo todo, y yo acabaré cediendo porque así es más fácil que enfrentarme a todo esto sola. Y esa no es forma de empezar un matrimonio, si quiero que dure.

-Escúchala, porque es muy sabia -dijo la abuela Jenny-. Deberías estar orgullosa de ella.

-A mí me parece que eres tú la que le has dado estas ideas -dijo Hannah, acaloradamente. Su hija y su abuela se habían unido en contra de ella, y lo odiaba-. Tú sabes que yo quiero vender Seaview Inn, así que has conseguido la ayuda de Kelsey para que te ayude a abrirla. Estabas empeñada en luchar contra mí y has encontrado la forma perfecta.

-Mamá, eso no es verdad -dijo Kelsey-. Ha sido cosa mía. Yo fui la que le dije a la bisabuela que quería quedarme. De hecho, tuve que convencerla para que me dejara, así que no le echas la culpa. Soy yo la que ha estropeado las cosas y te ha fallado.

Antes de que a ella se le ocurriera otro argumento para convencer a Kelsey de que volviera a California, la chica se había marchado. Hannah se dejó caer en la silla que había dejado libre su hija.

-¡Esto es una equivocación! -dijo con enfado-. Una tremenda equivocación.

-No, si es lo que ella quiere -respondió su abuela, en un tono calmado y razonable-. Ya la has oído, Hannah. Necesita tiempo para pensar, y ¿qué mejor sitio que este para hacerlo?

-Tiene solo veinte años. No sabe lo que quiere.

-Yo creo que sí. Sé que esto es muy duro para ti, hija. ¿No te das cuenta de lo terrible que fue para tu madre y para mí que tú nos dijeras que querías marcharte de aquí y que no querías tener nada más que ver con Seaview Key ni con la posada? Pero te dejamos marchar, ¿no? Y lo hicimos de buena gana. ¿No crees que Kelsey se merece lo mismo por tu parte?

Hannah se apoyó en el respaldo de la silla con una expresión de derrota.

-De acuerdo, sé que tienes razón. Sin embargo, ¿cómo voy a apoyarla en esta decisión, si sé que le va a destrozar la vida?

-Porque es su vida -dijo su abuela-. Además, ¿quién sabe? A lo mejor te demuestra que la que estás cometiendo un error eres tú. No va a dejar los estudios para siempre. Ha dicho que era solo hasta que naciera el bebé. Para entonces, a lo mejor le ha tomado manía a este sitio y no quiere quedarse, o está preparada para volver a la universidad. También puede que se haya dado cuenta de que quiere pasarse aquí el resto de su vida.

-Sigo pensando que todo esto te viene estupendamente bien a ti -dijo Hannah.

-Puede que sí, pero te prometo que yo no le he dado la idea a tu hija. Fue ella la que vino a decírmelo. Kelsey es una joven que sabe lo que quiere. Tú misma se lo has

enseñado, y deberías saberlo.

-En este momento, eso no me parece un cumplido.

-Ya verás como todo sale bien. A lo mejor deberías concentrarte en tu vida y dejar de preocuparte tanto por lo que va a pasar con Kelsey.

-Mi vida va perfectamente -protestó Hannah.

-¿Ah, sí? Pues a mí no me lo parece. Sé que tenías una revisión médica y que la has pospuesto, así que debes de estar muy asustada. Y no puedo culparte, después de cómo fueron las cosas con tu madre. También sé que no estás contenta con tu trabajo, no tanto como quieres hacerle creer a todo el mundo. Tienes éxito, pero también tienes que estar pendiente de lo que quiere todo el mundo. No tienes tiempo para disfrutar de ese éxito profesional. Y sé que, en el fondo, muchas veces te preguntas si estás viviendo de verdad el tiempo que pueda quedarte.

A Hannah se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía que su abuela la conociera tan bien. Era obvio que estaba más aguda y fuerte que nunca. El problema era que ella no podía enfrentarse a la situación. Últimamente, su mayor logro era dar un paso tras otro y superar día tras día.

-No quiero hablar de eso -dijo.

-Deberías. Las cargas siempre son más ligeras si se comparten. Escúchame, Hannah -le dijo su abuela-, si no te enfrentas a tus miedos, si no haces lo posible por conseguir las cosas que te hacen feliz, sí que estás cometiendo un error. Y, cuando llegue el momento, sea cuando sea, lo que más lamentamos son las cosas que no hemos hecho.

-¿Tú te arrepientes de no haber hecho algo?

-Solo de una cosa: de que tu abuelo y yo no encontráramos tiempo para hacer ese crucero que siempre nos prometíamos. Estábamos demasiado ocupados y, al final, fue demasiado tarde.

-Yo nunca he querido hacer un crucero -dijo Hannah.

-Pero... ¿no quieres hacer nada que no hayas hecho?

Lo pensó unos instantes y, al final, tuvo que tragarse un sollozo. Hacía tanto tiempo que no se permitía soñar, que ni siquiera tenía sueños. Patético.

Su abuela la miró con tristeza.

-Toma ejemplo de tu hija. Aprovecha el tiempo que estés aquí para pensar. Haz listas. Ordena tus prioridades. Una vez tuviste sueños, y volverás a tenerlos si no permites que tus obligaciones acaben con ellos.

-¿Tú crees? -preguntó ella, entre la esperanza y la incredulidad.

-Lo sé -dijo su abuela-. Bueno, ahora voy a hacer la comida. ¿Por qué no vas a buscar a Luke y le dices que vamos a comer dentro de media hora?

-Luke Stevens no es mi sueño -dijo ella.

La abuela Jenny sonrió.

-Una vez, sí lo fue -replicó-. Destino, karma, llámalo como quieras, pero os ha traído a los dos aquí. Las segundas oportunidades no aparecen todos los días, Hannah. Tienes que aprovecharlas.

Jenny entró en la casa y dejó a Hannah con demasiadas cosas en las que pensar, incluyendo el hecho de que su abuela estaba mucho más feliz y viva ahora que su querida posada iba a seguir abierta.

Capítulo 8

Cuando su abuela se marchó, Hannah se quedó en el porche, paralizada por la sensación de que se le estaba escapando aún más el control de su vida. A pesar de que Jenny le había dicho que podía cambiar las cosas haciendo listas y ordenando sus prioridades, tenía la sensación de que era incapaz de hacerlo bien. Solo tenía que fijarse en cómo estaba llevando la situación con su madre y su abuela.

¿Cómo le había ocurrido aquello? Ella siempre se había puesto metas y las había alcanzado con éxito. Había conseguido una beca para estudiar en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Acababa de terminar la carrera cuando se había quedado embarazada. Había tenido a Kelsey y, al mismo tiempo, había seguido con su carrera profesional, aunque había tenido muchas dificultades, y ese era uno de los motivos por los que estaba tan preocupada por Kelsey.

Cuando su marido la había dejado definitivamente, después de dos años de idas y venidas, ella había recortado los gastos y había conseguido quedarse con el apartamento que habían comprado entre los dos. Había aceptado trabajos *freelance* para ganar el dinero necesario para que Kelsey estudiara en los mejores colegios y para empezar a ahorrar para la universidad. Durante todos aquellos años, sabía perfectamente lo que tenía que hacer y cómo conseguirlo.

Sin embargo, ahora, de repente, estaba perdida. Estaba perdiendo terreno en el trabajo a causa de sus ausencias, y mantenía su puesto gracias a su amistad con Dave y a todos los años de duro trabajo que tenía a sus espaldas. No podía controlar lo que le ocurría a su hija. No podía controlar lo que le estaba ocurriendo a su propio cuerpo. Y todo eso la asustaba. La abuela Jenny estaba en lo cierto.

Sin embargo, admitir que tenía miedo no era una solución para nada. Y ella necesitaba soluciones.

-Estás muy sombría -le dijo Luke, que salió de la casa con un par de pantalones vaqueros, y nada más. Tenía los hombros anchos y ya estaba empezando a ponerse moreno, y tenía pedacitos de pintura blanca en la piel, porque había estado raspando la casa para volver a pintarla. Era muy sexy y atractivo.

-Ha sido una mañana difícil -dijo ella-. Vamos a comer enseguida. Se suponía que tenía que haber ido a avisarte.

-Y no has ido -dijo él, y se sentó a su lado-. ¿Qué pasa? ¿Quieres hablar de alguna cosa?

-Kelsey ha decidido que quiere quedarse aquí y ayudar a su bisabuela a llevar la posada.

-Ah, pues es buena idea.

Ella frunció el ceño.

-Es una idea espantosa.

-¿Por qué? ¿Porque no es lo que tú quieres para ella? ¿O por lo que tenías planeado

para tu abuela?

Ella se estremeció.

-Pues, sí. En parte, es por eso. Me da miedo que no vuelva a la universidad, y que mi abuela se ponga enferma tratando de dirigir este negocio.

-A los jóvenes siempre les va mejor cuando saben lo que quieren y adónde van -dijo Luke-. Como nosotros.

-Es cierto, sí, tienes razón. Pero, hasta ahora, Kelsey tenía otros planes. Cuando era niña y venía al trabajo conmigo, le encantaba sentarse con los diseñadores gráficos. A los diez años sabía hacer un folleto mucho mejor que cualquier profesional.

-¿Estudia Diseño Gráfico?

Hannah asintió.

-Y tiene mucho talento, Luke. Podría conseguir un trabajo en mi empresa al día siguiente de licenciarse. Mi jefe se lo dijo.

-Pero puede que eso sea demasiado fácil. Si lo está haciendo desde que era pequeña, a lo mejor se ha aburrido ya y necesita un cambio. O tal vez solo necesite un poco de espacio. El hecho de estar embarazada cuando no lo esperaba es más que suficiente para justificar que se tome una temporada para saber qué quiere hacer. ¿De verdad quieres que se case a toda prisa, o que siga gastando el dinero en unas clases que ya no le gustan?

Hannah frunció el ceño.

-¿Por qué tienes que ser tan razonable?

-Es un don -dijo él, bromeando-. Pero se trata de su vida, Hannah, no de la tuya. Ya no es tu niñita. Es una adulta, y tú no puedes decidir por ella.

-Dime, ¿tú eres tan calmado y racional con tus problemas?

Él sonrió apagadamente.

-Por supuesto que no.

-Entonces, permíteme que arregle alguna cosa de las tuyas, para que no me sienta tan inútil.

-Yo no estoy arreglando nada tuyo -replicó él-. Solo estoy intentando darte otra perspectiva -dijo. Se puso en pie y le tendió una mano-. Venga, vamos a comer. Te sentirás mejor. Y, si te portas bien, esta tarde te llevo al pueblo a tomar un helado.

-¿Me estás sobornando para que deje en paz a mi hija?

-Puede que te esté sobornando para estar un rato contigo -dijo él.

Como no había tenido una oferta mejor en todo el día, aceptó y le dio la mano mientras se ponía en pie.

-Me parece muy bien lo del helado. Pero, con el calor que hace, ¿no preferirías una cerveza bien fría?

-¿Y perderme cómo le das lengüetazos al helado? No, ni hablar.

Ella vio su cara de diversión, y dijo:

-Estás flirteando, Luke. ¡Para!

-No, estoy intentando que se te olviden los problemas. Es diferente.

Tal vez, pero, fuera cual fuera su intención, ella notó un cosquilleo por todo el cuerpo, y no supo qué hacer. Era otra cosa que añadir a la larga lista de complicaciones de su vida.

Kelsey observó a su madre, con cautela, durante la comida, esperándose otro sermón sobre el error que estaba cometiendo al quedarse en Seaview. Sin embargo, su madre estaba muy callada. Los únicos que hablaban eran Luke y la abuela Jenny.

-Mañana por la tarde ya habré raspado toda la pintura vieja -decía Luke-, y podré dar la imprimación.

-¿Y el turquesa? -preguntó la abuela Jenny-. Estoy deseando ver cómo queda.

-Yo, también -dijo Kelsey.

-Es madera vieja. Hay que darle imprimación obligatoriamente. De lo contrario, las tablas absorberían demasiada pintura, y no quedaría bien.

-Pero... podrás terminar antes del día de la reapertura, ¿no?

-Me dijiste dos semanas, ¿sigue siendo ese el plan?

Kelsey asintió.

-Los primeros huéspedes llegarán el primero de marzo. He intentado darte un poco de tiempo.

-Pues, entonces, sí, estará terminado para entonces -dijo Luke-. ¿Lo único que necesitáis que haga es pintar?

-¿Y los escalones, bisabuela? -preguntó Kelsey-. Hay un par de ellos que están sueltos. Y creo que la entrada de la playa, donde la gente cuelga las toallas, también estaría mejor con una mano de pintura. A lo mejor podríamos pintar el suelo del mismo color que la posada. La madera está muy desgastada por la arena que traen hasta aquí en los pies. ¿Qué te parece?

Su bisabuela la miró con sorpresa.

-Me parece una buenísima idea. ¿Es que has estado anotando lo que hay que hacer?

Kelsey se encogió de hombros.

-Claro. Es parte de mi trabajo, ¿no? Para que la gente vuelva, todo tiene que estar bien bonito.

Se dio cuenta de que su madre fruncía el ceño, pero, por suerte, no dijo nada. No serviría de nada tener otra pelea. Y era divertido mirar con ojos nuevos la posada y pensar en ideas para hacerla más atractiva. Además, las cosas que había anotado no eran demasiado caras.

-Me has dejado impresionada -dijo la abuela Jenny-. ¿Alguna idea más?

-¿Tienes menús y recetas especiales? ¿No deberíamos revisar eso? A lo mejor yo debería aprender y practicar algunos para poder ayudar en la cocina. No se me da mal cocinar. A mamá nunca le gustó y, si yo no quería comer comida preparada todos los días, no me quedaba más remedio que tener algo hecho cuando ella llegaba a casa.

-Yo no odio cocinar -dijo Hannah, protestando-. Lo que pasa es que nunca he tenido tiempo para hacerlo bien.

-Ese es el problema -respondió Kelsey-. Que eres demasiado perfeccionista en todo.

-Si vas a hacer una receta para otras personas, es necesario poner algo más que los ingredientes necesarios -dijo su bisabuela que, por una vez, se puso de parte de su madre-. No vale de nada juntarlo todo y ponerlo en la mesa.

-¡Eh, todo lo que yo preparaba era comestible!

-Bueno, la mayoría -dijo su madre con una sonrisa-. Una vez calcinaste un asado. Y hubo un par de hornadas de galletas con las que se podía construir una casa.

-Qué graciosa -refunfuñó Kelsey, pero sonrió.

-De todos modos, eso no importa -dijo la abuela Jenny, dejando de lado el tema de los desastres culinarios de Kelsey-. Tengo a alguien que viene a ayudar en la cocina, pero tienes que llamarla para decirle que vamos a volver a abrir la posada. La última vez que hablé con ella, Merilee todavía no había encontrado otro trabajo. Su nombre y su número están anotados al lado del teléfono, en la cocina.

-De acuerdo -dijo Kelsey, y tachó aquel punto de la lista que llevaba en el bolsillo-. La llamo en cuanto terminemos de comer.

-Me encanta que seas tan diligente -dijo su bisabuela-. Pero no te canses demasiado, porque tienes que pensar en el bebé. Vas a tener que descansar un buen rato cada día. Este trabajo es muy agotador.

Hannah alzó la mirada al oír aquello.

-Tú nunca has querido admitir eso, hasta que se trata de Kelsey. Cuando te decía que era demasiado para ti, me decías que no.

-Yo nunca he dicho que fuera a llevar esta casa yo sola -replicó la abuela Jenny-. Eso fue lo que pensaste tú. Siempre he sabido que necesitaba ayuda.

-Y pensaste que esa ayuda vendría de mí -dijo Hannah.

-Tenía esa esperanza -admitió la abuela Jenny-. Pero también tenía un plan de contingencia. En este pueblo hay mucha gente que necesita trabajo.

Kelsey vio que su madre se quedaba callada y apartaba el plato.

-Me voy a dar un paseo -dijo-. Luke, ¿te apetece venir?

Él les guiñó un ojo a Kelsey y a la abuela Jenny, y siguió a su madre.

-Bueno, no ha ido mal -dijo la abuela Jenny, y suspiró de alivio.

Kelsey se quedó mirándola fijamente.

-Se podía cortar la tensión con un cuchillo. Aparte de hacer esas dos bromas con mis dotes culinarias, mi madre no está contenta con nada de esto.

-No, pero está intentando aceptarlo. No ha dicho ni la mitad de las cosas que yo pensaba.

-Supongo que no -dijo Kelsey-. ¿Crees que es por influencia de Luke?

-Parece que él tiene un efecto calmante en ella -dijo su bisabuela, y sonrió con picardía-. U otro efecto totalmente distinto.

-¡Bisabuela!

-Eh, yo sabía de estas cosas antes de que tú nacieras, jovencita.

Kelsey dio un salto y abrazó a su bisabuela.

-¿Te he dicho que te quiero mucho y que estoy muy contenta de estar aquí contigo?

-Sí, pero esas cosas nunca se dicen demasiado. Y es mutuo. Todo va a salir bien con tu madre, ya lo verás. Al final, entrará en razón.

Kelsey miró hacia fuera y vio a su madre cruzando la calle, hacia la playa, con Luke.

-Eso espero. Necesita que ocurra algo bueno en su vida, para que no se preocupe tanto por su salud ni por mí.

-Siempre se va a preocupar por ti, Kelsey. Y tiene derecho a estar preocupada por su salud. Pero eso no significa que no pueda haber algo fantástico a la vuelta de la esquina.

Kelsey sonrió.

-O en la habitación del final del pasillo.

Hannah iba andando por la playa a un ritmo que podría agotar a un sargento. A Luke ya le dolía la pierna, porque había estado subiendo y bajando de la escalera toda la mañana, así que no intentó seguirle el paso. Cuando ella se dio cuenta de que lo había dejado atrás, se giró, lo miró disgustada y volvió hacia él.

-Lo siento. Creo que estaba intentando escapar de mis pensamientos, literalmente.

-Y no te ha servido, ¿no?

-No, no mucho -dijo, y lo miró con extrañeza-. Vas cojeando. ¿Estás bien?

-Sí, solo estoy un poco cansado, nada más.

Ella se quedó parada.

-¿Estás enfermo? ¿Acaso no deberías haber estado trabajando tanto?

Luke tuvo ganas de patearse a sí mismo por haber sacado a relucir aquel tema, pero no creía que pudiera levantar lo suficiente la pierna.

-No, no estoy enfermo. No es nada. Solo tengo la pierna cansada.

-Entonces, no deberías estar subiendo y bajando todo el día de la escalera. ¿Por qué has dejado que mi abuela te convenciera para pintar la casa?

Le encantaba que Hannah se apresurara tanto a salir en su defensa. O, tal vez, solo quisiera algo más de lo que poder echarle la culpa a su abuela. Y él no quería ser el motivo de otra pelea.

-Tranquila, Hannah. Ella no me ha convencido de nada. Necesito hacer ejercicio y me gusta ser útil.

-¿Qué te pasó en la pierna? -preguntó ella.

-Tuve un accidente -respondió Luke-. Y deja de mirarme así. He hecho rehabilitación y ya me han dado el alta. Soy perfectamente capaz de pintar la posada.

-Deberías haberlo dicho. Por lo menos, podíamos haber conducido nosotras hasta el pueblo.

-¿Lo dices en serio? Ni hablar. No habría querido que tú te sentaras al volante con el estado de ánimo que tenías.

Ella sonrió con una expresión de arrepentimiento.

-De acuerdo, te lo concedo. Estoy siendo una pesada. Durante el resto de la tarde me voy a portar bien. ¿Quieres que nos sentemos un rato? ¿O te apetece que volvamos a casa?

-Te he dicho que quería un helado. Pero vamos un poco más despacio.

Siguieron caminando con más tranquilidad unos minutos. Al final, ella le preguntó:

-¿Y cómo ocurrió el accidente?

Él pensó en callarse los detalles, pero ¿de qué serviría? Aunque su servicio en Irak hubiera sido el detonante del fin de su matrimonio, se sentía orgulloso de haberlo hecho. Había hombres que hoy día podían andar porque él estaba allí para curarles las heridas.

-Fue la explosión de un coche bomba en Irak.

Ella abrió unos ojos como platos.

-¡Luke! Dios Santo, podrías haber muerto.

-No, no sucedió. Volví a casa. Hay muchos hombres que no pudieron volver, así que piensa en sus familias, no en mí.

-Pero... ¿por qué fuiste a Irak? No creo que tú te alistaras.

-Sí, sí me alisté. Yo trabajé en el ejército. Ellos me pagaron la carrera, así que, cuando varios compañeros míos fueron destinados a Irak, yo volví a alistarme para hacer un año de servicio. Me faltaban pocas semanas para volver a casa cuando tuve el accidente.

-¿Hace cuánto sucedió?

-Seis meses.

-¿Tanto?

-Estuve bastante tiempo en rehabilitación.

-No sé, pero algo me dice que estás quitándole importancia a lo que sucedió.

Él se encogió de hombros.

-¿Tienes el síndrome de estrés post traumático? ¿Por eso no estás con tu familia?

-No -dijo él con tirantez-. No quiero hablar de eso, ¿de acuerdo?

Ella se quedó dolida por la brusquedad de su respuesta, pero le había resultado duro ver la pena en sus ojos cuando le había contado lo de su accidente, y no quería ver la misma pena si le contaba también la fea historia del final de su matrimonio.

Por suerte, delante de ellos aparecía la calle que llevaba al cruce con la vía principal del pueblo. Subieron por las dunas y bajaron a una acera bastante concurrida.

-¿Te apetece uno de crema pastelera helada de Lila's? -le preguntó a Hannah.

-Sí -dijo ella al instante-. Con chocolate y vainilla.

Él la miró, preguntándose cómo era posible que recordara que aquel era su helado favorito. Si acaso lo recordaba.

-Tú me llevaste mi helado preferido -dijo ella, respondiendo a aquella pregunta silenciosa-. Y ahora me toca a mí invitarte al tuyo.

-Me sorprende que te acuerdes -le dijo él, observándola.

-Me acuerdo de todo de aquellos dos últimos veranos antes de que nos fuéramos a la universidad -respondió Hannah, en un tono, que hizo que él se preguntara a qué se refería.

¿Por qué habían sido aquellos dos veranos tan memorables para ella?

Seaview Key, 1985

Todos los alumnos del instituto habían ido a la fiesta de final de curso de la playa. Los chicos habían puesto varias mesas de picnic por la tarde y, ahora, por la noche, estaban llenas de comida. Habían montado dos parrillas y los chicos se turnaban para hacer perritos calientes y hamburguesas, y las chicas servían ensaladas de patata y de macarrones, y bandejas de galletas caseras. Había neveras llenas de latas de refrescos y hielo. Davey Roberts había llevado un equipo de música y las canciones se oían a todo volumen, pero habían elegido una parte apartada de la playa a más de medio kilómetro de la posada, para no molestar a nadie con el ruido.

A Hannah le gustaba Luke Stevens desde el segundo curso, pero él no lo sabía. Aunque ya estaban en tercero, no salían en la misma pandilla. Luke era deportista, y siempre estaba rodeado por las chicas más populares del instituto. Hannah estaba concentrada en sacar las mejores notas posibles para conseguir una beca y marcharse muy lejos de Seaview. Sin embargo, hubiera deseado que Luke se fijara en ella. Por

suerte, nadie, ni siquiera su mejor amiga, sabía nada de aquel enamoramiento, así que no había peligro de que alguien la humillara comentándole que era inútil.

-Eh, Hannah, vamos a darnos un baño -le gritó Abby Dawson, agitando el brazo desde la orilla.

-Voy dentro de dos minutos -le dijo Hannah-. Voy a recoger lo que queda de comida en la mesa.

Acababa de darse la vuelta cuando empezaron a oírse gritos desde el agua. Sin embargo, en aquella ocasión eran gritos de angustia, y media docena de chicos echaron a correr hacia el último lugar donde la habían visto.

Hannah soltó el cuenco que tenía en las manos y corrió tras ellos.

-¡Abby! ¿Dónde estás? ¡Abby!

Vio la cabeza de su amiga entre el oleaje, pero Abby se hundió. Hannah iba a entrar al agua, pero, de repente, apareció Luke, que la empujó hacia atrás.

-Quédate aquí. Tú no tienes fuerza suficiente para nadar entre las olas, y te hundirías. Yo la saco -dijo-. Hannah, ¿me estás oyendo? Quédate aquí.

Ella asintió, con las mejillas llenas de lágrimas.

-Sálvala, Luke. Por favor, date prisa.

Mientras los demás nadaban con dificultad, Luke se lanzó al agua y comenzó a dar brazadas fuertes y largas. Cuando volvió a verse la cabeza de Abby, él estaba ya a pocos metros de ella. Recorrió la distancia en menos de un segundo, pero ella se había vuelto a hundir. Él se sumergió durante una eternidad y, cuando salió a la superficie, tosiendo agua, tenía a Abby en brazos.

La llevó hacia la orilla y, rápidamente, comenzó a hacerle la respiración boca a boca. A los pocos instantes, Abby empezó a vomitar agua.

Hannah se arrodilló a su lado. Le latía el corazón con tanta fuerza que pensó que le iba a estallar.

-Abby, ¿estás bien?

-¿Ha llamado alguien a emergencias? -preguntó Luke, mientras le tomaba el pulso a Abby-. Creo que ya está bien, pero deberían examinarla.

-Ya vienen -dijo alguien. A lo lejos, se oyó una sirena que se acercaba.

Hannah estaba temblando.

-¿Qué te ha pasado, Abby? Tú nadas muy bien.

-Me ha dado un calambre en el estómago -murmuró Abby-. Me he metido demasiado, me dio el calambre y, de repente, estaba tragando agua. Gracias a Dios que estaba Luke.

Cuando llegó la ambulancia, examinaron a Abby y dijeron que había que llevarla al hospital.

-Yo voy con ella -dijo Hannah al instante.

Abby la miró con gratitud, pero, entonces, uno de los médicos sugirió que fuera Luke para que también lo examinaran a él. Luke se giró hacia Hannah.

-Yo la vigilo, ¿de acuerdo? Tú quédate aquí y disfruta de la fiesta.

Hannah quería negarse, pero vio que Abby miraba con adoración a Luke. En aquel momento, se dio cuenta de que iba a ocurrir algo entre ellos dos, y que ella terminaría siendo una espectadora.

Abby le tomó una mano y se la apretó.

-Voy a estar bien, Hannah. Te llamo en cuanto llegue a casa.

-Sí, claro -dijo Hannah, y se apartó mientras subían la camilla de Hannah a la ambulancia-. ¿Llamo a tus padres para que vayan a buscarte al hospital?

-Buena idea -dijo Luke, sin apartar la vista del rostro de Abby. Era como si le hubiera alcanzado un rayo, como si nunca hubiera visto a Abby y acabara de descubrir que era la persona más fascinante del mundo.

Hannah se quedó allí mientras se alejaba la ambulancia. Los otros chicos se dispersaron, y ella fue corriendo durante un kilómetro para llamar a los padres de Abby desde la posada.

Después de explicarles lo que había ocurrido, se preparó un vaso de soda, pero le temblaban tanto las manos que tuvo de dejarlo en la cocina. Salió al porche. Su madre y su abuela ya estaban acomodadas en mecedoras para pasar la velada, y su abuelo estaba dentro, revisando la contabilidad de la posada. Por una vez, ella agradeció aquella rutina tan familiar.

-¿Por qué has vuelto tan pronto? -le preguntó su madre.

-Abby casi se ahoga -dijo ella con la voz entrecortada. Se tapó la cara y se echó a llorar-. Ha sido horrible, mamá. Le dio un calambre y empezó a hundirse.

-Oh, no -dijo su madre, que había palidecido-. ¿Está bien? ¿La sacó alguien?

Hannah asintió.

-La salvó Luke Stevens. Se ha ido con ella al hospital, para que pudieran examinarlos a los dos. Yo acabo de avisar a sus padres.

-Debes de haberlo pasado muy mal -dijo su madre-. ¿Estás segura de que estás bien? ¿Quieres que te lleve al hospital a ver a Abby?

-No, no. Luke está con ella. Es todo lo que necesita.

Fue su abuela la que captó el tono de derrota de su voz.

-Hannah, ¿qué ocurre? ¿Hay algo que no nos estás contando?

-No. Nada en absoluto. Me voy a la cama.

-¿No quieres volver a la fiesta? -le preguntó su madre con preocupación-. A lo mejor deberías estar con tus amigos esta noche.

-Abby es mi amiga. Sin ella, no sería divertido -dijo.

Y, en silencio, se preguntó si todo el verano no iba a ser tan triste como había resultado aquella noche.

El día siguiente era el primer día de las vacaciones de verano, y Hannah estuvo durmiendo casi toda la mañana. Bajó las escaleras a mediodía y entró en la cocina con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y se encontró a Abby sentada en la mesa de la cocina, mientras la abuela Jenny hacía pastelillos de ruibarbo.

Hannah se sintió aliviada al verla, pero también sintió recelo.

-¿Estás bien? Me preocupé anoche, porque no llamaste.

Abby puso los ojos en blanco.

-Hubo mucho alboroto, pero estoy perfectamente, según los médicos -dijo-. Si no, mis padres no me habrían dejado alejarme de ellos. Se pusieron frenéticos al saber lo que había ocurrido, y avergonzaron a Luke. Se comportaron como si él fuera un gran héroe y le ofrecieron una recompensa. ¿Te lo imaginas? Fue de lo más embarazoso.

-Fue un héroe, en realidad -dijo Hannah-. Nadie más se estaba metiendo tanto como para poder llegar hasta ti. Yo iba a hacerlo, pero él me detuvo. Dijo que tenía más

fuerza para nadar, y era cierto.

Abby movió el vaso de té que tenía en las manos y evitó mirar a Hannah a los ojos.

-Estuvo increíble, ¿verdad?

-Sí, fue increíble -dijo Hannah. Vaciló un instante y, después, preguntó-: ¿Y vas a verlo más?

Abby se ruborizó.

-Dijo que iba a venir hoy. Le dije que iba a estar aquí -respondió. Por fin, miró a Hannah-. ¿Te parece bien?

Hannah sonrió forzosamente.

-Claro, por supuesto.

Al decirlo, tuvo mucho cuidado de evitar la penetrante mirada de su abuela. Tenía la sensación de que la abuela Jenny podía verla por dentro, y que sabía que las cosas no iban bien.

-Niñas, ¿por qué no salís al porche y os relajáis? -les sugirió su abuela-. Yo os llevaré algo de comer. Abby, ¿has desayunado?

-No, señora -dijo Abby con una sonrisa-. He venido con la esperanza de que nos ofreciera el desayuno. Ahora que mi madre está trabajando, en mi casa solo hay gofres para la tostadora.

-Pues yo puedo hacer algo mucho mejor que eso. Hannah, ¿a ti qué te gustaría?

-Lo que sea.

-Pues, entonces, haré gofres caseros. Con melocotones por encima. ¿Qué tal?

-¡Muy bien! -exclamó Abby con entusiasmo.

-Para mí también es perfecto, abuela -dijo Hannah-. ¿Te ayudo?

-No, no. Es vuestro primer día de vacaciones. Salid al porche. Y, si viene Luke, avisadme. Me imagino que él también querrá gofres.

Hannah siguió lentamente a Abby al porche, y se sentaron en las sillas de mimbre.

-¿De verdad estás bien? -le preguntó a Abby.

-Sí, gracias a Luke.

-¿Tuviste miedo?

-Sí, mucho, pero cuando me desperté en la playa y vi su cara, supe que todo iba a salir bien.

-Y ahora estás enamorada de él, ¿no? -dijo Hannah, en un tono apagado.

Abby la miró con extrañeza.

-Le estoy agradecida y me parece un chico maravilloso por lo que hizo, pero él nunca se ha fijado en mí. Lo de anoche fue solo una emergencia.

Hannah había visto cómo la miraba él la noche anterior, cuando Abby estaba tendida en la arena.

-Te equivocas -le dijo a su amiga-. Puede que Luke no se hubiera fijado en ti antes, pero ahora, sí.

-Bueno, claro, si estás a punto de ahogarte, es lógico que llames la atención de un chico -replicó Abby-. Hannah, ¿por qué estás enfadada?

-No estoy enfadada. Me alegro mucho de que él estuviera allí.

-Bueno, pues estás enfadada por algo.

Hannah sonrió forzosamente. No podía revelar que estaba enamorada de él, porque ya era demasiado tarde.

-No, claro que no. Es el primer día de vacaciones. ¿Por qué iba a estar enfadada?

Abby no estaba muy convencida.

-Eso es lo que me gustaría saber.

Por suerte, antes de que Hannah tuviera que responder, su abuela salió a llevarles dos platos llenos de gofres, unos vasos de zumo de naranja y una jarra de té helado. Y, justo cuando lo estaba poniendo todo en la mesa para ellas dos, apareció Luke. Saludó a su abuela asintiendo con la cabeza y le dijo hola a Hannah, distraídamente, pero su mirada estaba clavada en Abby.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó con las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero.

Para consternación de Hannah, Abby estaba tan embobada como él.

-Luke, si tienes hambre, puedes quedarte con mi gofre -le dijo Hannah-. Yo voy a hacerme otro.

Pasó por delante de su abuela y entró en la cocina. La abuela Jenny la siguió.

-Sé que es muy duro -le dijo, mientras ponía masa de gofre en la gofrera- ver a tu mejor amiga con el chico que te gusta.

-A mí no me gusta -dijo Hannah.

-¿Seguro?

-Bueno, no puede gustarme, ¿no? Solo tiene ojos para Abby, y ella también se está enamorando de él.

-Algunas veces pasa -le dijo su abuela, comprensivamente-. Lo siento.

Hannah se enjugó las lágrimas con impaciencia.

-Abuela, por favor, no digas nada de esto, ¿de acuerdo? Prométemelo. No pueden enterarse. Nunca.

-Claro que no. Pero, si quieres hablar de ello, yo siempre estoy dispuesta.

Hannah suspiró.

-Creo que, cuanto menos se diga al respecto, mejor.

De hecho, no iba a volver a pensar en Luke de ese modo.

Pero, por supuesto, la vida casi nunca funcionaba así.

Capítulo 9

Era curioso, pensó Hannah, mientras Luke y ella estaban sentados en un banco con los helados, pero, aunque recordara tan bien el pasado, no veía a aquel chico despreocupado en el hombre. Lo miró de reojo, tratando de atisbar al muchacho que tanto le gustaba, pero no estaba allí.

De vez en cuando, a Luke le brillaban los ojos como cuando era un adolescente, y tenía el mismo pelo rubio oscuro, la misma sonrisa y el mismo hoyuelo, pero también había en él una tristeza que antes no tenía. Seguramente, el hecho de sufrir la explosión de un coche bomba y de estar a punto de perder la pierna tendría algo que ver. Y, seguramente, también tenía algo que ver lo que hubiera ocurrido con su matrimonio, algo que le había hecho volver a Seaview. Ella se había enamorado de un chico cuando era adolescente, pero, ahora, se sentía cada vez más atraída por el hombre, con todas sus complejidades y sus secretos.

-Luke, ¿alguna vez te has preguntado por qué no duró tu relación con Abby? -le preguntó, al recordar lo mucho que se gustaban. Aquel verano habían sido inseparables, y durante el curso siguiente, y el último verano después de la graduación. Sin embargo, cuando se habían ido a estudiar a diferentes universidades, el vínculo se había roto.

-Éramos niños -dijo él-. ¿Cuánto duró tu primera relación seria?

-Yo no tuve una relación seria hasta que me licencié en la universidad. Estaba demasiado concentrada en los estudios.

Además, estaba superando el enamoramiento que sentía por él, pensó. Había salido con algunos chicos, pero por ninguno de ellos había merecido la pena arriesgar la consecución de sus objetivos, y nadie le había hecho sentir lo mismo que Luke.

-Eso me sorprende. Yo creía que uno de los motivos por los que querías irte de Seaview era poder conocer chicos más listos o ambiciosos que los que había aquí.

Ella le dio un codazo.

-Dicho así, parezco una persona terriblemente esnob.

-Bueno, en aquel momento sí pensaba eso, pero ahora, me doy cuenta de que solo eras exigente.

-¿Y todo el mundo pensaba eso? -preguntó ella, horrorizada.

-Creo que no todo el mundo, pero podría decirte el nombre de media docena de chicos que querían salir contigo pero que tenían miedo de pedírtelo.

Ella lo miró con incredulidad.

-Dime uno.

-Tommy Wilder -dijo él, al instante, con un brillo de picardía en la mirada.

-Tommy Wilder no era capaz de encontrar el camino de un extremo del campo al otro, ni aunque todo su equipo se lo gritara -dijo ella, con un escalofrío fingido.

-Pero pensaba que tú eras muy guapa. Incluso me pidió que le consiguiera una cita

contigo.

-Pero tú ni siquiera lo intentaste. Me acordaría.

-Abby dijo que tú no saldrías con él ni en sueños -dijo Luke, y la miró-. ¿Se equivocó?

-No. Abby me conocía mejor que nadie. ¿Qué le dijiste a Tommy?

-Que estabas pensando en entrar a un convento, así que no salías con chicos.

Ella le dio otro codazo.

-¡No!

-Sí. Tenía que decírselo sin machacarlo. Era el mejor tacle ofensivo que teníamos. No podía destrozarlo. Y solo me hizo falta mencionar un convento para espantar a un buen chico católico.

-Es mentira -le dijo ella en tono de acusación.

Él sonrió.

-¿Nunca te has preguntado por qué te rehuían todos los chicos del instituto?

-Ni siquiera soy católica.

-Un detalle insignificante -dijo él-. Siento haber destruido tu vida social.

-Seguramente, me convertiste en alguien mucho más misterioso de lo que era en realidad. Y así tuve tiempo de sobra para estudiar y sacar buenas notas.

-Bueno, volvamos a mi pregunta del principio. ¿Cuánto duró tu primera relación seria?

-Cinco años y medio -dijo ella-. Y estuvimos casados la mayor parte del tiempo.

Él dio un silbido.

-¿Es el padre de Kelsey?

Hannah asintió.

-A lo mejor, si hubiera tenido más experiencia, habría visto que no éramos el uno para el otro, pero entonces ahora no tendría a Kelsey. No puedo lamentarme por mi matrimonio, porque tuve una hija increíble.

Él frunció el ceño.

-¿Y no has vuelto a estar con nadie importante desde entonces?

-Nadie ha merecido tanto la pena como para cambiar mi situación. La primera vez cometí tal equivocación, que nunca he vuelto a confiarme. Además, Kelsey y yo somos un buen equipo, y algunos hombres no soportaban eso. Otros no soportaban que yo tuviera una carrera profesional importante. Querían que solo fuera para ellos.

-Tiene sentido que hayas evitado a esos tipos egoístas -reconoció él-. Pero no creo que todos los hombres de Manhattan sean así. Y siempre habrá alguno que pueda estar con alguna mujer lista y con éxito.

-Seguramente, sí, pero, con los años, yo me fui dedicando más y más a mi trabajo. Dejé de buscar -le explicó Hannah, y se encogió de hombros-. Mi amiga Sue se enfada por eso. Me ha preparado tantas citas a ciegas, y tiene un plan tan organizado para ver si me ve felizmente casada, que no sé cómo se le acerca algún hombre soltero.

-¿Es que no sabes que a la mayoría de los hombres les resulta todo un reto una mujer inalcanzable e indiferente?

-Pensaba que todos los hombres detestaban y temían el rechazo.

-Sí, no pueden creer que eso les pase a ellos. Es por el ego hipertrofiado.

-¿Incluido tú? -preguntó Hannah con curiosidad.

-El mío se ha llevado un par de golpes, pero, básicamente, sí. Yo creo en mí mismo.

-Entonces, ¿por qué estás aquí? Me da la impresión de que estás huyendo de algo.

-Es porque he venido para recuperarme y volver a ponerme en pie, literal y figurativamente -dijo él-. Bueno, dime una cosa. ¿Funciona?

-¿El qué?

-Sustituir la vida con el trabajo. ¿No es eso lo que has estado haciendo tú?

Ella se enfadó al oír aquel comentario, pero, después, suspiró. Sí, eso era exactamente lo que había hecho. Ni siquiera iba a intentar negarlo.

-No quería que las cosas fueran así, aunque no me quejo. Mi trabajo me ha permitido tener una buena vida para Kelsey y para mí. Y tengo mucho reconocimiento profesional.

-Pero, al final de la jornada, estás sola. ¿Con quién compartes el éxito?

Ah, eso le dolía. No había nadie. Bueno, Sue, por supuesto. Ella siempre estaba dispuesta para celebrar las cosas. Y la gente del trabajo siempre la felicitaba cuando conseguía una cuenta nueva o conseguía un buen golpe de popularidad para sus clientes.

-Veo que no tienes respuesta para eso -dijo Luke-. ¿Y qué pasará ahora que Kelsey ya es una adulta y está a punto de tener un hijo? Sobre todo, si se queda aquí en Florida o vuelve a California.

-No lo sé -dijo.

De repente, se dio cuenta de que Luke había desviado la conversación sobre él con mucha habilidad. No había respondido a la pregunta sobre su ruptura con Abby, ni a ninguna de las demás preguntas personales, sino que había centrado la conversación en ella.

Estaba a punto de decírselo cuando sonó su teléfono móvil. Hannah miró a la pantalla y vio que se trataba de Sue.

-Tengo que contestar -le dijo a Luke-. Solo será un minuto.

Cuando respondió, Sue le dijo:

-Oigo las olas. ¿Estás en la playa, rata?

Hannah sonrió al percibir su indignación.

-No, pero estoy muy cerca, sentada en un banco frente al mar, y acabo de terminarme un helado de crema pastelera.

-Te odio. Aquí estamos a cero grados y hay un viento helador que barre toda la Sexta Avenida. Me da miedo salir a la calle por si salgo volando hasta Staten Island.

-Lo siento -dijo Hannah, aunque no con demasiada sinceridad.

-No, no lo sientes, pero ¿quién puede culparte? -preguntó Sue-. ¿Cuándo vuelves a casa?

-Dentro de una semana, supongo.

-No lo dices con mucha seguridad. ¿Qué ocurre, Hannah? ¿Es que tu abuela no quiere vender la posada?

-Se ha negado rotundamente. Y ha convencido a Kelsey para que se quede aquí y trabaje con ella.

-¿Cómo? ¿Kelsey va a dejar Stanford para quedarse a vivir en Seaview Key?

-Ese es el plan.

-Oh, Dios mío. ¿Y tengo que ir allí para evitar que la mates?

-No, por el momento me estoy conteniendo.

-¿Y cuándo vas a venir tú a Nueva York?

-En cuanto las cosas estén bajo control aquí, sea como sea.

-Yo creía que tenías una cita médica dentro de ocho días.

-Sí...

-Hannah, no puedes aplazarla otra vez -le dijo Sue, con urgencia-. Y lo sabes. No me importa lo que esté pasando allí, esto es demasiado importante.

Hannah se frotó la sien, porque estaba empezando a dolerle la cabeza.

-Sí, ya lo sé. Estaré allí, lo prometo. Aunque luego tenga que volverme aquí.

-Mejor será, o yo iré al día siguiente y te traeré aquí de los pelos.

Hannah sonrió, a pesar de la presión que estaba sintiendo. Sabía que Sue era muy capaz de hacerlo.

-No voy a dar ninguna excusa para faltar -replicó-. Si quieres venir a Florida, solo tienes que decirlo. Siempre eres bienvenida.

-Si el tiempo sigue así, te tomaré la palabra -dijo Sue. Después de una pausa, preguntó-: Te sientes bien, ¿no? ¿Y te estás haciendo las exploraciones?

-Por supuesto.

-Bueno, pues, entonces, dejo ya de molestarte. Te quiero.

-Yo, también -dijo Hannah-. Gracias por llamarme.

Colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

-¿Te están presionando para que vuelvas al trabajo? -le preguntó Luke.

-No, era Sue, la amiga de la que te he hablado antes, que me llamaba para ver qué tal van las cosas por aquí.

Él la observó atentamente.

-¿Seguro? Porque, entre Kelsey y yo, las cosas estarían controladas aquí, si es que necesitas volver.

-¿Acaso estás intentando echarme?

-¡Ni hablar! -exclamó él, protestando-. Sería mucho menos interesante si no estuvieras por aquí. Solo quería que supieras que puedes irte sin preocuparte por la abuela Jenny ni por la posada. Ni por Kelsey, tampoco.

-Eso no es responsabilidad tuya, Luke -le recordó ella.

-Solo quería que supieras que, si necesitas irte, yo estoy aquí.

-Te agradezco mucho el ofrecimiento. De verdad, ha sido como si cayeras del cielo para pintar y empezar los arreglos en la posada. Sé que la abuela Jenny te lo agradece muchísimo. A pesar de que haya dicho que hay mucha gente en Seaview que necesita trabajo, no es tan fácil encontrar a alguien eficiente. Sin embargo, no quiero que te sientas obligado a quedarte ni a ayudar. Tú también vas a tener que recuperar tu propia vida un día de estos.

-Yo no tengo prisa. Esto me ha venido muy bien, así que no me parece que esté haciendo ningún favor.

-Estás subiendo y bajando de una escalera con una pierna herida -dijo Hannah-. Para mí, eso es todo un favor.

Él la miró de un modo extraño.

-No me retrates como a un héroe, Hannah. De verdad, no lo soy.

-No sé por qué, pero me parece que mucha gente diría exactamente lo contrario,

incluida la abuela Jenny, pero si tú quieres ser humilde, ¿quién soy yo para discutir contigo?

-Deberíamos volver -dijo Luke con tirantez.

-No tienes ningún horario -le recordó ella, pero, de todos modos, se puso de pie.

-Puede que no, pero tu hija va a recibir huéspedes dentro de dos semanas, y me da la impresión de que quiere que todo esté perfecto. ¿Ha heredado ese perfeccionismo de ti?

Hannah asintió.

-Probablemente.

-No lo digas como si fuera un rasgo negativo. Solo tienes que acordarte de que, algunas veces, la relajación es tan importante como el hecho de que todo esté perfecto.

-No eres el primero que me dice que necesito más equilibrio en mi vida -dijo ella-. La abuela Jenny siempre me lo dice. ¿Y tú? ¿Tu vida está equilibrada?

Él se echó a reír.

-Ni por asomo, pero, al igual que tú, estoy trabajando por resolver ese problema.

-Pero... ¿es posible trabajar para relajarse? ¿No es un oxímoron?

-Es como practicar para respirar profundamente y espirar -dijo él-. La respiración es algo natural, así que tienes que aprender a respirar de otro modo. O, por lo menos, eso fue lo que me dijeron en rehabilitación.

-Yo fui a yoga una vez -dijo Hannah.

-¿Y qué tal?

-Suspendí.

-¿Cómo se puede suspender en yoga?

-La profesora me dijo que era demasiado intensa. Que ponía nerviosa al resto de la clase.

Luke se echó a reír.

-Ah, me lo puedo imaginar. Seguro que intentaste que todos respiraran más rápidamente, para poder terminar antes y volver al trabajo.

Hannah se echó a reír con él.

-Algo parecido.

-Entonces, ¿cómo te relajas tú?

Ella abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que, hasta aquellos últimos días, no recordaba la última vez que había hecho algo por relajarse. Ni siquiera se había dado un baño de burbujas, algo que le gustaba mucho. Pero tampoco estaba dispuesta a admitir aquello.

-Salgo con amigos -dijo.

-¿Y habláis de trabajo? -preguntó él, bromeando.

-Sí, algunas veces, sí -dijo ella, y se estremeció-. Bueno, ya está bien. ¿Y tú? ¿Acaso lo haces mejor?

-No, no mucho. Pero ahora ya sé que estaba equivocado. Estoy aquí, caminando por la playa contigo, mientras hay bastante que pintar en la posada.

-Ah, pues si pasear por la playa cuenta, yo también lo estoy haciendo.

-Es cierto -dijo Luke-. Puede que seamos una buena influencia el uno para el otro.

-A mí me parece que va a hacer falta algo más que tomar un helado y dar un paseo por la playa para curarnos de la adicción al trabajo -replicó ella, secamente.

-Habla por ti. Yo me he reformado -dijo Luke. La tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella-. Vamos a hacer un trato. Mientras estemos aquí, tenemos que hacer algo divertido cada día. ¿Qué te parece?

A simple vista, Hannah no vio ningún inconveniente.

-Claro, ¿por qué no?

-Entonces, tenemos un trato -le dijo él, y le rozó suavemente los nudillos con los labios.

Al notar el contacto, ella sintió una descarga de calor que no tuvo nada que ver con hacer un pacto inocente. Allí estaba el inconveniente, pensó con un escalofrío de pánico. Acababa de comprometerse a pasar más tiempo con un hombre que tenía el don de distraerla de todas las cosas que debería estar resolviendo. No era bueno. Nada bueno en absoluto.

Y, sin embargo, no se arrepentía.

Cada día, Luke sentía un poco menos de dolor en la pierna. Seguramente, lo que le calmaba el dolor era la combinación del trabajo físico y los paseos por la playa con Hannah, y los rayos de sol de la tarde, cuando estaba sentado en el porche.

Habían pasado cinco días desde que habían hecho el pacto, y Hannah y él siempre hacían algo relajante por la tarde. Un día, él le había propuesto que jugaran un partido de croquet después de poner los postes en el jardín, como parte de los preparativos para la llegada de los primeros huéspedes. Al día siguiente, habían jugado al bádminton después de que él pusiera la red en el patio lateral. Hannah le había dado una buena paliza, y él había culpado a sus heridas y había cojeado teatralmente después de perder el partido. Habían ido dos veces a pasear por la playa y a tomar helado. Y, el día anterior, él la había convencido para dar un paseo en bicicleta por la isla. Todavía no había decidido lo que iban a hacer hoy.

Alzó la vista y vio a la abuela Jenny saliendo al porche con un par de vasos de té helado en una bandeja. Le entregó uno a él.

-Mi nieta y tú estáis pasando mucho tiempo juntos -comentó.

-Es una gran compañía.

-Sí, sí que lo es -dijo ella, y lo miró con dureza-. Pero en estos momentos tiene muchas cosas que resolver, y no me gustaría verla metida en algo que, al final, le vaya a hacer daño.

Luke asintió lentamente.

-Tomo nota. Pero, para que te tranquilices, los dos ya hemos hablado y estamos de acuerdo en que nuestras vidas son demasiado complicadas como para que suceda nada serio.

La abuela Jenny se echó a reír.

-Habéis hablado. Y estáis de acuerdo. Eso sí que me tranquiliza -dijo-. No me extraña que los dos estéis solos. ¿De verdad crees que se pueden controlar esas cosas? Mira, Luke, la tentación siempre está ahí, y no se puede combatir ni con toda la lógica del mundo.

Él sabía que Jenny tenía razón, porque había tenido la tentación de abrazar y besar a Hannah en varias ocasiones, a pesar de su acuerdo.

-¿Quieres decir que deberíamos evitarnos?

-Yo no soy la que tiene que decidir eso, porque no sé cuáles son las complicaciones de tu vida. Solo digo que, si no se pueden resolver, no empieces con mi nieta nada que le pueda romper el corazón -dijo la abuela Jenny. Después, con una sonrisa, añadió-: Claro que, si esas complicaciones son solo algo que tú has exagerado, tienes mi bendición para ligarte a Hannah.

¿Era eso lo que había estado haciendo? ¿Ligarse a Hannah? Claro que sí. No había estado tantos años casado como para no acordarse de lo que era cortejar a una mujer, buscarla, flirtear un poco y deleitarse a medida que iba intensificándose la tensión sexual. Eso era exactamente lo que había estado ocurriendo con Hannah, y era un error. Ella no era de las mujeres que podían tener una aventura y olvidarlo sin más, y él no estaba en situación de ofrecer algo más.

Luke se puso en pie bruscamente.

-Creo que voy a ir a dar un paseo por el pueblo, mirar unas cuantas tiendas y cenar en The Fish Tale -dijo.

Jenny entrecerró los ojos.

-Creía que Hannah y tú hacíais algo juntos a estas horas de la tarde.

-Sí, pero creo que tienes razón. Es una costumbre que tal vez debamos abandonar.

-Entonces, siéntate aquí y díselo a la cara. No me lo dejes a mí -le dijo ella.

-Vamos, échame una mano en esto. Estoy intentando hacer lo mejor para los dos.

-¿Estás seguro de que sabes lo que es?

-Sé lo que es bueno para este momento, pero no sé lo que es bueno a la larga - respondió él. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla-. Gracias por el aviso.

-Eso no era lo que pretendía cuando me senté aquí -gruñó ella.

Él sonrió.

-Ya lo sé, pero, algunas veces, cuando empiezas algo, no sabes cómo va a terminar.

-Estás empezando a hablar como yo.

Él le guiñó un ojo.

-Es que, algunas veces, eres muy sabia -dijo.

Después, se dio la vuelta y se alejó.

Lo que necesitaba aquella noche era pasar la velada en The Fish Tale, charlando con Jack y, tal vez, con Lesley Ann, y tener un poco de tiempo para pensar en qué demonios estaba haciendo con Hannah. ¿Mañana? Bueno, ya se vería lo que le deparaba el día siguiente.

Hannah no quiso que su abuela se diera cuenta de la desilusión que se había llevado al saber que Luke se había ido sin ella. Murmuró algo sobre todas las cosas que tenía que hacer y entró en la casa para revisar la contabilidad de la posada.

Tal y como sospechaba, su madre no era mucho mejor que su abuela a la hora de hacer cuentas y archivar facturas. Las dos preferían la interacción con los clientes a la parte empresarial del negocio. Aparte del pago de los impuestos, que gestionaba un contable externo, no había una contabilidad decente desde que su abuelo había muerto. Las facturas estaban metidas en los apartados de las carpetas o en sobres, algunas veces, ordenados por año, y otras, por categoría, sin ton ni son.

Encontró todo lo que parecía del año en curso y lo extendió a su alrededor, en el suelo. Estaba intentando poner orden cuando Kelsey entró en la habitación.

-¿Qué haces, mamá?

-Intentando ordenar las facturas y los recibos de esta posada. La campaña de los impuestos está a la vuelta de la esquina. Como la posada ha estado cerrada casi todo el año, creo que será fácil ordenarlo -dijo. Sin embargo, al mirar a su alrededor, hizo un gesto de exasperación-. O, por lo menos, lo sería si hubiera algo bien archivado.

-En esta posada hace falta un ordenador -dijo Kelsey-. Se lo dije a la abuela Jenny y me miró como si estuviera sugiriendo que hiciese un pacto con el demonio.

-Seguramente, sería tirar el dinero -dijo Hannah-. Tú no vas a estar siempre aquí, y ella no lo tocaría.

-Podría pedir que me mandaran mi ordenador desde la universidad -sugirió Kelsey-. Jeff me lo puede enviar. De hecho, necesito que lo empaquete todo y lo envíe a Florida. No tiene sentido que siga pagando el alquiler del apartamento si no voy a volver.

-También podrías volver a buscarlo tú. Si dices en serio que vas a dejar la universidad, habrá cosas que tendrás que hacer allí.

-Ahora no puedo marcharme -protestó Kelsey-. Hay mucho que hacer, porque los primeros huéspedes llegan dentro de dos semanas. Jeff puede enviarme las cosas y yo puedo llamar a secretaría para que gestionen mi baja. Seguramente, puedo hacer el papeleo por internet.

-Creo que cargar a Jeff con todo ese trabajo es pedirle demasiado a un hombre con el que no te quieres casar.

-A él no le importará.

-¿Sabe él algo de lo que has planeado?

Kelsey cabeceó con una expresión de culpabilidad.

-¿Por qué no se lo has dicho?

-Porque se va a disgustar mucho -dijo Kelsey- Dice que no podemos resolver nada si estoy en el otro extremo del país.

-Tiene razón.

-Pero es que ya está resuelto. Voy a tener al bebé y no quiero casarme.

-Pero si tú sí quieres a ese chico -le recordó Hannah-. Es lo que me dijiste.

-Sí. Es un chico estupendo.

-Entonces, no lo entiendo -respondió Hannah con frustración.

-Es demasiado pronto. Todavía no quiero ser la mujer de nadie.

-¿Pero sí quieres ser la madre de alguien?

A Kelsey se le llenaron los ojos de lágrimas.

-No, eso, tampoco.

-Cariño, entonces, ¿qué es lo que quieres?

-Quiero dar al bebé en adopción -dijo Kelsey, y se puso una mano sobre el vientre con un gesto de protección-. Es demasiado tarde para hacer cualquier otra cosa y, de todos modos, le prometí a Jeff que no iba a abortar. Pero no puedo criar a un niño. Lo he pensado mucho, mamá. No soy completamente egoísta en esto, mamá, aunque lo parezca. También estoy pensando en lo que es mejor para el bebé.

-¿Y qué piensa Jeff sobre lo de renunciar a la patria potestad?

-Dice que no lo va a hacer -respondió Kelsey-. Quiere al niño de cualquier modo. Pero yo quiero que el bebé tenga un padre y una madre, y yo no puedo ser esa madre.

Hannah sabía que no tenía derecho a tratar de influir en su hija. Aquella decisión tenía que tomarla Kelsey. Y, también, Jeff. Lo único que podía hacer ella era asegurarse de que sopesaban bien todas y cada una de las opciones.

Una vez más, sugirió:

-A lo mejor deberías ir a California y...

-No, ni hablar -dijo Kelsey, antes de que Hannah pudiera terminar.

-Solo para recoger tus cosas e intentar resolver esto con Jeff.

-No -repitió Kelsey.

-Kelsey, hay algunas cosas que tenéis que decidir juntos.

-Lo llamaré después para contárselo. Es mejor así.

-¿Por qué? ¿A él le costará más convencerte de lo contrario si no estáis cara a cara?

Kelsey asintió.

-Pues eso debería darte una pista, hija. Si lo que sientes por ese hombre es tan intenso, si tu amor y tu respeto son tan profundos, entonces deberías intentar que esto funcionara.

-¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? -le preguntó Kelsey con exasperación-. No quiero perder la oportunidad de saber quién soy. Solo yo, como persona. No como la mujer o la madre de nadie.

-Pero vas a ser la madre de alguien, aunque en este momento no te venga bien -dijo Hannah-. Eres la responsable del bienestar del bebé.

-Eso ya lo sé -respondió Kelsey-. Y lo más responsable es darle este niño a dos personas que deseen desesperadamente formar una familia.

Estaba muy segura de sí misma, pero Hannah sabía que, si daba al bebé en adopción, se arrepentiría de por vida.

-¿Por qué estás tan empeñada en no casarte con un hombre al que quieres, si vas a tener un hijo suyo? Creo que todavía no me has dicho el verdadero motivo.

-No quiero hacerlo porque es lo que tú hiciste con papá -le dijo Kelsey-. Te casaste demasiado joven. Me tuviste demasiado joven, y mira lo que pasó. Te destrozó la vida.

Kelsey se dio la vuelta y se marchó, y Hannah se quedó mirándola con espanto. ¿Eso era lo que pensaba Kelsey? ¿Que el fracaso de su matrimonio y el hecho de tener una hija le habían destrozado la vida? Nada más lejos de la verdad.

Sin embargo, ¿cómo iba a deshacer veinte años de actos que habían provocado que su hija llegara a esa conclusión?

Capítulo 10

Como Luke se había marchado de la posada con intención de evitar a Hannah y se había pasado toda la noche tratando de no pensar en ella, se quedó sorprendido cuando, al llegar a casa a medianoche, se la encontró sentada en el porche, mirando a la nada con cara de pesar.

Su determinación y sus buenas intenciones se desvanecieron. Se acercó a ella y se sentó a su lado.

-Creía que te habrías acostado hace mucho -le dijo, mirándola.

-¿Por eso te has quedado por ahí hasta tan tarde? ¿Para no verme?

-Sí -dijo él.

-¿Por qué?

-Por algo que me dijo tu abuela por la tarde.

-¿Otra vez ha intentado emparejarnos?

-No. Al contrario. Me dijo que, si no tenía intenciones serias, lo mejor era que no hiciera nada -respondió Luke, y se encogió de hombros.

-¿Y tú le has hecho caso? -preguntó Hannah con incredulidad-. ¿Has salido corriendo porque ella te lo ha dicho? No me parece propio de ti.

-En realidad, he salido corriendo porque me parecía lo mejor que podía hacer. Deberías saber que, en otras circunstancias, seguramente ya habría intentado acostarme contigo, preferiblemente, esta noche.

Hannah sonrió.

-Ahora voy a tener que matarla.

Luke la miró para dilucidar si había dicho en serio que lo deseaba. Si fuera cierto, las cosas cambiaban mucho. Aunque creía que estaba llegando a conocer bien a Hannah, no estaba seguro, así que dijo: -Por favor, no la mates. Hay una cosa en la que tiene toda la razón: he de ser justo contigo. No sé adónde va esto que hay entre nosotros, si es que va a algún sitio. Para ser sincero, últimamente no sé nada de nada. Quiero llegar a un punto en el que pueda mirar más allá de la próxima hora.

-Pues bienvenido al club -dijo ella con una amargura sorprendente.

-¿Qué ha pasado?

-Pues... Parece que, sin saberlo, le he dado a mi hija la impresión de que mi vida quedó destrozada porque me casé joven y me divorcié. No importa que su padre tuviera problemas para estar a la altura de sus compromisos y que nos dejara más de una vez antes de que yo le dijera que tenía que quedarse o irse para siempre. Lo que Kelsey sacó en conclusión es que tuve que criarla sola con muy poca ayuda de su padre, aparte de que pagara la manutención.

Aunque Luke se sintió aliviado por aquel cambio de tema, también estaba anonadado por lo que le estaba contando Hannah.

-¿Te ha dicho eso?

-Sí. Dijo que ese es el motivo por el que se niega en redondo a casarse con el padre de su hijo. Yo he trabajado mucho para que ella tuviera todo lo que necesitaba, pero ella ha interpretado que para mí solo hubo lucha y sacrificio, y no quiere pasar por lo mismo.

-Es joven -le dijo Luke-. El mundo está empezando a abrirse para ella. No sabe lo que quiere.

-Eso es lo que dice una y otra vez. Yo tengo que morderme la lengua para no responderle que está siendo tonta e inmadura.

-Pues tal vez tenías que habérselo explicado, si es eso lo que siente. Pero no creo que lo hayas hecho, ¿verdad?

-No. Cuando me dijo eso, me quedé en blanco. De todos modos, no importa, porque se fue al instante.

-¿Adónde? ¿A Tombuctú?

-No, claro que no.

-Entonces, ¿por qué no la has seguido para aclarar las cosas?

-Ya. Esto me lo dice un hombre que no quiere hablar conmigo directamente de algo que me concierne.

-Me declaro culpable, sí. Pero... ¿por qué no has ido a hablar con Kelsey? Tú no eres ninguna cobarde, Hannah. Por lo que te conozco, me da la impresión de que te enfrentas de cara a las cosas.

-Antes, sí. Sin embargo, últimamente parece que estoy mejor metiendo la cabeza en la arena. Además, no sabía por dónde empezar.

-Por el principio. Siempre es el mejor lugar. Tú no estabas embarazada cuando te casaste con su padre, ¿no?

-No, claro que no.

-Entonces, debiste de casarte porque pensabas que lo querías.

Ella asintió.

-Bueno, pues a mí me parece que, aunque las cosas no salieran bien, algunas veces, el principio es tan sencillo como eso -dijo Luke-. Como dos personas que se quieren. El matrimonio es una gran prueba de fe que se basa en la esperanza y el amor, y es posible que, a la larga, no tengamos ni la fuerza ni la pasión suficiente para que funcione eternamente. Hay demasiadas crisis por el camino. Hay miles de cosas que pueden causar el fracaso de un matrimonio.

Ella lo miró con curiosidad.

-¿Es eso lo que te pasó a ti con tu mujer? ¿No superasteis la separación cuando te marchaste a Irak? ¿O te fuiste porque ya había problemas?

Luke se quedó asombrado por la perspicacia de Hannah. Aunque él no quisiera admitirlo, sí había problemas. Aunque no fuese aquel el motivo por el que se había alistado para ir a Irak, los problemas estaban ahí. Lisa y él habían empezado a llevar vidas separadas, porque él tenía un trabajo muy exigente y ella tenía una naturaleza muy social. No quería responder a las preguntas de Hannah, porque las respuestas eran complicadas, y porque no quería contarle que había sido traicionado. Tal vez ni siquiera estuviera preparado aún para analizar su parte de responsabilidad en todo lo que había ocurrido.

-¿He tocado hueso? -preguntó Hannah.

-Sí -dijo Luke con sinceridad-. Y estábamos hablando de tu matrimonio, no del mío.

-Pues tal vez debiéramos hablar del tuyo. Eres muy evasivo a la hora de hablar de tus cosas personales. Si la abuela no me hubiera dicho que eres cirujano, yo ni siquiera lo sabría. ¿Por qué, Luke?

-Creía que íbamos a intentar solucionar los problemas con tu hija -respondió él, malhumoradamente-. Es lo más urgente.

-Sí, es verdad, pero creo que lo que yo necesito ahora es que me digas por qué fue tan fácil que mi abuela te convenciera para que no pasaras más tiempo conmigo. ¿Es que todavía estás casado, Luke? ¿Es eso?

-No -dijo él al instante-. El divorcio es firme.

-Entonces, ¿es que no lo has superado? ¿Quieres volver con ella?

-Por supuesto que no -dijo él con ferocidad-. Pero tengo dos niños, y todavía no sé cómo voy a hacer que ellos estén bien en medio de toda esta situación. Estoy tan enfadado que ni siquiera puedo estar en la misma ciudad que mi exmujer.

-Esa ira implica que tus sentimientos todavía son muy profundos.

Luke pensó en aquel comentario. Hannah tenía razón. Sin embargo, no en el sentido que ella pensaba. Él ya no estaba enamorado de Lisa. Su amor había muerto el día que le había dicho que tenía una relación con Brad.

-Está bien. Te voy a dar una versión resumida -le dijo, y evitó su mirada-. Decidí volver a alistarme en el ejército sin hablar de ello con mi mujer. Y creo que mi motivación es menos clara de lo que yo pensaba. Había problemas en nuestro matrimonio. Supongo que pensé que, si hacíamos una pausa, las cosas mejorarían. También sentía que tenía el deber de ayudar como pudiera en Irak.

-Ah. Así que huiste. Me parece que aquí hay un patrón de comportamiento, Luke.

-¿Quieres escuchar la historia, sí o no? -le preguntó él. Le había molestado que ella le hiciera notar su cobardía.

-Por favor -le dijo Hannah.

-Lisa se puso furiosa. Debió de pensar que mi marcha justificaba el hecho de que tuviera una aventura con mi socio de la clínica, Brad, y de que me pidiera el divorcio dos semanas antes de volver a casa con mi familia. Me lo explicó todo por correo electrónico. Me dijo que se habían enamorado mientras yo estaba fuera y que querían casarse.

Hannah se quedó mirándolo con consternación.

-Luke, lo siento mucho. ¿Cómo es posible que te hiciera algo así? No solo traicionarte, sino contártelo de ese modo...

-Creo que debió de pensar que todo sería más fácil si yo volvía a casa sin ninguna expectativa de seguir por donde lo habíamos dejado -respondió él, intentando ver las cosas desde el ángulo de Lisa. No quería pensar que ella había enviado aquel correo electrónico para aumentar el dolor que sabía que le estaba causando.

-Qué considerado por su parte -dijo Hannah con sarcasmo.

A Luke le gustó que ella se pusiera automáticamente de su parte. Saber que había alguien que lo apoyaba hacía que se sintiera bien.

-Sí, eso me pareció a mí -respondió él-. En vez de prepararme, me dejé invadir por una ira que me consumió. Creo que por eso terminé herido. No presté atención a lo que ocurría fuera de las puertas del recinto militar cuando salí a atender a otros

soldados que acababan de sufrir la explosión de un coche bomba. No vi que había una persona escabulléndose entre la gente, no sospeché nada. Él hizo detonar otro coche bomba a ocho metros del lugar donde yo estaba tratando de estabilizar a un soldado para poder trasladarlo dentro. Así que... supongo que también culpé a Lisa y a Brad de eso. Si pudiera culparlos del calentamiento global, lo haría también.

Hannah tenía las mejillas llenas de lágrimas. Lo tomó de la mano.

-Lo siento muchísimo, Luke. No me extraña que estés tan enfadado.

-Cuando lo pienso con calma, me doy cuenta de que soy afortunado. Para empezar, tengo suerte de estar vivo. Y camino mucho mejor de lo que pudiera esperarse después de las heridas que sufrí. Sabía que eran muy graves, y que iba a hacer falta un milagro para salvar la pierna. Por suerte, otro de los médicos del recinto había trabajado conmigo en casos muy complicados, y se las arregló muy bien solo. Estoy en deuda con él. De lo contrario...

Luke no podía expresar lo que habría ocurrido.

Hizo un gesto para evitar que ella le mostrara compasión.

-Bueno, estoy aquí, y recuperado casi al cien por cien. Tengo muchas cosas por las que estar agradecido.

-¿Has visto a tus hijos desde que volviste a casa? -preguntó Hannah.

-Lisa los llevó a Washington D.C. mientras yo estaba en rehabilitación. Pasamos un par de días juntos, pero fue muy agobiante para todos. Yo no podía manejarme bien, así que no podíamos salir y hacer cosas. A esa edad, los niños necesitan estar activos. La última vez que los vi tenían solo siete y nueve años, pero han cumplido años desde entonces. Lisa me ofreció llevarlos otra vez, pero le dije que no lo hiciera. No quería que estuvieran encerrados en la habitación de un hotel, sobre todo cuando hay tanta tensión entre sus padres.

-Pero ellos necesitan estar contigo -dijo Hannah.

-Nos hemos enviado correos electrónicos y hablamos por teléfono. Bueno, durante las dos últimas semanas no me he puesto en contacto con ellos. Lisa me dijo que se estaban disgustando demasiado.

-Lo cual significa que no quiere tener que seguir explicándoles cosas -dijo Hannah, secamente.

-Sí, es lo más probable. Son demasiado pequeños para entender la situación. Además, en casa tienen que acostumbrarse a un nuevo tipo a quien antes conocían como «tío Brad», y que ahora hace las veces de padre. Tampoco entienden eso. Están totalmente confundidos y no saben a quién tienen que ser leales. Siempre les cayó bien Brad, pero, ahora, su padre ha tenido que irse por su culpa.

Miró a Hannah con tristeza.

-Entiendo que necesitan mi permiso para ser felices tal y como son las cosas ahora, pero, lo siento, todavía no puedo perdonar y olvidar -dijo. Al ver que ella iba a hablar, alzó una mano-. Sí, ya sé que tengo que hacerlo por su bien, y lo voy a hacer. Pero hoy, no. Ni siquiera mañana.

-¡Vaya desastre! -exclamó Hannah-. Sé que los matrimonios son muy complicados y que siempre hay dos versiones, pero esto me parece muy mal por su parte.

-A mí, también, pero he dejado de intentar analizar por qué ocurrió. Estuve un rato a solas con Lisa cuando fueron a Washington, y podría habérselo preguntado, pero no lo

hice. Era evidente que, para ella, todo había terminado, y que estaba impaciente por seguir adelante con su vida. Como es demasiado tarde para cambiar las cosas, tengo que recoger las piezas y seguir adelante yo también.

-Te voy a decir lo mismo que le dije antes a Kelsey -respondió Hannah-. No sé si este es el mejor lugar para conseguir eso. Ella necesita estar con Jeff y solucionar el problema. Tú tienes que estar donde estén tus hijos. Allí es donde están las respuestas.

-Y, al final, estaré con ellos. Sea de la forma que sea.

-¿Qué significa eso?

-Ojalá lo supiera. No sé lo que va a pasar, Hannah. No sé lo que voy a hacer, ni dónde voy a vivir, y, mucho menos, cómo voy a construir una relación nueva con mis hijos.

-No le habrás concedido a tu mujer la custodia, ¿no? Por favor, dime que no. Yo pedí la custodia y se la gané a mi marido, pero ahora me doy cuenta de que no fue lo mejor para Kelsey, como no fue lo mejor para mí que mi madre se quedara con mi custodia cuando mi padre se marchó. Si el padre de Kelsey hubiera formado parte de su vida con más regularidad, si yo lo hubiera facilitado, ahora mi hija no tendría una visión tan negativa del matrimonio y del divorcio. Es irónico, ¿verdad? Yo sabía lo que había sentido con un padre ausente en mi vida, pero le hice lo mismo a Kelsey. Y, ahora, ella está a punto de hacer lo mismo, porque está empeñada en evitar el matrimonio a toda costa.

Luke la miró con fijeza.

-Hannah, todos hacemos lo que creemos que es mejor en un momento dado de la vida. Ahora no puedes reprochártelo a ti misma.

-¿No? Pues tú también estás dudando de tus decisiones.

Él suspiró.

-Exacto. Pero yo he insistido en que la custodia de los niños fuera compartida. Cuando consiga rehacer mi vida, podré estar mucho con ellos. Y, antes de que lo digas, sé que tengo que hacerlo lo antes posible.

-Bien, porque los niños necesitan saber que son queridos. Y necesitan oírlo y sentirlo. Por desgracia, es muy fácil que pierdan la fe en eso. Mira a Kelsey. Le afectó tanto el abandono de su padre que no se imagina que pueda tener una familia propia. Ni siquiera se plantea intentarlo. Me parece que nunca vemos las consecuencias que van a tener años después las decisiones que tomamos como padres.

-Por todo esto, precisamente, es por lo que necesito ser cuidadoso contigo. No quiero que te veas atrapada en el drama de mi vida.

Ella lo miró con una expresión de ironía.

-¿Acaso no estás tú ya en mitad del mío?

-No es lo mismo -insistió él-. Yo no tengo ni idea de dónde voy a estar dentro de un mes, Hannah. Tú ya sabes que vas a volver a Nueva York. Tienes un plan.

-Más bien, tenía un plan. No sabía que mi abuela iba a ser tan terca, ni que mi hija estaba embarazada, ni que las dos se iban a aliar contra mí.

Luke sonrió.

-¿Cómo era ese viejo dicho? «La vida sucede mientras tú estás ocupado haciendo planes».

Ella asintió.

-Pues bienvenida a la vida -dijo él. Después, añadió-: Que algunas veces es un asco.
-Y que lo digas.

Kelsey respiró profundamente, con satisfacción, al salir al porche con su infusión. Aquella mañana hacía fresco y soplaba el viento del norte, y el cielo azul estaba lleno de nubes blancas y esponjosas. Era el día perfecto para trabajar en el exterior.

Dejó la taza en la mesa y reunió todo lo necesario para preparar algunas cestas colgantes: sustrato, bandejas de flores, una pala y la regadera, y se puso a trabajar canturreando de felicidad. Se sentía casi como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Cuando oyó que sonaba su teléfono móvil, hizo caso omiso. Tenía las manos sucias de tierra, y sabía que era Jeff. La llamaba todas las mañanas a la misma hora, a las diez en Florida y las siete de la mañana en California. Y era el segundo día que ella no respondía. Sabía que no iba a poder seguir haciéndolo para siempre, pero estaba intentando ganar un poco de tiempo para poder reunir valor y decirle que no iba a volver a Stanford.

Por desgracia, su madre salió al porche cuando el teléfono todavía estaba sonando.

-¿Quieres que responda yo? -le preguntó.

-No, no. Ya volverá a llamar.

-¿Es Jeff?

-Sí.

-Y no quieres hablar con él porque no le va a gustar lo que tienes que decirle.

Kelsey asintió.

-Vamos, hija. Sabes que no es justo tratarlo así.

-No lo voy a hacer para siempre -respondió Kelsey, a la defensiva-. Solo necesito un poco más de tiempo.

-¿Para qué? Me has dicho que ya has tomado tus decisiones: que vas a tener al bebé y que te vas a quedar aquí.

-Pero él va a intentar que vuelva -dijo ella con resignación, porque sabía que su madre iba a darle muchos argumentos y no estaba preparada para escucharlos.

Por fin, el teléfono dejó de sonar, y Kelsey suspiró de alivio. Cuando Jeff se marchara a clase, tendría tantas cosas que hacer durante el día que no iba a llamar otra vez hasta por la noche.

-Cariño, ¿qué es lo que te da miedo? -le preguntó Hannah. Se puso a preparar una de las cestas, metiendo las plantas y las flores en el sustrato-. Si estás tan segura de lo que quieres hacer, ¿por qué crees que Jeff podría hacerte cambiar de opinión?

-Es muy persuasivo -dijo Kelsey-. Y no quiero hacerle infeliz, así que, sí, tengo miedo de que me haga cambiar de opinión.

-Entonces, si él puede conseguir eso, a lo mejor es que lo que tú quieres de verdad es casarte con él.

-No -dijo Kelsey-. Lo que quiero es quedarme aquí, tener aquí al bebé y, después, darlo en adopción.

-¿Y vas a decirle a los servicios sociales que sabes quién es el padre?

Ella se quedó mirando a su madre.

-¿A qué te refieres?

-Querrán saber quién es el padre.

-¿Por qué?

-Porque, para llevar a cabo la adopción, él tiene que renunciar a la patria potestad. De lo contrario, podría oponerse a la adopción. ¿Crees que lo haría?

A Kelsey se le resbaló la planta que tenía entre los dedos.

-Sí. Me lo ha dicho.

-Sabiendo eso, ¿por qué quieres seguir adelante con la idea de la adopción? Por favor, no me digas que esperas llevar a cabo el proceso de adopción aquí para que a nadie se le ocurra ponerse en contacto con Jeff. ¿Ese es el motivo por el que quieres quedarte aquí?

Kelsey vaciló. Después, volvió a suspirar.

-Está bien, sí, eso es exactamente lo que estaba esperando.

Tal y como lo había dicho su madre, era algo odioso. Parecía que ella era una traidora y una mentirosa, cuando lo que en realidad quería era hacer lo mejor para el bebé.

-No es el motivo por el que quiero quedarme en Seaview, pero sí es lo que quería hacer.

Hannah la miró con cara de desilusión.

-Cariño, sabes que eso no está bien. Jeff lo averiguaría con facilidad. Imagínate que viniera aquí y les arrebatara el bebé a los padres que lo han adoptado y que ya lo quieren. ¿Te parece que eso es justo para alguien?

-Sería horrible -dijo Kelsey-. No he pensado en nada de eso, solo en que el bebé estaría mucho mejor con unos padres que lo quisieran de verdad.

Para su sorpresa, a su madre se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Es que tu infancia fue tan terrible?

Kelsey la miró con consternación.

-No, por supuesto que no.

-¿De verdad? Es que veo que no te puedes imaginar que Jeff, por su cuenta, sea capaz de darle a ese bebé un buen hogar. Y no puedo dejar de pensar que es porque yo lo hice muy mal sola, y que tú necesitabas a dos progenitores para ser feliz.

-No tiene nada que ver con eso -le prometió Kelsey, con un gran sentimiento de culpabilidad-. Y Jeff sería un padre estupendo. Cualquier niño sería feliz teniéndolo como padre.

-Entonces, ¿qué ocurre?

Kelsey titubeó. La respuesta era muy egoísta, pero era la verdad.

-Me da miedo de que, si Jeff se queda con el bebé, sea el final de nuestra relación -dijo, lentamente.

Esperaba que su madre la mirara con reprobación, pero se quedó esperando a que Kelsey se lo explicara todo.

-¿Cómo vamos a seguir juntos si él está criando a nuestro hijo y yo soy la persona que está a ratos con ellos? Sería muy extraño para todo el mundo.

-Entonces, piensas que si le das a su bebé, lo perderás a él, y no quieres.

-Ojalá las cosas fueran como eran antes.

-Lo siento, pero eso no es posible -dijo Hannah. Terminó de rellenar la cesta, la regó y la colgó de uno de los ganchos del porche. Después, se giró hacia su hija-. Me parece

que tienes mucho que pensar. Te dejo para que reflexiones.

-Mamá, he estado pensando tanto, que me duele la cabeza. Dime lo que puedo hacer.

-Cariño, ojalá pudiera, pero se trata de tu vida. Eres adulta y tienes que tomar tus decisiones. Ahora estás aprendiendo que los actos tienen consecuencias, y que, a veces, esas consecuencias pueden cambiarlo todo. Pero sí te voy a decir una cosa: tenerte a ti es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es verdad que tu padre y yo no habíamos planificado el embarazo, y que no estábamos preparados para tener un hijo, pero yo no lo he lamentado ni una sola vez en todos estos años.

-Yo tengo mucho miedo de lamentarlo. Y, más tarde o más temprano, el bebé crecerá y se dará cuenta de que fue un niño no deseado.

-Posiblemente -dijo Hannah-. Sobre todo, si tú lo consideras así. O, tal vez, podrías empezar a verlo como una bendición, aunque llegue en un momento inoportuno. Pero, si de verdad no puedes verlo así, entonces Jeff tiene derecho a elegir lo que quiere hacer. No puedes quitarle a su hijo. Y menos, si es un joven bueno y decente, como has dicho que es.

Ojalá pudiera ver el lado positivo de las cosas, tal y como le había dicho su madre. Pero no podía, y eso hacía que se sintiera de un modo horrible, y que rechazara por completo el tipo de persona que debía ser.

Después de aquella conversación con Kelsey, Hannah se fue a dar un paseo por la playa. Iba a haber tormenta y, seguramente, volvería calada a casa, pero no le importaba. Le gustaba notar las salpicaduras saladas del agua, y las olas agitadas estaban a la par con sus pensamientos caóticos.

Se había esforzado mucho en disimular la decepción que sentía hacia Kelsey. Sabía que su hija solo tenía veinte años y que estaba enfrentándose a muchas emociones contradictorias, pero había sido difícil mantener una actitud neutral al ver que Kelsey era tan egoísta.

Por otro lado, pese a que Kelsey lo hubiera negado, estaba claro que su hija pensaba que su vida había sido menos ventajosa a causa de la ausencia de su padre, por mucho que ella se hubiera esforzado en que nunca le faltara de nada, ni emocional ni materialmente. Y eso le dolía.

De repente, una ola rompió a su lado y la salpicó. El agua fría la despertó. En algún lugar, dentro de su alma, reconocía los sentimientos de Kelsey.

Ella también había tenido resentimiento hacia su madre después de que su padre se marchara. Se había sentido abandonada y había echado de menos una familia de verdad. Sus abuelos y su madre le habían dado todo su amor, pero no había sido suficiente para llenar el vacío que sentía.

Después de que su padre se fuera, se había enfadado mucho con su madre, porque ella no conseguía que volviera. A los doce años, toda su furia había explotado. Había sido un día que había llegado a casa con las notas, entusiasmada porque todo eran sobresalientes. Se había imaginado el dinero del premio que iban a darle.

Sin embargo, al mostrarle las notas a su madre, había recibido alabanzas y abrazos, y besos, pero nada más. Era su padre quien había establecido la tradición de darle cinco dólares por cada sobresaliente. Él siempre decía que se merecía un premio por trabajar

tanto. En realidad, lo que ella deseaba no era el dinero, sino tener un reconocimiento tangible. Le parecía que se estaba ganando su respeto. En cierto modo, era un contrato entre ellos dos, y se había disuelto.

Ella se había girado hacia su madre con ira.

-A papá sí le habría importado. Él se habría dado cuenta de lo mucho que he tenido que estudiar para sacar estas notas. Tú no me quieres como él. Te odio por haber dejado que se vaya. ¡Te odio!

Había salido corriendo de la habitación, mientras su madre la miraba con horror.

Aquella noche, su abuela había ido a verla y se había sentado al borde de su cama. Le había entregado un sobre con seis billetes de cinco dólares.

-Quiero preguntarte una cosa -le había dicho a Hannah-. ¿Esto es más importante que los sentimientos de tu madre?

Ella tuvo que contener las lágrimas. Aunque ya sabía cuál era la respuesta, le preguntó a su abuela:

-¿El qué?

-Entiendo que echas de menos a tu padre, sobre todo, en un día como este, pero... ¿te sientes mejor habiendo conseguido que tu madre se sienta como si te hubiera fallado?

Por primera vez, entendió que las cosas que se decían tenían el poder de herir a los demás. Pensaba que los adultos eran inmunes a las cosas que ella decía con ira, y que se las merecían. O, tal vez, ni siquiera lo había pensado mucho, y decía aquellas cosas porque tenía demasiados sentimientos reprimidos y necesitaba desahogarse.

-Lo siento -susurró.

-Yo no soy la que tiene que oír eso -dijo su abuela-. Díselo a tu madre, pero no se lo digas hasta que lo sientas de verdad. Tienes que entender que ella sufre tanto como tú por cómo han salido las cosas con Clayton. Y, para ella, es mil veces peor, porque sufre por sí misma y por ti también.

Aquella noche había madurado un poco. No por completo, pero sí lo suficiente como para pensar antes de hablar. Y, sorprendentemente, su resentimiento había desaparecido al intentar ver la situación desde la perspectiva de su madre. Su madre era otra víctima del abandono de su padre, en vez de ser la culpable.

Esa certeza había sido algo trascendental en el final de su matrimonio, tanto como había sido para Kelsey el divorcio de sus padres. Ella había aprendido que era mejor no estar casada a mantener un matrimonio infeliz. Y que, cuando dos personas se separaban, lo hacían porque era necesario, no para causarles dolor a sus hijos.

Parecía que Kelsey todavía tenía que aprender eso. Hannah se preguntó si lo iba a comprender a tiempo para tomar aquella decisión vital tan importante basándose en los motivos correctos.

Capítulo 11

Cuando Hannah volvió de dar el paseo por la playa, su abuela la saludó y le tendió el teléfono móvil como si fuera un objeto venenoso.

-Te lo dejaste en la encimera de la cocina -dijo-, y han llamado varias veces desde que te has ido. Deberías mirar los mensajes. Si alguien llama tanto, es que es importante. O, por lo menos, ellos piensan que es importante.

-Gracias, abuela -dijo Hannah, mientras comprobaba que todas las llamadas eran de su jefe-. Vaya, parece que hay más problemas en el trabajo.

-¿Vas a devolverle la llamada? -preguntó su abuela, con curiosidad, al ver que dejaba el teléfono en la mesa-. ¿Qué te pasa, Hannah? No parece que estés deseando llamar a tu jefe. ¿Te está presionando para que vuelvas ya?

-No, no -dijo Hannah. No la estaba presionando, sobre todo, porque ella no le respondía al teléfono.

-Entonces, ¿por qué no quieres hablar con él?

Tal vez ella, como Kelsey, estaba deseando evitar las conversaciones difíciles. Le faltaban dos días para terminar sus dos semanas de vacaciones, pero no había conseguido resolver los problemas en Seaview. No podía volver todavía, y Dave se iba a poner furioso, con razón, al enterarse.

-Dices que no te está presionando, pero quiere que vuelvas a Nueva York, ¿no?

Hannah asintió.

-¿Y vas a volver?

-¿Cómo voy a volver? Kelsey me necesita ahora, y tú, también.

Su abuela le señaló una silla.

-Siéntate -le dijo. Esperó a que su nieta se sentara y la miró a los ojos-. Seguro que Kelsey agradece tu apoyo, pero ya te he dicho que tu hija tiene que encontrar las soluciones. Y yo ya sé qué es lo que voy a hacer, que es abrir la posada a finales de la semana que viene. Te agradezco que hayas venido corriendo para ver cómo estaba, y me encanta que Kelsey esté aquí. Me gustaría que te quedaras más, porque soy egoísta. Pero, si tienes obligaciones en Nueva York, puedes volver ya con la conciencia tranquila.

Hannah no sabía por qué, pero no estaba deseando aprovechar la oportunidad que le daba su abuela.

-Es que... no me siento bien marchándome con todo lo que está ocurriendo aquí.

-No será por Luke, ¿verdad?

-No -dijo Hannah.

Y era cierto. Aunque Luke y ella tuvieran cierta química, y merecería la pena explorar las posibilidades, la situación no lo permitía. Y, de todos modos, ella no iba a cambiar nunca sus planes ni su vida por un hombre.

-Luke y yo solo somos amigos, y ya lo sabes, porque tú te has inmiscuido para que

siguiéramos así.

-¿Yo? -preguntó su abuela con una expresión de inocencia.

-Sí, tú. Le dijiste que se alejara de mí.

-No es verdad. Le dije que no debería empezar algo si no estaba en situación de continuarlo. Es lo que le diría cualquier padre o madre, o, en este caso, abuela, a un hombre que se acerca a husmear.

Hannah se echó a reír, a pesar de lo molesta que se sentía.

-Yo ya tengo edad suficiente para decidir qué riesgos quiero correr.

-Entonces, ¿por fin reconoces que todavía sientes algo por Luke, después de tantos años?

-Pues claro, abuela. Pero no son los mismos sentimientos, no es el mismo enamoramiento de adolescente que tenía hace años. Ahora somos amigos.

-Puedes repetir mil veces eso si quieres, pero yo no me lo voy a creer. Tengo ya unos cuantos años y sé lo que hay.

Hannah se echó a reír.

-Te quiero, abuela.

Su abuela sonrió de satisfacción.

-Yo también te quiero a ti, y me tienes preocupada. A ti también te están ocurriendo muchas cosas, pero no te estás enfrentando a ellas. Mira cómo estás ignorando las llamadas del trabajo. Eso no es propio de ti.

-Sí, ya lo sé -dijo Hannah-, pero deja de preocuparte por mí, por favor. Ya tienes suficiente con gestionarlo todo para abrir la posada -añadió, y se puso de pie-. Dime, ¿qué puedo hacer para ayudar?

Su abuela se quedó sorprendida.

-¿No vas a llamar a tu jefe?

-En este momento, no -dijo Hannah, y activó el buzón de voz del teléfono. Seguramente, estaría lleno muy pronto.

Parecía que Hannah, la imprescindible, estaba de vacaciones, después de todo. Y lo más asombroso era que se sentía muy bien.

Hannah se pasó la tarde pintando una de las habitaciones que Kelsey tenía en su lista de reformas. Aquella tarea iba a darle mucho tiempo para pensar, cosa que no quería hacer, así que encontró un reproductor portátil de CDs que alguien se había dejado en la posada y se puso a escuchar una serie de canciones tranquilas y relajadas de Jimmy Buffett que iban a la perfección con la precaria felicidad que sentía en aquellos momentos.

Sabía que lo iba a pagar muy caro cuando, por fin, mirara los mensajes que le habían dejado desde la oficina, pero no le importaba. Aquel día iba a dejarse llevar y formar parte del proyecto familiar de preparar la posada para los huéspedes.

Estaba bailando descalza, con los cascos puestos, mientras pintaba. En uno de los giros, se las arregló para pasarle la brocha por la mandíbula a Luke y dejarle una raya blanca.

-¡Ay! -exclamó. Después, se le escapó una risita. Una risita. Dios Santo, ¿qué le estaba pasando? Ella nunca soltaba risitas.

Tomó un trapo limpio mientras observaba la cara de asombro de Luke.

-Lo siento. Te lo limpio.

Él la agarró de la mano cuando ella estaba a punto de llegar a su cara.

-No pasa nada. Se me quitará en la ducha.

Por algún motivo, a Hannah se le cortó la respiración. Tragó saliva y preguntó:

-¿Seguro? Saldría mucho más fácilmente ahora que aún no está seca.

-Claro que estoy seguro. No sería buena idea que me pusieras las manos encima en este momento.

-¿Por qué?

-Porque hoy no he dejado de pensar en ti, Hannah. Y, al encontrarte así... -dijo él, y señaló sus pantalones cortos, sus pies descalzos y el reproductor de CDs-. Estás muy sexy.

-Oh... -susurró ella, sin poder apartar la mirada. Solo podía pensar en besarlo. Intentó controlarse, y le preguntó:- ¿Querías algo? ¿Por eso has venido?

-Quería decirte que tu abuela, Kelsey y yo hemos decidido que necesitamos salir esta noche. Es viernes, y vamos a ir a The Fish Tale a comer una mariscada. Nos vamos dentro de una hora, ¿te dará tiempo a estar lista?

Hannah no sabía si aquello era buena idea, después de aquella reacción que acababa de tener hacia Luke. Con un par de cervezas tal vez no supiera comportarse de un modo responsable. Tal vez actuara por instinto y se preocupara después por las consecuencias. Y parecía que él estaba en un momento igual de temerario que ella.

-Creo que sería mejor que terminara de pintar esta habitación -le dijo.

-No. Vas a venir con nosotros. Si quieres terminar esto antes de que nos marchemos, te ayudo.

Ella sabía que no iba a poder resistirse si estaba con él en la misma habitación durante el tiempo que faltaba para terminar la pintura.

-No, no te preocupes. Puedo hacerlo mañana.

-Entonces, te ayudo mañana -dijo él, sin apartar la mirada de sus ojos.

-No es necesario.

Salió corriendo para lavar la brocha con la manguera. Era una boba, pensó, mientras se mojaba la cara con el chorro de agua para bajar el calor que sentía en las mejillas. ¿Acaso tenía diecisiete años? Además, ¿a qué se debía aquella escenita? Era Luke el que había pisado el freno hacía varios días, así que, ¿por qué motivo la había abordado en la habitación y había vuelto a encender la chispa que había entre ellos? ¿Y por qué ella no había podido controlarse, si sabía que era un callejón sin salida? ¿Por qué estaban jugando a un juego tan peligroso?

Cuando terminó de aclarar la brocha y la dejó secando al sol, Luke había subido a su habitación a ducharse. Había tapado el bote de pintura y había apartado el papel del suelo. Hannah suspiró al ver aquella muestra de consideración. No necesitaba que él fuera bueno, sino un desagradable y un egoísta. De lo contrario, corría grave peligro de enamorarse, tal y como su abuela temía.

Miró el reloj. Solo le quedaban cuarenta y cinco minutos para ducharse y arreglarse. No se paró a pensar por qué tenía tantas ganas de estar guapísima para ir a cenar a un sencillo restaurante de Seaview. Seguramente, la respuesta no iba a gustarle lo más mínimo.

Parecía que la noche de mariscada del The Fish Tale era la oferta más célebre del restaurante, porque el local estaba abarrotado. Había varias personas esperando fuera a que quedara una mesa libre, así que la barra del bar también debía de estar llena.

-No vamos a conseguir mesa -dijo Hannah, decepcionada.

-No te preocupes -respondió Luke-. He llamado antes, y Jack me dijo que nos guardaría una mesa. Solo tenemos que conseguir entrar empujando a toda esta gente.

-Y, después, defendernos cuando vengan por nosotros -dijo Kelsey-. ¿Seguro que deberíamos interponernos entre las hordas hambrientas y una mesa?

-Eso es lo bueno de conocer al dueño y hacer una reserva -respondió Luke, mientras hacía que entraran.

A pesar del ruido y del caos reinante, Jack los vio cuando entraron y salió a saludarlos. Le dio un beso en la mejilla a la abuela Jenny.

-Me alegro mucho de verte -le dijo-. Estás estupenda. Deberías venir más a menudo por aquí, aunque solo sea para visitarme.

-Jackson, ya sabes lo mucho que le gusta hablar a la gente de este pueblo. Imagínate lo que dirían si yo empezara a frecuentar tu bar -respondió la abuela Jenny, aunque se había quedado muy contenta con la invitación.

Jack se encogió de hombros.

-Pero piensa en todos los clientes nuevos que iba a conseguir cuando vinieran aquí a fisgonear y averiguar lo que estábamos tramando.

-Tengo edad para ser tu madre -dijo la abuela Jenny.

-No lo aparentas -replicó él, guiñándole un ojo-. Además, a mí siempre me han gustado las mujeres más mayores.

-Tú nunca has tenido ojos más que para Greta desde el día que llegó al pueblo -replicó la abuela Jenny-. Y, ahora, déjate de bobadas y danos de cenar.

-Sí, señora -respondió Jack con una sonrisa-. Vuestra mesa está allí. He tenido que echar a unos cuantos para que la dejaran libre.

-Muchas gracias -le dijo Luke-. Y, para no malgastar el tiempo, creo que todos estamos de acuerdo en que queremos una mariscada para cuatro.

-Yo, no -dijo Hannah-. Yo prefiero la ensalada César.

-Y yo -dijo Kelsey.

-Como parece que Jack está muy ocupado y no hay ni rastro de Lesley Ann ni de otros camareros, ¿qué os parece si voy yo a la barra y llevo nuestras bebidas a la mesa? -preguntó Luke.

-Yo quiero té helado -le dijo Hannah-. Y voy contigo para ayudarte a llevarlo todo.

-Yo, agua -dijo Kelsey.

-Y yo quiero una cerveza -dijo la abuela Jenny, y sonrió al ver sus caras de asombro-. Si me lo permitís, claro.

-Por supuesto que sí. Una cerveza.

Cuando llegaron a la barra, él se inclinó y le susurró al oído:

-Yo podía haberlo llevado todo.

-Sí, ya lo sé -respondió Hannah-. Pero quería darte las gracias por convencerme para que viniera.

-Vaya, eso no es lo que decías antes.

-Me he dado cuenta de que salir tiene sus ventajas.

Él se le acercó tanto que ella notó su respiración en la nuca.

-¿Por ejemplo?

Hannah se echó a temblar y, al notar que él le rozaba la piel con los labios, se sobresaltó.

-¿Qué...? ¿Qué estás haciendo, Luke?

Se retiró un poco, lo suficiente como para percibir el calor de su mirada, y apartó la vista. Qué pregunta tan tonta; era obvio lo que estaba haciendo. Estaba faltando a su palabra, olvidándose de la cautela, desafiando a la abuela Jenny. Fuera lo que fuera, Hannah pensó que era una idea muy mala.

Sin embargo... ¡se sentía tan bien! Le parecía asombroso ser deseable para un hombre. Desde que la habían operado, no había vuelto a sentirse así. De hecho, temía aceptar cualquier invitación a salir con un hombre por lo que pudiera ocurrir después. No quería ver su mirada de consternación o, peor aún, de repugnancia, cuando le hablara de la mastectomía. Y, si era lo suficientemente valiente como para decir que no importaba, no quería presenciar su reacción cuando viera la cicatriz que le había quedado en lugar del pecho.

Además, era demasiado pronto. Su cuerpo todavía se estaba curando, y la cicatriz era demasiado reciente, le recordaba con fuerza lo que había pasado y la incertidumbre de lo que podía pasar.

Pero, por algún extraño motivo, no le importaba ninguna de aquellas cosas con Luke. Seguramente era porque podía casi pensar que era la misma persona a la que él había conocido de joven, que no iba a mirarla de una forma distinta porque sabía quién era por dentro y eso, al menos, no había cambiado.

Aunque, en realidad, las cosas no iban a llegar más allá de aquellas miradas apasionadas y aquellos besos robados, se dijo. Por muy valiente que se sintiera, no tenía las fuerzas suficientes como para correr el riesgo de haberse equivocado con respecto a Luke. ¿Y si él no era del tipo de hombre que podía ver más allá de la cicatriz y su significado?

Él sonrió.

-¿Quieres saber lo que estoy haciendo? Me estoy insinuando, Hannah.

-Sí, pero has dicho que no ibas a hacerlo. Dijiste que era mala idea, y tenías razón - respondió ella.

Él se encogió de hombros.

-He cambiado de opinión. He pensado mucho en lo que va a pasar en el futuro, y solo he llegado a la conclusión de que no me imagino que tú no formes parte de él. ¿Podríamos dejar de pensar, por una noche, en las posibles complicaciones, y vivir el momento?

Ella lo miró con pesar.

-Así es, exactamente, como se quedó embarazada mi hija.

Él se echó a reír.

-Tengo un paquete de preservativos nuevo en el dormitorio.

Ella se quedó sorprendida.

-¿Has planeado esto? ¿Querías seducirme esta noche? ¿Delante de mi abuela y mi

hija?

-Quería intentarlo -reconoció él-. ¿Te has enfadado?

Pero... ¿cómo iba a enfadarse porque aquel hombre tan guapo e increíble quisiera seducirla, aunque fuera un momento de lo más inoportuno?

Por segunda vez aquel día, decidió dejar a un lado lo que era inteligente y lógico e inclinarse por lo que hacía que se sintiera bien.

-Puedes intentarlo, sí -le dijo, mientras se daba la vuelta para tomar las bebidas que le tendía Jack. Después, le lanzó una sonrisa-. Pero no esperes que te lo ponga fácil.

Aunque la abuela Jenny lo hubiera atado a una silla y le hubiera amenazado con torturarlo, Luke no habría confesado que había incumplido su promesa de mantenerse alejado de Hannah. Sentía algo inexplicable al mirarla. Se sentía joven de nuevo, y despreocupado, y libre, lo cual era absurdo, teniendo en cuenta la situación real de sus vidas.

Ahora que había pasado varios días con ella, no entendía por qué se había enamorado de Abby cuando eran adolescentes. Tal vez, porque era muy joven y muy tonto, y pensaba que era más probable que Abby le proporcionara el tipo de diversión que más le interesaba. Incluso en aquel momento, ya sabía que Hannah no era alguien con quien se pudiera jugar, que se merecía respeto y consideración, y él no estaba a la altura de eso con diecisiete años y las hormonas desbocadas.

Sonrió, porque, irónicamente, sus hormonas estaban desbocadas otra vez, y ni siquiera tenía el sentido común del que había hecho gala a los diecisiete años para resistirse a la tentación de seducir a Hannah.

Aunque tenía la firme intención de no dejar que aquello fuera más allá de un flirteo, en parte porque la abuela Jenny iba a despellejarlo y en parte porque era muy mala idea, no había podido resistir la tentación de ir en el ferry hasta la costa a comprar el paquete de preservativos, para evitar que pudieran surgir especulaciones en el pueblo. Debía de haberse dado cuenta de que sus buenas intenciones se iban a desvanecer rápidamente en cuanto Hannah lo mirara con aquel deseo que estaba a la altura del que él mismo sentía. Eran adultos y, a pesar de los temores de la abuela Jenny, podían dejarse llevar por sus sentimientos de un modo responsable.

Eso esperaba él, al menos.

Cuando les sirvieron la cena, sintió alivio, porque podía concentrarse en la comida y no en la mujer que estaba a su lado.

-Hacía siglos que no comía unas gambas tan buenas -dijo la abuela Jenny.

-Yo, también -dijo Luke. Entonces, se fijó en que Hannah estaba mirando la ensalada con desagrado y su marisco con un gran interés-. ¿Quieres un poco? -le preguntó.

-¿Te importaría? -dijo ella, y tomó una de las gambas de su plato. Se la comió, y tomó un pedacito de pescado-. Está buenísimo -murmuró-. Delicioso.

Luke movió la cabeza y le hizo una seña a Jack, que se acercó unos minutos más tarde.

-Parece que mi cena ha tenido mucho éxito. ¿Podrías traer otras dos bandejas de marisco y de patatas fritas? -preguntó, al ver que Kelsey también miraba la comida con cara de hambre.

-No sé por qué no lo habéis pedido desde el principio -dijo Jack-. Por lo menos, para Hannah. Me acuerdo de que ella siempre te estaba robando comida del plato cuando estabais aquí con Abby.

-No es verdad -dijo Hannah con indignación.

-Claro que sí -dijo Luke. De repente, se acordó de que ella siempre pedía una saludable ensalada y terminaba quitándole comida del plato. Él estaba tan absorto en Abby, que no le prestaba mucha atención-. Esperabas a que me diera la vuelta y...

Ella lo miró con descaro.

-Y le dieras un morreo a Abby -dijo.

-Y me quitabas todo lo que podías. Nunca entendía por qué no te pedías la hamburguesa desde el principio.

Kelsey sonrió.

-Porque, según ella, las mujeres no deben comer mucho para que los hombres no crean que son unas cerditas.

Hannah frunció el ceño.

-Yo nunca te he enseñado eso.

-Claro que sí. Siempre que íbamos a un restaurante con otras personas, o con alguien con quien estuvieras saliendo, te pedías una ensalada.

-¿Y también les robabas comida a ellos? -preguntó Luke con una carcajada-. ¿Por eso nunca te has vuelto a casar? ¿Porque matabas de hambre a todos los hombres?

Hannah le devolvió la última gamba que le había robado.

-No sabía que por tomar un par de gambas esto se iba a convertir en el tema de conversación. Me lo has ofrecido tú, ¿o es que no te acuerdas?

-Es verdad, y todo es tuyo. Disfrútalo. A mí me van a traer mi plato ahora mismo.

-O, no, por favor. Quédate con este. No me gustaría ver cómo te mueres de hambre.

La abuela Jenny se echó a reír.

-Vamos, niños, dejad de discutir.

Kelsey chocó la palma de la mano con su abuela, y Hannah frunció el ceño.

-Tú también, no.

-¿Yo? -preguntó la abuela Jenny-. ¿Qué he hecho, aparte de poner orden en la mesa antes de que la gente empiece a preguntarse por qué estáis discutiendo?

-Una pelea de amantes, eso es lo que me parece a mí -dijo Kelsey en broma.

Luke vio, con fascinación, que Hannah se ruborizaba.

-Qué comentario tan interesante -le dijo a Kelsey, y se volvió hacia Hannah-. ¿Es eso lo que está pasando aquí?

-Oh, vete a freír espárragos -respondió ella.

Miró a todo el mundo torvamente, tomó el plato de Luke y comenzó a comer.

Por suerte, Jack llegó con el resto de la comida y las bromas cesaron, porque Kelsey y Luke empezaron a comer.

-Jack -le dijo Hannah antes de que se marchara-. ¿Queda algo de tarta de manzana?

-Solo queda un pedazo, y lo estaba guardando para Luke. Sé que es su postre favorito.

-¿Tiene su nombre? -le preguntó ella.

Jack miró a Luke con picardía, se volvió hacia Hannah y cabeceó.

-No.

-Pues entonces, me lo quedo yo, con una bola de helado de vainilla, por favor.

-Eh -protestó Luke. Sin embargo, al fijarse en la férrea mirada de Hannah, se rindió-. Está bien, Jack. Tráele a la señora la tarta de manzana.

-Yo quiero un pedazo de tarta de melocotón -dijo la abuela Jenny, y miró a Hannah-. A no ser que también te la quieras comer tú, claro.

Hannah le lanzó una sonrisa resplandeciente.

-No, no. Todo tuyo. Luke, ¿y tú?

-Yo todavía no voy a pedir nada. Estoy a punto de empezar a comer. Creo que voy a ver cómo se me da esto.

Jack los miró a todos como si se hubieran vuelto un poco locos, y se fue a buscar sus postres. Cuando volvió y los puso sobre la mesa, Luke observó a Hannah, que se lanzó por su tarta con entusiasmo, con un entusiasmo que no debía de tener nada que ver con su gusto por la tarta de manzana.

-¿Está buena? -preguntó él, perdiendo el interés por la comida.

-Deliciosa -dijo ella-. Es la mejor del mundo.

Él se inclinó hacia delante hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel que los de Hannah.

-¿Y vas a compartir?

-No tenía esa intención -dijo ella, y tomó otro pedazo.

-¿Y si te lo pido con mucha amabilidad?

-Puede ser. Inténtalo.

Él puso un dedo bajo su barbilla e hizo que lo mirara a los ojos.

-Hannah, por favor, dame un trozo de tu tarta.

Ella tragó y pestañeó.

-No, no me apetece.

Y se tomó otro bocado.

-Ah, así que quieres que te lo suplique.

A ella se le iluminaron los ojos.

-Eso estaría muy bien.

Él abrió la boca como si fuera a rogárselo. Sin embargo, dijo:

-Bah, no. Seguro que ya se ha quedado fría.

-Pues claro que no -dijo ella, protestando-. Está calentita, y el helado de vainilla tiene la consistencia perfecta.

Él se echó a reír.

-Claramente, quieres oírme suplicar, ¿eh?

-Sí, estaría bien.

Él le guiñó un ojo.

-Al final, me oirás, pero no será por la tarta -dijo.

A Kelsey se le escapó una risita, pero la abuela Jenny frunció el ceño mirándolos a los dos.

-¡Ya está bien! Hay otras personas en la mesa.

-Lo siento, abuela -dijo Hannah.

-De acuerdo -respondió su abuela, y se puso en pie-. Ahora voy a pagar la cuenta. Intentad comportaros mientras estoy lejos de la mesa.

-Sí, señora -dijo Luke con una sonrisa.

-Sois muy malos -les dijo Kelsey, después de que la abuela Jenny se hubiera alejado-. ¿Qué clase de ejemplo estáis dando a los niños?

-¿Te refieres a ti misma? -le preguntó Hannah, y se echó a reír-. Creo que ya he perdido la oportunidad de darte un buen ejemplo. Anda, hija, vamos a esperar a tu abuela fuera. Luke, ¿vienes?

-No, voy a buscarla a la barra para acompañarla a la salida -dijo él-. Además, necesito arrebatarse la cuenta. Antes le dije a Jack que iba a pagar yo, y ya tiene mi tarjeta de crédito.

Kelsey se animó mucho al oír aquello.

-¿La bisabuela y tú os vais a pelear por la cuenta? Eso va a ser muy divertido. ¿Por qué no nos quedamos, mamá?

-No. Vamos fuera por si hay derramamiento de sangre. No sería bueno para el bebé oír los golpes que le da la abuela a Luke con algún paraguas que haya sacado de detrás de la barra.

-No me va a golpear -dijo Luke-. Le caigo muy bien.

-Pero le gusta demasiado salirse con la suya -replicó Hannah-. Yo apuesto a que la abuela gana esta vez. Conoce a Jack desde hace más tiempo.

Y, cuando Luke llegó a la barra, la abuela Jenny ya había pagado la cuenta.

-Aquí tienes la tarjeta de crédito, listillo -le dijo ella, al tiempo que se la entregaba-. Y deja que me agarre a tu brazo. Con la cerveza me he emborrachado un poco.

Luke la tomó del brazo y la acompañó fuera.

-¿Quién ha pagado? -preguntó Hannah, en cuanto salieron.

-Yo, por supuesto -respondió la abuela Jenny.

Al instante, Hannah se volvió hacia Kelsey.

-Me debes cinco pavos.

-¿Has apostado en mi contra? -le preguntó Luke con indignación, mientras Kelsey le daba el dinero a su madre.

Hannah sonrió.

-No, he apostado sobre seguro, pero, si juegas bien tus cartas, puede que te compense antes de que termine la noche.

-No digas eso si no es en serio -le advirtió él.

De repente, parecía que todas las mujeres del clan Matthews estaban empeñadas en ponerlo nervioso. Y, cuando tenía los nervios a flor de piel, no había manera de saber qué cosas indignantes podía hacer con tal de salirse con la suya. Últimamente estaba redescubriendo aquella faceta impetuosa y temeraria de sí mismo, y algo le decía que estaba a punto de darle rienda suelta.

Capítulo 12

-Mamá, te llaman. Es Dave -le dijo Kelsey desde el piso de abajo.

Hannah se quedó inmóvil. No había pensado que su jefe pudiera llamarla al teléfono fijo de la posada, en vez de a su teléfono móvil, pero era lo más lógico. Sin duda, se había cansado de que lo ignorara. La paciencia nunca había sido uno de sus rasgos más destacados.

-¡Mamá!

-Sí, ya bajo -gritó ella, desde su habitación, y fue descendiendo lentamente por las escaleras hasta que llegó al lugar donde su hija sujetaba el auricular.

-¿Cómo estás? -le preguntó a Kelsey, susurrando.

-Parece que está cabreado -respondió Kelsey, susurrando también.

Hannah suspiró y respondió al teléfono.

-Buenos días -dijo, alegremente-. ¿Qué tal estás?

-Pues no estoy contento, precisamente -gruñó Dave-. ¿Es que no miras los mensajes del teléfono?

-Ya no sé ni dónde tengo el móvil -dijo ella, aunque era una mentira-. Estoy tan ocupada que no tengo tiempo de buscarlo. ¿Y qué haces trabajando un sábado, a propósito?

-Estoy intentando poner al día todo lo que se ha retrasado por tus vacaciones imprevistas.

-Creía que me estaba sustituyendo Carl.

-Sí, pero no ha salido bien, tal y como tú dijiste. Me he pasado la mitad del tiempo remediando sus tonterías. Ya estoy harto, y le he dicho que su contrato acaba dentro de dos semanas.

-Ah, por eso estás en la oficina un sábado. ¿Y tu mujer? ¿Está muy enfadada por el despido de su sobrino?

-No me lo recuerdes -dijo Dave-. En resumen, necesito que vuelvas esta semana. Estarás aquí el lunes, ¿no? Si te pongo al corriente ahora, te dará tiempo a pensar en algo para empezar estos proyectos nuevos y ponerlo todo en marcha el lunes por la mañana.

-Bueno, Dave, tenía que hablar contigo sobre eso -dijo Hannah, y se estremeció al oír la palabrota que soltó su jefe. Sin embargo, continuó diciéndole-: Necesito más tiempo.

-¡Hannah, no! Quedamos en que te tomarías dos semanas. ¿Cuánto tiempo vas a tardar en ayudar a tu abuela a hacer el equipaje y ayudarla a mudarse?

-Más de lo que he tenido -respondió ella-. Sobre todo, teniendo en cuenta que se niega a marcharse.

Dave era un tipo decente, y habían sido amigos desde que ella empezó a trabajar en su empresa. En aquel momento, le dijo:

-¿No iba a irse a una residencia? Pensaba que ese era el motivo por el que te habías

ido a Florida.

-Yo, también, pero se ha negado a marcharse de su casa. No puedo obligarla. No está incapacitada.

-Entonces, ¿qué significa eso?

-Significa que va a abrir la posada la semana que viene.

Él se quedó anonadado, silencioso. Cuando recuperó el habla, preguntó, en un tono cauteloso:

-¿Y ha conseguido que tú participes en eso?

-Estoy ayudándola un poco. Y Kelsey, también.

-¿Kelsey está allí? ¿Y qué pasa con la universidad? -preguntó Dave. Parecía más un padre protector que un jefe exasperado. Siempre se había interesado mucho por Kelsey, como si fuera uno de sus propios hijos.

-Ha decidido tomarse un descanso.

-Pero, Hannah, ¿tú qué opinas de eso?

-Parece que tampoco tengo nada que decir al respecto -respondió ella-. Estoy intentando acostumbrarme a la idea.

-No me extraña que estés un poco aturdida. No quiero presionarte más, pero, de verdad, necesito que vuelvas lo antes posible. Cuando no estás aquí, todo va a peor.

-Es muy halagador que me consideres indispensable, pero los dos sabemos que no es verdad. Dave, es tu agencia. Tienes muchos empleados muy competentes. Tú te apoyas en mí porque casi siempre estoy disponible. Soy adicta al trabajo, como tú.

-Exacto -dijo él-. Cuento contigo, Hannah. ¿Me estás diciendo que ya no quieres esa responsabilidad? Porque, si formo a alguien para que ocupe tu sitio, ya no habrá vuelta atrás. No puedo prometerle a alguien del equipo un ascenso y luego echarme atrás si decides que quieres recuperar tu puesto.

-Dave, sabes que adoro la agencia y mi trabajo, pero ahora, mi prioridad es estar aquí. No será mucho más tiempo, pero sé que no puedes llevar un negocio con esa incertidumbre. Me voy a tomar una excedencia y, si las cosas se resuelven aquí, hablaremos. Si luego no quieres que vuelva, pues tendrá que ser así.

-Hannah, ¡no lo dirás en serio!

Ella también se había quedado asombrada, pero no quiso retirar sus palabras.

-En realidad, sí.

-Vamos a hablar de esto, Hannah. Si necesitas otra semana, o dos, incluso, ya nos las arreglaremos aquí.

-No puedo prometerte que sea suficiente, y no quiero volver a fallarte, Dave -dijo ella.

Acababa de tomar la decisión. Hasta que las cosas no quedaran bien atadas en Seaview, hasta que no viera si la posada podía funcionar sin ser demasiada carga para su abuela y para Kelsey, necesitaba quedarse allí, por su propia tranquilidad. No quería pensar si había otros motivos, aparte de ese.

-¿Y un mes? -le dijo él, que, de repente, parecía desesperado-. Te doy una excedencia remunerada de un mes, si estás dispuesta a atendernos por teléfono y correo electrónico cuando te necesitemos.

La oferta era mucho más generosa de lo que nunca hubiera pensado, y demostraba lo valiosa que era en aquella agencia. Debería haberse sentido triunfante, o muy

gratificada, pero solo sintió más presión. Sabía cómo iba a ser aquello. Estaría todo el día ocupada resolviendo problemas y enfrentándose a crisis a larga distancia. No tendría tiempo para ayudar a la abuela ni a Kelsey. Y se terminarían los paseos y las actividades divertidas con Luke.

-Vamos, Hannah, es una buena oferta, y lo sabes. Di que sí -le rogó Dave.

-Lo siento -dijo ella, y sintió una extraña euforia-. No puedo, Dave. Te llamaré en cuanto las cosas estén bajo control por aquí, y hablaremos. Mientras tanto, si necesitas hacer cambios, lo entenderé perfectamente.

-¡Demonios, no voy a permitir que dejes tu trabajo!

-Yo no he dicho nada de dejarlo -le recordó ella-. He pedido una excedencia no remunerada con opción a negociar mi reincorporación.

-Dilo del modo que quieras -gruñó él-. No vas a volver. Lo noto en tu tono de voz. No sé qué está pasando allí, Hannah, pero estás perdiendo impulso. Tienes que volver aquí antes de que lo pierdas por completo.

Ella se echó a reír al notar su frustración.

-¿Cómo puedes decir que estoy perdiendo impulso? Acabas de hacerme una oferta de ensueño que no pensabas hacer cuando me llamaste. Yo diría que llevo ventaja, aunque técnicamente, ni siquiera estoy negociando.

-Como quieras -murmuró él. Después, se quedó en silencio y, cuando volvió a hablar, su tono era de preocupación-. Hannah, ¿tiene algo que ver con el cáncer? ¿De repente estás asustada por el tiempo que pueda quedarte? ¿Es porque quieres aprovechar hasta el último minuto?

-No, Dave, no tiene nada que ver con el cáncer. Es por mi familia. En este momento me necesitan, y yo necesito estar aquí con ellas.

-¿Estás segura?

-Sí, estoy segura.

Él exhaló un suspiro.

-De acuerdo. Llámame cuando quieras volver.

-Lo haré -le prometió ella.

-Te quiero, nena. Olvida todo lo que he dicho antes. Siempre habrá un sitio para ti en esta agencia.

De repente, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Gracias, Dave.

-Te llamaré para ver qué tal va todo. No voy a permitir que nos olvides, ni que quiero que vuelvas.

-Adiós -le dijo ella, porque, de repente, tenía la voz entrecortada y no podía decir nada más.

Colgó el teléfono y se sentó del golpe en el último escalón. Apareció Kelsey, y Hannah se preguntó si habría estado escuchando su conversación.

-Mamá, ¿de verdad estás bien? -le preguntó su hija, mientras se sentaba a su lado-. No le estarías mintiendo a Dave, ¿verdad? ¿Has tenido una recaída?

Hannah le pasó un brazo a Kelsey por los hombros y la estrechó contra sí.

-No. Es que, en este momento, mi sitio está aquí. Mientras hablaba con él, he visto muy claramente que, ahora, la abuela y tú sois mi prioridad.

Kelsey se apoyó en ella.

-Yo también he visto las cosas mucho más claras desde que llegué aquí. ¿Verdad que, algunas veces, es muy raro cómo resultan las cosas?

Ella no habría utilizado la palabra «raro», sino «irónico». Nunca habría pensado que iba a elegir Seaview en vez de Nueva York, y acababa de hacerlo. Y, aunque fuera una decisión temporal, no por eso dejaba de ser inesperada y desconcertante.

Kelsey y su madre empezaron el paseo vespertino por la playa a buen ritmo. Su médico le había dicho que aquel ejercicio era muy bueno y, además, a ella le gustaba porque era una buena forma de aclararse la cabeza. Era como si la brisa marina la ayudara a ver las cosas con más claridad. Se preguntó si su madre se había dado cuenta de lo mismo y por eso iba a quedarse en Seaview una temporada. ¿Acaso había empezado a apreciar Seaview de una manera nueva?

Fuera cual fuera el motivo, ella se alegraba de que su madre se quedara más tiempo. Le gustaba dar aquellos paseos con ella. Algunas veces no decían ni una sola palabra, como en aquella ocasión. Otras veces, hablaban del pasado, de las cosas buenas y de las malas. Su madre recordaba cómo era la vida allí de niña, y Kelsey sentía con fuerza el vínculo con sus antepasados.

-Hoy estás muy callada -le dijo Hannah, mirándola-. ¿Hay algo que te preocupe?

-No, no. Solo estaba pensando en que me alegro mucho de que te quedes más tiempo.

-Yo, también.

-¿De verdad? Pensaba que lo habías hecho porque te sentías obligada.

-En parte, sí, pero, como te he dicho antes, también es porque siento que mi sitio ahora está aquí. Puede que también necesite reencontrarme con la persona que fui.

-¿Cuando conocías a Luke? -le preguntó Kelsey con curiosidad-. ¿Salíais juntos?

-No, él salía con mi mejor amiga.

-Pero a ti te gustaba, ¿no? Esa atracción que hay entre vosotros no puede ser algo completamente nuevo.

-Él era el jugador de fútbol americano más guapo de todo el instituto, así que supongo que yo estaba enamorada de él como todas las otras chicas. Pero él solo tenía ojos para Abby. A mí nunca me miró.

-Pues ahora sí te mira -dijo Kelsey-. Y a base de bien.

Aunque su madre no hubiera admitido que había algo entre ellos, a Kelsey no se le escapó la cara de satisfacción de su madre.

Siguieron paseando en silencio, y ella se detuvo de vez en cuando a recoger algún caparazón único o algún trozo de cristal marino para completar la colección que quería exponer en la posada.

-Cariño, ¿puedo preguntarte una cosa? -dijo Hannah.

-Claro.

-¿Has hablado últimamente con Jeff?

Kelsey se contuvo para no suspirar.

-Sí. Por fin, lo llamé anoche.

-¿Y cómo fue la conversación? ¿Le dijiste que te vas a quedar aquí?

-Sí, se lo dije.

-¿Y?

-Se enfadó mucho -respondió Kelsey, y miró a su madre-. No me lo esperaba. Pensaba que, cuando se lo explicara todo, él entendería que es la mejor decisión. Normalmente es un chico muy tranquilo, que es una de las cosas que más me gusta de él. Es como un anti-Dave, más o menos.

Su madre sonrió.

-Sé exactamente a qué te refieres.

-Pues anoche no fue así. Empezó a darme ultimátums y a decirme que no iba a permitir que le entregara a su hijo a unos desconocidos.

-¿Y cómo le respondiste tú?

-Le dije que él no era mi jefe, y le colgué -dijo ella con una sonrisa apagada-. Qué madura, ¿eh?

-No, no mucho, pero sí comprensible. Lo que parece obvio es que tenéis que veros cara a cara para solucionar esto.

-Ya te he dicho que no puedo hacer eso. Al final, él ganaría.

-A mí me parece que eres más fuerte de lo que tú te crees. Si Jeff gana al final, como dices tú, será porque es lo que tú quieres que ocurra. Por otro lado, a lo mejor existe algún tipo de compromiso que a ti no se te ha ocurrido todavía.

-No, no creo. Creo que él ganará porque conseguirá convencerme.

-Podrías invitarle a venir aquí. Así tendrías nuestro apoyo moral -le sugirió Hannah.

-No. No quiero que venga aquí.

-Bueno, si cambias de opinión, a la abuela y a mí nos parecería muy bien.

-¿Habéis hablado de eso? -preguntó Kelsey con indignación-. ¿Es que estáis maquinando algo a mis espaldas? ¿Estáis eligiendo ya el vestido de novia, o algo por el estilo?

Su madre se quedó mirándola como si se hubiera vuelto loca.

-No seas absurda -le dijo, por fin-. Si quisiéramos hacer algo a tus espaldas, ya habríamos llamado a Jeff para invitarlo. Solo digo que vamos a apoyarte tanto si decides invitar a Jeff, como si decides dar al bebé en adopción o lo que quieras, ¿de acuerdo?

Kelsey se calmó al instante.

-Gracias. Perdóname por haberte hablado así.

-No pasa nada. Son gajes del oficio -dijo Hannah, y entrelazó su brazo con el de Kelsey-. Bueno, vamos a volver antes de que a tu abuela se le ocurra subirse a la escalera a cambiar bombillas, o algo así.

Kelsey sonrió.

-¿La has pillado haciendo eso?

-Pues claro. Esa mujer no sabe cómo parar.

-Dímelo a mí.

Por lo menos, había algo en lo que estaban de acuerdo, pensó Kelsey, mientras se daban la vuelta para volver a casa.

Desde el porche, Luke observó a madre e hija acercarse por la playa. Llevaban dando aquellos paseos varios días. Él se preguntaba qué secretos compartirían, pero nunca se

lo había preguntado. Hasta hacía poco tiempo, él había guardado más secretos que Hannah, así que debía respetar que ellas tuvieran los suyos.

Tampoco tenía mucho tiempo para hacerse preguntas, porque la abuela Jenny lo tenía muy ocupado, demasiado como para que pudiera sentarse a reflexionar sobre su vida o la de otra persona. Aquella tarde se había tomado un rato libre y pensaba disfrutar de él, en vez de obsesionarse con el futuro.

Cerró los ojos y dejó que el sol le calentara la pierna, porque se sentía mejor, sobre todo, después de haber intentado hacer todas las tareas que le encargaba la abuela Jenny. Podría haberle dicho la verdad sobre su herida y haberse librado, pero le gustaba ser útil y no quería que ella redujera sus deberes por lástima. Si Jenny había notado que él cojeaba al final del día, no se lo había dicho, y eso también le gustaba. Parecía que Hannah no le había revelado a su abuela lo que él le había contado y, de ese modo, él podía elegir lo que quería que supiera la abuela Jenny. No deseaba que nadie revoloteara a su alrededor.

-¿Estás echándote una siestecita antes de que mi abuela te ponga a trabajar otra vez?

Las palabras burlonas de Hannah lo sacaron de su ensimismamiento.

-No se lo digas, ¿eh? Pero esa mujer me tiene agotado.

Ella se sentó en la barandilla, frente a él. Sus piernas esbeltas estaban morenas de los largos paseos que daba, y tenía un buen color en las mejillas. El pelo se le había aclarado con el sol. Estaba rejuvenecida y más relajada que cuando él había llegado a Seaview.

-A mí también.

-¿No se supone que se han terminado ya tus vacaciones? ¿Cuándo vuelves a Nueva York?

-Debería haber vuelto ya, pero no puedo. La abuela se ha propuesto abrir la posada, y yo no soporto decepcionarla. Y está Kelsey; su vida es un caos en este momento. Esta mañana le he dicho a mi jefe que quería una excedencia no remunerada.

Él se quedó muy sorprendido.

-¿Te vas a quedar indefinidamente? -le preguntó.

-Sí, ese es el plan -respondió Hannah-. Pero no para siempre.

Él sonrió.

-Solo para que me quede claro, ¿eh? ¿O te lo estás diciendo a ti misma?

-Sí, claro. Tengo que recordarme a mí misma que esto es algo temporal. Así puedo soportarlo.

-Pues a mí me parece que estar aquí te gusta más de lo que esperabas. Algunas veces pasa eso. Cuando somos jóvenes, solo nos importa crecer, ser independientes y vivir nuestra vida. Entonces descubrimos que salir al mundo frío y cruel no es tan estupendo como creíamos, y que, después de todo, nuestro hogar no estaba tan mal. Reconócelo, Hannah, estás empezando a apreciar más Seaview.

Ella se encogió de hombros.

-Puede que sí, que un poco. Y, en este momento, a Kelsey también le viene muy bien estar aquí. Yo he conseguido una excedencia de unas cuantas semanas, pero, al final, tendré que volver, porque si no lo hago, ya me puedo despedir de mi trabajo.

-Has dicho que estar aquí es bueno para Kelsey, pero ¿y para ti? ¿Por qué no quieres reconocer que te has quedado no solo por obligación? Estás mucho más relajada que

cuando llegaste.

Ella se quedó pensativa.

-Me molesta que me impongan las cosas.

-¿Quién te ha impuesto algo?

-Bueno, fue decisión mía. Pero me produce frustración que mi abuela no vea las cosas desde mi punto de vista. Y sigo odiando Seaview. Aunque, bueno, sí, a mí también me ha venido bien la visita -reconoció Hannah, con reticencia-. ¿Y tú? ¿Has hecho algún avance con las decisiones que tienes que tomar?

-Tu abuela me tiene tan ocupado que no he tenido mucho tiempo para pensar. Pero está bien. Creía que tenía que reflexionar más aún sobre las cosas y obligarme a mí mismo a tomar decisiones, pero creo que durante los meses que pasé en rehabilitación ya le di demasiadas vueltas a todo. Necesitaba dejarlo un tiempo, entrar de nuevo en contacto con mí mismo -explicó Luke con una sonrisa-. Parece un poco cursi, pero ya sabes a qué me refiero.

-Sí, creo que sí.

Llamaron al teléfono de Luke y, cuando él miró la pantalla, hizo un gesto de contrariedad y dijo:

-Tengo que contestar.

Hannah empezó a levantarse. Para evitarlo, él le puso una mano en el muslo desnudo, aunque la quitó rápidamente.

-No te marches, solo será un minuto. Quédate, ¿de acuerdo?

Entonces, ella se sentó de nuevo a su lado y cerró los ojos para recibir todo el sol en la cara. Él no sabía por qué quería que se quedara allí, pero su presencia le daba fuerzas.

-Hola -dijo él cuando descolgó.

-Llevas varias semanas sin llamar a los niños -le dijo Lisa, directamente.

-Estás exagerando, como de costumbre. Han sido menos de dos semanas. Además, me dijiste que, cuando llamaba, los niños se disgustaban mucho, y que querías que se acostumbraran a la presencia de Brad en sus vidas.

-Pues me equivoqué. Esto les está disgustando aún más.

-Entonces, llamaré esta noche. Yo no quería apartarme de ellos para siempre, Lisa. Tú lo sabes. Esto solo era un periodo para tomar unas cuantas decisiones y empezar a normalizar la relación.

-¿Dónde estás? He llamado al hospital y me han dicho que te dieron el alta hace dos semanas. ¿Has vuelto a Atlanta?

-No.

-Entonces, ¿dónde estás?

-No importa. Tienes mi número de móvil, y puedes ponerte en contacto conmigo siempre que lo necesites.

-¿Vas a volver en algún momento? No sé qué tengo que decirle a Brad. Él se pregunta lo que tiene que hacer con la consulta.

A Luke se le ocurrieron unas cuantas cosas que ella podría decirle a su viejo amigo, pero se contuvo. Las palabras no podían cambiar el hecho de que Brad y su mujer estuvieran juntos. Muy bien, se merecían el uno al otro. Sin embargo, sus hijos se merecían algo mejor.

-En realidad, he cambiado de opinión, Lisa. No voy a llamar a los niños esta noche.

Iré a buscarlos mañana a primera hora.

-¿A buscarlos? ¿A qué te refieres? Yo tengo la custodia. Eso se resolvió con el divorcio.

-En realidad, tenemos la custodia compartida, y yo tengo derecho de visita incluso cuando están contigo -le recordó él-. Avisa en su colegio de que van a pasar la semana que viene con su padre, que acaba de volver de Irak y de salir de rehabilitación. No creo que nadie tenga un problema con eso, incluida tú, ¿no?

-Pero... tú has dicho que no estás en Atlanta. Ni siquiera tienes un sitio donde quedarte aquí, ¿no?

-No nos vamos a quedar allí. Vamos a ir de vacaciones.

-Luke, no me gusta nada esto.

-A mí tampoco me gustan muchas de las cosas que han pasado últimamente, pero tengo que aceptarlas. Lo superarás. Nos vemos mañana, y no se te ocurra impedirme esto.

-Vamos, Luke, sé razonable. Nate tiene un partido de fútbol.

-No es que sea de la liga profesional, Lisa. Creo que podrá faltar a un par de partidos. ¿Alguna excusa más?

-No, en este momento, no, pero ya hablaremos de esto cuando llegues -respondió ella con frialdad.

Él ignoró su tono de voz.

-Muy bien, entonces, todo resuelto.

-No, no está resuelto -replicó ella.

Él fingió que no la había oído.

-Ah, y otra cosa, Lisa. Por favor, que Brad no esté en casa cuando llegue. Es la primera vez que él y yo nos vemos, y no quiero que estén delante los niños.

Entonces, colgó sin esperar respuesta, con la mandíbula tan apretada que le dolía.

-¿Luke?

Se volvió bruscamente. Había olvidado que le había pedido a Hannah que esperara. Y, ahora, ella sabía lo mala que era la relación con su exmujer.

-Tengo que entrar a hacer la bolsa de viaje y ponerme en camino -dijo él sin mirarla a los ojos-. Si quiero estar en Atlanta a primera hora por la mañana, tengo que recorrer más de trescientos kilómetros hoy.

-¿Vas a traer aquí a tus hijos? -le preguntó ella.

Entonces, él se dio cuenta de que debería haber tenido la cortesía de preguntarlo primero. Ni siquiera sabía si la posada estaba llena. Se pasó una mano por la cabeza.

-Lo siento. Ni siquiera lo he pensado. Debería haber hablado con tu abuela y contigo primero. ¿Habría sitio para los niños?

-No seas tonto, no pasa nada. Yo me alegro de que los traiga. Y, si todas las habitaciones están reservadas, tenemos sitio en nuestra parte de la casa. Solo quería saber cuántas habitaciones hay que preparar.

-¿Estás segura? Son un niño de ocho años y una niña de diez. Están acostumbrados a tener su propio espacio, así que supongo que sería mejor que aquí también lo tuvieran. Su vida ha sido muy agitada últimamente, así que no sé cómo se van a portar.

-Eh, ¿te parece que aquí hay alguien que se comporte con mucha normalidad? Van a encajar perfectamente. Necesitan estar con su padre, y eso es lo único que importa.

-Gracias.

-No me des las gracias. De todos modos, creo que me voy a quedar aquí mientras tú le dices a la abuela que estamos a punto de tener a nuestros primeros huéspedes oficiales antes de que ella termine de hacer la enésima limpieza de las habitaciones.

-¿Y yo? ¿Yo no cuento como huésped oficial?

-Para mí, cualquiera que pinte, arregle grifos que gotean y desatasque el baño es de la familia. No sé para qué quiere mi abuela que me quede. Tú eres el más indicado para llevar esta casa -le dijo Hannah, y lo miró con astucia-. Pero, claro, tendrías que dejar la cirugía. ¿Estás pensando en cambiar de profesión?

Él se encogió de hombros.

-Nunca se sabe.

Un día cercano iba a tener que sentarse a examinar su futuro y a pensar en lo que quería hacer. Por el momento, lo único que sabía con certeza era que quería estar con sus hijos y, tal vez, que quería estar con Hannah. Aquellos podían ser los primeros pasos hacia una nueva vida.

Y quería que Hannah, la abuela Jenny y Kelsey participaran en aquella reunión con sus hijos. Podía ser que quisiera su presencia para amortiguar el impacto, o tal vez fuera algo más. Eso también tendría que dilucidarlo pronto.

-Luke -le dijo Hannah-. Olvida lo que he dicho. Vete. Yo le cuento a la abuela tus planes. Tienes que salir ya de viaje. Tus hijos ya han esperado demasiado para ver a su padre.

Luke estaba a punto de alejarse, pero se dio la vuelta y la besó. Su primer impulso era darle un beso ligero, de agradecimiento, pero el gesto se convirtió en otra cosa. Le tomó la cara entre las manos y saboreó su boca, y dejó que el calor se desbordara.

Se retiró de mala gana, emocionado. Miró a Hannah. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa temblorosa.

-Ha sido... interesante -dijo con la voz entrecortada.

-Si tuviera más tiempo, creo que podría mejorarlo -respondió él.

-Si lo mejoras, tendrás que recogerme del suelo.

Luke sonrió.

-Nos vemos dentro de un par de días -le prometió-. Y, Hannah, no te pases todo el tiempo recordándote que esto es una mala idea, ¿de acuerdo?

-Tú, tampoco.

-Trato hecho.

Con sus dos hijos presentes, Luke no pensaba que tuviera muchas oportunidades para estar con Hannah. Claro, que a él siempre le habían gustado los desafíos, y el hecho de buscar momentos a solas con ella era exactamente eso, un desafío muy tentador.

Sonrió. Con pensar en aquello, ya tuvo la motivación y las fuerzas suficientes para enfrentarse a lo que pudiera esperarle en Atlanta.

Capítulo 13

La abuela se alegró mucho al saber que iba a tener en la posada a los hijos de Luke durante una semana.

-Les vendrá muy bien estar en la playa, tomando el sol, jugando como niños que son -declaró durante el desayuno, a la mañana siguiente-. Y, en mi opinión, Luke los necesita mucho más de lo que ha dejado entrever.

-Abuela, ¿sabes algo de la situación de Luke? -le preguntó Hannah.

-Supongo que lo mismo que tú, más o menos. Está divorciado porque ocurrió algo feo.

-¿Sabes que estuvo en Irak y resultó herido en una explosión?

La abuela Jenny se quedó horrorizada.

-Sabía que había tenido algún accidente, porque la pierna le duele. Es evidente. Y, posiblemente, ese es el motivo por el que no está operando.

-¿De verdad crees que no está bien del todo? -le preguntó Hannah-. Mira lo que ha hecho aquí. Una operación no puede ser más extenuante que todas esas tareas. Yo creo que se está escondiendo aquí porque no soporta volver a su casa.

La abuela Jenny se encogió de hombros.

-¿Y qué? No se le puede culpar por eso. Tiene derecho a tomarse un tiempo para recuperar las riendas de su vida. Y es muy lógico que no quiera trabajar con el idiota que le quitó a su mujer. Pero... tú no estarás incómoda de repente porque él está aquí, ¿no?

-No, claro que no. Lo que pasa es que me preocupa que no acepte lo que tiene por delante. Su vida actual es muy distinta a la que dejó al marcharse a Irak. ¿A ti te parece que está bien que pase sus días aquí, pintando y haciendo chapuzas en vez de enfrentarse a la realidad? ¿No será que no es capaz de aceptar los hechos? ¿Y si pierde el rumbo de su vida?

-¿A qué te refieres?

-Es médico cirujano. Para eso ha tenido que estudiar durante muchos años. No debería abandonar esa profesión para quedarse a vagar al lado de una playa, y menos a su edad. No estaría satisfecho con ese tipo de vida.

-¿Acaso has visto vagar a Luke un solo minuto? Ha trabajado más que cualquiera en la casa y lo ha hecho sin una sola queja y sin poner como excusa sus lesiones.

-Sí, ya lo sé. No era una crítica. Solo me preocupa que, cuanto más tiempo pase aquí escondido, más difícil va a ser para él recuperar el ritmo de su vida.

-Tú no eres capaz de imaginarte una vida sin una profesión exigente y absorbente, pero eso no significa que todo el mundo sea igual -le dijo su abuela-. Puede que él no quiera volver a esa vida, que quiera empezar desde cero. No sería la primera persona que cambia después de una tragedia.

-Tiene dos hijos. Debe tener eso en cuenta.

-Y ahora ha ido a buscarlos, ¿no? ¿Qué es lo que quieres decir en realidad, Hannah? ¿Tienes miedo de que Luke decida venir a vivir aquí y, como te has enamorado de él, tendrás que elegir otra vez entre Seaview y tu vida en Nueva York?

-No tiene nada que ver conmigo -respondió ella.

Sin embargo, su abuela había dado en el clavo. Había algo entre Luke y ella, y el beso había sido una prueba fehaciente. Sin embargo, sería muy diferente mantener una relación con él si vivía en Atlanta a hacerlo si se quedaba en Seaview Key. Ella tenía demasiados traumas sin resolver del pasado como para quedarse allí también.

-Sí tiene que ver contigo si te has enamorado de él -replicó su abuela-. Es el mismo problema que tiene Kelsey si de verdad quiere a ese joven y él se empeña en formar su familia en California.

-¿Cómo va a ser lo mismo? -preguntó Hannah-. A Kelsey le encanta California.

-¿Es que no has prestado atención a nada? -inquirió su abuela-. Tu hija se ha vuelto loca por Seaview. Quiere que la posada sea suya algún día. Sé que para ti es imposible entenderlo, pero es cierto. Kelsey tiene una conexión con la posada. Le encanta todo lo que representa: la historia familiar, la relajación y el hecho de conocer gente interesante.

-Solo está aquí para evitar al padre del bebé.

-No puedo negar que en parte, es así, pero hay más. Abre los ojos, Hannah. Mira cómo se le ilumina la cara a tu hija cuando habla de la posada y de las mejoras que quiere hacer aquí. Su futuro está aquí. Creo que yo me di cuenta la primera vez que vino. Nos hizo muchísimas preguntas a tu madre y a mí para escribir un libro sobre cómo dirigir un hotel. Le encantaba sentarse en el porche y hablar con los huéspedes, como nos encantaba a tu madre y a mí.

-Pero ahora, lo único que pasa es que está emocionada porque todo esto es nuevo y diferente -dijo ella a la defensiva.

-No, está emocionada porque esto es parte de su historia. Creo que se ha encontrado con su destino. Y, si estoy en lo cierto, espero que no trates de disuadirla solo porque a ti no te convenga.

-Yo nunca haría eso. Lo que de verdad quiero es que Kelsey sea feliz.

En aquel momento, apareció un coche desconocido que se dirigió hacia la posada. Un joven de pelo largo, con una coleta y una camiseta de un grupo de heavy metal salió del vehículo.

Hannah tragó saliva.

-¿Crees que...?

-No sé qué pensar -dijo la abuela Jenny, cabeceando-. Tú recíbelo. Yo voy a entrar a tomar el teléfono para llamar a la policía a la menor señal de peligro.

Mientras el joven se acercaba arrastrando una maleta, Hannah se tranquilizó. A pesar de su camiseta negra y el pelo largo, parecía un niño asustado y no un joven problemático.

-¿Es usted la madre de Kelsey? -preguntó.

Hannah asintió.

-Soy Jeff Hampton -dijo él, y tragó saliva-. Seguramente, usted me odia, y Kelsey no quiere verme, pero yo he venido de todos modos -dijo, y alzó la barbilla con un gesto desafiante-. ¿Cómo vamos a arreglar esto si ella está en la otra punta del país?

Hannah sintió admiración por su valentía, aunque no le gustara lo inesperado de su llegada.

-Dime una cosa, Jeff. ¿Tú quieres a mi hija?

-Sí -dijo él sin vacilar-. La quiero y quiero que nos casemos y tengamos al bebé. Pero, aunque ella diga que no, que quiere deshacerse del niño, me lo quedará yo, porque es nuestro. Un bebé se merece saber que por lo menos, uno de sus padres lo quiere de verdad.

-Algunas veces, lo más maduro y amoroso para un niño es darlo en adopción.

Él la miró con horror.

-¿Le parece que soy egoísta? ¿O que solo soy un idealista que no tiene ni idea de lo difícil que va a ser esto? Pues no. Yo puedo darle a ese niño un buen hogar. Mi familia tiene dinero, aunque no es que yo piense pedirles nada. Yo he vendido un software el año pasado y me va muy bien por mi cuenta. No estoy en una situación precaria. Kelsey cree que tendría que renunciar a todo su futuro, pero no es cierto. Podría hacer lo que quisiera. El bebé y yo no íbamos a ser un obstáculo.

-Entonces, puede que no te quiera lo suficiente -le sugirió con suavidad Hannah, aunque, por lo que le había dicho Kelsey, tenía que preguntarse si eso era cierto.

-Yo creo que sí me quiere. Lo que pasa es que está asustada. Tener un hijo es algo muy importante, y casarse es un compromiso enorme. Pero yo quiero todo eso, y lo quiero con Kelsey. Lo supe la primera vez que la vi.

A Hannah le cayó muy bien Jeff Hampton, a pesar de todo. Le gustaba que hubiera ido hasta allí para luchar por lo que quería, y que estuviera dispuesto a aceptar la responsabilidad de tener una mujer y un hijo. Le gustaba que le hubiera dicho que quería a Kelsey mirándola a los ojos, y que no se dejara desanimar por su escepticismo.

Sin embargo, no era a ella a la que tenía que impresionar. Y Kelsey iba a ser un hueso mucho más duro de roer.

-Ella está dando un paseo por la playa -le dijo a Jeff, mientras tomaba su maleta-. Voy a llevarla dentro. Si vas hacia el norte, seguramente te la encontrarás, aunque dijo algo de que iba a pasar por el pueblo antes de volver. Si no la ves en la playa, ve al puesto de helados.

Jeff esbozó una sonrisa infantil.

-Gracias.

-No te esperes que va a ser fácil -le advirtió Hannah.

-Soy un tipo complicado. Si fuera fácil, me aburriría.

Y, con eso, se marchó corriendo hacia la playa, con entusiasmo, aunque corría el riesgo de enfrentarse al rechazo. Al verlo, Hannah suspiró y esperó que su hija no le rompiera el corazón.

La abuela Jenny salió por la puerta en cuanto Jeff se marchó.

-¿Era él? ¿Era el que ha dejado embarazada a nuestra Kelsey?

Hannah asintió.

-Es él. Y ¿sabes qué? Me cae bien. A pesar de la ropa tan horrible que lleva, tiene algo que transmite seguridad. Es maduro y tiene los pies en el suelo. Y, lo mejor, le creo cuando dice que la quiere.

-¿De verdad?

-Sí. Lo ha dicho con convicción y emoción. Y quiere tener a su hijo.

-Pero lo que nos importa a nosotras es lo que quiera Kelsey.

-Por supuesto -dijo Hannah-. Pero me alivia que no sea un idiota -añadió. Se puso de pie-. Bueno, vamos a ver dónde metemos a todos estos huéspedes inesperados. Por una vez, me alegro de vivir en una posada. Así podemos separar a los interesados.

-A lo mejor ese joven espera poder quedarse con Kelsey.

Hannah sonrió.

-Para eso estamos tú y yo, para decirle que no. De hecho, lo voy a colocar en la habitación contigua a la de Luke, para que podamos estar seguras de que no va a haber acción.

-Luke no vuelve hasta mañana o pasado mañana -le recordó su abuela.

-Por eso voy a dormir con la oreja pegada a la pared de la habitación de Kelsey. Si Jeff entra, o ella sale, lo sabré.

La abuela cabeceó.

-¿Y no crees que ya es un poco tarde?

-Seguramente, pero yo me siento mejor así.

Entonces, Hannah tomó la maleta de Jeff, que era muy ligera, y la llevó al interior de la posada. Como su abuela no la seguía, la llamó.

-¿No vienes?

-¿Para qué? ¿Para poner un cerrojo en la puerta de la habitación de tu hija y darte la única llave?

Hannah se detuvo en seco.

-¿Te parezco una ridícula?

-No. Me pareces una mujer que trata de proteger a su hija. Lo único que digo es que es un poco tarde para esa clase de protección. Ahora, lo que necesita Kelsey es que la apoyemos incondicionalmente, y que le demos todos los consejos sabios que nos pida. Y, en mi opinión, esos dos chicos tienen que pasar todo el tiempo posible juntos. Si ella quería a ese muchacho tanto como para arriesgarse a quedar embarazada, seguramente lo quiere tanto como para dar el paso siguiente. Solo tiene que encontrar la forma de tomar la decisión por sí misma.

-Pero ¿y si no la encuentra?

-Entonces, nos tendrá a nosotras -dijo su abuela, sin titubear-. A mí no me importaría que hubiera otro bebé por aquí. ¿Y a ti?

-Pues... no. A mí tampoco me importaría -dijo Hannah, suavemente-. De hecho, sería increíble -añadió-. Pero no podemos decirle a Kelsey lo que pensamos, para no influir en ella con nuestros deseos.

-Claro que no -dijo su abuela.

Sin embargo, por el brillo de sus ojos, estaba claro que no le importaría utilizar sus poderes de persuasión para conseguir exactamente lo que quería.

Kelsey había ido a pasear sola aquel día, porque su madre estaba con su bisabuela hablando sobre la inesperada decisión de Luke de ir a Atlanta a buscar a sus hijos. Kelsey no sabía por qué les parecía tan importante. A ella le encantaba la idea de que

hubiera dos niños corriendo por ahí. La posada era el lugar perfecto para las risas y el ruido de las familias, y aquel sería un buen ensayo general. Tenían todavía unos días para asegurarse de que todo funcionaba a la perfección antes de que llegaran los primeros huéspedes.

De hecho, estaba tan contenta que paró en una tienda para comprar juguetes de playa para niños: pelotas, flotadores, flotadores de brazo para los más pequeños y cubos y palas para la arena. También compró un par de toallas para la playa, botes de crema protectora y un gran sombrero de paja, que se puso para protegerse del sol en aquel momento. Ya estaban empezando a salirle pecas del sol, lo cual era muy agradable, pero, seguramente, nada recomendable.

No había pensado que todos aquellos artículos iban a ser muy pesados. Además, el sol estaba calentando más de lo que esperaba. Iba andando por la orilla cuando vio a Jeff. Él caminaba hacia ella, un poco fuera de lugar con sus pantalones vaqueros y su camiseta favorita. Jeff pensaba que con ella parecía un tipo peligroso, lo cual era de chiste, teniendo en cuenta lo dulce y tranquilo que era. Al verlo, a Kelsey se le aceleró el corazón.

Él apretó el paso en cuanto la reconoció.

-¿En qué estás pensando? -le dijo, en tono de reproche-. No debes llevar tanto peso.

Trató de quitarle algunas de las bolsas, pero Kelsey no se lo permitió.

-Yo puedo -le dijo.

-Oh, vamos, deja que te ayude -le dijo él, con impaciencia-. Sé que eres muy fuerte, y que puedes hacer todo lo que te propongas. Pero no tiene nada que ver con que me dejes llevar algunas cosas de estas.

Kelsey suspiró y soltó algunas de las bolsas. Iba a preguntarle qué hacía allí, pero ya sabía la respuesta. De hecho, le sorprendía un poco que hubiera tardado tanto en aparecer.

Él la miró con perspicacia.

-No estás demasiado sorprendida de verme.

Ella se encogió de hombros.

-No te gustó lo que te decía, así que estaba claro que ibas a tomar un avión y a venir aquí -dijo. Después, lo miró con una expresión de desafío-: Pero ya he tomado la decisión, Jeff.

-De acuerdo -respondió él, sencillamente, y comenzó a caminar a su ritmo.

Kelsey se detuvo en seco.

-¿De acuerdo? ¿Eso es todo?

Él sonrió.

-Eres más terca que una mula, así que, si discuto contigo, lo único que voy a conseguir es que te obceques más.

-Entonces, ¿para qué has venido?

-He venido porque tú estás aquí.

Kelsey frunció el ceño.

-¿Y la universidad?

-Lo he dejado por el momento.

Ella se quedó boquiabierta.

-¿Has dejado la universidad? Eso es una locura.

-La misma locura que has cometido tú -dijo él con indiferencia-. Yo puedo trabajar con el ordenador desde cualquier sitio, y eso es lo que voy a hacer para pagar las facturas, las nuestras y las del bebé. Voy a organizarlo todo para que nos traigan nuestras cosas. Las tuyas y las mías.

-No puedes aparecer así como así y quedarte a vivir -protestó ella.

-Tú vives en un hotel. Puedo alquilar una habitación.

-La posada está llena -le dijo ella con orgullo-. Por lo menos, a partir de la semana que viene.

-Pues alquilaré una habitación hasta que aparezcan los otros huéspedes.

-Y entonces, ¿qué?

Él sonrió.

-Puede que, para entonces, ya te hayas acostumbrado a tenerme aquí y me dejes mudarme a tu habitación.

-¿Bajo la vigilancia de mi madre? Buena suerte.

-Creo que ya le caigo bien a tu madre -dijo él.

-¿Cuánto tiempo has hablado con ella? ¿Cinco minutos?

-Me ha parecido que más -respondió Jeff-. Pero puede que fuera porque me estaba interrogando. Y creo que he estado a la altura.

-Pero no has conocido a la abuela, ¿no?

Él hizo un gesto negativo.

-Creo que estaba dentro, preparada para llamar a la policía si no le gustaba lo que oía. Por lo menos, tenía el teléfono en la mano -dijo, sonriendo-. Pero no la vi marcar, así que he debido de aprobar también su examen.

Kelsey sonrió al saber que su abuela estaba dispuesta a entregar a Jeff a las autoridades con tal de protegerla.

-Bueno, entonces, ¿puedo quedarme, o no? -preguntó él, mirando a su alrededor-. Este sitio es estupendo.

A pesar de que le inquietaba el hecho de pasar mucho tiempo con Jeff, Kelsey se alegró al notar su entusiasmo por la posada.

-Pues espera a ver la posada por dentro, Jeff. Es increíble. Hemos estado trabajando como locos para que esté todo perfecto el día de la reapertura. Yo he estado preparando los papeles para poder informatizar la gestión, pero todavía no sé cómo lo voy a hacer. Y quiero hacer una página web.

-Yo te la hago -dijo él.

-¿En serio?

-Claro.

-Tengo algunas ideas, pero no sé cómo quedarían online. Te lo cuento todo cuando te haya enseñado la posada.

Él aminoró el paso.

-¿Kelsey?

-¿Sí?

-Te gusta mucho lo que estás haciendo aquí, ¿eh? Hacía mucho tiempo que no te veía tan contenta y emocionada con nada.

-Pues sí -dijo ella-. Me siento parte de algo que llevan haciendo varias generaciones de mi familia. Con este lugar siento una conexión que no he sentido nunca en

California, ni en Nueva York.

Él asintió lentamente.

-Muy bien. Pues enséñamelo todo. Si vamos a vivir aquí, tengo que aprender lo importante.

-Jeff...

Él la interrumpió antes de que pudiera terminar su objeción.

-Nada de discusiones, ¿de acuerdo? No te voy a presionar para que nos casemos, pero tampoco me voy a marchar.

-¿Tan fácil? -le preguntó ella con asombro-. ¿Estás dispuesto a quedarte aquí solo porque es lo que yo quiero?

-Por supuesto.

Aquella respuesta no resolvía nada, pero la tranquilizaba. Tal vez, después de todo, sí hubiera esperanza para ellos. ¿Cuántos hombres estarían dispuestos a cambiar su vida solo por agradar a una mujer? Eso tenía que significar algo.

Hacia dos horas, si alguien le hubiera dicho que Jeff iba a aparecer allí y a decirle que se quedaba, habría sentido pánico. Sin embargo, allí estaba, y lo único que sentía era esperanza.

Cuando terminaron de cenar, Hannah estaba agotada. Mandó a la abuela Jenny a la cama y a Kelsey y a Jeff al porche.

-Yo lavo los platos y termino de recoger -les dijo mientras los echaba.

Necesitaba tiempo para recuperarse. Había sentido mucha tensión, porque pensaba que Jeff y Kelsey iban a discutir gravemente, pero ellos se comportaban como si la llegada de Jeff no fuera nada inesperado. No habían dicho ni una palabra del futuro, ni de su matrimonio, ni del bebé. De hecho, solo habían hablado de la página web de la posada, que iba a hacer Jeff. Toda la cena había sido surrealista.

Sonó el teléfono y ella atendió la llamada rápidamente. Estaba dispuesta a atender a cualquiera que pudiese distraerla de la situación.

-¿Hannah?

A ella se le aceleró el corazón.

-Hola, Luke. ¿Dónde estás?

-En un motel a las afueras de Atlanta. Hay muchísimo tráfico. He llegado más tarde de lo que creía, así que iré a recoger a Nate y a Gracie mañana por la mañana. Espero que podamos ir directamente a Seaview -dijo él, e hizo una pausa-. ¿Seguro que no hay ningún problema?

-Eh, claro que no. Será una distracción estupenda del otro huésped.

-¿Qué otro huésped? Pensaba que no iba a llegar nadie hasta la semana que viene.

-No es un huésped de pago. Jeff ha venido hasta aquí para arreglar las cosas con Kelsey.

-¿Y qué tal va eso? No la estará presionando, ¿no?

-No, salvo de un modo bondadoso -respondió ella-. Ya se ha ofrecido para echar una mano. Kelsey lo tiene diseñando una página web. Me parece que es una especie de genio de la informática que se dedica a desarrollar software, algo que ella no nos había contado. Además, es el heredero de la fortuna de su familia, aunque dice que eso no le

interesa. Y parece que es de una pandilla de moteros, pero, cuando lo miras a los ojos, te das cuenta de que solo es un chaval que está loco por mi hija.

-Entonces, te ha caído bien, ¿no? -preguntó Luke con algo de asombro.

-Sí. Estoy de su lado. Además, es muy listo.

-¿Lo dices porque se dedica a la informática?

-No, porque ha captado al instante el amor que siente Kelsey por este lugar, y quiere convertirse en parte de él, en vez de luchar contra ella. Me parece que ahora vamos a tener dos que no acaban la carrera.

-A lo mejor es que lo que verdaderamente son es empresarios.

-Sí, intentaré verlo así -dijo ella. Y, como no quería seguir hablando de Kelsey y de su futuro incierto, cambió de tema-. ¿Cómo te sientes ante la perspectiva de ver otra vez a Lisa? ¿Estás nervioso?

-No, nervioso, no. Va a ser raro. La conozco desde hace veinte años, pero no es la misma mujer de la que me enamoré.

-¿Y tu consulta?

-¿A qué te refieres? -preguntó él con tirantez.

-¿Vas a pasar por allí? ¿Has tomado alguna decisión?

-No voy a volver a pisar esa consulta nunca más -respondió Luke.

-Luke, no puedes olvidarte así como así. Yo no sé mucho de la profesión médica, pero seguro que has invertido mucho tiempo de tu vida en ella, y no está bien que la abandones con las manos vacías.

-Por eso voy a contratar a un abogado, para que disuelva la sociedad -dijo él-. Pero no puedo pensar ahora en eso. En este momento estoy concentrado en los niños. Espero que no estén enfadados conmigo.

-¿Por dejarlos para irte a Irak?

-Sí.

-Luke, aunque estuvieran enfadados, se les pasaría. ¿Qué niño va a resistirse a la felicidad de pasar horas y horas jugando en la playa?

-Espero que sigas viéndolo de un modo tan positivo dentro de dos días.

-Claro que sí. Te lo prometo.

-Eso espero, Hannah, de verdad. Bueno, ahora, tengo que acostarme, porque quiero que mañana salgamos de viaje muy temprano.

-¿Crees que llegaréis al último ferry?

-Eso quiero. Si no lo conseguimos, te llamo.

A ella se le aceleró el corazón de impaciencia, lo cual, seguramente, no era nada bueno.

-Pues entonces, hasta mañana por la noche, Luke. Conduce con cuidado.

-Buenas noches, Hannah.

Ella colgó lentamente y, después, salió al porche a mirar al cielo. Había una sola estrella que titilaba suavemente.

-Que le salga bien -susurró.

De hecho, ojalá les saliera bien a todos ellos.

Capítulo 14

Luke llegó a su antigua casa antes del amanecer. Estaba impaciente por recoger a los niños y salir de viaje. No quería ver a su exmujer, pero no podía quedarse sentado en el coche y tocar la bocina hasta que salieran los niños, así que, de mala gana, se encaminó hacia la puerta y llamó al timbre.

Cuando se abrió la puerta, apareció Brad, con una expresión cautelosa.

-Luke, tienes muy buen aspecto -dijo con una cordialidad forzada-. Vamos, pasa.

A Luke se le apretaron los puños sin que se diera cuenta. Lisa ni siquiera había tenido la cortesía de decirle a Brad que desapareciera, como él le había pedido. En cualquier otro momento y otro lugar, le habría dado un puñetazo a aquel tipo, pero, como seguramente sus hijos no andaban lejos, se contuvo.

-No, gracias. Espero aquí. ¿Están los niños preparados para salir?

-Casi -dijo Brad. Después, vaciló un instante, y añadió-: Mira, lo siento, de verdad. Yo no quería que sucediera esto.

-No quiero oír ninguna de tus excusas -le espetó Luke-. Diles a los niños que estoy esperando en el coche.

-Vamos, no hagas eso -le rogó Brad-. Tenemos que encontrar una manera de convivir por el bien de Nate y de Gracie. Y tú y yo tenemos una relación empresarial.

-No, ya no. ¿Es que piensas que iba a volver a confiar en ti?

-Mira, sé que esto es muy malo. Ni Lisa ni yo pensábamos que pudiera suceder algo así. Yo estaba haciendo lo que me pediste, que los cuidara, ¿sabes?

-¿Y cuidarlos incluía acostarte con mi mujer?

-Claro que no -respondió Brad-. Ocurrió. No queríamos hacerte daño. Tú y yo somos amigos desde hace demasiado tiempo como para tirarlo todo por la borda.

Luke lo miró con incredulidad.

-No es posible que creas que podemos seguir siendo amigos. Yo no quiero compartir mi espacio de trabajo contigo -dijo Luke. Entonces, alzó ambas manos-. Déjalo ya. No voy a mantener esta conversación contigo. Vosotros dos sois adultos, y sabíais lo que estabais haciendo y cuáles serían las consecuencias, así que ahora no finjas que estás destrozado. Me voy al coche. Manda a los niños cuando acaben.

Se dio la vuelta y se alejó, porque no quería caer en la tentación de romperle las narices a Brad.

Cinco minutos después fue Lisa la que salió de casa y se acercó al coche. Nate y Gracie iban tras ella, y era evidente que la seguían de mala gana. No parecía que estuvieran muy contentos de ir a pasar unas inesperadas vacaciones a Florida.

Por ellos, Luke sonrió forzosamente. Abrió la puerta trasera del coche.

-Hola, chicos. Vamos, entrad. Esto va a ser toda una aventura. Estoy deseando que conozcáis Seaview Key.

Gracie lo miró con aburrimiento.

-Lo que tú digas -respondió.

Nate no dijo nada.

Luke se giró hacia Lisa, que iba tirando de dos maletas hacia el coche. Eran muy pequeñas, no parecía que contuvieran lo suficiente para una semana fuera de casa.

-¿Seguro que van a tener todo lo que necesiten?

-He metido pantalones cortos, camisetas y bañadores. Es Seaview Key, no creo que necesiten trajes de gala.

-No, pero son niños. Se van a ensuciar.

-¿Es que no tienen lavadora en ese hotel? Pues entonces, seguro que podrás comprarles algo de ropa. Allí tiene que haber muchas tiendas baratas.

Él se acercó a ella y le susurró al oído:

-¿Cuándo te has convertido en una bruja? -le preguntó, en voz muy baja, para que los niños no lo oyeran.

-El día que tú empezaste a tomar decisiones en nombre de todos nosotros -replicó ella.

-Ni lo menciones -le dijo él, y la empujó suavemente para alejarla del coche y poder hablar con ella-. No vamos a tener esta conversación ahora. Tú querías acabar con nuestro matrimonio, Lisa, y lo conseguiste. No es nada nuevo. Puede que mientras los niños y yo estemos fuera, se te ocurra alguna manera para que seamos corteses el uno con el otro. Para eso, tienes que empezar a quitarme a Brad de delante.

-¿Y cómo voy a hacer eso? Ahora, él vive aquí.

-Encuentra tú la forma -respondió él-. Les diré a los niños que te llamen en cuanto lleguemos esta noche.

-¿Sabes a qué hora será eso?

-Te llamarán a las seis. Así no importará que haya algún retraso en el viaje. Sabrás cuándo puedes esperar la llamada.

-A las seis he quedado con Brad, porque vamos a ir a cenar con unos amigos.

Luke tuvo que controlarse para no perder la paciencia.

-Entonces, que te llamen al teléfono móvil. Acuérdate de tenerlo encendido.

Por su expresión, él se dio cuenta de que ella quería poner alguna objeción también a aquello, pero se quedó callada.

-Muy bien -dijo él, entonces, y volvió hacia el coche fingiendo una actitud alegre-. Pues ya podemos ponernos en camino. ¿Estáis listos, chicos?

Los niños no respondieron.

-Despedíos de vuestra madre -les dijo.

Tanto Nate como Gracie miraron a Lisa con cara de acusación, como si los estuviera mandando a Siberia. Tampoco a ella le dijeron nada.

-Os quiero -les dijo Lisa de todos modos-. Nos vemos dentro de una semana. Que lo paséis muy bien en Florida.

Luke la miró.

-Los voy a cuidar bien -le dijo.

A ella le tembló la barbilla ligeramente.

-Oh, Luke, eso ya lo sé... Lo siento muchísimo -dijo con la voz entrecortada-. Siento todo lo que ha pasado.

-Sí, lo sé -respondió él con tirantez.

Se puso al volante y arrancó el coche antes de que ella pudiera decir algo más. No quería escuchar sus excusas ni sus disculpas.

Al salir de la parcela de su antiguo hogar, no miró atrás. Aquella casa, aquella mujer y aquella vida ya habían quedado atrás.

Luke no sabía a qué atenerse cuando había recogido a sus hijos aquella mañana, pero no había imaginado aquel silencio con el que lo habían recibido en casa, ni las expresiones de malhumor que mantenían desde que se habían puesto en camino. Él no era quien había traicionado a su familia, pero, claramente, estaba pagando el precio de una decisión que no había tomado. Si las cosas seguían así, aquella semana iba a ser muy larga, porque parecía que el proceso para recuperar la relación con sus hijos iba a avanzar centímetro a centímetro.

-¿Queréis que paremos a tomar una pizza antes de ir a la posada? -les preguntó-. Nos queda una hora para que salga el ferry.

Su hija de diez años frunció el ceño. Nate, de ocho, miró a su hermana mayor esperanzadamente, pero, al ver su expresión, suspiró, y se mantuvo en silencio.

-Bueno -dijo Luke-. Yo sí que quiero pizza, así que eso es lo que vamos a hacer.

-Yo me quedo en el coche -dijo Gracie, y se cruzó de brazos.

-No, hija. Vamos a ir todos.

-Bueno, ¡pues yo no voy a comer nada!

-Como quieras -dijo Luke-. ¿Y tú, Nate? ¿No tienes hambre? A mí me apetece una pizza de salchichón.

Nate asintió casi imperceptiblemente y, al instante, se quedó azorado por haber cedido con tanta facilidad ante la perspectiva de poder comer su pizza favorita.

Cuando entraron al restaurante, Luke pidió una pizza grande y tres sodas, a pesar de que Gracie había dicho que tampoco quería beber nada. Después, llevó a los niños a una mesa junto a la ventana.

-Os voy a contar cosas de Seaview Key -les dijo a los dos, aunque se mantuvo concentrado en Nate, que había empezado a ablandarse un poco-. Es un sitio buenísimo para vivir. Yo me pasaba todos los veranos bañándome y pescando.

-Hay tiburones -dijo Gracie-. ¡No me voy a bañar si hay tiburones!

-A mí no me dan miedo -respondió Nate, mirando a su hermana-. Y me encanta nadar.

Por fin, una fisura en aquel frente tan unido.

-Gracie es una cobardica -añadió Nate.

-Bueno, hijo, no es agradable que digas eso de tu hermana mayor -dijo Luke, reprendiéndolo suavemente-. Seguro que hay cosas que a ella sí le gustará hacer. Antes te gustaba mucho leer, Gracie. ¿Sigues yendo todas las semanas a la biblioteca? En Seaview hay una estupenda. Podemos ir mañana para que saques unos cuantos libros.

A Luke le pareció que detectaba un brillo de interés en sus ojos, pero la niña lo disimuló inmediatamente y no dejó de fruncir el ceño.

-Me he traído mis libros -dijo.

-Bueno, pues, si los terminas, la biblioteca seguirá ahí -dijo él. Había decidido no

desanimarse.

Cuando llegó la pizza, Luke estuvo hablando prácticamente solo. Nate comió como si estuviera muerto de hambre, pero Gracie se dedicó a mirar la comida con desdén y no tocó su bebida.

-La última porción, Gracie -le dijo él, al final-. Sería una pena que tuvieran que tirarla. ¿Seguro que no quieres un poco?

-Si no la quieres tú, me la como yo -dijo Nate, ávidamente.

-Claro, y entonces, vomitarás en el coche -replicó Gracie, y tomó el pedazo de pizza como si tuviera la misión de impedir aquella catástrofe.

Luke tuvo que contenerse para no sonreír. Gracie era tan orgullosa como su madre, pero había encontrado la forma de mantenerse firme y poder comer al mismo tiempo.

-Bueno, mirad, niños. Cuando lleguemos a la posada, quiero que os portéis muy bien. Esta gente es muy amable y va a dejar que nos quedemos en su casa, y no quiero que se arrepientan.

-Si es una posada, vas a tener que pagar, así que podemos tratarlos como queramos -dijo Gracie, en un tono que se parecía mucho al que usaba su madre en sus peores momentos.

-No, no. En realidad, son amigos, y no vamos a pagar por quedarnos en las habitaciones. La abuela Jenny se empeñó en que seáis sus invitados.

Nate se quedó desconcertado.

-¿Es nuestra abuela?

-No -dijo Luke.

-¿Es tu abuela?

-No, es que le gusta que la llamen así. Pero conoce a vuestros abuelos de cuando yo vivía con ellos en Seaview Key.

-Bueno, pues yo no la voy a llamar así -dijo Gracie-. Ya tengo tres abuelas.

-¿Tres? -preguntó Luke.

-La madre del tío Brad también quiere que la llamemos abuela -explicó Nate, e hizo un mohín-. Ya sabes, cuando se casen mamá y él -dijo, y suspiró exageradamente-. Pero es mala. No es una buena abuela. Tiene demasiadas reglas. ¿La abuela Jenny también tiene demasiadas reglas?

Luke no sabía responder a eso, pero tenía la sensación de que, cuando Jenny viera lo infelices que eran sus hijos, iba a hacer todo lo posible por mimarlos. Aunque, seguramente, lo mejor era que aquellos dos pequeños manipuladores no supieran nada de eso.

-Seguro que tiene las mismas reglas que vosotros ya conocéis -les dijo.

-¿Cuáles? -preguntó Nate.

-Por ejemplo, no correr dentro de la casa -dijo Luke, y le guiñó un ojo a su hijo-. Y nada de poner ranas en la cama de tu hermana.

-Ay, ¡qué asco! ¿Hay ranas? -preguntó Gracie.

-Bueno, yo no he visto ninguna desde que llegué, pero nunca se sabe.

-¿Qué otras reglas hay? -preguntó Nate, con preocupación-. ¿Tenemos que acostarnos pronto?

-No mucho, mientras estéis de vacaciones. Pero tampoco podéis quedaros despiertos toda la noche. Ya veremos a ver a qué hora queréis acostaros después de haber estado

jugando en la playa todo el día.

-El sol es malo para la piel, así que yo no voy a ir a la playa y me voy a acostar a las nueve, como todos los días -replicó Gracie-. Es lo que ha dicho mamá.

-No creo que a tu madre le importe que te quedes despierta un poco más, porque estarás de vacaciones -respondió Luke-. Pero, si estás cansada a las nueve, puedes acostarte.

-¿Y tenemos que comer verdura? -preguntó Nate.

-Seguro que habrá espinacas todos los días -dijo Gracie con resignación-. O judías verdes, o algo asqueroso de ese tipo.

-Yo todavía no he comido nada de eso -dijo Luke-, pero sí he comido tarta de fresa y ruibarbo. Casi todos los días damos un paseo por la playa y nos tomamos un helado.

Nate abrió unos ojos como platos.

-¿De verdad? ¿Todos los días?

-Casi.

-¡Guay!

-Mamá se enfadaría si tomáramos tantos helados -dijo Gracie.

-En vacaciones, las cosas son distintas -dijo Luke-. Solo tenéis que acordaros de que, cuando volváis a Atlanta, tenéis que obedecer a mamá.

-Pues me parece que estas vacaciones van a ser divertidas -dijo Nate, y miró a su hermana con una expresión de desafío.

Ella se cruzó de brazos y les devolvió a los dos un gesto ceñudo.

-Ya lo veremos.

Luke contuvo una carcajada. ¿Qué ocurría últimamente con las mujeres de su vida? Parecía que todas querían ponerle las cosas difíciles. Ojalá estuviera a la altura de aquel último reto.

Hannah se quedó en las escaleras del porche mientras los niños de Luke salían del asiento trasero del coche. Al niño, Nate, si no recordaba mal, se le escapó un grito de pura alegría al ver la playa al otro lado de la calle. Estaba a punto de salir corriendo hacia la carretera cuando Luke lo agarró por la espalda de la camiseta y tiró de él hacia atrás.

-Un momento, hijo mío. Vamos a meter las cosas y, después, te llevo a la playa.

-Pero, papá, se habrá hecho de noche -protestó Nate-. Quiero ver el océano.

-No, no es el océano. Es el Golfo de México -dijo Hannah, y sonrió a Luke-. Y el niño tiene razón, se va a hacer de noche enseguida. Si queréis mojaros un poco, este es el momento.

-Gracias por apoyarme -dijo Luke, irónicamente-. Nate, Gracie, os presento a Hannah. La posada es de su familia. Ella se crio aquí, como yo.

-Pero ya no vivo aquí -dijo ella-. Ahora vivo en Nueva York.

Gracie la miró con cierto interés.

-Nosotros fuimos una vez a Nueva York. Mi mamá nos llevó a ver el ballet.

Nate puso los ojos en blanco.

-A mí me gustó más el Museo de Historia.

Hannah se echó a reír.

-Sí, bueno, en Nueva York hay cosas para todos los gustos -dijo, y miró hacia la playa. Se dio cuenta de que el sol estaba a punto de ponerse, y añadió-: Se os acaba el tiempo. ¿Nadie quiere ver la playa?

-¡Yo, sí! -exclamó Nate.

-Gracie, ¿y tú?

La niña se quedó indecisa. Hannah sospechaba que se había empeñado en no disfrutar de aquel viaje.

-Está bien -dijo, por fin, como si les estuviera concediendo un deseo a todos ellos.

Luke miró a Hannah con agradecimiento.

-De acuerdo. Ya metemos el equipaje cuando volvamos.

Al borde de la carretera, se agachó delante de su hijo.

-Acuérdate siempre de mirar hacia los dos lados antes de cruzar, ¿de acuerdo? Y nada de ir a la playa sin la compañía de un adulto -le dijo con firmeza-. Ninguno de los dos sabéis nadar bien, así que no quiero que os bañéis si no estáis acompañados por una persona mayor.

Nate suspiró dramáticamente.

-¿Entendido? -insistió Luke, mirando a su hijo fijamente a los ojos.

-Sí, señor -murmuró Nate.

Los cuatro cruzaron la calle y, en cuanto tocaron la arena, Nate se quitó los zapatos y fue directamente a la orilla. Gracie siguió a su hermano, pero ella no metió los pies en el agua.

-Todavía está enfadada conmigo -le dijo Luke a Hannah-. Apenas ha hablado durante el camino, y aprovecha la menor oportunidad para dejarme claro que está furiosa.

-Dale tiempo -dijo Hannah-. Todo esto es muy nuevo para ella. Lo de su madre con Brad. El hecho de que tú estuvieras lejos de casa. Este sitio. Seguro que todo esto es agobiante para ella, y está expresando su confusión de la única forma que sabe.

-Bueno, lo que pasa es que no está expresando nada. Si me gritara, tal vez pudiéramos empezar una conversación. Pero lo que hace es castigarme con su silencio. Sé que te resultará difícil creerlo, pero Gracie siempre ha tenido una sonrisa resplandeciente y un trato muy agradable.

-Seguro que estaba muy unida a ti.

Luke asintió.

-Pero es un poco difícil estar muy unida a tu padre si tu padre no está contigo. A mí me pasaba lo mismo. Adoraba a mi padre, y su marcha fue un golpe muy duro para mí. Durante mucho tiempo le eché la culpa a mi madre, pero, al final, acabé echándosela a él, que era el responsable. No sé lo que habría hecho si hubiera vuelto a verlo, pero no creo que fuera echarme a sus brazos a la primera de cambio. Le habría obligado a que recuperara mi amor.

-Pero yo no he abandonado nunca a mis hijos -protestó Luke-. Los llamé todos los días mientras estaba en Irak. E iba a volver. Pensaba que lo entendían.

-Son niños. Para ellos, unas semanas es como una eternidad. Y un año es algo casi incomprensible, y más si su madre se está inclinando hacia otra persona. Además, te hirieron, y el año se transformó en dieciocho meses. Seguro que pensaron que no ibas a volver, a pesar de lo que tú les dijeras. Ahora tienes que demostrarles que no te han

perdido, que siempre vas a volver y siempre vas a ser su padre, aunque tengáis que estar separados a veces.

En aquel momento, se les acercó Nate corriendo por la playa.

-Papá, ¿podemos bañarnos?

-Ya no -dijo Luke-. Está demasiado oscuro. Pero vendremos a la playa mañana a primera hora.

-¿Me lo prometes?

-Sí, te lo prometo -respondió Luke, solemnemente.

Nate lo observó con atención, como si estuviera evaluando el valor de aquella promesa. Al final, asintió.

-De acuerdo.

-Bueno, ahora tenemos que volver a casa -dijo Luke-. Gracie, vamos, cariño. Vamos a ver vuestra habitación.

Gracie remoloneó de nuevo, y caminó lentamente hacia ellos con el ceño fruncido. Hannah vio que Luke también fruncía el ceño, pero que no decía ni una palabra.

La abuela Jenny, Kelsey y Jeff los estaban esperando en el porche.

-Vaya, vaya, pero si sois la viva imagen de vuestro padre -dijo la abuela Jenny al verlos-. Y me imagino que os vendría bien tomar un vaso de leche y unas galletas después de un viaje tan largo.

Nate se puso muy contento.

-¿Galletas?

-Sí, de pepitas de chocolate. Están recién hechas -dijo la abuela Jenny e, instintivamente, se volvió hacia Gracie-. ¿Tú podrías ayudarme a sacarlas al porche, para que podamos disfrutar todos?

Dio la impresión de que Gracie iba a negarse, pero suspiró con exageración.

-Bueno -dijo.

-Kelsey, ¿por qué no vienes tú también? -le preguntó la abuela Jenny-. Y, Jeff, tú podrías meter sus maletas.

-Por supuesto -dijo Jeff-. Voy a dejarlas en el pasillo para que puedan elegir la habitación que quieran cuando suban.

Luke se giró hacia Hannah.

-¿Qué se propone? -le preguntó en voz baja.

-Creo que quiere formar amistades -dijo Hannah-. Ella siempre se ha dado cuenta muy bien de cuándo alguien necesitaba atención.

-Tu madre también hacía eso, ¿verdad? -recordó Luke-. Siempre sabía cuándo necesitaba hablar alguno de nosotros, pero no quería hacerlo delante de otra gente. Se le ocurría alguna excusa para pedirnos que la ayudáramos en la cocina.

Hannah sonrió.

-Y funcionaba, ¿no? Deja a Gracie con la abuela Jenny. Mi madre aprendió de una maestra.

-Papá, ¿puedo ir a ver dónde han ido? -preguntó Nate-. Tengo mucha, mucha hambre. Y yo también puedo ayudar.

-Claro, ve -dijo Luke-. Pero acuérdate de que...

-Sí, ya lo sé. Nada de correr por la casa.

Hannah sonrió cuando el niño entró por la puerta.

-¿Quieres apostar algo a cuánto se va a acordar de eso?

-Me imagino que hasta que llegue al salón -dijo Luke, y se volvió lentamente hacia ella-. Te he echado de menos.

A Hannah se le cortó la respiración al ver el calor de su mirada.

-Casi no has tenido tiempo de echarme de menos. Solo has estado fuera dos días.

-Pero el beso que nos dimos justo antes de que me fuera fue memorable. Deberíamos intentarlo otra vez para ver si no me falla la memoria.

Hannah se inclinó hacia él, pero recuperó rápidamente la sensatez y se retiró.

-No es buena idea.

-¿Por qué? ¿Acaso te preocupa adónde puede llevarnos ese beso?

-No, lo que pasa es que hay dos niños muy confusos en la casa.

Él entrecerró la mirada.

-Entonces, ¿no va a haber más besos hasta que los lleve a Atlanta?

-Es lo más prudente -respondió ella.

-Y no parece que estés muy desilusionada.

Hannah reflexionó sobre sus palabras.

-Digamos que tengo sentimientos contradictorios.

-¿A qué te refieres?

-La parte de mí misma que quiere arrojarse a tus brazos sí está muy decepcionada. Pero la otra parte piensa que nos vendrá bien este tiempo para que el sentido común se imponga.

Luke se echó a reír.

-¿Y serviría de algo que yo mandara el sentido común al cuerno?

-Sería un gran estímulo para mi ego, pero no cambiaría mi decisión.

-Tú siempre fuiste la más sensata -dijo él-. Creo que Abby y yo nos habríamos metido en muchos más líos si tú no hubieras estado ahí para señalar las ventajas e inconvenientes de lo que pensábamos hacer.

-¿De verdad era tan aguafiestas?

-No eras una aguafiestas. Eras lista y precavida, y nosotros dos te respetábamos y te escuchábamos. Por lo menos, la mayoría de las veces. Algunas veces, yo era lo suficientemente persuasivo como para conseguir que Abby se olvidara de todo ese sentido común.

-Demasiada información -dijo Hannah, que no quería pensar en lo que había conseguido Luke de Abby.

Él sonrió y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

-¿Sigues siendo la misma chica dulce y precavida, Hannah?

Cuando Luke la estaba acariciando, no, pensó, con un escalofrío.

-Sí -respondió de todos modos.

Él la miró fijamente a los ojos.

-Me alegro -murmuró mientras le acariciaba la mejilla con los dedos.

-¿Te alegras? -susurró Hannah.

-Sí, porque, a lo mejor, eso impide que se nos vaya de las manos este asunto -dijo Luke. Le pasó la yema del dedo por el labio inferior, casi desafiándola para que ella se lo rozara con la punta de la lengua-. Aunque puede ser que no.

A Hannah empezaron a temblarle tanto las piernas, que no entendía cómo podía

seguir en pie sin aferrarse a sus hombros. De repente, se oyeron pisadas que se acercaban por el salón, y carcajadas, y eso fue lo que impidió que se abrazara a Luke e incumpliera todas las normas que se había impuesto.

Sonrió al ver a Nate detenerse en seco en la puerta, para que no lo sorprendieran comportándose mal. Miró a su padre con una expresión de culpabilidad y salió con la mano llena de galletas.

-¿Queréis una? -preguntó con una sonrisa.

-Sí, me encantaría -dijo Hannah, y aceptó la oferta.

Nate se la entregó con reticencia, y miró a su padre.

-Queda otra -dijo.

-Quédatela tú -respondió Luke-. Seguro que hay más.

-La abuela Jenny va a traer una bandeja llena -confirmó Nate.

Luke lo miró con seriedad.

-¿Venías corriendo hace un segundo?

-Sí, había empezado a correr, pero me he parado -dijo el niño-. Porque me he acordado de lo que has dicho.

-Muy bien -dijo Hannah con la intención de parar un sermón que, obviamente, no era necesario. Nate entendía las reglas.

Y ella, también, pensó con consternación. Pero parecía que Nate no era el único que infringía las normas allí, en la posada. Ella misma estaba a punto de incumplir unas cuantas y, en su caso, las consecuencias podían ser muy graves.

Capítulo 15

-Mi papa va a ir a casa a vivir con mi mamá -dijo Gracie a la mañana siguiente.

Tenía los ojos oscuros, muy parecidos a los de su padre, y su mirada era desafiante. Aunque solo tenía diez años, ya mostraba rasgos de la obstinada belleza en que iba a convertirse. A Hannah le recordaba, por su temperamento, a Kelsey cuando tenía su edad. Ambas estaban sentadas en una toalla, sobre la arena. Hannah miró a Gracie con calma, sin morder el anzuelo.

-¿Ah, sí?

-No vas a poder impedirlo.

-Yo nunca intentaría impedirlo, si es lo que quiere tu padre -le aseguró Hannah.

No sabía por qué sentía la niña la necesidad de enfrentarse a ella. Tal vez sintiera la atracción que había entre Luke y ella, a pesar de que se esforzaban al máximo por no establecer ningún contacto íntimo delante de los niños.

Aunque se había prometido a sí misma que se iba a mantener al margen de las relaciones familiares de Luke y sus hijos, pensó que tal vez pudiera ayudar a suavizar las cosas entre su hija y él. Gracie había sido la que se había sentado a su lado y había iniciado la conversación, en vez de ir a bañarse con Nate y con su padre.

-Seguro que has echado mucho de menos a tu padre cuando estaba fuera -le dijo.

Gracie la miró desconfiadamente, pero asintió.

-Sé que él también te ha echado de menos. Me dijo que los correos electrónicos y las fotografías que le mandabais eran muy importantes para él.

-Sí, claro.

-Es verdad -le dijo Hannah-. ¿Sabes? Tú y yo tenemos una cosa en común, Gracie. Hace mucho tiempo, mi padre se fue, y yo me enfadé mucho, muchísimo, con él.

Gracie abrió unos ojos como platos.

-¿De verdad? ¿Y se lo dijiste?

-No pude, porque no volví a verlo nunca. Tú tienes mucha suerte, porque tu padre ha vuelto a casa. Puedes decirle cómo te sientes y arreglar las cosas. Yo habría dado cualquier cosa por tener esa oportunidad.

Gracie suspiró.

-Pero no es lo mismo. Mi padre no ha vuelto a casa. Está aquí, y nosotros estamos en Atlanta -respondió Gracie. Entonces, debió de darse cuenta de lo que acababa de admitir, porque añadió-: Pero va a volver a casa.

-Y, además, ahora estáis juntos -dijo Hannah-. Deberías disfrutar de esto, pero sé que es difícil, porque todavía estás enfadada. Aunque hay una manera de librarse de ese enfado.

Gracie se mostró interesada y perpleja a la vez.

-¿Y cuál es?

-Podrías decirle lo que sientes -dijo Hannah.

-No, eso, no.

-¿Por qué? ¿Porque es difícil?

Gracie asintió.

-Y le haría daño yo a él.

-Es tu padre. Podrá aguantarlo. Pero, si te ayuda, puedes contármelo a mí primero. Di todo lo que le dirías a tu padre si pudieras.

Gracie titubeó.

-No te preocupes -le dijo Hannah-. Yo no se lo voy a contar.

-¿Me lo prometes?

-Claro. Esto quedará entre tú y yo. Tú decidirás cuándo se lo quieres contar a él.

A Gracie se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Podía haber muerto en Irak -dijo con la voz quebrada-. Casi se muere. Nate y yo veíamos todo el tiempo las noticias de Irak en la tele. Siempre morían soldados y lo decían, y yo pensaba que podía ser mi padre, pero... él no pensó en nada de eso, ni en lo que íbamos a hacer si no volvía. Ni siquiera le importábamos.

Hannah sintió el impulso de abrazar a Gracie, pero sabía que la niña no iba a aceptar el gesto. Además, tenía la impresión de que lo que decía era algo que le había oído a su madre, seguramente, más de una vez. La sugerencia de que a su padre no le importaban hizo que se le rompiera el corazón.

-Cariño, me imagino que todo eso tuvo que darte mucho miedo, pero, por favor, no pienses que tu padre no se preocupó de cómo podía afectaros esa decisión a Nate y a ti. Para él, vosotros sois lo más importante del mundo.

-Entonces, ¿por qué se fue?

-Porque sabía que podía ayudar a los soldados heridos. Él se formó para eso, para ayudar a la gente que tiene heridas graves. Deberías estar orgullosa de él por ser tan valiente, por arriesgarse en nombre de este país.

-Supongo que sí -dijo Gracie, y se apoyó en Hannah. Parecía que, después de todo, necesitaba el consuelo que ella pudiera ofrecerle-. ¿De verdad crees que nos echaba de menos? -preguntó con cara de esperanza.

-Lo sé a ciencia cierta -dijo Hannah, y pasó un brazo por los hombros de la niña-. Me parece que, ahora, lo mejor que puedes hacer es concentrarte en el hecho de que ya está en casa. Eso es para estar muy agradecida, ¿no?

-Sí -dijo Gracie entre lágrimas.

-Pero ¿sabes una cosa? Creo que deberías decirle lo disgustada que estás por lo que ha pasado. Dile exactamente lo que me has dicho a mí, que estabas muy enfadada y asustada. Sé que él se siente muy mal porque tú estás enfadada, y creo que si hablaras con él como has hablado conmigo, los dos os sentiríais mejor.

-Él no nos quiere -dijo Gracie con tristeza-. Si nos quisiera, volvería a casa.

-En eso te equivocas. Él os quiere muchísimo, y tú ya tienes edad suficiente para entender por qué no puede volver a casa -le dijo Hannah-. Te quiere mucho, Gracie. Os quiere a ti y a Nate, más que a nada en el mundo, y quiere que seáis felices.

-No me lo creo -replicó Gracie con obstinación-. Si nos quisiera, volvería a casa.

-Creo que hay muchos motivos por los que eso no puede suceder, pero nada que tenga que ver con Nate y contigo. Sin embargo, esté donde esté tu padre, siempre seréis lo más importante para él.

Gracie la miró con astucia.

-¿Más importantes que tú?

Hannah sonrió.

-Muchísimo más. Tu padre y yo nos conocemos desde pequeños. Somos amigos.

-Pues no te mira como si fueras su amiga. Te mira como mira el tío Brad a nuestra madre.

Hannah se estaba dando cuenta de lo inteligente que era Gracie. Tenía que dirigir la conversación, de nuevo, hacia la relación de Luke con sus hijos.

-Mira, habla con tu padre, ¿de acuerdo? No te pases toda esta semana enfadada con él, cuando podíais estar pasándolo muy bien. ¿Te lo vas a pensar, por lo menos?

Gracie suspiró de nuevo.

-Supongo que sí.

Hannah se contuvo para no sonreír.

-Muy bien. ¿Echamos una carrera hasta el agua? Parece que tu padre y Nate se lo están pasando muy bien sin nosotras.

Gracie se puso de pie, pero la miró con vacilación.

-¿De verdad hay tiburones?

-Algunas veces, sí, pero, normalmente, están lejos de la orilla. Y me imagino que si alguno se ha atrevido a acercarse, tu padre y Nate los habrán asustado con todo el ruido que están haciendo.

-Es que son chicos -dijo Gracie con resignación-. Es lo que dice siempre mamá.

-Y los chicos son un fastidio, a veces -dijo Hannah-. Aunque, bueno, también es agradable que estén aquí.

Gracie sonrió con timidez.

-Sobre todo, si espantan a los tiburones.

-Eso, por supuesto -convino Hannah.

Por fin, Luke consiguió acostar a los niños. Después, fue a la cocina en busca de una cerveza y salió al porche para pasar un rato tranquilo con Hannah. Después de cuatro días de actividades sin fin para mantener entretenidos a sus hijos, cada vez disfrutaba más de aquellos encuentros por la noche, aunque no hablaran de nada más que de los planes para el día siguiente.

-Hola -le dijo, mientras le daba un beso en la mejilla, que era lo único que ella le permitía desde que habían llegado Gracie y Nate.

-Hola -respondió ella-. ¿Ya están acostados los niños?

-Sí, por fin. Le he leído dos cuentos a Nate y, después, Gracie quería hablar.

-¿Sobre qué?

-Por fin ha reconocido que está muy enfadada conmigo -dijo él, y la miró de reojo-. ¿Cómo lo has conseguido?

-¿Y por qué piensas que yo tengo algo que ver con eso?

-Os vi hablando en la playa, y parecía que era un tema muy intenso.

-Solo le dije que tenía derecho a estar enfadada, pero que debería hablar contigo para que tú pudieras arreglarlo.

-¿Y nada más?

-No. Eso es el resumen.

-¿De verdad? Porque me ha dado la impresión de que ella te ha dicho que yo no estoy disponible -dijo él, mirándola con atención. Hannah sonrió.

-Sí, me advirtió que íbas a volver a casa con su madre.

-Ya. Supongo que tú no le harías caso, ¿no?

-No.

-No, pero...

-Bueno, la verdad es que ninguno de los dos sabemos lo que va a pasar, ni entre tú y tu exmujer ni entre tú y yo.

-Yo sí sé la respuesta a una de esas preguntas. Lisa y yo no vamos a volver jamás, y punto.

-Lo dices porque estás herido y enfadado.

-No, porque se ha terminado. Ella lo ha superado todo. Y yo.

-Yo no estoy muy segura de que ninguno de los dos tengáis derecho a dejarlo todo de esa manera sin hacer algo más por salvar lo que teníais. Esos niños se lo merecen. Te quieren mucho, Luke, y te necesitan.

Él la miró con incredulidad.

-¿Qué es lo que estás sugiriendo?

-Pues que vuelvas a casa e intentes arreglar las cosas con tu mujer y con tu familia. No sé por qué te has dejado vencer sin pelear. ¿No se lo debes a tus hijos?

-¿Quieres que vuelva con una mujer que se ha enamorado de mi mejor amigo y va a casarse con él?

-No quiero nada de eso, pero creo que tanto Lisa como tú deberíais aseguraros de que vuestro matrimonio ha terminado. Creo que tú se lo has puesto muy fácil a tu mujer, y ninguno habéis pensado en lo que les estáis haciendo a vuestros hijos.

-El resultado sería el mismo -dijo él-. No necesito asegurarme de que mi matrimonio ha terminado. ¿Para qué voy a prolongarlo y hacer sufrir aún más a los niños dándoles falsas esperanzas? Eso sería cruel.

Luke la observó con atención. Quería entender qué había detrás de aquella reflexión sobre su matrimonio.

-¿Qué es lo que ocurre, Hannah? ¿Es que tienes miedo de lo que está ocurriendo entre nosotros? ¿Temes las complicaciones?

-Si no lo hiciera, sería una boba. Pero, cuando hablé con Gracie, solo podía acordarme de cómo me sentí yo cuando se marchó mi padre. No quiero eso para Nate y para Gracie.

-Tú perdiste a tu padre para siempre. Nunca volviste a tener contacto con él. Yo voy a estar siempre con los niños -dijo él-. Nunca los voy a abandonar.

-Pero no vas a volver y luchar por lo que más desean.

-Porque ya es demasiado tarde -respondió él, acaloradamente-. Ese tren ya ha salido. Todo ha terminado Hannah. Brad está viviendo en mi casa.

Entonces, ella estuvo a punto de sonreír.

-¿Y es demasiado grande y peligroso como para que lo echés de una patada?

-No, en realidad, es un alfeñique, pero no se trata de eso. Yo no quiero volver a esa casa, ni quiero volver con Lisa. Aunque entiendo que a veces hay que saber perdonar, otras veces, las traiciones son tan grandes que es imposible. Lo que ha ocurrido me ha

obligado a analizar bien nuestro matrimonio. Estaba roto antes de que yo me fuera, Hannah, y no se puede arreglar.

-Entonces, si no quieres arreglar tu matrimonio, ¿qué es lo que quieres?

Luke iba a contestar, pero se le escapó un suspiro. Un día cercano iba a tener que pararse a pensar cuál era la respuesta a eso. Tenía el presentimiento de que Hannah iba a formar parte de la ecuación. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse si ella estaría conforme.

Kelsey estaba en la puerta de la cocina, mirando al comedor y estudiando la distribución del espacio. Llevaba días pensando en que había algo que estaba fuera de lugar.

No le parecía que hubiera ningún problema con el acceso de los camareros a las mesas, puesto que los pasillos eran lo suficientemente amplios. Había una docena de mesas para cuatro personas, con vistas a la playa, vestidas con manteles a rayas azules y verde claro; eran los mismos colores que la colección de cristales que había empezado a meter en un gran jarrón situado en la mesa del vestíbulo. Todas las semanas iba a poner un jarrón más pequeño, de color verde o azul, con flores frescas. Ya había hablado con la florista del pueblo para que se las sirviera dos veces a la semana durante la temporada de invierno, cuando la posada estaba más concurrida.

Caminó lentamente por el perímetro del comedor y, de repente, estuvo a punto de chocar con un aparador antiguo de roble en el que guardaban los manteles y la cubertería. Entonces, lo entendió. El mueble encajaba perfectamente con la decoración del comedor y era muy útil, pero estaba en un lugar muy poco conveniente. Los camareros tenían que atravesar todo el comedor si necesitaban cambiar servilletas o reponer un tenedor en mitad de las comidas. Si estuviera al otro lado de la habitación, junto a la cocina, sería mucho más accesible y también serviría para acoger jarras de agua y té helados. De ese modo, el personal no tendría que ir a la cocina a rellenar los vasos.

Siguió inspeccionando la habitación y encontró el lugar perfecto para colocar el aparador. Comenzó a apartar mesas y sillas, y estaba a punto de empezar a empujar la pesada pieza por sí sola, cuando apareció Jeff.

-Kelsey, ¿en qué estás pensando? Este mueble pesa demasiado -dijo, apartándola del aparador-. ¿Y has movido tú sola todas las mesas?

Ella frunció el ceño.

-Pues sí. No soy una inútil, ¿sabes?

-Claro que no -respondió él con impaciencia-. Pero estás embarazada. Si querías mover los muebles, podías habernos llamado a Luke o a mí.

-¿Por qué, si yo puedo hacerlo perfectamente?

-Porque vas a tener un bebé.

-Pero, según el médico, estoy como un roble. No iba a intentar levantar el aparador, solo iba a empujarlo al otro lado del comedor. Por si no te habías dado cuenta, tiene ruedas.

-Pero podías haber pedido ayuda de todos modos.

Ella puso los ojos en blanco.

-Jeff, no puedes tenerme entre algodones. Tienes que dejar de vigilar todo lo que hago.

-Pero... ¡si ni siquiera estaba en la habitación! Iba a la cocina por una botella de agua y te he visto aquí, moviendo los muebles. Discúlpame por pensar que no es lo más inteligente que puedes hacer.

-¿Inteligente? -preguntó ella con frialdad.

Él dio marcha atrás al instante.

-No quería decir que tú no seas inteligente. Claro que lo eres. Es solo que todo esto del bebé es nuevo y, a lo mejor, no te das cuenta de cuáles son tus límites.

-¿Límites? -preguntó ella, nuevamente, en un tono glacial.

Él, que había empezado a empujar el aparador, se detuvo y la miró.

-¿Es que le vas a encontrar un problema a todas las palabras que utilizo?

-Sí, si son degradantes. Yo soy exactamente igual de inteligente que tú, y no hay límites para lo que puedo hacer. Y el motivo por el que no quiero casarme contigo es, precisamente, que tú no te das cuenta de eso. A causa de este embarazo, se te ha derretido el cerebro. Ya no crees que yo tenga capacidad para nada.

-Oh, por el amor de Dios -murmuró él con frustración-. La mayoría de las mujeres quieren que sus compañeros se preocupen por ellas, pero tú te comportas como si fuera un crimen que me preocupe por ti y por el niño. Incluso tu abuela me dijo que le parecía muy dulce que me preocupara tanto.

-Ya, claro, pero a ella no le estás diciendo todo el rato lo que tiene que hacer, ¿a que no?

-¿Me estás diciendo todo esto por culpa del subidón hormonal, o porque lo piensas de verdad? ¿Es que crees que estoy intentando controlarte?

-A mis hormonas no les pasa nada, gracias -le espetó ella, que se había ofendido tanto con aquel comentario, que estaba a punto de llorar.

Jeff pestañeó y la abrazó.

-Eh, Kelsey, no pasa nada. Todo va a ir bien, ya verás.

Ella se abrazó a él y le empapó de lágrimas la camiseta.

-Claro -murmuró-. Dentro de siete meses y medio.

Kelsey tuvo la sensación de que notaba que Jeff sonreía contra su mejilla.

-Te juro que, si te estás riendo, te voy a dar -le dijo, lloriqueando.

-No, nada de eso -le aseguró él.

Entonces, ella se apartó y vio que Jeff estaba intentando mantener un gesto serio. Le dio un puñetazo en el brazo.

-Claro que sí. Para.

-Te quiero -dijo él, y le acarició la espalda hasta que, por fin, Kelsey empezó a relajarse-. Y me preocupo por ti, no puedo evitarlo. Pero te prometo que voy a intentar no agobiarte más.

Así, estrechada contra el torso de Jeff, Kelsey empezó a sentir un cosquilleo en los pechos. Él le estaba acariciando la espalda, pero, aunque lo hacía de un modo inocente, estaba despertándole muchas sensaciones.

-Um, Jeff -dijo con la voz entrecortada.

-Shh. No te preocupes. Ya verás como todo va a salir bien.

Ella retrocedió y lo miró a los ojos.

-Jeff, deberíamos tomarnos un respiro.

-¿Un respiro? -preguntó él, sin comprenderlo.

-Sí. Todo el mundo se ha ido a la costa -dijo Kelsey.

-Ah... Ese tipo de respiro. ¿Seguro? ¿No pasará nada?

-Si me estás preguntando que si no le va a hacer daño al bebé, te prometo que...

-No, me refería a si tenemos tiempo suficiente antes de que vuelvan los demás.

-Todavía no son las doce, y el ferry no vuelve hasta dentro de varias horas.

Jeff sonrió.

-Varias horas, ¿eh?

-Sí -respondió ella, observándolo con atención-. ¿Estás en buena forma?

-Más o menos, como tú -respondió él; la tomó de la mano y se la llevó escaleras arriba.

Ella se detuvo a medio camino.

-Pero esto no cambia nada. Todavía no estoy dispuesta a casarme contigo.

-Solo a pasar un buen rato conmigo -dijo él.

Kelsey asintió.

Él se encogió de hombros y, después, sonrió.

-Me conformaré con eso.

-¿Seguro?

-Sí, seguro -dijo él-. Por ahora.

Hannah sabía que no podía seguir posponiendo la llamada a su médico, por mucho que temiera el sermón que iba a recibir cuando le dijera que iba a cancelar de nuevo la cita. Como no quería que nadie oyera la conversación, esperó a que terminara el trayecto hasta la costa y dio la excusa de que tenía que hacer unos recados mientras Luke, los niños y la abuela Jenny iban a hacer la compra.

Se sentó en un banco del parque de enfrente del restaurante donde habían quedado para comer y sacó el móvil del bolso. Tomó aire y marcó el número.

-Buenos días, Oncology Associates -dijo, alegremente, Beth McBride, la recepcionista.

-Hola, Beth, soy Hannah Matthews.

-Hannah, ¿qué tal estás? ¿Has vuelto ya de Florida?

-No, no. No voy a poder volver hasta dentro de unas semanas, así que necesito retrasar la cita otra vez.

-Oh, Hannah, ¿estás segura? El doctor Blake querrá hablar contigo. Espera un segundo.

-No, Beth -dijo ella.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Menos de un minuto después, Anthony Blake estaba al teléfono.

-Hannah, tengo entendido que vas a volver a posponer la cita.

-No puedo evitarlo. Estoy en Florida, resolviendo problemas familiares.

-¿Son asuntos más importantes que tu salud? -le preguntó él-. ¿O es que te estás escondiendo porque tienes miedo de los resultados de las pruebas?

Ella suspiró.

-Sí, puede ser.

-Lo más probable es que los resultados sean positivos -dijo él-. Y tú habrás estado preocupándote durante semanas para nada.

-O tendré unas cuantas semanas más de tranquilidad antes de recibir un nuevo diagnóstico de cáncer.

-Mira, voy a hacerte una última oferta.

-¿Qué oferta?

-Te cambio la cita para finales de semana aquí, o te encuentro algún sitio para que vayas a hacerte las pruebas y que me envíen a mí los resultados. O lo tomas, o lo dejas.

Ella sonrió. A pesar de su actitud de tipo duro, Anthony Blake era un hombre encantador que siempre tenía tiempo para escuchar a los demás, por muy llena que estuviera su sala de espera.

-¿Y si me niego?

-Entonces, pediré refuerzos. Mandaré a Sue a que vaya a buscarte.

Ella se echó a reír al oír aquella amenaza.

-Ya has hablado con ella, ¿a que sí?

-Ayer mismo. Llamó para preguntar si habías cambiado la cita. Beth habló con ella y, después, la llamé yo. Estamos agrupados, Hannah. No puedes esconderte de todos nosotros.

Aunque debería sentirse bien sabiendo todo lo que se preocupaban por ella, solo se sintió presionada. Antes de que se diera cuenta, iban a llamar también a Kelsey y a la abuela Jenny para obligarla a que se enfrentara a la realidad, y eso era lo último que quería.

-Está bien. Iré la semana que viene -dijo.

-Sin excusas, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Sin embargo, justo cuando colgó, se dio cuenta de que la semana siguiente iban a abrir la posada al público. No quería perderselo por nada del mundo. Aquellas pruebas podrían esperar unos días más, solo hasta que ella estuviera totalmente segura de que la abuela Jenny y Kelsey lo tenían todo bajo control. Por unos días más no iba a haber ningún cambio, se dijo.

Alzó la vista al oír que Nate la llamaba gritando. El niño se acercaba corriendo por la hierba hacia ella, y Gracie lo seguía a un paso más calmado. Al ver a Luke con la abuela tomada de su brazo, sonrió sin poder evitarlo y, por un momento, se olvidó del cáncer y de las pruebas.

Nate abrió una bolsa de plástico que llevaba y empezó a enseñarle figuras de juguete de plástico.

-¿A que son estupendas? -preguntó el niño-. Papá me ha dicho que podemos jugar con ellas después, en la playa. ¿Quieres venir?

-Claro -dijo Hannah-. ¿Y qué has comprado tú, Gracie?

La niña abrió su bolsa y le mostró una colección de pasadores y cintas de todos los colores.

-La abuela Jenny me ha dicho que después me iba a ayudar a hacerme trencitas en el pelo. Me ha dicho que te las hacía a ti también cuando tenías mi edad.

Hannah sonrió al acordarse.

-Pues sí, por lo menos, hasta que me harté de llevar el pelo largo y, un día, me lo corté como un chico.

Gracie se quedó horrorizada.

-¡No!

-Sí, sí -le aseguró Hannah-. Fue horrible.

-¿Y la abuela no te regañó? ¿No te castigó para siempre?

-No, mi madre y ella me dijeron que me quedaba muy mal, y que iba a estar fatal hasta que volviera a crecerme. Esa fue la última vez que he llevado el pelo tan corto.

Gracie la miró con extrañeza.

-Pero... si ahora también lo llevas corto.

Entonces, Hannah se acordó. En aquella ocasión, no había sido por una cuestión de estilo, ni de impulso. El pelo no había vuelto a crecerle del todo desde que había terminado el ciclo de quimioterapia. De repente, tuvo ganas de echarse a llorar.

-Hannah, ¿he dicho algo malo? -preguntó Gracie, con preocupación.

-No, claro que no, cariño. Es que, algunas veces, se me olvida.

-¿Cómo se te puede olvidar que tienes el pelo corto?

No podía responder a eso, porque no podía explicarle a una niña de diez años que apenas se miraba al espejo para no ver los estragos que había hecho el tratamiento en ella. Últimamente, cuando había visto su reflejo por accidente, se había dado cuenta de que había mejorado mucho el color de sus mejillas, de que el pelo le estaba creciendo y de que tenía los ojos claros y brillantes. Tal vez, un día de estos, terminara por reconocerse de nuevo a sí misma.

Capítulo 16

-¿Tú sabes dónde están mis hijos? -le preguntó Luke a la abuela Jenny, mientras tomaba una galleta recién hecha de la bandeja que ella acababa de sacar del horno.

-Creo que han ido al pueblo de paseo, con Hannah. ¿No te han avisado?

Él trató de disimular su reacción, pero ella se percató de que se había quedado decepcionado.

-No te han dicho nada, ¿no? Lo siento, Luke. Pensaba que las cosas iban mejor.

-Sí, la mayor parte del tiempo, sí -respondió él. Se acercó a la nevera, sacó un tetrabrik de leche y se sirvió un vaso-. ¿Te apetece un poco?

-Claro -dijo la abuela Jenny-. Te acompaño. Me viene bien un descansito.

Se sentaron a la mesa de la cocina, y la abuela Jenny se quedó mirándolo con expectación. Al final, preguntó con impaciencia:

-¿Vas a pedirme consejo, sí o no?

Él se echó a reír.

-Pensaba que ibas a dármelo tú.

-Yo no me meto donde no me llaman -dijo ella. Después, se encogió de hombros-. Bueno, no es verdad, pero es agradable que te pidan tu opinión de vez en cuando.

-Entonces, ¿qué crees que debería hacer? -preguntó Luke.

-Creo que deberías pensar qué quieres hacer para el resto de tu vida y ocuparte de conseguirlo. Los niños no reaccionan bien ante la incertidumbre. Siempre les dices a Gracie y a Nate que vas a formar parte de su vida, pero no les dices cómo. No creo que lo sepas tú mismo.

-No, no lo sé.

-¿Has pensado en dónde te vas a establecer?

-No, la verdad es que no -admitió él.

La abuela Jenny cabeceó.

-Bueno, pues ya es hora de que hagas un plan. No se puede vivir a la deriva.

-Sí, es cierto que ahora estoy a la deriva, pero parece que no soy capaz de tomar una decisión.

-¿Y crees que es porque te está resultando muy difícil vivir con las consecuencias de la última gran decisión que tomaste, la de irte a Irak?

Él se quedó mirándola. Le asombró que hubiera dado en el clavo tan certeramente. Tal vez tuviera miedo de tomar otra decisión y que las cosas le salieran mal de nuevo. No se arrepentía de haber ido a Irak, pero sí del impacto que había tenido en su vida. Había perdido a su familia, y había estado a punto de perder la pierna.

La abuela Jenny lo miró con petulancia.

-He dado en el clavo, ¿eh?

-Sí.

-Bueno, pues el único modo de superar el miedo es enfrentarse a él. Haz una lista. A

mí, eso siempre me funciona. Escribe todas las decisiones que tienes que tomar, elige una y hazlo. Empieza por lo más pequeño.

-Todas las decisiones que tengo que tomar son muy grandes.

-Cuéntamelas -dijo ella.

-Bueno, pues, para empezar, qué voy a hacer con la clínica.

Ella lo miró con ironía.

-Yo no habría empezado por ahí. Además, pensaba que ya habías decidido que no ibas a volver a trabajar con ese socio. ¿No puede comprarte tu parte del negocio?

Luke sonrió ante la simplicidad de su sugerencia. Por supuesto, las cosas sí podían ser así de fáciles. No tendría que vérselas con Brad, solo tendría que llamar a un abogado, decirle cuál era la compensación que quería por renunciar a su parte y dejar que el proceso comenzara. Sería un buen primer paso para recuperar las riendas de su vida.

-Eres muy lista. Lo sabes, ¿no?

-Tengo mis momentos. ¿Qué es lo siguiente? -preguntó ella.

-Supongo que volver a Atlanta o no volver.

-Tus hijos están allí -dijo la abuela Jenny, al instante.

-Sí. Ese es el único argumento a favor.

-¿No eras feliz allí? Pero si has vivido en esa ciudad durante veinte años.

-Sí, más o menos, ese tiempo.

-¿Y por qué no hiciste algo al respecto?

-No lo sé -dijo él-. Creo que fue porque perdí la perspectiva con mi matrimonio. Había que conseguir más: una casa más grande, un coche más lujoso, colegios privados más caros para los niños... Todo, para que mi mujer estuviera contenta. Lisa tenía derecho a esperar todo eso y yo quería dárselo, pero a mí no me importaba.

-Pero eso no tiene nada que ver con vivir en Atlanta o no.

-En cierto modo, sí. Lisa quería vivir en la ciudad porque allí hay círculos sociales altos. Si había alguna organización caritativa importante, quería estar en la junta, no por mejorar las cosas, sino para conseguir contactos. Creo que ese es el motivo por el que Brad y ella forman tan buena pareja. A él también le importan mucho las relaciones sociales.

-¿Y a ti, no?

-Yo solo quería ejercer la medicina.

-Seguro que en Atlanta hay mucha gente que necesita un médico que esté concentrado en sus pacientes -dijo la abuela Jenny, mirándolo con astucia-. Aunque, en realidad, a nosotros también nos hace falta un médico aquí en Seaview. El doctor Langley está buscando a alguien que se quede con su clínica para jubilarse. Claro que, con tu especialidad, tendrías más trabajo en la costa. Tienes opciones, Luke. Solo tienes que decidir qué es lo que quieres.

-No puedo quedarme aquí -dijo él.

Sin embargo, se preguntó por qué no. Allí, en Seaview, sentía una paz que nunca había sentido en Atlanta. Desde que había vuelto, había pensado que eso solo se debía a que era una escapada del mundo real, pero tal vez fuera algo más. Tal vez Seaview tuviera una conexión con su alma y él nunca se hubiera dado cuenta.

En cuanto a la posibilidad de ejercer allí la medicina, tendría que hacer algunos cambios, pero a él siempre le había gustado más la relación con los pacientes que las

delicadas y complicadas operaciones quirúrgicas que llevaba a cabo. Era tan bueno en ellas que sus profesores y Lisa le habían presionado para que se especializara en cirugía traumatológica. Los profesores admiraban su capacidad. Lisa estaba más interesada en los beneficios económicos. En cuanto a él, en algún momento había dejado de disfrutar del hecho de mantener sana a la gente o ayudarlos a superar una enfermedad.

De todos modos, no podía tomar la decisión de quedarse allí sin pensar cuidadosamente en lo que eso podía significar para Gracie y Nate. Aquel día no le habían avisado para ir de paseo, y eso demostraba que aún no lo habían perdonado por completo.

La abuela Jenny le dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

-Al final, todo saldrá bien, Luke. Encontrarás la respuesta. Si no hoy, pues mañana -le dijo, y se puso en pie-. Bueno, me apetece un helado. ¿Quieres acompañar a una anciana a Lila's?

-¿Ahora? Debería terminar un poco de pintura que me queda -dijo él.

-Eso puede esperar -declaró ella-. Vamos a darnos un lujo y a olvidar un poco las preocupaciones.

-¿Tú también tienes preocupaciones?

-A mi edad, es difícil no tenerlas.

-¿Y no quieres hablar sobre eso? Tú me has estado escuchando. Te lo debo.

-Otro día. Ahora, lo único que quiero es que me acompañes a Lila's.

-Entonces, será un placer. ¿Quieres ir en coche?

-No, está muy cerca. Vamos a dar un paseo.

-Muy bien.

Cuando salieron, la abuela Jenny empezó a caminar a buen ritmo. Llegaron a Lila's en diez minutos. El establecimiento había sido un pequeño puesto de helados que estaba junto a la playa, pero con los años el negocio se había instalado en un local con mesas, dispensador de refrescos incluido. Por lo que se veía a través de las ventanas, estaba lleno de gente. Había globos llenos de helio flotando por todas partes.

-Vaya, parece que hay una fiesta -comentó-. A lo mejor deberíamos irnos a otra heladería.

-Tonterías. Si hay una fiesta, habrá gente conocida. Vamos a entrar.

Luke se encogió de hombros y le abrió la puerta. Cuando entraron, se oyeron gritos.

-¡Sorpresa!

Pestañeó de asombro, y vio que Nate y Gracie corrían hacia él, muy sonrientes.

Él los miró sin entender nada.

-¿Esto es para mí?

-Es tu cumpleaños -le recordó Gracie-. ¿Se te había olvidado?

Nate lo miró con incredulidad.

-¿Cómo se te puede olvidar tu cumpleaños? Es cuando te hacen regalos.

Luke alzó la vista y vio una pancarta sobre el dispensador de refrescos, en la que se leía *¡Feliz cumpleaños, papá!* Bajo ella, una pila de regalos.

Se giró hacia la abuela Jenny.

-Tú estabas en el ajo -le dijo.

Ella le lanzó una sonrisa resplandeciente.

-Pues claro. Si no te hubiera mantenido ocupado, no habrían podido hacerlo. Me he sentido mal por dejar que creyeras que te habían dado de lado, pero pensé que esto te compensaría.

-Pues sí -dijo él, y sonrió a sus hijos, que estaban dando botes de entusiasmo.

Gracie lo tomó de la mano.

-Ven a ver la tarta -le dijo-. La ha hecho Hannah.

Él miró a su alrededor y vio a Hannah, que estaba sentada en un taburete, en la barra.

-No tenía ni idea de que supieras hacer tartas -dijo.

-Espera a probarla para decidir eso -le dijo ella con ironía.

Entonces, Luke se dio cuenta de que conocía a todo el mundo que había en Lila's. Estaba Jack, con la muy embarazada Lesley Ann y su familia. También estaban Kelsey, Jeff y el doctor Langley, cuya presencia era muy sospechosa, teniendo en cuenta la conversación que acababa de tener con la abuela Jenny. También había antiguos vecinos de su familia, algunos compañeros del instituto y, por supuesto, estaba Lila, que llevaba treinta años dirigiendo el negocio, desde que su padre se había jubilado.

En Atlanta, aquella celebración de cumpleaños la habría organizado una empresa de catering. Habría habido una banda de música y la gente iría vestida con ropa de diseñador. Aquella otra fiesta era mucho más apetecible, sobre todo, teniendo en cuenta que había una jukebox y que sonaban canciones que él recordaba de su adolescencia.

Se agachó delante de sus hijos.

-Es la mejor fiesta de cumpleaños que he tenido en la vida -les dijo.

-No es tan elegante como las que hacía mamá -dijo Gracie con preocupación.

-Y por eso, exactamente, es mucho mejor -le aseguró él. Se puso en pie, y les preguntó-. Bueno, ¿quién quiere tarta?

-¡Yo, yo! -exclamó Nate.

-Yo, también -dijo Gracie con más calma-. Y, después, los regalos.

Tomó a sus hijos en brazos un instante, y les dio un beso.

-Ya tengo el mejor regalo de todos: que estéis aquí conmigo para compartir todo esto.

Lo cierto era que llevaba muchos años sin celebrar su cumpleaños de una forma mejor que aquella.

-Qué bien se te da engañar -le dijo Luke a Hannah, en un tono de acusación, mientras le rodeaba la cintura con un brazo.

La había atrapado en un hueco, junto a los baños. No era el lugar más romántico del mundo, pero, por lo menos, allí podían tener un momento en privado. La besó, al principio, con ternura y, después, con una excitación inconfundible.

-Dios, qué bien sabes -murmuró.

-¿Mejor que la tarta y el helado? -le preguntó ella, con las mejillas rosadas y los ojos brillantes.

-Mil veces mejor -dijo Luke. Después, le dio otro beso que despertó su deseo.

Fue ella la que primero se separó, aunque de mala gana.

-Los niños -le recordó.

Él suspiró y la agarró de las manos para que no se alejara.

-Bueno, dime cómo has conseguido organizar todo esto sin que yo me enterara de nada.

Ella sonrió.

-Por suerte, no te diste cuenta de todo lo que nos hemos susurrado los niños y yo. Y la abuela Jenny te ha tenido distraído durante estos dos últimos días.

-Ahora que lo dices, ha habido un aumento de trabajos, es cierto. ¿Y cómo sabías que era mi cumpleaños?

Hannah no quería reconocer que se acordaba de la fecha porque una vez había ayudado a Abby a preparar una celebración para él.

-Los niños dijeron algo al principio, cuando llegaron -dijo ella, lo cual era una pequeña mentira. Ella lo había mencionado primero y, después, Nate y Gracie se habían entusiasmado con la idea de preparar una fiesta sorpresa, aunque Gracie no creía que pudieran conseguirlo.

-Pues muchas gracias por tomarte tantas molestias -le dijo Luke-. ¿De quién fue la idea de invitar al doctor Langley?

-De la abuela Jenny, ¿por qué?

-Creo que tu abuela está tramando algo.

-¿A qué te refieres?

-Justo antes de que viniéramos, mencionó que el doctor está buscando a alguien que se haga cargo de su clínica.

Hannah se quedó mirándolo.

-Pero... tú eres cirujano ortopédico. No puedes cambiar de especialidad así como así, ¿no? Además, nunca has dicho nada de quedarte a vivir en Seaview. Mi abuela no debería presionarte así.

-Eh, tranquila. No me siento presionado. Solo era una idea. Y tienes razón, tendría que titularme en Medicina familiar, pero es posible.

Hannah estaba indignada.

-Ella no debería inmiscuirse de ese modo. Lo siento.

-Yo le pedí su opinión en ciertas cosas, y ella me la dio.

-Pero se empeñó en invitar al doctor Langley a tu fiesta de cumpleaños, nada más y nada menos, para que pudiera abordar el tema.

-El doctor no ha abordado nada. De hecho, solo hemos hablado de pesca. Vamos a ir a pescar mañana, y vamos a llevar a los niños. Tú también estás invitada, siempre y cuando no intentes tirarlo por la borda si menciona la medicina en mi presencia.

Hannah lo miró con timidez.

-¿He exagerado?

-Un poco. Bueno, y ¿vas a venir a pescar mañana, sí o no? La abuela Jenny me ha dado el día libre. Dice que Jeff puede sustituirme en la posada.

-Jeff está dispuesto a limpiar los canalones y a pintar la posada otra vez si ella se lo pide. Está intentando impresionar a Kelsey.

-Yo no creo que necesite impresionarla. Para mí es evidente que está enamorado de ella. ¿No te diste cuenta de cómo se miraban cuando volvimos de la costa el otro día? Está claro que pasó algo entre esos dos cuando nosotros estábamos fuera. Jeff solo tiene que relajarse y esperar a que Kelsey se dé cuenta de que son el uno para el otro.

-Y supongo que tú ya le has dado ese consejo -refunfuñó Hannah.

-No. Nadie me ha pedido mi opinión. Yo no soy el que tiene los genes de casamentero.

-Pues, entonces, eres un bicho raro por aquí. Parece que todo el mundo está dispuesto a dar su opinión y sus consejos a la mínima de cambio.

Luke sonrió y le acarició los labios con un dedo.

-Entonces, ¿vas a venir a pescar, Hannah? Si quieres, puedo poner el cebo en el anzuelo para que tú no tengas que hacerlo.

Llevaba años sin salir a pescar en barco. Cuando su padre vivía con ellas, le encantaba ir. Para ella habían sido muy especiales aquellos momentos a solas con él, y la pérdida de sus salidas de pesca había sido otra de las cosas por las que había culpado a su madre.

-De acuerdo, voy -dijo ella-. Pero tú limpias el pescado que consigamos.

-Trato hecho.

-Y nadie va a dar consejos a nadie -añadió Hannah-. El bote es una zona franca de consejos.

-A no ser que sean consejos sobre pesca.

-Bueno, eso, sí. Aunque tengo que decirte que sé más de pesca que el doctor Langley y tú juntos. Mi padre era muy buen pescador y me lo enseñó todo.

-Entonces, te prometo que solo te pediré a ti los consejos que necesite -dijo él con una sonrisa.

Hannah asintió.

-Me alegro. Será un buen cambio.

Parecía que el doctor Langley tenía ganas de llegar al lugar elegido para la pesca. Se dirigió a mar adentro a una velocidad vertiginosa. Los niños llevaban chaleco salvavidas e iban agarrados a la barandilla del barco con todas sus fuerzas, pero Hannah tenía que reconocer que estaban felices. Ella, sin embargo, sentía náuseas.

-¿Quieres que le diga que vaya más despacio? -le preguntó Luke, sentándose a su lado.

-¿Y quedar como una tonta? Ni hablar.

-Según el GPS, vamos a llegar al lugar de pesca en cualquier momento.

-Gracias a Dios -dijo ella con fervor-. Salir a pescar con mi padre no se parecía en nada a esto.

Luke miró al mar. Después de un par de minutos de silencio, volvió a mirarla a ella.

-Dime una cosa, Hannah. ¿Nunca has pensado en buscarlo?

-¿A quién? ¿A mi padre?

Luke asintió.

-Debí de pensarlo un millón de veces después de que se marchara, pero solo era una niña. No sabía cómo hacerlo. Después, me enfadé mucho y decidí que, si él no me quería lo suficiente como para volver, ¿por qué tenía que preocuparme yo? Al final, dejé de preguntar por él, lo cual fue todo un alivio para mi madre y mis abuelos.

-Creo que Gracie y Nate se sentían así cuando los traje así.

-¿Quieres decir que fue una reacción infantil?

-No de un modo malo -le aseguró Luke-. Después de todo, eras una niña, ¿no? Pero

¿y ahora? ¿Nunca te has preguntado qué fue de él?

-Algunas veces.

-¿No le preguntaste nunca a tu madre si sabía adónde había ido? ¿Ni a tu abuela?

Hannah hizo un gesto negativo.

-Al principio, pero ellas decían que no lo sabían. Y, como he dicho, al final dejé de preguntar. Cada vez que lo mencionaba, mi madre se disgustaba mucho.

-Entiendo por qué podía disgustarse tu madre, pero la abuela Jenny es otra cosa. Ella es muy dura. Creo que deberías hablar con ella de este tema antes de que sea demasiado tarde.

Hannah entendía lo que le estaba diciendo Luke, pero no quería pensar en la muerte de su abuela Jenny. En aquellos momentos, todavía tenía que asimilar la falta de su madre. Además, ¿de qué serviría remover aquel asunto a aquellas alturas? Estuviera donde estuviera su padre, no tenía sitio para ella en su vida, o ya la habría buscado. Además, ella había terminado por aceptar cómo eran las cosas para tener algo de paz.

-Solo piénsalo -le dijo Luke-. Me da la sensación de que tu padre es uno de los motivos por los que sientes rechazo por Seaview.

-Seguramente, tienes razón.

De niña, ella pensaba que su padre se había marchado por las limitaciones que tenía un pueblo como Seaview. Después, ella había acabado creyendo que su madre se había sentido obligada a quedarse allí. La abuela Jenny le había dicho que ninguna de aquellas cosas era cierta. Así pues, si se lo preguntaba en aquel momento, tal vez, su abuela quisiera decirle qué era lo que había ocurrido de verdad. Hannah no estaba muy segura de por qué le importaba después de tantos años, pero era posible que, tal y como le había sugerido Luke, fuera la marcha de su padre lo que le había provocado aquel resentimiento hacia la isla.

Si conocía por fin la verdad, ¿cambiaría en algo su percepción de Seaview? Probablemente, no. Sin embargo, tal vez pudiera dejar el pasado atrás de una vez por todas.

Aunque era difícil concentrarse en Hannah con dos niños entusiasmados en un barco, Luke consiguió echarle un vistazo varias veces aquella mañana. Desde que él le había sugerido que hablara con su abuela acerca de su padre, ella tenía una expresión pensativa y triste.

A lo mejor se había equivocado al decirle que hiciera preguntas sobre lo que ocurrió con su padre hacía tantos años, pero estaba seguro de que eso había contribuido a formar su personalidad y había afectado al modo en que ella veía el matrimonio y las relaciones.

-¡Papá, he pescado un pez! -gritó Gracie, y Luke apartó la mirada de Hannah para volverse hacia su hija.

La ayudó a tirar de la caña para sacar al pez, que estaba luchando con fuerza.

-¿Quieres que recoja yo el sedal?

-¡No, no, quiero hacerlo yo! -exclamó ella, y el doctor Langley la miró con una sonrisa.

-Vaya, parece que aquí tienes a una buena pescadora -comentó, mientras Gracie se

esforzaba por sujetar la caña. Aunque Luke la estaba ayudando, el pez tiraba con mucha fuerza.

-Tenemos que soltar un poco de hilo -le dijo Luke a su hija.

-No, no, se va a escapar -protestó Gracie.

De repente, el pez dio un tirón tan fuerte que les arrancó la caña de las manos, y ella perdió el equilibrio. Cayó sobre un brazo y se oyó un crujido fuerte. La niña gritó de dolor.

Incluso antes de tocarla, Luke supo que se había roto un hueso. Trató de palparle suavemente el antebrazo, pero ella volvió a gritar, y a él se le rompió el corazón.

-Una fractura simple -dijo el doctor Langley, demostrando que había visto muchas lesiones de aquel tipo, incluso en una población tan pequeña como Seaview. Ya estaba girando el volante para volver a puerto-. Vamos a la clínica a hacerle una radiografía, pero un experto como tú no tendrá problemas en enyesárselo en Seaview. No es necesario ir a la costa. Estaremos en el embarcadero en pocos minutos.

Luke quiso protestar, porque quería una mejor atención para su hija, pero sabía que el doctor tenía razón. A menos que la radiografía les mostrara algo inesperado, Gracie solo tendría que pasar unas semanas con el brazo escayolado.

-Papá, me duele mucho -dijo Gracie, con los ojos llenos de lágrimas.

-Sí, cariño, ya lo sé. Vamos a darte un analgésico en cuanto llegemos a la clínica.

Hannah se sentó junto a Gracie.

-¿Quieres apoyarte en mí? -le sugirió con suavidad a la niña-. Te voy a contar un cuento mientras llegamos al puerto. Es de una sirena llamada Gracie.

Por un momento, a Gracie se le olvidó el dolor. Miró a Hannah.

-¿De verdad?

-Sí. Era la sirena más guapa de todo el océano, y muy buena. Todos los peces la adoraban porque era bondadosa y alegre. Sin embargo, estaba muy sola. Quería tener a alguien a quien amar.

Luke captó la mirada de Hannah por encima de la cabeza de Gracie.

-Muchas gracias -le dijo, en silencio, formando las palabras con los labios.

Hannah sonrió, pero siguió contando el cuento. Nate se acercó también, y se quedó tan cautivado como su hermana por la historia.

Luke se acercó al timón y le preguntó al doctor:

-¿Cuánto queda?

-Unos cinco minutos, tal vez diez si hay muchos barcos en el puerto. ¿Qué tal está?

-Hannah la tiene distraída por el momento.

-Parece que los niños le han tomado mucho cariño -dijo el doctor-. ¿Y tú? ¿Le has echado el ojo?

-Hannah y yo somos amigos -dijo Luke-. Nos conocemos desde niños.

-Ya, pero me acuerdo de que entonces tú solo estabas interesado en la hija de los Dawson -dijo el doctor Langley con una sonrisa-. Ahora, Hannah es toda una belleza, ¿eh?

-Supongo -respondió Luke, pensando en lo mucho que le había cautivado la belleza interior de Hannah, la mujer en la que se había convertido.

Cabeceó y trató de quitarse aquellas ideas de la cabeza. Tenía que concentrarse en Gracie.

En cuanto llegaron a la marina, el doctor Langley le entregó a Luke las llaves de la consulta.

-Ve directamente. La llave pequeña es la del armario en el que están los analgésicos. Yo voy a terminar aquí y llevaré a Hannah y a Nate después.

-Gracias -dijo Luke, y se fue a tomar a su hija en brazos-. Vamos, nena. Tenemos que escayolarte el brazo.

-¿Puede venir Hannah también?

-Vendrá después, en unos minutos, con el doctor.

Para su sorpresa, Gracie se aferró a Hannah con la mano sana.

-¡No, quiero que venga ahora!

-Por supuesto que voy a ir -dijo Hannah-. Yo iré contigo en el asiento trasero mientras tu padre conduce, ¿de acuerdo?

Luke asintió.

-Me parece perfecto. Nate, ¿tú estarás bien ayudando al doctor Langley?

-¡Sí! -respondió Nate con entusiasmo.

Poco después, Luke, Gracie y Hannah estaban en la clínica. Luke encendió la máquina de rayos equis e hizo las radiografías que necesitaba.

-Voy a tardar un par de minutos en procesarlas. Gracie, ¿quieres una medicina para el dolor? Has sido muy valiente, pero te vendrá muy bien cuando tenga que colocarte el brazo.

-¿Es una inyección?

-Sí, lo siento.

Ella miró a Hannah confiadamente.

-¿Me va a doler?

-Solo un segundo -le prometió Hannah-. Seguro que tu padre sabe poner las inyecciones de modo que apenas duelan. Se pasará en un abrir y cerrar de ojos.

-Gracias por el voto de confianza -dijo Luke.

Rápidamente, le pasó un algodón con alcohol por el brazo a Gracie, que lo miraba con absoluta confianza, y le puso la inyección.

-Ya está.

Gracie sonrió a Hannah.

-¡Como tú habías dicho!

Luke entró en la habitación de procesado y, cuando hubo terminado de revelar las radiografías, las sacó para colocarlas en la luz. Tal y como había predicho el doctor Langley, era una fractura simple que podría curar allí mismo.

Colocó el hueso en su lugar y le enyesó el brazo a Gracie.

-Ya está, nena. Cuando vuelvas al colegio, todos tus amigos podrán firmarte la escayola y tendrás un recuerdo de tu primera sesión de pesca en Florida.

Gracie miró la escayola de color rosa de su brazo, y suspiró.

-Habría sido mejor si hubiéramos pescado el pez.

Capítulo 17

Cuando llegaron a la posada, cerca de las dos de la tarde, Gracie se deleitó siendo el centro de atención. Hannah sonrió mientras la niña les contaba a la abuela Jenny, a Kelsey y a Jeff lo que había ocurrido. Nate y ella comieron queso, galletas y helado.

-¿Puedo ser el primero en firmarte la escayola? -le preguntó Jeff.

Gracie sonrió.

-Claro. Tú, también, Kelsey.

-Será un honor -dijo Kelsey, y fue a buscar un buen bolígrafo.

Cuando volvió, todos firmaron con gran ceremonia en la escayola y, después, Luke observó a su hija.

-Tienes que dormir la siesta, cariño. Y tú, también, Nate.

-Pero si yo ya soy muy mayor para echar la siesta -protestó la niña.

-No, porque acabas de pasarte la mitad del día en un barco y te has roto el brazo. Creo que cualquiera querría echarse la siesta después de eso. Y, después, vamos a llamar a vuestra madre para contarle lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

Gracie lo miró con preocupación.

-¿Crees que se va a enfadar?

-¿Contigo? No, de ninguna manera. Creo que, si se enfada con alguien, será conmigo, por dejar que te haya pasado esto.

-Pero si no ha sido culpa tuya -protestó Gracie-. Ha sido culpa de ese pez tan grande.

-El pez estaba haciendo lo que podía por sobrevivir -le explicó Luke-. Bueno, vamos. Tenéis que descansar.

Gracie se volvió hacia Hannah.

-¿Podrías venir conmigo a contarme otro cuento?

-Claro -dijo Hannah, y la siguió escaleras arriba.

Cuando Gracie estaba metida en la cama, bostezó y murmuró:

-Me ha encantado el cuento de la sirena. Cuéntame ese otra vez.

Hannah le repitió la historia, añadiendo algunos detalles para embellecerla. Miró a Gracie y vio que se le estaban cerrando los ojos.

-Es un cuento muy bonito, Hannah -murmuró la niña-. Deberías escribir un libro.

Hannah no hizo mucho caso de aquel comentario, que achacó al estrés y al cansancio. Siempre había inventado cuentos para Kelsey, y su hija le había sugerido en un par de ocasiones que los escribiera, pero eso tampoco se lo había tomado en serio.

Sin embargo, mientras bajaba las escaleras, iba pensando en la sugerencia de Gracie. Se había pasado muchos años escribiendo textos atractivos y comunicados de prensa. ¿Por qué nunca se le había ocurrido dedicar su destreza en la escritura a otra cosa? Seguramente, porque le parecía demasiado arriesgado siendo una madre que tenía que mantener a una hija. O, tal vez, porque no le había parecido lo suficientemente

importante escribir historias para entretener a los niños.

Cuando llegó al piso de abajo, Luke la estaba esperando.

-Estás muy pensativa -le dijo-. ¿Ha ocurrido algo con Gracie?

-Me ha dicho que debería escribir la historia de la sirena -respondió ella.

-¡Es una idea buenísima! -exclamó él con entusiasmo-. Es un cuento precioso.

-Vamos, solo es un cuento que me he inventado para distraerla del dolor.

-Y ha funcionado -dijo Luke-. ¿Crees que si la historia hubiera sido aburrida habría servido de algo? Además, Nate también estaba embelesado.

-Lo que pasa es que estás contento porque Gracie dejó de gritar.

-Eso, también -le concedió él-. Pero... piénsalo, Hannah. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza escribir libros para niños?

-No. Todas las madres inventan cuentos para sus hijos, pero eso no significa que puedan ser autoras.

-Pero tú nunca sabrás si eres autora si no lo intentas, ¿no?

Hannah no podía creer que él la estuviera animando a algo tan descabellado, pero parecía que Luke hablaba en serio.

-Publicar un libro es algo muy difícil. Tengo algunos clientes que son autores, y sé lo que han tenido que pasar.

-Ah, pero piensa que tú tienes ventaja sobre ellos. Sabes cómo hay que hacer el lanzamiento de un libro.

Ella se echó a reír.

-Eso, sí. Bueno, ¿te apetece una copa de vino? Ha sido un día difícil.

-Tú ve saliendo al porche y yo traigo el vino y algo de picar. Con lo que ha pasado, se nos ha olvidado comer.

-Creo que hay algo de pollo frío en la nevera. Puedes hacer unos sándwiches con él.

-Tú, relájate. Ya encontraré algo.

Hannah se sentó en una de las butacas del porche y cerró los ojos. A los pocos minutos, Luke salió con un par de sándwiches de pan integral, patatas fritas y vino, y ella lo miró.

-Luke, ¿cuánto tiempo más vas a esperar antes de volver al trabajo?

-¿Por qué me preguntas eso? -gruñó él-. ¿Es que tu abuela y tú estáis conspirando para que vuelva al quirófano?

-No. Es que hoy he visto por mí misma lo bueno que eres.

Él se encogió de hombros al oír el cumplido.

-Ha sido una fractura simple, Hannah. Cualquier médico competente lo habría hecho bien. Seguro que el doctor Langley también ha curado muchas fracturas así aquí, en Seaview.

-¿Me estás diciendo que tú eres normal? No me lo creo. Si lo fueras, no habrías podido tratar el tipo de heridas que viste en Irak.

-¿Adónde quieres llegar?

-Pienso que estás perdiendo el tiempo aquí, en Seaview.

-¿De verdad? Yo creía que estaba recuperando la relación con mis hijos -replicó él con brusquedad-. Y contigo.

-Y todo eso es fantástico -dijo ella-. Pero no es la vida real, Luke. La vida real está en Atlanta.

-No sabía que estuvieras tan impaciente por librarte de mí.

Hannah frunció el ceño.

-Sabes que no lo decía por eso. Que Gracie, Nate y tú estéis aquí es fantástico. Es la mejor estancia que he tenido en Seaview, pero las cosas no pueden seguir así.

-¿Estás segura de eso, Hannah? A mí me gusta estar aquí. La clínica del doctor Langley me ha dejado impresionado. Tiene un equipamiento muy moderno y perfecto para una comunidad como esta. Él puede resolver las urgencias menores y algunos casos graves, también, si no puede conseguir ayuda desde la costa con la suficiente rapidez. Trabajar allí sería un reto.

Ella ni siquiera trató de disimular su escepticismo.

-¿Cuánto tiempo? Luke, por lo que me has dicho, tú estás acostumbrado a curar casos de traumatología muy complicados. Ver brazos rotos y catarros todo el día sería un aburrimiento.

-No, yo no lo creo. Creo que sería fantástico tener tiempo para relacionarme de verdad con los pacientes y conectar con ellos.

Aquel entusiasmo por Seaview, en contraposición con sus propios sentimientos, hizo que se sintiera consternada.

-Entonces, ¿ya has tomado la decisión de quedarte?

-No, no he tomado ninguna decisión -respondió él con impaciencia-. Solo estoy sopesando las opciones. Al contrario que a ti, a mí no me asusta intentar algo nuevo.

Aquella acusación molestó a Hannah.

-¿Qué quieres decir?

-Has rechazado la posibilidad de escribir cuentos para niños sin pensarlo ni un segundo, como has rechazado la posibilidad de venir aquí y ayudar a llevar la posada.

-¡Porque tengo un trabajo que me encanta! -exclamó ella, acaloradamente-. ¿Por qué tengo que buscar alternativas?

-Si te gusta tanto, ¿por qué estás aquí todavía? Tu abuela está perfectamente y puede ocuparse de la posada. Es mi opinión médica, aparte de la opinión de alguien que le tiene mucho cariño. Kelsey está encantada trabajando aquí, y Jeff está con ellas para ayudarlas en lo que necesiten. Y yo, también. Así que tú puedes volver a la vida que tanto te gusta.

Hannah no supo qué responder. Se sentía herida por aquella implicación de que su presencia no era necesaria para nadie. Toda su vida había trabajado mucho para ser indispensable, en la vida de Kelsey, en la oficina, para su abuela, aquellos últimos días... Pero, en realidad, ya no lo era. Kelsey tenía el control de su propia vida, aunque no fuera la que ella habría elegido para su hija, y la abuela Jenny estaba tan dinámica como siempre. Incluso su jefe se las estaba arreglando sin ella en la agencia, porque ella le había puesto en esa situación. ¿En qué estaba pensando? ¿Quién iba a ser ella si ya no la necesitaba nadie?

-Me voy a dar un paseo -dijo, de repente, y echó a correr hacia la playa.

Oyó que Luke la llamaba, pero siguió corriendo. No soportaría que él tratara de consolarla y, sin darse cuenta, dejara aún más patente lo vacía que estaba su vida.

Además, necesitaba estar a solas para pensar en lo que iba a hacer. Era irónico que ella hubiera empezado aquella conversación con Luke para que él pensara en su futuro y ahora viera de repente lo deprimente que era el suyo. Eso, sumado a que tenía que

someterse a unas pruebas médicas dentro de pocos días, le daba ganas de sentarse en la arena cálida y echarse a llorar.

¡Era un idiota!

Luke se maldijo a sí mismo por haberle hecho daño a Hannah. Aunque había querido seguirla cuando había echado a correr, algo le había dicho que se quedara allí hasta que pudiera dar con una disculpa creíble para ella.

-¿Dónde está Hannah? -preguntó la abuela Jenny, que acababa de salir al porche.

-La he ahuyentado -confesó él.

-¿Cómo es posible?

-Le he preguntado por qué sigue aquí si está tan encantada con la vida que lleva en Nueva York.

-Ah, ahora lo entiendo. A Hannah no le gusta que le recuerden que sus actos y sus palabras no siempre concuerdan. ¿No te acuerdas de ella cuando estabais en el instituto?

Luke pensó en aquella chica de hacía tantos años. Lo cierto era que apenas se fijaba en ella cuando Abby estaba presente. Lo que más recordaba de Hannah era su empeño por marcharse de Seaview.

-Quería ir a la universidad y dejar su huella en el mundo, preferiblemente, en algún sitio alejado de esta isla -dijo.

-Exacto. Y lo ha hecho. Creo que tiene mucho prestigio en su profesión. Ha ganado muchos premios. Y también ha ganado dinero, tanto como para mantener a su hija y su casa en una ciudad que no es nada barata. Hannah se define a sí misma por su éxito. No es probable que admita que no es suficiente -dijo la abuela Jenny, y lo miró de reojo-. ¿Te suena?

Él frunció el ceño.

-Vamos a dejarme a mí fuera de la conversación por un momento. Tú hiciste que Hannah viniera a Seaview pensando que ibas a poder convencerla de que se quedara.

-Tenía la esperanza de que empezara a ver su herencia familiar como un desafío para ella, pero no ha salido como yo esperaba -admitió la abuela Jenny-. Kelsey es la que lo ha visto así. Hannah solo se está escondiendo aquí.

Luke se quedó asombrado al oír aquello.

-¿Por qué dices que se está escondiendo? ¿De qué tiene que esconderse?

La abuela Jenny lo miró fijamente.

-¿No te lo ha contado?

-¿Qué?

-Como os habéis hecho tan amigos, pensaba que te habría dicho algo.

-Dímelo tú -le pidió Luke.

-No, no puedo. Es ella la que tiene que contártelo. O no.

Luke la observó con suma atención. Solo se le ocurrió un motivo por el que la abuela Jenny pudiera ser tan evasiva.

-¿Está enferma?

Ella sonrió ante su insistencia.

-Habla con ella, Luke. Que te cuente por qué no se ha marchado. Y, si te dice que es

para cuidar de mí, no le hagas caso.

Jenny se puso en pie, y dijo:

-Creo que me voy a echar una siestecita antes de empezar a preparar la cena. Todo el mundo va a tener mucha hambre cuando se despierte.

Luke la dejó marchar y se encaminó hacia la playa. Cruzó la calle y subió por las dunas, y vio a Hannah a cierta distancia. Ella volvía a casa y parecía que llevaba todo el peso del mundo sobre los hombros. Aun así, tenía las mejillas sonrosadas y los brazos y las piernas bronceados y esbeltos como los de una muchacha.

Esperó a que ella se le acercara, y le dijo:

-Siento mucho lo que te he dicho antes.

A pesar de su disculpa, Hannah lo miró con recelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-De verdad, Hannah, lo siento mucho. No quería decir que no te necesitamos aquí.

-Pero es cierto -dijo ella-. No estoy contribuyendo de verdad a que la posada vuelva a funcionar. Kelsey y mi abuela lo tienen todo bajo control. Tú has hecho todas las reparaciones y has pintado. Yo debería volver a Nueva York.

-¿Y por qué no has vuelto?

Hannah tragó saliva y evitó su mirada.

-Puedes contármelo, Hannah. ¿Es por tu trabajo?

-No, no. El trabajo es estupendo.

-Entonces, ¿qué pasa? ¿Tienes alguna relación de la que no has hablado?

Ella negó con la cabeza.

-Vamos, Hannah, dímelo. No se me dan bien las adivinanzas.

Entonces, ella suspiró.

-Tengo miedo.

-¿Miedo de qué?

Ella se quedó en silencio un largo instante. Después, apartó la mirada y dijo:

-Tengo cáncer de pecho. O lo tenía. Me operaron y me dieron radioterapia y quimioterapia; supuestamente, estoy curada, pero eso es lo que pensaba también mi madre y tuvo una recaída menos de un año después del tratamiento. Y murió.

Luke se contuvo para no decir nada. Sabía todas las fórmulas de rigor para responder a una noticia así, pero sospechaba que Hannah ya las había escuchado a menudo y que habían perdido el significado para ella.

-¿Hace cuánto tiempo? -le preguntó, disimulando su propia consternación.

-Tengo que hacerme ahora la revisión de los tres meses -dijo.

Él frunció el ceño.

-¿Esa es la cita que has estado posponiendo, por la que te llamó tu amiga?

Ella asintió.

-Oh, Hannah -dijo él.

La atrajo hacia sí y la abrazó. Apoyó la barbilla en su cabeza y la estrechó entre sus brazos, intentando dar con las palabras más adecuadas. El médico que había en él quería insistir en que se fuera al día siguiente y se hiciera la revisión. El hombre que estaba enamorándose de ella quería seguir abrazándola y fingir que todo iba perfectamente. Sin embargo, a pesar del miedo, posponer las pruebas de la revisión no iba a solucionar nada. Él lo sabía, y ella, también.

-¿Quieres que vaya a Nueva York contigo? -le preguntó-. Podemos ir juntos a dejar a

los niños mañana en Atlanta y, desde allí, tomar un avión al día siguiente.

Ella se apartó para mirarlo. Tenía una expresión de absoluto asombro.

-¿Tú harías eso?

-Pues claro -respondió él sin dudar-. Solo tienes que decírmelo.

Ella hizo un gesto negativo.

-No, aunque significa mucho para mí que te hayas ofrecido. Este no es tu problema, Luke. Es mío, y tengo que enfrentarme a él.

-Pero no tienes por qué hacerlo sola.

-No voy a estar sola. Mi amiga Sue va a estar allí. Siempre nos hemos apoyado en todo.

-Me alegro de que tengas una amiga así, pero creo que te vendría bien tener a alguien más, sobre todo, alguien que esté familiarizado con la jerga médica.

Ella sonrió.

-A mi médico se le da muy bien decir las cosas bien claras.

Él se sintió un poco decepcionado al ver que ella no quería que estuviera a su lado. Sonrió forzosamente.

-Bueno, y ¿cuándo tienes la cita?

Ella apartó la vista.

-Todavía no la tengo fijada. Se suponía que iba a ser esta semana, pero es cuando abre la posada, y quería estar aquí.

-Si fuéramos los dos juntos el lunes desde Atlanta, estarías de vuelta para la reapertura.

Ella frunció el ceño y retrocedió.

-Sabía que no tenía que decírtelo. Ahora, tú también me vas a perseguir.

Él asintió sin ningún atisbo de arrepentimiento.

-Sí -dijo, y la abrazó. Estaba decidido a resolver aquello-. Deja que me enfrente a esto contigo.

-¿Por qué?

-Porque a mí también me incumben esos resultados -le dijo, mirándola fijamente a los ojos-. Me importas, Hannah. Todavía hay muchas preguntas entre nosotros, y tenemos que responderlas, y todavía tenemos que tomar muchas decisiones, pero creo que aquí hay algo muy especial, algo con potencial.

Ella frunció el ceño otra vez, algo que él no se esperaba.

-¿Crees que hay potencial con una mujer que acaba de decirte que a lo mejor no vive un año más?

-Eso no es lo que me has dicho. Lo que tienes es una revisión, Hannah. Hace tres meses estabas limpia, así que casi con toda seguridad ahora los resultados también serán negativos.

-Pues con mi madre no fue así. Sus resultados fueron negativos durante cinco meses y, después, el cáncer volvió de una manera mucho más agresiva que antes, y ya no se pudo hacer nada.

-Tú no eres tu madre.

-Genéticamente, soy la mitad de mi madre.

-El pesimismo no te sienta bien, Hannah. Sé que esta no es mi especialidad médica, pero creo que es muy importante tener una actitud positiva en estos procesos. Tú

siempre has sido una luchadora. ¿Has tenido alguna vez alguna batalla más importante que esta?

Ella se tapó la cara con las manos y se apartó. Se metió las manos a los bolsillos y comenzó a caminar de un lado a otro mientras respondía.

-Mira, sé que tienes razón, y lo estaba llevando bien hasta que murió mi madre. Era la paciente más colaboradora y positiva del mundo hasta que tuve que sentarme junto a su cama y verla morir.

-¿Y, entonces, tú decidiste que eras igual que ella y que tu destino era inevitable?

-Más o menos.

-Eso es absurdo. Puede que tu diagnóstico fuera más temprano que el suyo, o que se trate de un tipo de células cancerosas diferente. Además, no sabes si tienes antecedentes de cáncer en tu familia paterna. También tienes esos genes. Puede que esos genes, junto con los tratamientos de quimioterapia y radioterapia, te mantengan curada del cáncer para siempre.

Ella dejó de caminar, suspiró con cansancio y apoyó la frente en su pecho.

-Eres muy buena animadora, ¿lo sabías? -murmuró.

Pese a todo, Luke se echó a reír.

-Lo siento, cariño, pero no tengo piernas para eso.

Ella también se rio, pero su risa se transformó en un sollozo, y Luke la abrazó con fuerza mientras lloraba. Cuando terminó, le secó las lágrimas de las mejillas. Hannah tenía la piel suave como los pétalos de una flor, y él no pudo evitar preguntarse si todo su cuerpo sería tan suave. Entonces, se concentró de nuevo en cosas más importantes.

-Ya está bien -dijo-. Llama y pide cita. Hazte la revisión esta semana, tal y como estaba previsto, y ya nos enfrentaremos a lo que venga. Vamos a estar juntos en esto.

-Pero ¿por qué quieres hacer eso? -le preguntó ella, con asombro.

-Ya te lo he dicho: porque me importas, y de un modo u otro, vamos a estar juntos en el futuro. No quiero pensar otra cosa.

Ella sonrió apagadamente.

-Ah, sí. Bueno, entonces, si tú quieres pensar eso, así será.

-Me alegro de que estés de acuerdo conmigo, para variar. Vamos a la posada para que saques el billete a Nueva York. Si te empeñas en ir sola, márchate mañana mismo. Yo te llevo al aeropuerto de camino a Atlanta con los niños.

-No creo que consiga un vuelo para mañana mismo -dijo ella.

-Claro que sí. Tiene que haber algún asiento libre en todos los aviones de mañana. Que lo haga Jeff. Él es un experto informático. Lo encontrará.

La tomó de la mano y volvieron a la posada. En los escalones de la entrada, se detuvieron.

-Sé que estás asustada, Hannah, y que no quieres hacer esto, pero concéntrate en una cosa: si te marchas mañana y te haces las pruebas enseguida, podrás estar aquí de vuelta a mediados de semana, y yo también habré vuelto. Podremos celebrarlo.

Ella ladeó la cabeza.

-¿Cómo?

Él se quedó mirándola fijamente.

-Ya se me ocurrirá algo.

Para su alivio, Hannah se echó a reír.

-Bueno, eso sí podría ser un incentivo para volver enseguida -dijo ella-. Sobre todo, si subes un poco más la apuesta.

-Puedo hacerlo -respondió él.

Entonces, se inclinó hacia ella y la besó. El deseo y la incertidumbre hicieron del beso algo desesperado, y Luke quiso más. Mucho más.

Hannah le puso las manos en las mejillas.

-Te necesito, Luke -murmuró-. No quiero, pero te necesito.

-Vaya, sí que es buen momento para que me digas eso -respondió él, sonriendo-. Estamos a la vista de todo el mundo y mis hijos ya han vuelto a la posada -añadió, y la miró a los ojos. Era una pena que tuvieran que conformarse con un beso por el momento-. La semana que viene, Hannah. La semana que viene recuperaremos el tiempo perdido, te lo prometo.

Fue una promesa sugerente por todo lo que podría suceder. Sin embargo, también era un terrible recordatorio de lo mucho que podía perder.

Capítulo 18

Donovan's, que estaba en el Upper West Side de Nueva York, siempre había sido uno de los sitios favoritos de Hannah y Sue. Era un local cálido y acogedor, y el servicio era muy bueno. Era como Cheers, pero con un toque de clase que le proporcionaba la barra de caoba, los espejos grabados de las paredes y la suave iluminación. El lugar perfecto para celebrar que Hannah ya se había hecho la revisión de los tres meses. Faltaban unos días para que le dieran los resultados, pero el doctor Blake no había encontrado nada alarmante en el examen físico ni en la mamografía.

-¿Lo ves? Has pasado tanta ansiedad para nada -le dijo Sue, alzando su copa de champán para hacer un brindis. Le dio un pequeño sorbito y dejó la copa en la mesa.

Hannah no quería alegrarse tan pronto.

-Todavía no tengo los resultados -advirtió.

-Ya está bien de pesimismo. Los resultados te dirán que estás curada -dijo Sue, y observó a su amiga-. ¿Has llamado a Luke para decírselo?

Hannah frunció el ceño.

-No. Lo voy a ver mañana por la noche.

-¿Y no crees que le gustaría saberlo ya? Al fin y al cabo, ha sido él quien te ha obligado a que vinieras a hacerte la revisión de una vez.

-Sí, pero ahora está en Atlanta, dejando a sus hijos en casa de su exmujer -dijo Hannah, y añadió-: Y yo no voy a decirle nada a Luke hasta que tenga los resultados definitivos, no estos, que son preliminares.

-¿Un encuentro con su exmujer? -preguntó Sue, y se estremeció-. Pues razón de más para que lo llames. Seguramente, querrá oír una voz amiga.

-Ya me llamará él cuando esté libre -dijo Hannah, e intentó cambiar de tema-. Bueno, cuéntame cómo van las cosas aquí. ¿Qué tal está John? ¿Y el trabajo?

Sue respiró profundamente y sonrió con ganas.

-Mi vida es perfecta -dijo con entusiasmo-. Es que tengo una noticia. Estaba esperando para poder decírtelo en persona, porque quería ver la cara que pones.

Hannah nunca había visto a Sue tan emocionada.

-Dime, ¿qué noticia es?

-¡Estoy embarazada!

Hannah se quedó boquiabierta.

-¿Vas a tener un bebé? Pero... yo creía que tú no querías tener hijos. ¿Estás contenta?

-Nunca había estado con nadie que pudiera ser un buen padre, pero John, sí. No me había dado cuenta de lo mucho que deseaba esto hasta que sucedió. Ahora estoy impaciente.

Hannah todavía estaba intentando asimilar la magnitud del cambio que iba a experimentar su amiga.

-Seguramente, no debería preguntarte esto, pero... ¿lo habías planeado?

Sue asintió.

-Pero no quería decir nada hasta saber si podía quedarme embarazada. Tengo cuarenta y tres años y sé que la edad puede ser un problema, pero el médico dice que estoy muy sana. Seguramente, haremos la prueba de la amniocentesis para asegurarnos de que el bebé está completamente bien, pero, Hannah, ¡estoy tan feliz! Estoy deseando empezar a decorar su habitación. Ya he comprado trajecitos de bebé. Cuando vuelvas de Florida podemos salir una tarde a hacer las compras definitivas. Ya tengo fotos de mobiliario infantil. Vamos a montar el cuarto en la habitación de invitados, que tiene mucha luz, y creo que lo vamos a pintar de amarillo. ¿No crees que es muy alegre? Así, no importará si es niño o niña.

Sue tenía muchos planes, pero a Hannah le daba vueltas la cabeza.

-¿Y qué dice John?

-Está feliz. Él ya tiene dos hijos mayores, y ellos no están tan contentos como nosotros, pero ¿a quién le importa eso? Ya lo aceptarán. Quieren que su padre sea feliz y, cuando vean que no los va a desheredar, se pondrán contentos.

Hannah sonrió.

-El bebé de Kelsey y el tuyo van a ser casi de la misma edad. ¿No te parece alucinante?

-Vaya, eso sí que es un pellizco de realidad. Yo he visto crecer a Kelsey. No debería tener un niño todavía y, mucho menos, al mismo tiempo que yo. Pero... claro... si las cosas van bien entre Luke y tú, ¿quién sabe? A lo mejor su bebé tiene un tío o una tía muy joven.

-¿Estás loca? -le preguntó Hannah.

-No, no. Al tener a mi lado a un hombre como John, me di cuenta de que quería tener un hijo, una familia. Y puede que a ti te suceda lo mismo.

Hannah se negaba a pensar en algo tan escandaloso. Casi no podía pensar en lo que iba a pasar al día siguiente y, mucho menos, en tener otro hijo.

-En realidad, no sé lo que va a pasar -le dijo a Sue.

-Ya veremos -murmuró Sue-. Bueno, ¿qué tal van las cosas entre Kelsey y Jeff?

-Según ella, no está dispuesta a casarse con él -dijo Hannah, y sonrió-. Pero, en mi opinión, se van a casar dos segundos antes de que ella dé a luz. Se quieren mucho. Por suerte, Jeff es muy listo y está esperando a que mi hija se dé cuenta de todo por sí misma.

-Muy bien, entonces, la vida de Kelsey va tomando forma. Yo voy a tener un hijo. Ahora, vamos a hablar en serio de Luke. ¿Qué está pasando con él?

Hannah no estaba segura de qué decir.

-Es complicado. Dice que siente algo por mí.

-¿Y tú? ¿No estás loca por él? Cuando hablas de él, lo parece, y se te ilumina la cara al mencionarlo.

-No es verdad.

-Sí, claro que sí, querida mía. Cuéntame cuáles son esas complicaciones.

-Creo que ha decidido quedarse a vivir en Seaview.

-Oh, oh. Me imagino lo que piensas de eso.

Hannah se quedó callada.

Sue la observó con incredulidad.

-¿No estás disgustada?

-Al principio, sí me disgusté, pero ahora... no me molesta tanto como pensaba -dijo ella, y se encogió de hombros-. Para ser sincera, estar allí ha sido diferente. De vez en cuando, se me relaja el nudo del estómago y me siento bien allí. Me gusta estar con Kelsey y con mi abuela. Es agradable tener cerca a la familia. Me siento... no sé, como si tuviera raíces. No sé describirlo.

-¿Y Luke? ¿Es agradable tenerlo cerca a él?

-Sí -dijo Hannah.

-Pero... ¿crees que podrías volver allí para siempre? ¿Qué harías?

-Hace una semana, te habría dicho que eso era imposible, que me volvería loca si tuviera que dejar el trabajo y quedarme allí, pero, ahora... Ya no echo tanto de menos el trabajo. Al principio, sí, sobre todo porque Dave me llamaba constantemente, pero después empecé a hacerme con el ritmo de la isla. Me gusta dar paseos por la playa. Me gusta sentarme en el porche por las noches y hablar con mi familia.

-Y con Luke -insistió Sue.

-Bueno, sí, Luke es muy importante en todo esto, lo cual, seguramente, es mala idea.

-¿Por qué, si piensa quedarse también en Seaview?

-¿Cómo voy a mantener una relación con cualquier hombre, sobre todo con un hombre que es padre de dos hijos, si mi futuro es tan incierto?

-¿Lo dices por el cáncer?

Hannah asintió.

-Aunque los resultados de la revisión sean negativos, puede que los siguientes no. Voy a estar viviendo con esa inseguridad durante mucho tiempo.

-Cariño, no puedes vivir la vida basándote en posibilidades. Es obvio que Luke conoce los riesgos tan bien como tú, pero parece que quiere ver adónde podrían llegar las cosas.

-Pero... ¿puedo pedirles eso también a sus hijos? Son una parte demasiado importante de su vida -dijo Hannah, y sonrió al pensar en lo mucho que se habían divertido los niños durante su visita a Seaview-. Tendrías que verlos, Sue. Son maravillosos, divertidos y buenos. Se me rompería el corazón si me pusiera enferma y lo echara todo a perder.

-Hablas como si fueras a hacerlo a propósito.

-Sé que no es así, pero les haría mucho daño en plena infancia ver morir a alguien a quien quieren. Aunque pasen la mayor parte del tiempo en Atlanta, siempre tendrán un sitio para vivir con Luke. ¿Y si empezamos una relación y... yo muero?

-¿Es que no sabes que la vida da muy pocas garantías? -le preguntó Sue-. Yo podría tener a mi hijo el lunes y sufrir el atropello de un autobús tres días después. No hay forma de predecir el futuro.

-Pero el mío es más incierto que el de los demás -insistió Hannah-. No puedo olvidarme de eso. Nate y Gracie ya lo han pasado muy mal. Además, de todos modos, nos estamos adelantando. ¿Quién puede asegurar que Luke y yo no vamos a tener nada más que una aventura apasionada unas semanas?

Sue se animó al oír aquello.

-¿Una aventura apasionada? Me parece una forma perfecta de empezar -le dijo a Hannah, y se puso en pie-. Termínate el champán. Tenemos que ir a varios sitios y

hacer varias cosas.

-¿Qué cosas? -preguntó ella mientras apuraba su copa.

-Tú, sígueme. Ya lo verás.

Diez minutos después, estaban entrando en una lujosa tienda de lencería.

-Yo te regalo lo que quieras -le dijo Sue-. No puedes empezar una aventura apasionada con bragas de algodón y sujetadores sosos.

Hannah miró a su alrededor y vio maniqués con diminutos tangas y sujetadores de encaje.

-No puedo ponerme estas cosas. Estaría ridícula. Además, parece muy incómodo.

Tomó un sujetador que era completamente inapropiado para una mujer que había pasado por una mastectomía.

-De verdad, Sue, intenta imaginarte cómo estaría yo con esto. Sería lamentable, sobre todo, sin la prótesis. Además, no estoy segura de querer que Luke me vea con esta ropa interior tan atrevida.

Sue sonrió.

-Mira, llevas demasiado tiempo en el celibato. Hazme caso; si juegas bien tus cartas, esto no te durará puesto más de un segundo.

La noche siguiente, Hannah estaba esperando a Luke en el porche. Se sentía incómoda, y no entendía por qué había permitido que Sue la convenciera para comprarse aquella ropa interior.

Sin embargo, estaba muy sexy con ella, pensó. Todavía estaba haciéndose a la idea de que Luke pudiera verla con ella. Se decía que un médico podría soportar la visión de una cicatriz, pero ¿y si no era así? Muy pronto lo sabría.

Aunque Luke había perdido el último ferry, había encontrado a alguien que estaba dispuesto a llevarlo a la isla. La había llamado para decirle que llegaría pronto. A la mañana siguiente, volvería a buscar su coche. Cuando, por fin, llegó a la posada, eran las once de la noche, y todos los demás se habían acostado.

-Me has esperado -le dijo a Hannah, mientras caminaba por el césped.

-Te dije que te iba a esperar -respondió ella-. Te he echado de menos.

-¿De verdad? -le preguntó él con deleite. Se inclinó y le dio un beso-. Yo también te he echado de menos.

-¿Cómo ha ido todo en Atlanta? ¿Estaban contentos de volver a casa?

-No querían que me fuera -dijo él, con cara de preocupación, mientras se sentaba a su lado-. Gracie no dejaba de decírmelo. Se comportaba como si no fuera a verme nunca más. Se echó a llorar y, créeme, sus lágrimas han sido mucho peor que el hecho de que no me hablara. Me tomó todo por sorpresa. Creía que habíamos superado este tipo de cosas mientras estábamos aquí.

-Pero necesitan algo concreto, ¿no? -preguntó ella, y se resignó a que él, después de todo, volviera a Atlanta.

Luke asintió.

-¿Y cuándo vas a volver?

-El fin de semana que viene -dijo Luke-. He alquilado un apartamento. Está a tres kilómetros de la casa. Tiene tres habitaciones, así que van a tener su propio dormitorio

cada uno mientras estén conmigo. Vamos a elegir los muebles cuando vuelva.

A Hannah le costó disimular la desilusión. Después de todo, Luke había tomado la decisión que debía tomar un padre que quería a sus hijos.

-Lo entiendo -le dijo, suavemente-. Sé que van a estar muy felices teniéndote cerca. Luke la miró con desconcierto.

-Lo dices como si no fuéramos a vernos nunca más.

-Tenemos que ser realistas. Si tú estás viviendo en Atlanta y yo, en Nueva York, no vamos a poder pasar mucho tiempo juntos. Está bien que esta relación no haya ido más lejos.

-Espera, espera. Lo has entendido mal. Yo no voy a volver a vivir a Atlanta. Voy a hablar con el doctor Langley para quedarme con su clínica cuando quiera jubilarse.

Ella se quedó mirándolo fijamente, porque no lo entendía.

-Pero... ¿y el apartamento?

-Necesito un sitio para estar con Gracie y Nate cuando vaya a Atlanta. Iré, como mínimo, un fin de semana al mes. En vacaciones, ellos vendrán aquí. Cuando he entendido cómo les estaba afectando todo esto, lo hablé todo con Lisa. Creo que ella está tan aliviada como los niños porque, finalmente, haya un plan.

Hannah también se sintió muy aliviada.

-Ah, es lógico.

-Claro, que todavía queda hacer un plan para ti y para mí -dijo él, y entrelazó sus dedos con los de ella-. Sobre todo, si tú vas a irte a Nueva York. Me parece que me voy a pasar más horas en el aire que en la tierra. Y, hablando de Nueva York, ¿qué te ha dicho el médico?

-Hasta el momento, todo estaba bien, pero algunos de los resultados no llegarán hasta la semana que viene.

-Bien. ¿Y cómo te has sentido en la ciudad?

-¡Estupendamente! -dijo ella, mostrando todo el entusiasmo que podía. Era demasiado pronto para que él supiera que no estaba del todo segura en cuanto a volver a Nueva York de manera permanente. Además, no quería que Luke pensara que su decisión tenía algo que ver con él-. Sue y yo fuimos a nuestro bar favorito y tomamos champán. Después, nos fuimos de compras. Y, ¿sabes? Está embarazada. Va a ser su primer hijo, aunque su marido ya tiene dos hijos mayores.

Él la observó con una expresión pensativa.

-Supongo que no quieres tener que echar de menos nada de eso, ¿verdad?

-Si me estás preguntando si voy a volver después de la reapertura de la posada, la respuesta es que probablemente, sí.

A él le brillaron los ojos.

-¿Solo probablemente?

-Por lo menos, un tiempo -confirmó ella-. Hasta que sepa qué va a ocurrir con el cáncer.

-No puedes dejar que eso controle tu vida, Hannah.

Ella le acarició la mano.

-No, no voy a permitir que suceda eso -le dijo. Y, después, para cambiar de tema de conversación, añadió-: No me has preguntado qué es lo que me compré con Sue.

-¿Qué te compraste?

-Lo llevo puesto.

Él frunció el ceño.

-Yo ya conocía esos pantalones y esa camiseta.

Ella sonrió.

-Pero no lo que hay debajo.

-Vaya, vaya, ¿quién iba a decir que tenías esa vena provocativa, Hannah?

-Yo misma lo estoy descubriendo ahora.

-Bueno, pues, en mi opinión, llegar a casa y ver un pase de modelos como este me compensaría el largo viaje y el dinero que he tenido que pagar para que me trajeran hasta Seaview en barco. ¿A ti qué te parece?

Ella se puso de pie.

-Creía que no me lo ibas a pedir nunca -respondió. Justo en la puerta, se detuvo-. Pero... una cosa. No podemos permitir que nos pille la abuela Jenny.

-Hace muchos años que no me escondía con una mujer -dijo él-. Va a ser divertido. ¿Quieres que te lleve en brazos, para que solo se oigan mis pasos? Eso la confundiría.

-Es una idea muy romántica, pero no quiero que te desmayes a medio camino y tengamos que llamar a urgencias. Con que seamos muy sigilosos, bastará.

Subieron las escaleras de puntillas y, cuando entraron en la habitación de Luke, él la atrapó contra la pared y la besó mientras cerraba la puerta con la rodilla.

-Echa el pestillo -le dijo Hannah cuando recuperó el aliento.

-¿De verdad crees que tu abuela va a venir aquí a ver por qué hay tanto escándalo?

-Mejor prevenir que curar. Y no puede haber mucho escándalo.

Él se quedó mirándola fijamente.

-¿Tienes reglas para las relaciones sexuales?

-No, tengo reglas para las relaciones sexuales ruidosas, por lo menos en esta casa.

-Bueno, pues este sí que es un desafío interesante. Espero que los muelles de la cama no chirríen.

Hannah sonrió.

-No chirrían. Antes he estado botando en el colchón.

Él se echó a reír.

-¿Tienes idea de lo mucho que te quiero? Eres increíble.

Ella se quedó helada, durante un segundo, al oír que él la quería. Deseó saborear aquellas palabras y, después, analizarlas hasta la muerte. Pero, como tenía otras opciones mucho mejores allí, delante de ella, agarró la pechera de su camisa con los puños y se puso de puntillas para besarla.

De repente se sintió llena de deseo. Empezó a desabotonarle la camisa y a apartársela del cuerpo según la iba abriendo.

-Tú también eres increíble -le dijo con la mirada clavada en su pecho.

Luke todavía tenía aquellos abdominales que ella había deseado cuando eran adolescentes. Por supuesto, lo sabía porque lo había visto trabajando sin camiseta y, también, en la playa, pero aquella era su primera oportunidad de acariciarlo y sentir la combinación de piel caliente y músculos fuertes. Estaba deleitándose con aquellas sensaciones, cuando Luke se dispuso a desabotonarle la camisa a ella. Por un instante, se quedó inmóvil, presa del pánico.

Él le puso un dedo bajo la barbilla y la miró a los ojos.

-Va a ser estupendo, Hannah. Te prometo que todo va a ir bien.

Hannah suspiró y, después, asintió. Quería creerlo y, cuando él empezó a acariciarla y ella vio la pasión reflejada en sus ojos, lo creyó.

-¿Has oído a mi madre saliendo a escondidas de la habitación de Luke esta mañana?
-le preguntó Kelsey a Jeff, durante el desayuno, sin poder contener la sonrisa.

Jeff la miró con desconcierto.

-¿Y qué estaba haciendo en su habitación?

Kelsey lo miró con cara de incredulidad.

Él abrió unos ojos como platos.

-¿Ah, sí? ¡Vaya! No tenía ni idea.

-De verdad, Jeff, tienes que levantar la vista del ordenador de vez en cuando. Esto lleva así durante una buena temporada.

-¿Crees que va en serio?

Kelsey se puso seria.

-Eso espero. Mi madre ha pasado por mucho, y necesita a alguien que sepa apreciarla de verdad. Creo que Luke es ese alguien.

Antes de que Jeff pudiera responder, Hannah entró en la cocina canturreando, con una sonrisa.

-Buenos días a los dos. Qué día tan espléndido, ¿eh?

A Kelsey se le escapó una risita sin que pudiera evitarlo.

-¿A qué viene eso? -le preguntó Hannah.

-Estás muy contenta. ¿Por qué estás de tan buen humor? -le preguntó su hija de un modo inocente.

Jeff se puso de pie con las mejillas muy coloradas.

-Me voy antes de que respondas a eso, Hannah -dijo. Le dio un beso a Kelsey en la frente-. Esta mañana voy a terminar el sistema de reservas y quedará funcionando. Después tienes que ir a probarlo.

-Voy dentro de un rato -dijo Kelsey, sin dejar de mirar a su madre. Y, cuando Jeff se marchó, añadió-: Bueno, mamá, vamos, suéltalo todo. ¿Qué hay entre Luke y tú?

-No sé de qué me hablas.

-Te he visto salir de su habitación esta mañana.

-Eh... solo estaba comprobando que no hiciera falta una limpieza.

Kelsey se echó a reír.

-Eran las seis de la mañana, mamá. Inténtalo de nuevo.

-¿De verdad quieres los detalles?

-No, claro que no. Pero dime una cosa: ¿Eres feliz?

-Sí, mucho -respondió Hannah con los ojos brillantes.

-Me alegro -dijo su hija.

Hannah se puso seria.

-Y, ahora, ¿te importaría decirme qué hacías tú en esa zona de la posada a las seis de la mañana? Supongo que no estabas limpiando la habitación de Jeff, ¿no?

Kelsey se echó a reír y se encogió de hombros.

-De acuerdo, me has pillado. Estamos empatadas.

-¿Crees que la abuela Jenny sabe todas estas cosas que están pasando bajo su techo?

-Lo que creo es que contaba con ello.

Hannah se quedó sorprendida, pero, después, asintió.

-Sí, seguramente, sí, pero yo no quiero mantener una conversación como esta con ella. Sería demasiado raro.

-Sí, es verdad -dijo Kelsey, y se estremeció.

-¿Te importa que te pregunte una cosa? Si estás tan segura de que no quieres casarte con Jeff, ¿por qué te estás acostando con él?

-Porque lo quiero -respondió Kelsey-. Y no puedo quedarme embarazada otra vez.

Su madre se quedó preocupada, y frunció el ceño.

-Oh, Kelsey, estás jugando con fuego. Jeff te adora, y es un chico estupendo. No le rompas el corazón. No permitas que piense que has cambiado de opinión acerca de casarte con él o de dar el bebé en adopción.

-No, no lo voy a hacer. No he cambiado de opinión.

-Hay una cosa de la que no hemos hablado. ¿Qué piensan sus padres de todo esto?

Kelsey se ruborizó.

-Creo que no se lo ha contado. Me dijo que, si se enteraban, aumentarían la presión, y quiere protegerme de eso. Creo que ellos se asustarían mucho de la posibilidad de que alguien adopte a su nieto.

-¿Más que Jeff?

Kelsey asintió.

-Él me ha dicho que ellos contratarían abogados y que, después de eso, nuestra relación, y lo que queremos, se perdería para siempre.

-Me alegro de que te esté protegiendo de eso. Es otra señal de lo mucho que te quiere y te respeta.

-Sí, ya lo sé -dijo Kelsey.

-Pues tú tienes que demostrarle el mismo respeto, y no darle mensajes contradictorios, Kelsey.

-Estoy intentando no hacerlo.

Sin embargo, Kelsey sabía que no era del todo cierto. Sabía que, aquellos días, probablemente Jeff estaba sacando sus propias conclusiones sobre su relación, y que ella cada vez decía menos cosas que pudieran contradecirlo. En realidad, cada día estaba menos segura de lo que quería con respecto a Jeff, al bebé y a todo su futuro. Lo único que sabía era que quería a Jeff más que nunca. Lo quería por haber ido allí, por formar parte de la posada y de su vida en Seaview y por no pedirle nada a cambio. Entonces, ¿qué era lo que le había hecho pensar alguna vez que quería alejarse de un hombre como aquel? ¿Cómo era posible que se lo hubiera planteado alguna vez?

Capítulo 19

Hannah miró a su hija con asombro. Kelsey tenía una tablilla en las manos e iba revisando la lista de detalles desde la cocina al porche para asegurarse de que todo estaba en orden para la llegada de los primeros huéspedes aquella tarde. Hannah se dio cuenta de que su hija había heredado su capacidad organizativa, además del amor por lo que estaba haciendo, algo que ella misma llevaba mucho tiempo sin sentir.

Por toda la posada olía a pan recién hecho y a tartaletas de frutas. Se le hacía la boca agua, pero, cuando fue a la cocina a pedir que le dejaran probar, la abuela Jenny y Merilee Wilcox, la cocinera que iba a trabajar en la posada a tiempo parcial, la echaron.

-Todo esto es para los huéspedes -dijo la abuela Jenny-. Así que fuera de aquí hasta que llegue la hora del té de bienvenida de esta tarde.

-¿Vamos a dar un té de bienvenida? -preguntó Hannah con incredulidad-. ¿Cuándo hemos hecho eso?

-Ha sido idea de Kelsey. Ha estado investigando en Internet lo que se hace en otros alojamientos, y los más lujosos ofrecen té por la tarde.

-Pero nosotras no somos de los más lujosos -dijo Hannah, que no se imaginaba a sus huéspedes dando sorbitos a un té en una taza de porcelana, en vez de abriendo una lata de cerveza.

-Eso díselo a alguien que haya probado las tartaletas de Merilee -replicó la abuela-. Ni siquiera la reina ha probado nada mejor. Nuestros huéspedes se van a quedar encantados y se lo van a contar a sus amigos. Será muy bueno para el negocio. Pronto vamos a tener que construir un ala más.

Justo en aquel momento, entró Luke por la puerta que daba a la playa.

-Abuela Jenny, ¿quieres echarles un vistazo a los ganchos que he puesto para colgar las toallas de la playa? Hay que cerciorarse de que son bastantes y de que los he puesto donde tú querías.

-Me fío de ti. ¿Se ha secado la pintura de ese banco que te dijo Kelsey que construyeras debajo?

-Totalmente seca -dijo él-. ¿Falta alguna cosa más?

-De mi lista, nada -respondió la abuela Jenny-. Pregúntale a Kelsey. Esa chica tiene listas de sus listas.

-Voy -dijo Luke, y le guiñó un ojo a Hannah-. ¿Me acompañas?

-No quiero arriesgarme a que mi hija me ponga a trabajar -respondió ella.

-Y yo que quería hacer que mereciese la pena -bromeó él.

Hannah se ruborizó y miró con una expresión de culpabilidad a su abuela, pero la abuela Jenny sonrió ligeramente al oír el comentario de Luke.

-Largo de aquí -le dijo a Luke-. Merilee y yo tenemos que seguir trabajando. Va a venir la mitad del pueblo a la reapertura de la posada, y no podemos retrasarnos.

-¿Qué más hay en el menú, además de las tartaletas? -preguntó Hannah cuando

Luke se marchó.

-Merilee va a preparar el bizcocho de crema, pan de plátano y sándwiches para el té.

-Yo puedo ayudar con los sándwiches -dijo Hannah.

Su abuela la miró con escepticismo.

-¿Seguro? ¿Cuándo has hecho sándwiches de té por última vez?

-No, nunca, pero puedo cortar la corteza del pan de molde.

-No es necesario -le dijo su abuela-. Ve a relajarte. Se te van a acabar muy pronto las vacaciones.

Hannah se marchó de la cocina. Se sentía un poco excluida, aunque sabía que los demás tenían sus motivos para no ponerla a trabajar. La abuela había pensado que no estaba interesada en formar parte de la reapertura, y que no sabía nada de cocina. A Kelsey le gustaba hacer las cosas por sí misma, y además no quería que hiciera demasiados esfuerzos por su salud. Y Jeff y Luke, seguramente, pensaban que era extraño que ella no tuviera un papel más activo en el negocio de la familia, pero eran demasiado educados como para decirlo.

Como estaba molesta, cambió de opinión y subió las escaleras en busca de Kelsey. Seguramente, podía contribuir en algo.

Encontró a su hija y a Luke mirando una lista de tareas. Él estaba tomando notas en su propia hoja de papel y, cuando terminó, se la metió al bolsillo.

-De acuerdo -dijo. Al alzar la vista, vio a Hannah y le preguntó-: ¿Has cambiado de opinión y quieres tomarte un descanso conmigo, o vienes a trabajar?

-He venido a ofrecerte para trabajar. ¿En qué puedo ayudar, Kelsey? Ya me han echado de la cocina.

Kelsey sonrió.

-Sí, a mí, también. A Merilee le gusta tener su espacio. Y a mí me parece bien, siempre y cuando siga haciendo cosas que huelen tan bien. Ya se me está haciendo la boca agua con el desayuno de mañana: las tostadas francesas rellenas suenan a gloria. La abuela dice que siempre ha sido uno de los desayunos favoritos de los huéspedes, pero yo no lo he probado ninguna de las veces que he venido de visita.

-Yo tampoco -dijo Hannah-. Entonces, ¿qué puedo hacer?

Kelsey miró su lista.

-¿Querías hacer los ramos de flores del comedor? Antes he revisado el pedido que ha llegado. Hay suficientes flores para el ramo grande del aparador y para los jarrones pequeños de las mesas. Antes hacías tú los arreglos.

-Pero de eso hace muchos años -protestó Hannah.

-Mamá, nadie quiere que sean tan elegantes como los de una fiesta de Nueva York. Sabes de flores y sabes de colores. Hazlo.

-De acuerdo, allá voy -dijo Hannah.

Luke y ella bajaron las escaleras juntos, y él comentó:

-Kelsey está llevando el negocio como si lo hubiera hecho toda la vida.

-¿Verdad que sí? -preguntó Hannah, maravillada-. Y lo más asombroso es que parece que se está divirtiendo. Por supuesto, yo ya sabía que es muy lista y organizada, pero, además, está emocionada con todos los aspectos de llevar un negocio como este. Y parece que su talento encaja perfectamente con el de Jeff. Él ha programado todo el sistema de reservas, el de contabilidad y facturación y la publicidad en Internet. Y está

tan emocionado como Kelsey con la reapertura.

-Estaría emocionado barriendo el aparcamiento si ella se lo pidiera.

-Sí, ya lo sé. Eso me preocupa.

-¿Por qué?

-Porque no sé si Kelsey se está aprovechando de lo que siente por ella solo porque, en este momento, le viene bien.

Luke hizo un gesto negativo.

-No, claro que no. Ella también está loca por él. Además, Jeff es muy listo. El otro día estuve hablando con él, y sabe exactamente lo que está haciendo.

-¿El qué? -preguntó Hannah, cautelosamente.

-Está encajando en la vida de Hannah, demostrándole que no tiene que abandonar nada de lo que quiera hacer por estar con él, que él siempre va a apoyarla. Y está convencido de que ella lo va comprendiendo.

-Pero no habéis hablado nada de matrimonio, ¿no?

-Él ya ha puesto las cartas sobre la mesa. Eso es cosa de Kelsey. Tú conoces a tu hija mejor que yo, pero a mí me parece que, si es igual de cabezona que su madre, lo más aconsejable es esperar a que ceda.

Hannah entrecerró los ojos.

-¿Es eso lo que tú estás haciendo conmigo? ¿Esperar a que ceda?

Él la miró con una expresión de inocencia.

-Vaya, no sabía yo que estuviéramos en desacuerdo respecto a alguna cosa.

-Me viene a la cabeza el asunto de quedarse en Seaview. Yo pienso volver a Nueva York. Tú piensas quedarte aquí.

-¿Me has oído pedirte una sola vez que cambies de opinión y te quedes aquí?

Hannah frunció el ceño.

-No, pero pensaba que...-dijo ella. De repente, se avergonzó por haber sacado conclusiones apresuradas. Solo porque se estuvieran acostando, Luke no tenía por qué querer que ella se quedara para siempre en Seaview, a su lado-. Bah, no importa. Tengo que ir a preparar los ramos.

Había dado dos pasos cuando Luke la agarró del brazo, hizo que girara hacia él y la estrechó contra su cuerpo. Era imposible negar la atracción que existía entre los dos.

-Bueno, sí, puede que esté esperando a que te des por vencida -confesó Luke-. Quiero que saques tus propias conclusiones sobre lo de quedarte aquí y sobre lo que podríamos tener tú y yo. No quiero agobiarte. Si te diera un ultimátum, saldrías corriendo a Nueva York, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros. Después, asintió.

-Seguramente, sí.

-Por eso tengo la boca cerrada -dijo él con una sonrisa-. No te voy a presionar. Jeff me ha convencido de que su técnica va a funcionar con las tozudas mujeres de la familia Matthews.

-¿Y te fías de la palabra de un chaval que lleva la camiseta de un grupo de heavy metal que ni siquiera conocemos?

-De hecho, sí -dijo él, y le dio un beso que la dejó sin aliento-. Tengo que irme. No quiero que Kelsey me pille haraganeando en el gran día.

-Sí, otra sabia decisión -dijo Hannah-. ¿Nos vemos después?

-Claro.

La calidez de su mirada le causó pánico. ¿A quién quería engañar? Se había enamorado de Luke tanto como su hija se había enamorado de Jeff. Lo único que le faltaba por decidir era si tenía el valor suficiente como para alejarse de Luke para que sus hijos no tuvieran que pasar por lo que había pasado ella cuando su madre había muerto. Existían muchas posibilidades de que ocurriera.

Así pues, su relación con Luke no se había convertido en algo más fácil ahora que los dos sabían lo que sentían. Se había convertido en algo mil veces más difícil, porque había en juego más cosas que nunca.

Kelsey estaba eufórica. En el último momento se le había ocurrido la idea de invitar a gente del pueblo a una fiesta de reapertura, así que se había pasado la mitad de la mañana haciendo llamadas para asegurarse de que todos se enteraran. Por suerte, la abuela y Merilee habían hecho comida suficiente para un ejército, porque todo el mundo se había pasado por allí para ver los arreglos y las reformas que habían hecho en la posada. Entre la gente del pueblo y los huéspedes recién llegados, la casa había estado de bote en bote varias horas. Se oían conversaciones y carcajadas por el comedor y el porche, y todo había salido tan bien, que no podía evitar preguntarse si había puesto el listón demasiado alto. Las cosas no siempre iban a poder ser como aquella tarde.

En aquel momento, los huéspedes estaban en sus habitaciones y todo el mundo del pueblo se había ido ya. La abuela había subido a acostarse, y Luke y su madre se habían ido a dar un paseo. Ella estaba en el porche, con los pies en alto, tomándose un vaso de limonada e intentando no obsesionarse con lo que iba a suceder al día siguiente. ¿Sentiría una bajada de ánimo ahora que había cumplido con su misión inicial? ¿Dejaría de ser divertido el trabajo ahora que la novedad había pasado? No lo creía, pero la única forma de saberlo era esperar una semana, un mes o incluso un año. En aquel instante, solo sentía satisfacción por haber hecho bien su trabajo.

Oyó cerrarse la puerta del porche y volvió la cabeza. Jeff iba hacia ella con unos sándwiches en una bandeja, sándwiches de verdad, no aquellos pequeños emparedados para tomar el té que les habían servido a sus invitados.

-No discutas conmigo -le dijo él, antes de que pudiera protestar-. Sé que no has comido nada en la fiesta. Tienes que cuidarte. Y, cuando hayas comido algo, deberías irte a la cama a descansar.

-Sí, tienes razón -dijo ella con un bostezo-. Estoy agotada.

Jeff se la quedó mirando con asombro.

-Repítelo.

-Que estoy agotada -dijo ella.

-No, lo que has dicho antes, eso de que tengo razón.

Ella se echó a reír.

-Pues sí, tienes razón. Por lo menos, esta vez -dijo, y lo miró a los ojos-. Y, a lo mejor, muchas otras veces, también.

Él se puso la mano en el pecho con teatralidad.

-Me va a estallar el corazón.

Ella se rio de nuevo.

-¡Ya está bien! Aunque no te lo he dicho las veces suficientes, me alegro mucho de que estés aquí. Has sido una gran ayuda. Y las otras ventajas de tenerte por aquí tampoco han estado mal.

-Lo sabía -dijo él con un suspiro exagerado-. Solo me quieres por mi cuerpo.

-Tu cuerpo es increíble, sí. Pero es algo más que eso, y lo sabes. Me encanta que te preocupes por mí.

-Te quiero -la corrigió él.

Ella lo miró con impaciencia.

-Por favor, escúchame. Estoy intentando decirte algo muy importante.

-Disculpa.

-Todo lo que ha pasado durante estas últimas semanas me ha abierto los ojos. Creo que he encontrado mi vocación. Me encanta este sitio, y me encanta estar con la abuela. Me ha encantado prepararlo todo para la apertura, pensar en nuevas ideas y preparar la carta con Merilee. Y me apetece mucho conocer mejor a los clientes -dijo. Lo miró fijamente a los ojos, intentando adivinar cuál era su reacción-. Esto es exactamente lo que quiero hacer en la vida, Jeff.

-No me estás diciendo nada que no haya visto por mí mismo.

-Pero ¿sabes qué ha sido una de las mejores cosas?

-¿El qué?

-Hacerlo contigo. Formamos un buen equipo.

Él la observó con suma atención.

-Entonces, ¿qué? ¿Quieres que trabajemos juntos?

-No. Lo que quiero decir es que creo que, después de todo, podemos conseguir que nuestra relación funcione. Viniste aquí con una misión, pero no has intentado obligarme a nada. Has dejado que encontrara mi camino. Y creo que, tal vez, te gusta el nuevo «yo» que he encontrado aquí.

-No es una cuestión de que a mí me guste o no. Tú eres feliz haciendo esto, y eso es lo más importante para mí.

-Ahora lo sé, y te lo agradezco tanto, que no sé cómo decírtelo.

-Kelsey, ¿es esta tu manera de decirme, con rodeos, que estás pensando en aceptar mi oferta de matrimonio?

Eso era exactamente lo que estaba intentando hacer, pero, al oír las palabras, se quedó helada. Entonces, pensó en toda la fuerza que había descubierto que tenía desde que había llegado a Seaview. Si se casaba con Jeff, nunca dejaría de ser quien era. En parte, porque ella misma no lo permitiría y, en parte, porque Jeff nunca iba a pedirle algo así.

-Bueno, creo que lo que estoy diciendo es que si alguien me hiciera la pregunta otra vez, a lo mejor en esta ocasión tendría una respuesta diferente.

Él frunció el ceño.

-No me tomes el pelo.

-No me obligues a ser yo la que tenga que ponerse de rodillas -le dijo Kelsey-. Soy muy tradicional.

Él enarcó una ceja.

-Bueno, bueno, no tan tradicional, pero hay algunas tradiciones que no se deben

abandonar.

Él sonrió.

-Entonces, vas a tener que esperar.

-¿Cómo dices?

-Si quieres tradición, vas a tener tradición. Así que voy a ser yo el que elija el lugar y la hora para pedir lo que tengo que pedir.

-¡Jeff! -protestó ella.

Él sonrió aún más.

-Esperar es un asco, ¿eh? Pues vas a probar un poco de tu propia medicina.

-Eres un gusano.

-Eso no es lo que me has dicho hace cinco minutos.

-Hace cinco minutos no me decías eso.

-Hace cinco minutos te quería.

Él se puso de pie, la tomó en brazos y volvió a sentarse con ella en el regazo.

-Hazme caso. Me vas a querer todavía más si hago esto como es debido.

-Yo no necesito nada demasiado complicado.

-No, solo tradicional. Lo entiendo.

-Ahora sería mejor que después.

-Va a merecer la pena esperar -dijo él-. Ya lo verás.

Kelsey suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

-Que no se te olvide que el bebé va a nacer dentro de siete meses. Me gustaría ser capaz de ir andando al altar.

-Lo tendré en cuenta.

Ella bostezó, y empezaron a cerrársele los ojos. Aquel día había sido uno de los más perfectos de su vida, aunque no hubiera escuchado la propuesta de matrimonio que esperaba. Y lo mejor de todo era que podía seguir deseando escucharla.

Varios días después de la reapertura, Luke estaba sentado en la barra de The Fish Tale, esperando al doctor Langley. Había llegado el momento de saber si podía quedarse con la clínica; aunque mucha gente le había dicho que el médico quería jubilarse, él no había oído que expresara el deseo de hacerlo próximamente.

-Esos taburetes son horribles para mi espalda -le dijo el doctor Langley, nada más llegar-. Vamos a una mesa.

-Muy bien.

Cuando estuvieron sentados en una mesa apartada, con las bebidas y los platos de pescado, el médico lo miró especulativamente.

-Seguro que no me has invitado a cenar solo por tener compañía, así que, ¿de qué se trata?

-He oído decir que quieres jubilarte o, por lo menos, reducir la jornada de trabajo. ¿Es cierto? -le preguntó Luke.

-Tengo setenta y cuatro años y me gustaría irme de pesca. ¿Tú que crees?

-Entonces, ¿por qué no te habías jubilado todavía?

-Porque no he conocido a nadie que pensara que podía encajar aquí. He hablado con un par de médicos recién salidos de la residencia, pero son tan novatos que no me

atrevo a dejar a mis pacientes con ellos.

-Pero hay que tener en cuenta que los jóvenes están deseando trabajar en tu consulta -sugirió Luke-. Y, como acaban de terminar los estudios, están al tanto de todos los tratamientos nuevos, de las opciones y de las medicinas. Y, además, tienen mucha energía.

-Y también tienen que pagar la escuela de Medicina -dijo el doctor-. Aquí no van a ganar el mismo dinero que en una gran ciudad. Hazme caso, ninguno de ellos se quedaría más de uno o dos años. Y, después, ¿qué pasaría con este pueblo?

-Buena observación -dijo Luke-. ¿Y yo? ¿Qué te parecería que yo me hiciera cargo de la consulta en algún momento?

El médico se puso muy contento.

-¿Lo dices en serio? Es la primera vez que lo mencionas.

Luke asintió lentamente.

-Tenía muchas cosas en las que pensar cuando llegué aquí, pero creo que estoy listo para hacer esto. Me gusta mucho estar aquí. Y mi especialidad ortopédica era muy limitada. Creo que me gustaría ampliar conocimientos, repasar toda la Medicina de familia y sacarme el certificado.

-Si trabajaras conmigo, harías un cursillo de todo lo que tienes que saber en muy poco tiempo.

-¿Y quieres esperar hasta que lleve a cabo el proceso de la certificación, enseñarme lo necesario e ir retirándote poco a poco hasta jubilarte, dentro de... digamos, dos años?

-Eso sería estupendo. Llevo tanto tiempo trabajando, que no sé qué haría si tuviera que dejar la clínica de repente. Me gustaría seguir participando todo el tiempo que tú quieras. Tal vez pudiera ir unas cuantas horas al día, o un par de días a la semana, hasta que empiece a ser demasiado para mí. ¿Seguro que si yo estoy en la consulta no interferiría en tu estilo de hacer las cosas?

Luke se echó a reír.

-No estoy muy seguro de si tengo un estilo. Creo que me beneficiaría mucho de tu sabiduría y experiencia.

-No tienes que halagarme para convencerme. Ya lo estoy. Tienes que saber que hay una docena de personas, o más, que me preguntaban por qué no te pedía que hicieras esto. A mí me parece que eres como la respuesta a una plegaria, para mí y para Seaview.

Luke estaba empezando a emocionarse con la Medicina por primera vez desde hacía muchos años. Hizo un gesto negativo.

-No, no. Creo que es al revés.

-¿Cuándo quieres que lo hagamos? Podríamos llamar mañana a Tim Morrow y pedirle que redacte el contrato para hacerlo oficial.

-¿Y por qué no nos sentamos nosotros dentro de un par de días, escribimos el contrato que queremos y, después, llamamos a Tim Morrow para que lo legalice? -sugirió Luke-. Yo tengo que llamar a un abogado en Atlanta para que disuelva la sociedad que tenía allí, y tengo que mirar todos los requisitos para el cambio de especialidad. Puedo tardar unas cuantas semanas, o meses, incluso, si es necesario que vuelva a tomar algunas clases.

-No hay problema. Haz lo que tengas que hacer. Llámame cuando hayas arreglado

las cosas en Atlanta y podamos quedar para escribir nuestro acuerdo –dijo el médico, y titubeó–. Y ¿qué papel tiene Hannah en tu plan de volver a vivir en Seaview? Cuando fuimos a pescar, me pareció que estáis muy unidos, y llevas una temporada viviendo en la posada. Se dice que hay algo entre vosotros.

–Aunque la radio macuto de Seaview no es muy de fiar, en este caso puede que haya algo de verdad en eso. El problema es que Hannah todavía duda de si volver a vivir aquí.

–Me imagino que es por lo de su madre. Fue muy difícil para ellas. Además, siempre tuvieron sus diferencias. No sé si consiguieron superar la separación del padre de Hannah y su marcha. Hannah siempre culpó, aunque fuera de manera inconsciente, a su madre. Yo sé por qué se marchó Clayton. Se lio con una camarera de la costa y la dejó embarazada. Ella amenazó con ir por él y por la posada si la dejaba.

–¿Chantaje? –preguntó Luke con estupefacción.

–Exacto. Clayton se divorció de la madre de Hannah y se casó con la camarera para acallarla y procurar proteger la posada, aunque fuera de un modo equivocado. En mi opinión, hizo un pacto con el demonio, pero me dijo que fue lo único que se le ocurrió. Seguramente, habrían tenido que vender la posada para pagar los honorarios de los abogados, de haber empezado un enfrentamiento legal. Y eso, añadido a la preocupación por el hijo que iba a tener con aquella mujer, hizo que Clayton no viera otra salida. Creo que se dio cuenta que la mujer no era una persona estable, y temía lo que pudiera pasarle al bebé si él no estaba ahí para protegerlo.

–¿Y la abuela Jenny o la madre de Hannah no sabían eso? –preguntó Luke–. Yo no he oído decir nunca que Hannah tuviera un hermanastro o hermanastra.

–Bueno, yo creo que Jenny, seguramente, tiene que saber algo. Sobre todo, porque la gente empezó a decir que había visto a Clayton en Clearwater o en St. Petersburg con otra mujer y un niño. Pero la madre de Hannah sí lo sabía, porque ella empezó a quedarse más y más cerca de casa. Una vez, Maggie me dijo algo de lo humillante que era que la gente hablara así de su marido. Dijo que no podía soportarlo, así que apenas salía de la posada.

–No me acuerdo de eso –dijo Luke–. Siempre era estupenda con nosotros, con todos los chicos que íbamos a su casa.

–Seguramente porque todos erais muy jóvenes como para hacer caso de esas historias, o entenderlas. Creo que Hannah estuvo muy protegida de todos esos rumores. Para empezar, era pequeña, y la gente quiere que los niños conserven la inocencia todo el tiempo posible. Y todo el mundo sabía que Hannah adoraba a Clayton. No iban a hablar mal de su padre delante de ella.

–Hannah debería saber todo esto –dijo Luke–. En primer lugar, es posible que el hombre al que adoraba viva a menos de una hora de aquí. Aparte de que, si tiene un hermanastro o hermanastra, también podría variar su visión de la posada; ahora considera que fue lo que ahuyentó a su padre e hizo que se marchara de Seaview. Es obvio que su padre quería tanto a la posada y a su mujer como para hacer lo que fuera por protegerla, a ella y a la casa que siempre había sido de su familia.

El doctor Langley se mostró escéptico.

–Luke, no sé si deberías hablarle de esto a Hannah. Son cosas que ocurrieron hace mucho tiempo.

-Y que lo cambiaron todo para ella. Tal vez el hecho de saber la verdad pueda darle paz.

-Y cambiar su forma de ver Seaview y la posada. ¿Es eso lo que esperas?

-Sí, probablemente.

-Bueno, es una decisión tuya, y tú conoces mejor que yo a la Hannah de hoy día. Al final, sé que vas a hacer lo que consideres mejor -dijo el médico, confiadamente-. Pero piénsalo bien antes, es lo único que te pido. Puede que debieras hablar de ello con Jenny. Ella también tendrá su opinión acerca de que la verdad salga a la luz después de tanto tiempo. Puede que haya algún motivo por el que Maggie y Jenny no le dijeron nunca nada a Hannah.

-Está bien, lo haré -prometió Luke.

Y, tal vez, también investigara un poco en la costa antes de irse a Atlanta, a finales de semana, a ver a sus hijos. Tal vez pudiera encontrar a Clayton y ver cómo había resultado su vida, y si era o no era una persona a la que Hannah quisiera tener en su vida después de tantos años.

Capítulo 20

Hannah estaba junto a la puerta de la habitación de su madre, tratando de reunir valor para entrar. Luke estaba en Atlanta, y era el mejor momento para enfrentarse al peor de sus demonios. Necesitaba entrar y enfrentarse al hecho de que su madre estaba muerta. Tenía que enfrentarse a los terribles recuerdos del final de sus días y, de alguna manera, convencerse de que ella no iba a tener el mismo destino.

También había llegado el momento de acabar con el resentimiento que siempre había tenido hacia su madre, por divorciarse de su padre y por quedarse a vivir para siempre en Seaview. Nunca habían llegado a reconciliarse por completo en vida de su madre.

Estaba allí, inmóvil, con la mano en el pomo, cuando notó que Kelsey se acercaba a ella.

-Mamá, no tienes por qué hacer esto. Yo puedo limpiar la habitación de la abuela. Lo único que pasa es que todavía no me ha dado tiempo.

Hannah negó con la cabeza. Aquello era algo más que tirar ropa vieja u ordenar los papeles de su madre.

-No, cariño, necesito hacerlo yo. Creo que es el motivo por el que no lo ha hecho la abuela Jenny. Ella sabía que tengo que aceptar mi pasado.

-Por lo menos, deja que te ayude -le rogó Kelsey.

-No, creo que esto es algo que tengo que hacer yo sola -insistió Hannah, y le dio un abrazo a Kelsey-. Pero gracias, hija.

-Llámame si me necesitas, ¿me lo prometes?

-Claro que sí, pero ¿no tienes tú mucho que hacer? Ahora que hay huéspedes, siempre hay alguna crisis que resolver. Me acuerdo de cuando vivía aquí. Nuestro tiempo ya no era nuestro.

-Todo está bajo control -dijo Kelsey, ignorando el tono amargo de Hannah-. Jeff está gestionando muchas cosas, y es la única persona capaz de convencer a la abuela Jenny de que se siente a descansar -explicó con una sonrisa-. Es muy astuto. Ahora la tiene estudiando un montón de folletos que ha traído de una agencia de viajes. Dice que necesita su opinión antes de diseñar el nuestro. Me ha prometido que la próxima vez la va a sentar al ordenador a mirar páginas web.

-Tu bisabuela delante de un ordenador -dijo Hannah con asombro-. Eso sí que me gustaría verlo.

-A mí, también -dijo Kelsey-. Jeff lo conseguirá. Parece que la bisabuela es incapaz de resistirse a su encanto -añadió. Una vez más, miró a su madre con preocupación-. ¿Seguro que estás bien? Esto puede esperar.

-Sí, estoy bien. Vamos, ve a hacer lo que tengas que hacer.

Cuando se marchó Kelsey, Hannah entró en la habitación. Esperaba un olor a moho, porque, supuestamente, había estado cerrada, pero se llevó una sorpresa, porque se encontró las cortinas hinchadas por la brisa del mar que entraba por la ventana. Oía a

aire fresco, y eso era cosa de la abuela Jenny, sin duda.

Entró en la sala de estar de la suite, con sus butacas tapizadas de flores, y cerró la puerta. Tuvo un millón de recuerdos. Algunos de ellos la llevaron a la infancia, cuando entraba corriendo allí a contar las cosas que la apenaban o a buscar un abrazo, o a mirar a su madre peinarse el pelo largo, o a saltar en la cama entre sus padres una mañana de domingo, mientras sus abuelos estaban en el piso de abajo atendiendo a los huéspedes.

Sin embargo, aquellos buenos recuerdos se desvanecieron rápidamente, y solo quedó la imagen de su madre tendida en la cama, demacrada y pálida. Aquello era lo que tenía grabado en la mente.

-Oh, mamá -dijo con los ojos llenos de lágrimas, mientras entraba en la habitación y se acercaba a la ventana. Respiró aquel aire con olor a mar y lavanda, y musitó-: Lo siento mucho. Siento haber juzgado tus decisiones, y haberte culpado de la decisión que tomó papá. Ojalá hubiera sido una hija mejor para ti, como ha sido Kelsey conmigo. Una vez tuvimos esa relación, y yo dejé que se estropeará.

Durante un instante, el olor a lavanda le pareció más intenso, y la brisa le acarició las mejillas y secó sus lágrimas. Entonces, el olor desapareció y la brisa cesó, y ella sintió una enorme paz. Era imposible explicar la sensación de ser perdonada. Tal vez, en realidad, se hubiera perdonado a sí misma.

De cualquier manera, se sintió reconfortada. Se secó los restos de las lágrimas y empezó a vaciar cajones. Hizo montones de ropa y de otras cosas para diferenciar las que había que tirar y las que podían donarse a la iglesia. De vez en cuando, se detenía con algún jersey o un pañuelo, y dejaba los preferidos de su madre para ella misma, para Kelsey o para la abuela Jenny.

Al encontrar un cajón lleno de papeles, pensó en dejarlo para otro día, pero hubo algo que la impulsó a continuar. Distribuyó los papeles encima de la colcha de la cama e intentó determinar si tenían relación.

Algunos eran documentos relativos a la posada, y los reservó para bajarlos al despacho y archivarlos. Otros eran suyos, del colegio; redacciones, exámenes con un sobresaliente, incluso algunos dibujos hechos con cera.

Después, encontró un sobre en el que ponía *Historias de Hannah*. Al abrirlo, encontró con asombro media docena de historias para niños con sus correspondientes dibujos. Al leer aquellos intentos de amateur, se encogió, porque la escritura era mala. Sin embargo, las historias en sí no estaban mal. Las había inventado para Kelsey y las había escrito por petición de su hija. ¿Se las había llevado allí Kelsey y las había olvidado en la posada? ¿Y por qué las había guardado su madre? ¿Por qué había guardado aquellos recuerdos, después de que ella la hubiera abandonado sin mirar atrás? Al final, se dio cuenta de que lo entendía, porque, después de todo, ella también era madre, y sabía que, pasara lo que pasara entre Kelsey y ella, habría mil cosas que iba a atesorar para siempre.

Cuando llegó al fondo del cajón, encontró varias cartas sin abrir, y todas iban dirigidas a ella. Se echó a temblar al reconocer la escritura: era la letra de su padre.

Hacía dos segundos había conseguido dejar atrás el pasado y, ahora, encontraba aquello. Era la prueba fehaciente de que su madre le había ocultado la existencia de unas cartas de su padre, unas cartas que podrían haberlo arreglado todo. Tuvo una

náusea con solo mirar el pequeño paquete atado con un lazo de color rosa.

No pudo permanecer más en la habitación. Salió corriendo y bajó hasta el porche. Allí, se detuvo para tomar aire.

-Hannah, ¿qué te pasa? -le preguntó su abuela, que empezó a levantarse de su silla-. Hannah, ¿estás bien?

-Ahora, no, abuela. Ahora, no.

Cruzó la calle y subió por las dunas, y caminó hasta que llegó a la orilla. Se descalzó y metió los pies en el agua. Estaba fría y le causó impresión, pero, por lo menos, aquello le recordaba que seguía viva. Era mejor que el sentimiento de vacío que le provocaba el hecho de saber que su padre había querido estar en contacto con ella y su madre se lo había impedido.

Y lo peor de haberlo descubierto era que no podía hacer nada. No podía gritarle a su madre por haberla traicionado. Que ella supiera, era incluso demasiado tarde para encontrar a su padre y arreglar las cosas con él.

Después de caminar durante una hora, empezó a calmarse. Se dio la vuelta lentamente y volvió hacia casa, pero, al llegar a la altura de Lila's, decidió comprar un helado. Se sentó en uno de los bancos del parque que había junto a la playa y dejó las cartas a su lado.

Al final, tiró el helado a la papelería más cercana y abrió la primera carta.

Hola, Hannah Banana. No sé si vas a leer esto, pero solo quería decirte que te quiero y te echo de menos. Algún día, cuando seas lo suficientemente mayor para comprenderlo, espero que tu madre te explique por qué tuve que irme. Y espero que, cuando conozcas toda la historia, puedas perdonarme. Te quiero, papá.

Solo había cinco cartas en total; las dos primeras estaban escritas con unos meses de diferencia, después de que su padre se marchara. El resto habían sido enviadas durante años, la última cuando ella había cumplido dieciocho. El tema era siempre el mismo: que la quería, y que esperaba que pudiera perdonarlo.

Aunque ninguna de ellas tenía remite, Hannah estudió los matasellos, y se quedó estupefacta al darse cuenta de que se las había enviado desde pueblos cercanos en la costa, desde sitios donde ella había estado cientos de veces de niña e, incluso, recientemente.

Ató las cartas con el lazo y volvió a la posada. Ignoró de nuevo a su abuela y llamó a Jeff a gritos.

-Mamá, ¿qué ocurre? -le preguntó Kelsey, saliendo de la oficina seguida por Jeff-. ¿Qué ha pasado?

-¿Puedes encontrar a alguien en internet? -le pidió Hannah a Jeff-. Bueno, ya sé que sí es posible encontrarlo, pero lo que quiero es que lo hagas tú. Lo haría yo misma, pero me tiemblan las manos y no puedo pensar.

-Puedo intentarlo -dijo él.

-Mamá, ¿qué pasa? -insistió Kelsey-. Parece que has visto un fantasma.

-En cierto modo, eso es exactamente lo que ha pasado -dijo ella, mostrándole las cartas-. Son de tu abuelo, y hoy es la primera vez que las veo.

Oyó un jadeo y se dio la vuelta. Su abuela estaba pálida y se había agarrado al respaldo de una silla. Hannah la miró con horror.

-¿Tú sabías que existían estas cartas?

Kelsey se acercó a su bisabuela y la ayudó a sentarse, mirando a Hannah con el ceño fruncido.

-Mamá, ¡ahora no!

-¿Cuándo, entonces? He estado toda mi vida pensando que mi padre se marchó y se olvidó de mí. Y, ahora, descubro estas cartas, que llevan años escondidas en un cajón.

La abuela Jenny hizo caso omiso de los intentos de Kelsey por ayudarla.

-¿Has encontrado algo en esas cartas que no te dijéramos tu madre y yo? -inquirió-. Te dijimos una y otra vez que tu padre te quería, y que el hecho de que se fuera no tuvo nada que ver contigo.

-¿Cómo puedes decir eso? Era mi padre y se marchó. Eso tenía todo que ver conmigo.

-¿Y te habría ayudado ver unas hojas de papel con algunas palabras escritas?

-¡Sí!

Su abuela suspiró.

-No sabes de qué estás hablando. No habrías encontrado demasiadas respuestas en esas cartas, pero sí te habrían suscitado muchas más preguntas. Habrías querido saber dónde estaba, cuándo iba a volver, por qué no podías verlo ni hablar con él.

-Por supuesto que habría querido saber todas esas cosas.

-Eras demasiado pequeña para entenderlo.

-¿Y después? -preguntó Hannah, acaloradamente-. ¿No habría sido lo suficientemente mayor a los dieciséis? ¿O cuando me gradué en el instituto? ¿Después de la universidad? ¿Cuando me casé? ¿O la semana pasada?

-Mamá, ya está bien -dijo Kelsey-. Esto no es culpa de la bisabuela.

-Ella sabía que existían estas cartas y no me lo dijo.

-Tu madre y yo pensamos que estábamos haciendo lo mejor para ti. Y, cuando dejaste de preguntar por tu padre, nos dimos cuenta de que realmente había sido una decisión sabia. Seguiste con tu vida.

Jeff había escuchado todo aquello en silencio, pero, en aquel momento, se giró hacia Hannah.

-¿Cómo se llamaba tu padre?

-Clayton Dixon -dijo Hannah-. ¿Crees que puedes encontrarlo si todavía vive por esta zona?

-Ya lo he encontrado -dijo Jeff.

Las tres mujeres lo miraron con asombro.

-¿Lo has encontrado? ¿Por qué? -preguntó Kelsey.

-Luke vino a verme antes de irse y me preguntó si podía buscar a alguien online. No me dijo quién era esa persona, solo me dio el nombre. Encontré a Clayton Dixon en Clearwater Beach.

-Tan cerca... -murmuró Hannah-. Dios mío, todos estos años ha estado tan cerca...

-Y nunca vino a buscarte -dijo su abuela, en voz baja-. Tal vez, antes de echarnos la culpa a tu madre o a mí, deberías preguntarte por qué. Aparte de enviarte esas cartas, ¿qué otro esfuerzo hizo tu padre por arreglar las cosas contigo?

-Seguramente, pensó que no lo había perdonado porque...

Se le quebró la voz al darse cuenta de que él no le había enviado ninguna dirección ni número de teléfono para que se pusieran en contacto. Tal vez la abuela Jenny tuviera razón. Parecía que él no quería que lo encontrara.

-Hannah, lo siento -dijo su abuela-. Es complicado. Algunas veces, ni siquiera tu madre y yo lo entendíamos.

-¿Entender el qué? -preguntó Hannah-. ¿Por qué se marchó mi padre?

-Yo no puedo decirte eso -respondió su abuela.

-Pero ¿lo sabes?

La abuela Jenny asintió.

-Entonces, dímelo -le rogó Hannah.

-Creo que si Jeff lo ha encontrado, y está tan cerca, deberías ir a verlo tú misma. Deja que él te cuente su lado de la historia. Así nunca tendrás que cuestionarte si te he contado la verdad o una versión que a mí me parecía bien.

Hannah sabía que aquello era razonable, pero quería enterarse de todo en aquel mismo momento. Y, de repente, se dio cuenta de que algo de lo que le había dicho Jeff era muy importante.

-¿Y por qué estaba buscándolo Luke? ¿Le has hablado tú de mi padre? -le preguntó a su abuela.

-No. Luke nunca me lo ha mencionado.

Hannah se giró hacia Jeff.

-¿Te ha dicho por qué quería encontrarlo?

-No. Solo me dijo que era importante.

-¿Y lo encontraste antes de que Luke se fuera a Atlanta?

Jeff asintió.

-Tengo que hablar con Luke -dijo Hannah, y se marchó a buscar su teléfono móvil. Lo encontró en el cajón de la mesilla de noche, pero, cuando llamó a Luke, respondió el buzón de voz.

-Luke, llámame cuando oigas el mensaje, por favor. Es importante. ¡No, es urgente!

Tiró el teléfono sobre la cama y empezó a pasearse por la habitación. El sentido común le decía que esperara la llamada de Luke, que no hiciera nada apresurado. Sin embargo, la necesidad de saber la verdad pudo con el sentido común. Tomó las llaves y el teléfono y bajó corriendo las escaleras.

-¡Me voy! -gritó, para que la oyera quien estuviese cerca.

-¡Hannah, espera! -le ordenó su abuela-. No vas a ir a ninguna parte.

-No puedes impedírmelo -dijo ella.

-Muy bien, vete. No llegarás lejos. El último ferry se ha ido hace una hora.

-Mierda -murmuró Hannah con frustración.

-Ese lenguaje -le dijo su abuela, automáticamente.

-Perdón.

-De todos modos, creía que ibas a hablar con Luke -dijo su abuela.

-No he podido.

-Bueno, me imagino que te llamará por la noche. ¿Por qué no vamos ahora a la cocina a preparar algo de cena para nosotras dos? Los huéspedes se han retirado, y Kelsey y Jeff se han ido a dar un paseo. Seguramente, no van a volver hasta dentro de

un buen rato. Dijeron algo de ir a jugar al bingo a la iglesia católica, como cuando tú eras pequeña –dijo su abuela, y sonrió-. ¿Te acuerdas de eso?

A Hannah se le había olvidado que la mitad del pueblo iba a jugar al bingo a la iglesia o a la estación de bomberos o al sitio donde se organizara el juego cualquier noche de la semana. Eran eventos sociales de Seaview, o actos para recaudar dinero para organizaciones sin ánimo de lucro. Ella había ganado varios premios, incluso una preciosa muñeca que todavía seguía en su habitación.

–Sí –dijo-. Me acuerdo. Tal vez deberíamos ir con Kelsey y Jeff.

Lo que menos quería era quedarse allí, conteniéndose para no hacer todas las preguntas que tenía en la punta de la lengua.

En el rostro de su abuela se reflejó una gran desilusión.

–Ve tú, si quieres. A mí no me apetece salir esta noche.

Al oír aquello, Hannah miró bien a su abuela. Estaba más pálida de lo normal, y ella se sintió culpable al instante.

–No, me quedo. Pero ¿por qué no voy yo a preparar algo de cena? Tú llevas en pie todo el día. Te aviso cuando esté preparado.

Su abuela la miró con escepticismo.

–¿Vas a cocinar tú?

–No sé de dónde te has sacado la idea de que soy totalmente inútil en la cocina. Kelsey y yo nunca nos hemos muerto de hambre.

–Por lo que tengo entendido, ella tuvo que aprender a cocinar, y antes de eso, sobrevivíais a base de comida preparada.

–No era tan desastroso. De hecho, sé hacer una tortilla bastante buena y creo que quedan algunas de las galletas que hizo Merilee. ¿Te parece bien?

–Sí –respondió la abuela Jenny con una sonrisa-. Además, es difícil hablar con la boca llena de galleta.

Hannah le devolvió la sonrisa.

–Eso pienso yo también.

No sabía cómo, pero iba a tener que arreglárselas para no formular todas las preguntas sobre su padre hasta que estuviera con alguien dispuesto a respondérselas.

Luke tenía dos mensajes urgentes de Seaview. El primero de Hannah, que parecía muy agitada, y el segundo, de Jeff, que admitía que le había dicho a Hannah que había encontrado a su padre por petición suya. Esa era la explicación del mensaje de Hannah, que había recibido dos minutos antes. Apagó el teléfono para decidir qué iba a hacer. Podía llamar a Jeff y averiguar qué estaba ocurriendo, o llamar a Hannah y enfrentarse directamente al problema. No parecía que ella estuviera muy contenta.

También podía hacer caso omiso de las dos llamadas y enfrentarse a la situación cuando llegara a Seaview. Tal vez, entonces hubiera más noticias. El viernes había intentado hablar con Clayton Dixon, pero no lo había conseguido. Jeff le había dado su dirección, pero no estaba en casa cuando había ido a visitarlo, y un vecino le había dicho que los Dixon habían salido unos días y que volverían el domingo. Con suerte, estarían en casa cuando él volviera a Seaview desde Atlanta, el lunes por la mañana. Sí, esa opción era su preferida. Ya había tenido suficientes confrontamientos desde que

había llegado a Atlanta.

Brad estaba en casa cuando él había llegado, el viernes por la tarde, a recoger a Gracie y a Nate. En aquella ocasión, no se había retirado cuando Luke le había dicho que se apartara de su vista.

-Tenemos que resolver esto -le había dicho su antiguo amigo-, sobre todo, por los niños. Esta casa no puede ser un campo de batalla cada vez que vengas.

-No tiene por qué serlo. Lo único que tienes que hacer es desaparecer cuando vaya a venir. Seré cordial con Lisa porque es la madre de mis hijos, pero a ti no te debo nada.

-Pero nosotros éramos...

-No lo digas. Aunque fueras mi amigo, estuviste dispuesto a liarte con mi mujer mientras yo estaba en Irak. Entiendo su punto de vista; ella estaba furiosa conmigo y tú estabas ahí. Pero ¿qué te había hecho yo a ti, Brad?

Brad palideció.

-Nada -dijo-. No hay excusa para lo que sucedió. Y, sinceramente, lo siento más de lo que tú puedas pensar, pero ya es demasiado tarde para dar marcha atrás. La quiero. Y voy a ser bueno con ella y con Nate y Gracie.

-Siempre y cuando te acuerdes de que su padre soy yo... -dijo Luke con tirantez-. Eso no cambiará nunca, viva donde viva.

Brad lo miró sorprendido.

-¿No te vas a quedar en Atlanta? Como has alquilado un apartamento, pensaba que ibas a volver.

-No, el apartamento es para estar con Nate y Gracie cuando venga a la ciudad. Voy a vivir en Seaview y a trabajar allí.

-¿Y nuestra clínica? ¿Qué piensas hacer con respecto a eso?

-Mi abogado ya conoce mis intenciones. Se pondrá en contacto con el tuyo.

-Seré más que justo -dijo Brad-. Te lo debo.

-En realidad, me debes mucho más -dijo Luke. Y, en vez de continuar con aquella conversación, gritó escaleras arriba-: ¡Gracie, Nate! ¡Vamos!

Los niños bajaron tan rápidamente las escaleras, que él se preguntó si habían estado escuchándolos, pero, cuando subieron al coche, ninguno de los dos dijo nada sobre aquel enfrentamiento. Gracie estuvo un poco más callada de lo normal durante la cena, pero Nate había llenado los silencios hablando sin parar sobre el colegio y sobre los entrenamientos de béisbol.

Ya en casa, Luke estaba sentado delante de la televisión, con el volumen muy bajo, cuando Gracie entró en el salón y se sentó a su lado.

-¿Puedo preguntarte una cosa? -dijo con cara de preocupación.

-Tú siempre puedes preguntarme cualquier cosa -respondió él.

-Si vas a vivir en Seaview, ¿te olvidarás de nosotros?

-No, nunca -dijo él al instante-. ¡Jamás!

-¿Me lo prometes?

-Pues claro. Nate y tú vais a venir a Seaview siempre que sea posible, y yo voy a venir aquí, como mínimo, una vez al mes.

-Mamá dice que pronto estarás muy ocupado, como antes, y que nunca te veremos.

-Pues mamá se equivoca en eso -le aseguró él, aunque le molestó mucho que Lisa hubiera creado aquella duda en Gracie-. Sé que antes me pasaba todo el tiempo en el

trabajo, pero ahora eso ha cambiado. Ya tengo mis prioridades en orden.

-¿Y qué significa eso?

-Que no hay nada más importante para mí que pasar tiempo contigo y con tu hermano. ¡Nada!

-Entonces, ¿por qué no puedes vivir aquí? -le preguntó ella, melancólicamente-. Como antes.

-¿Te acuerdas de que lo que me decías siempre de la biblioteca?

Ella frunció el ceño.

-¿Que me gustaba mucho porque es un sitio tranquilo y silencioso?

-Sí, eso es. Así es como yo me siento en Seaview. Fue mi casa durante mucho tiempo, y me siento mejor allí, como si fuera mi hogar. Y el médico se está haciendo mayor y necesita a alguien que le ayude en la clínica.

-Pero Nate y yo te necesitamos aquí -protestó la niña-. Dijiste que nosotros somos importantes, no el médico.

-Y sois importantes, Gracie. Si alguna vez me necesitáis de verdad, estaré aquí en un abrir y cerrar de ojos. De hecho, voy a venir tanto, que te hartarás de mí -le dijo, y le hizo unas cosquillas suaves en el costado-. Tendrás que hacerme caso todo el tiempo, aunque ya te hayas hecho mayor y quieras salir con tus amigas, o con algún chico.

Entonces, ella se echó a reír.

-Papá, faltan muchos años para que yo pueda salir con chicos.

Luke sonrió.

-Sí, bueno, yo he pensado que a los treinta ya puedes empezar.

Ella se rio de nuevo.

-Estás bromeando...

-Pues sí -dijo él-. Pero hay una cosa que va muy en serio: te quiero, Gracie, y eso no va a cambiar nunca, ¿de acuerdo? No dejes que nadie te convenza de lo contrario, nunca.

Ella lo miró a los ojos durante un largo instante, y asintió.

-Sí, de acuerdo. ¿Tengo que irme a la cama, o puedo quedarme aquí contigo un rato?

-Puedes quedarte aquí, pero cierra los ojos. Ya se ha pasado la hora de acostarte.

Ella bostezó y se acurrucó contra él. Gracie siempre había tenido una alegría inocente e innata, y él quería que la recuperara, pero tal vez no fuera posible. Tal vez, como muchos hijos de matrimonios divorciados, hubiera tenido que crecer demasiado deprisa para entender algo que era complicado para una niña de diez años.

Pensó en Hannah, y en cómo debía de haberse sentido cuando era pequeña. Por lo menos, él seguía formando parte de la vida de Gracie y Nate, pero a ella la habían abandonado sin darle ninguna explicación. Aunque fuera tarde para conseguir esas explicaciones, él quería hacerlo por ella. Y, el lunes, iba a hacerlo.

Hasta ese momento no estaba preparado para mantener una conversación con ella. Quería darle respuestas, no tener una discusión por haberse inmiscuido en su vida.

Capítulo 21

Con la impresión que le había causado la noticia de que su padre vivía tan cerca, Hannah se había olvidado de los resultados de las pruebas. Cuando recibió la llamada de la consulta del doctor Blake, se llevó un susto y, mientras esperaba a que él se pusiera al teléfono, comenzaron a sudarle las palmas de las manos y se le formó un nudo en el estómago.

-Buenas noticias -dijo él, en cuanto tomó el auricular-. Todo está bien, Hannah. En las pruebas no ha aparecido ni un rastro del cáncer.

Ella sintió tanto alivio, que le temblaron las rodillas. Se sentó en una de las sillas de la cocina y notó que la abuela Jenny y Kelsey la miraban con preocupación.

-¿Seguro?

-Cien por cien -dijo el médico-. Pero quiero que vuelvas dentro de tres meses. Y sin retrasos, ¿de acuerdo? ¿Habrás vuelto a Nueva York para entonces?

-Um... No estoy segura, para ser sincera. Las cosas se han complicado más de lo que pensaba, pero iré a hacerme las pruebas, te lo prometo.

-Muy bien -dijo él-. ¡Enhorabuena, Hannah! Que disfrutes.

-Gracias, muchas gracias. Nos vemos dentro de tres meses.

Entonces, colgó lentamente.

-¿Estás bien? -le preguntó Kelsey.

Hannah sonrió forzosamente.

-Por ahora, sí -dijo.

-Oh, mamá, qué maravilla -dijo Kelsey, y la abrazó.

-Qué noticia tan buena -dijo la abuela Jenny-. Tenemos que salir a celebrarlo. Cuando vuelva Luke esta noche, podríamos ir a cenar a The Fish Tale.

-Me parece bien -dijo Hannah-. Me he enterado de que Lesley Ann tuvo el bebé la semana pasada, y lo ha llevado todas las noches durante unos minutos para presumir de él. Deberíamos ir a comprarle un regalo.

A Kelsey se le iluminó la mirada.

-¡Sí! Vamos ahora, mamá.

Hannah la miró con curiosidad.

-¿A ti no te va a agobiar ver cosas de bebé?

-No, será divertido -dijo Kelsey, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza la idea de dar al bebé en adopción.

-¿Me he perdido algo? ¿Es que Jeff y tú vais a quedaros con el bebé?

Kelsey se ruborizó, pero asintió.

-La semana pasada vimos al bebé durante la ecografía, y me di cuenta de que lo de la adopción no es posible. Fue increíble. Creo que habría tomado la decisión de quedarme con el bebé aunque Jeff no se hubiera desmayado de emoción -dijo. Y añadió-: Es una niña. Es muy diminuta todavía, pero es perfecta, o por lo menos eso dijo el médico.

La abuela Jenny se agarró las manos junto a la barbilla.

-¡Otra niña Matthews! ¡Maravilloso!

A Hannah se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Sí, va a ser maravilloso.

Quería preguntar si el apellido de la niña iba a ser Matthews o Hampton, pero no lo hizo. Paso a paso, se dijo. Kelsey y Jeff ya habían decidido quedarse con la niña y, por el momento, era suficiente. La pregunta del matrimonio podía esperar.

-Creo que voy a llamar a Jack para reservar una mesa -dijo la abuela Jenny-. ¿A qué hora crees que llegará Luke?

-Me imagino que tratará de llegar para tomar el ferry de las cinco -dijo Hannah. Todavía estaba molesta, porque él no le había devuelto la llamada.

-Voy a hacer la reserva para las siete, para que nos dé tiempo a descansar un poco -dijo la abuela, y la miró de forma elocuente-. Así podrás hacerle todas esas preguntas que te obsesionan.

-Gracias, abuela.

-Solo espero que tenga las respuestas que tú quieres oír. No quiero verte con el corazón roto otra vez.

Hannah se irritó, porque ella tenía la misma preocupación.

-Yo seré capaz de enfrentarme a lo que sea.

Lo dijo con mucho énfasis, pero, en el fondo, se preguntaba si eso era cierto. Quería un final feliz, pero la vida ya le había enseñado que esos finales eran muy escasos.

El lunes, Luke detuvo su coche de alquiler junto a una casa modesta pero bien mantenida, con un pequeño jardín. Llamó a la puerta y esperó. Abrió un hombre joven, de unos treinta y tantos años, en buena forma y vestido con pantalones cortos y un polo.

-¿Es usted el señor Dixon? ¿Clayton Dixon?

-Yo soy Clay Dixon -dijo el hombre-. Mi padre es Clayton Dixon.

Claro, pensó Luke. Aquel era el hijo que el padre de Hannah había tenido con otra mujer. Era el hermanastro de Hannah. Había cierto parecido en ellos; en sus ojos y en el color de pelo. Se preguntó si a Hannah le agradaría eso, o sería una impresión para ella.

-¿En qué puedo ayudarle? -le preguntó Clay, de una manera amable.

-Siento haberme quedado mirando -dijo Luke-. Me recuerda mucho a alguien. ¿Su padre vive aquí?

-Sí. Ha salido a hacer la compra. Hemos estado fuera unos días.

-Soy Luke Stevens, de Seaview Key.

A su interlocutor se le iluminaron los ojos.

-¿De verdad? ¿Conoce a mi padre de cuando vivía allí? Él habla de Seaview muy a menudo, pero, no sé por qué, nunca hemos ido. Mi madre se disgusta cada vez que oye hablar de Seaview.

Luke se preguntó cuánto sabría Clay del pasado de su padre. Él no era quien debía revelárselo, así que preguntó:

-¿Y sabe usted por qué?

-Sí, tiene algo que ver con una relación que mi padre tuvo en el pasado -dijo Clay, y se encogió de hombros-. Ya sabe cómo pueden ser las mujeres. Mi esposa también se alteró cuando fuimos a la reunión de mi instituto y nos encontramos con un par de antiguas novias mías. Hacía años que no las veía, pero eso no le importó. Fue la única reunión a la que hemos ido, por supuesto.

-Me lo imagino, sí. ¿Le importaría que esperara a su padre?

-No, claro que no. Pase, por favor. Llegará en cualquier momento.

-¿Y su madre? ¿Está en casa?

-No, la hemos dejado en la iglesia. Yo solo estoy esperando a que mi padre vuelva con la compra y mi coche. No me gusta que conduzca su coche más de lo necesario, porque es viejísimo. Yo tenía que hacer unas cuantas chapuzas aquí, así que le dije que se llevara el mío. ¿Le apetece un vaso de té helado, o algo? Mi madre siempre tiene una jarra en la nevera.

-Claro -dijo Luke.

-Venga conmigo. Podemos sentarnos en el patio a esperar.

-Bueno, no quisiera distraerlo de sus tareas.

-No se preocupe, terminé hace un rato.

Clay se sentó en una de las sillas del jardín, junto a la pequeña piscina, y puso el té sobre la mesa de aluminio, que tenía la pintura desconchada.

-Bueno, hábleme de Seaview. Debe de gustarle vivir allí. Mi padre dice que, en sus tiempos, la mayoría de la gente joven se marchaba.

-Sí, es cierto. En realidad, yo estoy mudándome de nuevo allí. Me crié en Seaview, pero me fui a la universidad y, después, me casé y me quedé a vivir en Atlanta. Ahora me estoy divorciando y he descubierto que mis raíces están en Seaview.

-Eh, Clay, ¿de quién es el coche que está fuera? -gritó un hombre, mientras se oía cerrarse la puerta de entrada-. Tengo las bolsas de la compra fuera, ¿puedes echarme una mano?

-Es papá -dijo Clay-. Ahora lo mando para acá.

-Gracias.

Unos minutos después apareció un hombre con una expresión de recelo. Tenía el pelo gris y, como su hijo, estaba delgado y en buena forma.

-Clay me ha dicho que es usted Luke Stevens -dijo, tendiéndole la mano-. Yo conozco ese nombre.

-Sí, soy de Seaview -dijo Luke-. Soy amigo de Hannah.

El hombre palideció y se dejó caer en una silla.

-Entiendo -dijo. Por fin, miró a Luke a los ojos-. ¿Qué tal está?

-Estaría mucho mejor si usted hubiera mantenido el contacto con ella, le hubiera dicho que todavía la quería -respondió Luke con aspereza.

-Me mantuve en contacto con ella -dijo Clayton, a la defensiva. Después suspiró-. Le escribí unas cuantas cartas durante varios años, solo para que supiera que pensaba en ella.

-¿Y no podía llamarla o ir a verla? -preguntó Luke, sin poder evitar que su tono de voz fuera de condena-. No es que esté viviendo en el otro extremo del país. Cuando se entere de que siempre ha estado tan cerca, va a ser un shock para ella.

-Era mejor así. Usted no sabe cómo eran las cosas.

-Cuéntemelo -le sugirió Luke.

Justo entonces, Clay dijo, desde la cocina:

-Papá, me marcho.

-Muy bien, hijo.

Clayton miró a Luke.

-¿Sabe Hannah que está aquí?

-No creo. Ni siquiera sé si sabe que usted sigue vivo. No sabe nada de esta otra familia suya. Y me parece que Clay tampoco sabe que tiene una hermanastra.

-No -admitió Clayton-. Créame, sé que suena horrible, pero era lo mejor. Mi esposa, la madre de Clay, no es una mujer fácil. Cuando se quedó embarazada hizo amenazas. Me quería a mí, o dinero. Pensó que yo tenía mucho porque la posada iba muy bien. Ella es... No es una persona estable. Siempre ha tenido que luchar contra la depresión. Yo tenía miedo por nuestro hijo y, también, porque ella podía destruir nuestra familia.

-Así que usted decidió dividir los daños y permitir solo que destruyera su familia.

-Más o menos. La madre de Hannah y yo hablamos de ello. Pensamos en luchar contra ella, pero yo sabía que la posada era demasiado importante para Maggie y para Jenny, y no podía pedirles que la hipotecaran para pagar a esta mujer. Yo era el que había creado el problema, así que era yo el que tenía que resolverlo. Y tenía que pensar en el bebé. Lucy no podía criar un bebé. Supongo que podría haber luchado por la custodia y podía haber ganado, pero tampoco podía pedirle a Maggie que criara al niño de otra mujer. Ya le había pedido demasiado. Había tenido que pedirle perdón demasiadas veces. Nos divorciamos y yo volví a casarme.

-Y se olvidó de la niña a la que dejó atrás. ¿Es que no la tuvo en consideración?

-Por supuesto que sí. La posada era su patrimonio, su herencia. ¿Es que piensa que fue fácil para mí alejarme de ella y cambiar a una hija por otro? Pues no, no lo fue. Tengo un agujero en el corazón que es esa niña. He pensado en ella todos los días de mi vida, en sus cumpleaños, en Navidad, en el día de su graduación.

-Pero no hizo nada por ponerse en contacto con ella. ¿Cómo cree que se siente?

-Eso era mejor que el infierno que habría tenido que soportar si mi mujer hubiera descubierto que manteníamos el contacto. Lucy es una mujer dura. Antes de que nos conociéramos había tenido una vida muy difícil. Creo que, cuando se quedó embarazada, vio la oportunidad de conseguir algo mejor, y la aprovechó. Pensó que la posada era su billete de ida a un futuro mejor. Vale una fortuna, ya era muy valiosa en su día.

-¿Y ella no sabía que no era suya?

-Se lo dije -respondió Clayton-, pero ya le he explicado que no era racional. Al final, yo me di cuenta de lo difícil que iba a ser todo, y lo humillante que iba a ser para mi familia. Ellos tenían que seguir viviendo en Seaview, y habrían pasado años hasta que todo el mundo olvidara el escándalo. Maggie hizo que me diera cuenta de eso, y me echó.

-Entonces, ¿fue altruista por su parte?

-No. La decisión la tomamos entre Maggie y yo. Ella ya estaba harta, y no podía culparla.

-¿Y ahora? ¿Sigue pensando que marcharse fue su única opción, o ve las cosas de manera distinta?

-Lo he pensado mucho durante estos años, pero, sinceramente, no creo que hubiera podido hacer otra cosa.

-¿Y Hannah? ¿No ha querido verla, saber cómo está, saber cómo es su vida?

-No me he ganado ese derecho -dijo Clayton con tristeza.

-¿Y si ella quiere verlo a usted? ¿Le permitiría venir, o estaría dispuesto a reunirse con ella en otro lugar? ¿Y si quiere conocer a su hermanastro?

Clayton cerró los ojos con una expresión de cansancio.

-Vendería mi alma por eso -dijo él-. Pero no creo que pueda tener el final feliz que ella desea. Clay no sería ningún problema; es un chico bueno y cariñoso, y su mujer, también. Pero ¿mi mujer? Ella nos haría pasar por un infierno a todos. Ahora está mejor y se toma su medicación y, a decir verdad, hemos podido tener una vida decente, mejor de lo que podía esperarse, teniendo en cuenta cómo empezó. Pero eso no significa que pueda enfrentarse al hecho de que mi hija forme parte de nuestras vidas.

-Conozco a Hannah -dijo Luke-. No va a permitir que eso la detenga. Creo que deberían prepararse, usted, su hijo y su esposa, para lo que pueda pasar.

A pesar de aquella advertencia de Luke y de sus propias dudas, Clayton asintió con un brillo de esperanza en los ojos. Tal vez se sintiera feliz al ver que otro iba a tomar la decisión por él, al igual que Maggie había tomado la decisión de divorciarse.

-¿Me avisará con antelación si ella va a venir? -le preguntó a Luke.

-Si me entero, sí -le dijo Luke-. Hannah es independiente. No se sabe lo que va a hacer, ni cuándo. Pero lo intentaré.

-Gracias. Lo acompaño a la salida.

-No se preocupe, conozco el camino.

Fuera, respiró profundamente para llenarse los pulmones de aire fresco. Por un lado, no envidiaba a Clayton Dixon, porque se avecinaba un posible desastre para él. Por otro, pensó que iba a recibir lo que se merecía.

También vio con claridad cuál habría sido el resultado si él hubiera cumplido su egoísta deseo de alejarse de Atlanta y de sus hijos para siempre. Por suerte, desde el principio había sabido que no podría hacerlo. Su abandono habría afectado a Nate y a Gracie de igual forma que el abandono del padre de Hannah la había afectado a ella y, además, él habría tenido que pasarse el resto de la vida con un sentimiento de tristeza y de pérdida.

Hannah estaba esperando en el porche cuando llegó Luke. Los demás estaban descansando dentro de la posada para la celebración de después, salvo Jeff, que había salido y había comprado una cuna que estaba intentando montar en aquel momento, para darle una sorpresa a Kelsey. Estaba tan feliz con la decisión de quedarse con la niña, que le había dicho que no podía esperar.

-Sé que es demasiado pronto, pero ya ves que montar muebles no es mi fuerte. Puedo tardar varios meses -dijo con una sonrisa.

Ella había tenido que salir de la habitación para no echarse a reír al ver sus dificultades para manejar el destornillador e interpretar las instrucciones. Por suerte, Luke llegaría pronto y le ayudaría a terminar. De lo contrario, seguramente la cuna se

desmantelaría la primera vez que pusieran al bebé dentro.

Al ver a Luke bajar del coche, a Hannah se le aceleró el corazón. Se olvidó de su irritación.

-Bienvenido -le dijo-. ¿Qué tal el viaje?

-Interesante -dijo él con una expresión de cautela, mientras subía los escalones. Se inclinó y le dio un beso-. ¿Qué tal las cosas por aquí?

-Interesantes -replicó ella-. Esta noche vamos a ir a The Fish Tale para celebrar una cosa.

-¿Qué cosa?

-Ya me han dado los resultados de las pruebas. Todavía estoy bien.

A Luke se le iluminó la mirada, y ella detectó una expresión de alivio, casi imperceptible, en su semblante.

-Eso sí que merece la pena celebrarlo. ¿A qué hora tenemos que salir?

-La abuela ha reservado para las siete.

-Perfecto. Así tengo tiempo de ducharme y cambiarme.

Sin embargo, Hannah le ordenó:

-Siéntate, Luke. Tenemos que hablar.

-Claro. ¿Qué ocurre?

-Como si no lo supieras. ¿Has podido ver a mi padre, o no?

-Sí -dijo él, sin vacilar-. Pero creo que deberíamos hablar de eso más tarde. Hay mucho que explicar, y creo que lo haré mejor con el estómago lleno.

Hannah lo pensó. A pesar de la impaciencia que sentía, tal vez lo mejor fuera esperar.

-Está bien. Pero, en cuanto volvamos a casa, hablamos.

-Por supuesto que sí. Bueno, voy a entrar a prepararme. No tardo nada.

-Luke, dime solo una cosa. ¿Está bien?

-Aparte de haberse quedado impresionado porque yo lo hubiese encontrado, sí, está bien.

-¿Y me ha echado de menos, aunque solo fuera un poco?

-Todos los días -le dijo Luke con vehemencia.

-¿De verdad?

-Eso fue lo que me dijo, y yo lo creí.

A ella se le cayó una lágrima por la mejilla.

-Gracias por decirme eso.

No era mucho, pero era más de lo que ella esperaba. Y, ciertamente, iba a servirle para poder pasar las dos horas que tenía por delante hasta que Luke pudiera contarle el resto de la historia.

Luke no perdió de vista a Hannah durante la cena de celebración. A pesar de los buenos resultados de las pruebas, estaba muy apagada, y él sabía que era por la situación con Clayton Dixon. Él todavía no sabía lo que había podido averiguar ella, pero, tal vez, Jeff le hubiera dicho algo o, tal vez, la abuela Jenny hubiera decidido contarle su versión después de tantos años. Luke se dio cuenta de que Jenny estaba tan alicaída como Hannah. Los únicos que no captaban aquello eran Jeff y Kelsey.

Cuando se excusaron, con la abuela Jenny, para ir a darle el regalo de su hijo recién nacido a Lesley Ann, Luke se giró hacia Hannah.

-¿Qué ha pasado entre Kelsey y Jeff?

-Han decidido quedarse con el bebé -le dijo ella, y sonrió-. Y es una niña.

-Estás contenta, ¿eh?

-¿Cómo no iba a estarlo? Kelsey es más feliz que nunca. Me gustaría ver un anillo de compromiso en su dedo, pero ya llegará.

-Creo que puedes estar segura de eso. Ya te dije que Jeff está decidido a que ocurra, y parece que conoce lo suficientemente bien a tu hija como para saber que no debe presionarla.

-A propósito, creo que vas a tener que ayudarle a montar una cuna que ha comprado para darle una sorpresa a Kelsey. Si no intervienes, no tiene ninguna posibilidad de conseguirlo.

-No hay problema. Me ofreceré mañana -dijo él, y la observó-. Creo que no debería sacarte de tu propia fiesta, pero me parece que, de todos modos, no te lo estás pasando muy bien, ¿no? ¿Quieres que demos un paseo para que podamos hablar?

Ella se puso de pie al instante.

-Creía que no me lo ibas a pedir nunca. Voy a despedirme de todo el mundo. Nos vemos fuera.

-Distráelos -dijo él-, y así puedo pagar la cuenta antes que la abuela Jenny.

Mientras él se ocupaba de eso, vio a Hannah haciéndole fiestas al niño de Lesley Ann. Después, se despidió de la abuela Jenny, de Jeff y de Kelsey, y volvió a su lado. Él le dio un beso en el ceño fruncido.

-Deja de preocuparte. Las noticias no son tan malas.

-Me imagino que eso depende de la perspectiva de cada uno. A ti no te abandonaron.

Fueron a la playa por Main Street, subieron por las dunas y bajaron hasta la arena.

-¿Cómo te has enterado tú de que tu padre vivía tan cerca? -le preguntó Luke a Hannah, por fin-. ¿Es que Jeff te lo contó?

-No, él ni siquiera sabía que le habías pedido que buscara a mi padre. Lo que pasó es que estaba limpiando el cuarto de mi madre y encontré unas cartas sin abrir de mi padre. Ella las tenía guardadas en un cajón de su cómoda. Todas tenían matasellos de sitios cercanos.

-¿Y tú no las habías visto nunca?

-No. Es obvio que mi madre me las escondió.

-Eso encaja con lo que me dijo tu padre: que había intentado mantenerse en contacto contigo.

-Pero ¿por qué no me llamó? ¿O es que llamó y nadie le dejó hablar conmigo?

-No, no te llamó.

Hannah suspiró.

-Supongo que quiero echarle la culpa a alguien por separarnos. Y ¿cómo te has enterado tú de todo esto? ¿Por qué fuiste a buscar a mi padre?

-Por algo que me comentó el doctor Langley. Le pedí a Jeff que intentara localizarlo.

-¿Y por qué no me lo habías dicho?

-Quería protegerte. Quería saber más antes de ponerte al corriente. Siento haberlo

hecho así. Sé que, con respecto a este asunto, todo el mundo te ha ocultado cosas y, ahora, yo soy uno de ellos.

-No, yo entiendo por qué lo has hecho. Cuéntame lo que has averiguado.

Luke le explicó lo que sabía acerca de lo que había ocurrido en el pasado y de las decisiones que habían tomado su padre y su madre.

-Él cree sinceramente que hizo lo mejor.

Hannah no estaba de acuerdo. Tenía los ojos brillantes de ira.

-¡Eso es absurdo! Nadie deja a una mujer y a una hija a las que dice que quiere tanto por no tener que hipotecar una casa. ¿Y qué clase de mujer pone al hombre al que supuestamente quiere en una situación como esa? ¿La has conocido?

-No. Tu padre dice que es una mujer dura que tuvo una vida difícil antes de que él la conociera. Creo que tiene problemas de depresión, y eso hizo que tu padre se preocupara por el hijo que iban a tener.

-Pero... ¿cómo es posible que mi padre quisiera a alguien tan malo como para amenazar con destruir a su familia? ¿Crees que la quiere?

-Todavía está con ella. Es lo único que sé.

-Pero... ¿por qué? No lo entiendo.

-Puede que fuera suficiente con perder a una familia, y no quisiera perder otra. Dice que ha tenido una vida decente. Puedes preguntárselo todo, si decides ir a verlo. Y no te olvides de que tu madre también tuvo su papel. Supongo que, al final, se hartó. Creo que fue ella la que tomó la decisión de separarse de él.

Hannah se quedó pensativa. Fueron caminando hasta el borde de la carretera y, entonces, ella se sentó en uno de los bancos que había bajo las palmeras. La brisa nocturna hacía sonar sus hojas.

-Todavía no puedo creer que tenga un hermanastro. ¿Cómo es?

-Parece un chico muy majo. No sabe nada de esto. De hecho, lo único que sabía de Seaview es que, al oír mencionarlo, su madre se disgusta.

-¿Y tiene hijos? ¿Tiene Kelsey algún primo?

-No lo sé. De eso no hablamos -dijo Luke, y se quedó mirándola-. ¿Has pensado en lo que vas a hacer?

-No sé. En parte, quiero ir allí y montar un escándalo. Incluso me gustaría tirarle de los pelos a esa mujer horrible.

Luke sonrió.

-Vaya, cuánto me alegro de que ya no haya ferry hasta mañana por la mañana.

-Sí, claro. Pero me vendría bien desahogarme -respondió ella, y suspiró-. Otra parte de mí quiere olvidarse de todo esto. Ahora ya no sé si es mejor dejar en paz a mi padre, que siga con su vida. Olvidarme de que tengo un hermanastro. ¿Qué crees tú que debería hacer?

-No sé, Hannah. Pero te voy a preguntar una cosa: ¿De verdad puedes hacerlo? ¿Puedes volver a cerrar la caja, ahora que la has destapado?

-No, yo tampoco lo sé. Me pregunto si habría venido a Seaview, y si me habría quedado tanto tiempo, de haber sabido lo que iba a pasar.

-Eh, no digas eso. Si no hubieras venido, no nos habríamos reencontrado. Y a mí no me habría gustado perderme todo esto.

Ella se apoyó en él, lo miró a los ojos y sonrió lentamente. Se sentía cómoda con el

desarrollo de aquella relación, aunque la asustara.

-Yo, tampoco. ¿Por qué no dejamos este tema por el momento y nos vamos a casa?

Él se levantó y le tendió la mano.

-Me parece una idea brillante. ¿Crees que podremos meternos a escondidas en mi habitación sin que nos pillen?

Hannah se puso de puntillas y lo besó en los labios.

-Eso espero. He echado de menos estar en tu cama, entre tus brazos.

Él sonrió.

-Me alegro de saber que he dado una impresión memorable.

-No te regodees. Es indecoroso.

Luke se echó a reír.

-¿Indecoroso? Solo he dicho algo objetivo, querida.

Hannah entrecerró los ojos.

-No he oído que dijeras que tú me has echado de menos a mí. ¿Es que yo no te he dado una impresión memorable?

-Sin duda alguna, tú eres la mujer más memorable con la que he estado -respondió él con solemnidad.

-¿Y con cuántas mujeres has estado? Solo te lo pregunto con el fin de aclarar el concepto, claro.

-Ah, no. No me vas a atrapar en esa trampa. Además, ¿por qué estamos aquí hablando de sexo, cuando podríamos estar en casa haciendo el amor?

Hannah se quedó pensando un momento.

-No se me ocurre ningún motivo. ¿Quieres echarme una carrera hasta la posada?

-Me lo dices porque todavía tengo la rodilla inútil.

-Te lo digo porque, de repente, tengo prisa por llegar. Además, tu rodilla va mejor cada día. No puedes utilizar eso como excusa cuando te gane.

Él la tomó de la mano y la hizo girar para mirarla a la cara.

-¿Te he dicho que te quiero por no dejarme que me libere de ninguna?

-Lo tendré en cuenta -respondió ella.

Entonces, él le guiñó un ojo y salió corriendo sin previo aviso.

Ella se quedó mirándolo.

-Eres un gusano tramposo -le gritó, y echó a correr tras él, aunque sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de alcanzarlo.

Claro, que eso no tenía importancia, porque también sabía que él iba a estar esperándola.

Capítulo 22

Hannah estaba sentada en la mesa de la cocina, pensando en lo que había averiguado sobre su padre y su nueva familia. ¿De veras quería involucrarse en aquel drama después de tanto tiempo? La niña que llevaba dentro y que todavía lloraba por su padre decía que sí. La persona adulta y madura que era estaba menos segura.

¿Quería todavía a su padre, y deseaba recuperar el contacto con él, o solo quería hacer que se sintiera culpable y que supiera todo el daño que le había hecho? ¿Deseaba una reconciliación, o una venganza? ¿Llegaría ella a comprender la decisión que había tomado, o el reencuentro solo serviría para que aumentara el rechazo que había sentido siempre hacia Seaview y la posada?

Estaba reflexionando sobre todo aquello cuando la abuela Jenny entró en la cocina. Se sirvió una taza de té y se sentó frente a Hannah.

-Pensaba que ibas a estar más contenta, ahora que Luke ha vuelto -comentó-. Anoche parecía que estabais muy intensos y, ahora, aquí estás tú, con pinta de no haber pegado ojo.

Hannah se ruborizó. No había dormido mucho la noche anterior, pero no podía explicárselo a su abuela.

-Tengo muchas cosas en la cabeza.

-¿Tiene algo que ver con tu padre? ¿Consiguió verlo Luke?

Hannah asintió.

-¿Por qué no me contasteis mamá y tú lo que sucedió entonces? Yo me merecía saberlo.

-Ya te lo he dicho -respondió su abuela con impaciencia-. Eras demasiado pequeña.

-Pero, después, podíais haberme contado que fue por un equivocado intento de proteger la posada para que siguiera en la familia. ¿Te referías a eso cuando me dijiste que él amaba este lugar?

-¿Es eso lo que ha dicho Clayton? Tonterías. La posada nunca corrió peligro. Esa mujer terrible no podía haberle puesto las manos encima, porque estaba a mi nombre, no a nombre de Clayton. Ella hizo amenazas, es cierto, pero eran amenazas vanas. Lo que realmente quería era dinero.

-Entonces, si la posada no corría peligro, ¿por qué él cedió? Luke dijo que ella sufría de depresión y que él tenía miedo por su hijo.

-Eso dijo en aquel momento y, en mi opinión, es el verdadero motivo por el que se marchó con ella. Estaba embarazada de un hijo suyo, y tu padre siempre tuvo una vena honorable que le empujaba a hacer lo más correcto.

-Pero... ¿era más correcto irse con ella que quedarse aquí con nosotras? Si ella tenía una enfermedad mental, podía haberle ganado la custodia en los tribunales.

Su abuela se quedó asombrada por un momento.

-Tu madre nunca habría soportado eso, y él lo sabía. Por eso se aferró al argumento

de la posada, para tener la excusa y poder marcharse con su fulana. Además, así pudo decirle a tu madre que no la dejaba a ella, sino que quería proteger nuestro patrimonio. Sé que no te va a gustar escuchar esto, pero tu padre, a pesar de su decencia y su bondad, y de que te adoraba, era un hombre débil. Y era tonto. Pensaba que podía marcharse de aquí y que todo el mundo iba a creer que lo estaba haciendo por el bien de los demás. No quería que la gente se volviera contra él. Creo que se quedó anonadado cuando tu madre le dijo que quería que desapareciera de su vida, y de la tuya, para siempre.

-¿Mamá le dijo eso?

La abuela Jenny asintió.

-Lo quería, pero ya se había hartado. Aquella no era su primera infidelidad, y no iba a ser la última. Yo me sentí orgullosa de ella aquel día, cuando le dijo que saliera por la puerta porque lo suyo había acabado, que no había vuelta atrás, que no iba a perdonarlo.

-No tenía ni idea -murmuró Hannah.

-No, claro que no. Ella no quería que lo supieras. No quería que lo odieras, quería que pudieras conservar los buenos recuerdos de él. Creo que pensó que, al separarte de él, estaba impidiendo que pudieras llegar a conocer todos sus defectos.

Hannah suspiró.

-Y, sabiendo todo esto, ¿qué crees que debo hacer?

Su abuela la miró comprensivamente.

-Eso tienes que decidirlo tú. Ya eres adulta, y puedes reencontrarte con tu padre conscientemente y establecer con él el tipo de relación que tú quieras. Y tienes un hermanastro. Si yo fuera tú, querría conocerlo, por lo menos.

-Sí, yo también quiero -dijo Hannah-. Después de todo, él es tan víctima de esta situación como yo. Luke me dijo que pensaba que él tampoco sabía nada.

-Entonces, ¿vas a ir a verlos? ¿O los vas a invitar a que vengan aquí?

-Creo que sería mejor que nos viéramos en un terreno neutral. Quizá en un restaurante de la costa.

-¿En público?

Hannah se encogió de hombros.

-No creo que haya una reunión dramática, llena de lágrimas y gritos.

-¿Estás segura?

Hannah negó con la cabeza. En realidad, no estaba segura de nada con respecto a su padre, ni siquiera de si él se había ganado el respeto inherente a aquel título.

Luke llamó al doctor Langley a primera hora de la mañana.

-Cuando tengas tiempo, ya estoy listo para que nos sentemos a redactar el acuerdo -le dijo.

-¿Nos vemos para comer en The Fish Tale? Yo invito.

-¿Te viene bien a las doce?

-A las doce y media. Nunca consigo que los pacientes de la mañana salgan a tiempo.

-Muy bien, nos vemos a las doce y media. Gracias, Doc.

Colgó el teléfono cuando Hannah salía al porche. Ella lo observó con desconcierto.

-¿Por qué estabas hablando con el doctor Langley?
-Estaba quedando con él para tener una reunión. Vamos a finalizar el plan para que yo trabaje con él en la clínica.
-¿De verdad?
-¿Te sorprende? Si llevo una temporada hablando de ello.
Hannah se encogió de hombros.
-Supongo que pensaba que ibas a entrar en razón. Después de vivir en Atlanta, ¿cómo vas a ser feliz aquí?
-Yo creo que la pregunta es si alguna vez conseguí ser feliz en Atlanta.
Ella frunció el ceño.
-Vamos, Luke. Estabas casado, tenías dos hijos maravillosos y una consulta médica boyante en una ciudad importante. ¿Cómo no ibas a ser feliz?
-Creo que es evidente que mi matrimonio no era sólido ni satisfactorio para ninguno de los dos. Y, aunque mi consulta sí marchaba muy bien, yo no era realmente feliz. Estaba siempre tan ocupado con el trabajo que apenas tenía tiempo para estar con mis hijos. Ahora siento que por fin voy a poder disfrutar con ellos, aunque estemos separados algo de tiempo.
-La mayoría del tiempo.
-Nada comparable a estar separados a pesar de vivir bajo el mismo techo. Este es un nuevo comienzo para mí, Hannah. Por fin voy a tener un equilibrio de verdad en la vida. Este ritmo más pausado me lo permitirá. Podré estar con mis hijos de verdad, ejercer la medicina para ayudar a la gente de verdad y, además, tendré tiempo para dedicárselo a mi matrimonio.
-¿Se lo has dicho a Lisa? -preguntó ella con irritación.
-No estoy interesado en casarme con ella.
Hannah lo miró cautelosamente.
-¿Qué estás sugiriendo?
-Nada en concreto, en este momento. Solo estoy dejando una semilla, algo que podríamos empezar a pensar.
-¿Nosotros?
Él se echó a reír al ver su expresión de asombro.
-Sí, sí. Tú y yo.
-Luke, yo no puedo vivir aquí -protestó ella.
-¿No puedes, o no estás dispuesta?
-No quiero -dijo Hannah-. Aquí no hay nada para mí, salvo años de resentimiento y amargura. Unas cuantas semanas no pueden borrar todos los malos recuerdos.
-¡Vamos, Hannah! ¿Y tu abuela? Ella está aquí. Kelsey y Jeff se van a quedar aquí. Vas a tener una nieta. Y, por supuesto, yo estoy aquí. Creo que también soy una ventaja, ¿o lo he entendido todo mal?
-No, por supuesto que no. Tú me importas. Mucho.
-Ya. Pero hay algo que... ¿Me estás diciendo que no soy lo suficientemente importante como para que ni siquiera te plantees volver a Seaview?
-No es eso. Tú eres muy importante. Las últimas semanas han sido fantásticas. Hace años que no me sentía así. Para ser sincera, creo que nunca me había sentido así.
-¿Cómo?

-Querida. Deseada. Valorada.

-Todo eso es cierto. Y creo que tú sientes lo mismo por mí.

-Sí. Pero no puedo.

-¿Por qué no? -preguntó él. No lo entendía. Hannah estaba empeñada en boicotear la idea del matrimonio, pero, hasta el momento, no había dicho nada que tuviera sentido.

Ella lo miró con impaciencia.

-Tengo cáncer, Luke. Y tengo que concentrarme en luchar contra la enfermedad.

-¿Y eso significa que no puedes tener una relación? -le preguntó él en tono de incredulidad-. ¿No quieres estar con alguien que luche a tu lado? Tú vas a ganar esta guerra, Hannah. Yo estoy seguro.

-No lo sabes. Podría morir, Luke. Todos los días lo pienso.

-Y yo también podría morir. Nadie tiene la garantía de vivir para siempre antes de casarse o de empezar una relación con alguien. ¿Cómo podemos saber si tenemos meses o años para estar juntos? No es posible. Lo mejor es vivir la vida con intensidad, y no dejar de hacerlo porque tal vez el futuro no sea demasiado duradero. Vamos, Hannah, si la gente se preocupara de cuál es su futuro, nunca harían nada ni se enamorarían de nadie.

Luke se dio cuenta de que ella quería creerlo, pero aún no podía hacerlo. Se acercó a ella y la besó apasionadamente.

-Quiero todo eso -le dijo-. Quiero el día de hoy, el mañana, y los días que nos queden. Piénsalo, ¿de acuerdo? Es lo único que te pido.

Ella lo miró embobada, y asintió. Le acarició los labios con un dedo, y dijo:

-Está bien.

Luke le guiñó un ojo.

-Nos vemos después. Voy a ver al doctor Langley.

Tal vez, después de haber resuelto esa parte de su futuro, se marchara a la costa a visitar una buena joyería y ver si podía encontrar un anillo con el que sellar la otra parte de su vida. Tal vez, si tuviera algo concreto que mostrarle a Hannah, alguna prueba de que sus intenciones eran serias, ella encontraría la forma de superar sus miedos y darles a los dos una oportunidad.

-Ven conmigo -le dijo Jeff a Kelsey.

La tomó de la mano y la alejó del escritorio de su despacho, donde ella estaba anotando las nuevas reservas.

-Eh, estoy haciendo una cosa -protestó Kelsey-. ¿Sabes que estamos llenos hasta finales de abril? ¡Es increíble! Y también están llegando reservas para mayo y junio.

-Estupendo -dijo Jeff con entusiasmo-. Pero tengo que enseñarte una cosa que es más importante que eso. Deja de protestar y ven. Solo serán cinco minutos, o algo más, si decides recompensarme.

-¿Recompensarte?

Jeff sonrió.

-Es que la sorpresa es muy buena -le aseguró él, mientras subían las escaleras.

Cuando llegaron a su habitación, él pasó de largo y se detuvo en la puerta de al lado.

-Cierra los ojos, por favor.

Ella obedeció.

Oyó que él abría la puerta, y notó que tiraba de ella al interior del cuarto.

-Ya puedes abrir los ojos -le dijo Jeff con entusiasmo.

-Oh, Dios mío -susurró Kelsey, y giró sobre sí misma para poder verlo todo-. Es una habitación para el bebé. ¿Cuándo has tenido tiempo de hacer esto?

-Mientras tú dormías, o cuando te ibas a la costa a hacer las compras. ¿De verdad te gusta?

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

-Pues claro que me gusta. Me encanta.

Jeff había pintado las paredes de rosa claro y había puesto una cenefa de patitos y flores en la parte superior. La cuna era blanca y, sobre ella, había un móvil de patos. El edredón iba a juego con la cenefa de las paredes y las sábanas eran de color rosa, como las paredes. Había un cambiador y una cómoda, y una lamparita. Incluso había un baúl para guardar los juguetes, y varios patitos de peluche en la cuna. En un rincón, Jeff había colocado una mecedora y había dejado una manta a rayas rosas y blancas en el reposabrazos.

-Espero no haberme pasado con los patos -dijo Jeff con preocupación-. Te fijaste en la cenefa un día que fuimos a la costa y, después, fui por ella.

-Es perfecto -le aseguró ella.

-¿No te desilusiona no haber podido elegir las cosas tú misma? Lo he hecho porque, como tienes tanto trabajo, quería quitarte una tarea.

Ella lo besó con fuerza.

-Es exactamente lo que habría hecho yo, y el hecho de que hayas querido hacerlo por nosotros, por mí y por la niña, es lo más dulce y considerado que nunca haya hecho nadie por mí.

-Luke me ayudó a montar los muebles -dijo Jeff-. Se ofreció él, pero creo que tu madre tenía miedo de que todo se desmontara a la hora de la verdad si lo hacía yo solo. Y, seguramente, tenía razón, porque las instrucciones eran incomprensibles.

Kelsey se echó a reír.

-Pues ha quedado claro que formáis un buen equipo. ¿Lo han visto mi madre o la bisabuela? Supongo que sabían lo que estabas haciendo.

-Pues claro, pero no han visto nada desde que está terminado. Quería que tú fueras la primera. Y hay una cosa más.

-¿El qué?

-Está en el baúl de los juguetes.

Kelsey atravesó la habitación y abrió el baúl. La tapa estaba tapizada y podía utilizarse como asiento junto a la ventana. Al ver un pequeño estuche en el interior, se le aceleró el corazón.

-Jeff... eso no es un juguete de bebé.

-Bueno, la habitación es para la niña, sí, pero pensé que su madre también se merecía algo especial, así que eso es para ti -le dijo él y la tomó de la mano-. Si es que estás lista para aceptarlo.

Ella tomó la cajita con las manos temblorosas. No sabía que iba a ponerse tan nerviosa cuando, por fin, llegara aquel momento.

-Si es que estás lista para aceptarlo -dijo Jeff.

-No sé si voy a poder abrirlo. Me tiemblan las manos.

-¿Te ayudo?

Kelsey hizo un gesto negativo. Quería saborear aquel momento. Sabía que, cuando abriera aquella cajita, su vida iba a cambiar para siempre. Aunque había tomado la decisión hacía tiempo, e incluso deseaba que llegara aquel momento, tuvo que luchar con una última sensación de incertidumbre.

Entonces, miró la habitación y miró a Jeff a los ojos, que estaban llenos de esperanza, y supo que era inevitable casarse con él, y que el momento de hacerlo era irrelevante. Le entregó la cajita.

-Ábrela tú.

Él abrió la tapa y le mostró un anillo con un solitario. Cuando ella alargó la mano, él se la tomó y se puso de rodillas.

-¿Quieres casarte conmigo, Kelsey? Lo que más deseo en este mundo es pasar la vida contigo y con nuestra hija, y con otros hijos que puedan llegar. Esa vida puede estar aquí, en Seaview, o en cualquier lugar, porque mi casa siempre estará donde estés tú.

La sinceridad de sus palabras y el amor que brillaba en sus ojos acabó de borrar las dudas. Kelsey se arrodilló a su lado y le tomó la cara entre las manos.

-Espero que sepas lo mucho que te quiero, Jeff Hampton. Nunca fue esa la cuestión. Te dije que no solo porque no sabía quién era ni lo que quería, y necesitaba estar segura de ello antes de saber si podíamos tener una vida en común. Me he encontrado a mí misma aquí, y creo que he conocido otra faceta tuya. Ahora estoy completamente segura de que somos el uno para el otro.

-Ayúdame a entenderlo -le pidió él-. ¿Eso es un sí?

Ella lo besó.

-Por supuesto que es un sí.

Jeff le puso el anillo en el dedo.

-Qué bien te queda.

-Va a quedarse ahí para siempre -le prometió ella-. Vamos a contárselo a mi madre y a la bisabuela. Se van a sentir muy aliviadas al saber que vamos a casarnos antes de que nazca el bebé.

-¿Crees que podremos organizar la boda de tus sueños en tan pocos meses?

-Con ayuda de mi madre y mi bisabuela, no habrá problema. Somos las mujeres Matthews.

Después de estar en Seaview con su madre y su bisabuela durante todas aquellas semanas, había llegado a comprender lo increíble que era aquello.

No había nada que no pudieran conseguir. Solo faltaba que su madre lo creyera también.

Hannah estaba desbordada con los preparativos de la boda. Kelsey había pedido lo imposible, una boda por todo lo alto a primeros de junio, y ya solo faltaban semanas para esa fecha.

-Después de junio voy a estar muy gorda -le dijo a Hannah-. ¿Crees que papá vendrá a acompañarme al altar?

Hannah titubeó. Después, sonrió forzosamente.

-Si tú quieres que venga, vendrá.

-¿Y es posible hacer todo esto tan rápido?

-Claro que sí -le había asegurado Hannah.

-Sabía que no me ibas a fallar. Aunque eso significa que vas a tener que quedarte más tiempo. No se puede organizar una boda en Seaview desde Nueva York.

-Yo sí podría -replicó Hannah, aunque no con mucho convencimiento. Quería compartir todas aquellas emociones con la abuela Jenny y con su hija. La abuela ya estaba consiguiendo ayuda de todos sus conocidos de la iglesia para asegurarse de que estuviera llena de flores y decorada a la manera de una fotografía que Kelsey había sacado de una revista.

-A Dave le va a dar un soponcio cuando se lo digas -dijo Kelsey-. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

-Hace bastante -dijo Hannah-. Tenemos un trato. Sabe que lo voy a llamar cuando pueda volver a trabajar.

-¿Y le parece bien? -preguntó Kelsey con incredulidad.

-No es que se quedara eufórico, pero le dije que no había otro remedio.

-¿Y te está reservando el puesto de trabajo?

-Sí -dijo Hannah-. Probablemente.

Kelsey la miró con consternación.

-¿Probablemente? ¿Eso significa que puede que te sustituya? Entonces, ¿qué vas a hacer? Mamá, no te quedes aquí si tienes que estar en Nueva York. Aquí nos las arreglaremos y, entre el fax y el correo electrónico, participarás en todo.

-No sería lo mismo -dijo Hannah-. Mi única hija solo se va a casar una vez, y quiero compartirlo todo.

Así pues, allí estaba, en Seaview, después de pasar allí muchos más meses de los que se imaginaba cuando había llegado, en enero. Trataba de convencerse a sí misma de que no lo odiaba solo porque allí estaba Luke, y porque le entusiasmaba organizar la boda, pero si tenía que ser sincera, también le gustaba el ritmo relajado de los días, por no decir nada de la pasión que Luke había incorporado a las noches.

Sin embargo, la semana anterior, él había anunciado que iba a empezar a buscar su propia casa. Ella ya se había acostumbrado a tenerlo en la posada, y le había animado a que se quedara allí.

-Estoy ocupando una habitación que podríais alquilar por mucho dinero -le recordó él-. Esta casa es un negocio. Además, los niños van a venir durante el verano, y no puedo pedirles a Kelsey y a tu abuela que los tengan aquí.

-Sabes que a ellas no les importaría -le dijo Hannah, pero sabía que era una batalla perdida.

Luke había quedado aquella tarde con una agente inmobiliaria, y ella estaba molesta, aunque no supiera exactamente por qué. Tal vez fuera porque él seguía con su vida, mientras ella estaba en una especie de limbo que se había impuesto a sí misma. Ni estaba preparada para retomar su vida en Nueva York, ni estaba preparada para comenzar una nueva vida allí.

-Eh, hola. ¿Estás muy ocupada? -le preguntó Luke desde la puerta del despacho.

-No tanto como para no poder verte -le dijo ella, sonriéndole-. Creía que ibas a ir a

mirar casas.

-Sí, y he pensado que a lo mejor te apetecía acompañarme.

-¿Por qué?

Él sonrió.

-Porque valoro tu opinión. Y porque quiero encontrar un sitio que quieras compartir.

Aquellas palabras la llenaron de calidez, pero trató de reprimir aquella emoción. Las cosas no habían cambiado. Aún existía la amenaza de que el cáncer se reprodujera, y solo faltaban unas semanas para su próxima revisión; era la semana siguiente a la boda de Kelsey, y no se le quitaba de la cabeza.

-Vamos, Hannah. Ven conmigo -le dijo él-. Será divertido, y puedes salvarme de que compre la primera casa que me enseñe la agente.

-Está bien, pero solo para salvarte.

-Gracias -dijo él, solemnemente, aunque tenía los ojos brillantes por haber ganado-. ¿Has comido? ¿Quieres que tomemos algo de camino?

-No tengo demasiada hambre, pero, si tú quieres, podemos hacer una parada.

Él la observó con el ceño fruncido.

-Tu abuela me ha dicho que no has desayunado. ¿Te encuentras bien?

-Sí. Bueno, un poco revuelta -admitió Hannah-. Será una gripe, o algo así. O el pescado que cenamos ayer.

-¿Quieres que cancele la cita y vayamos a la clínica para examinarte?

-No seas tonto. Eres médico. Si me pongo mala, ¿con quién podría estar mejor que contigo? -le preguntó, tratando de que su tono de voz fuera ligero-. Venga, vamos a encontrar la casa perfecta.

-Está bien -dijo él de mala gana-. Pero, si mañana no te encuentras mejor, vamos a ir a la consulta.

-De acuerdo, lo que quieras.

Él la miró irónicamente.

-Te pareces a Gracie cuando es condescendiente conmigo.

Hannah se echó a reír.

-O a Kelsey cuando es condescendiente conmigo. Gracias por hacérmelo notar. ¿Quieres que lo diga de otro modo?

-No, solo que vayas a la consulta a primera hora de la mañana si no te encuentras bien.

-Gracias por preocuparte por mí -dijo Hannah con sinceridad.

-Es parte del trato -dijo él-. Amar, honrar, adorar y preocuparse.

-Luke -protestó ella.

-Te voy a recordar a menudo lo que siento, Hannah -dijo él-. A lo mejor algún día de estos terminas por creerme.

-Te creo -dijo ella.

¿Por qué no comprendía Luke que esa no era la cuestión? Lo que se interponía entre ellos era el cáncer, y eso no podía cambiar. Aunque las revisiones pasaran a ser anuales, siempre existiría la posibilidad de una recaída, y ella sabía por experiencia cómo podía ser eso para sus seres queridos. No iba a hacerles eso a Luke y a sus hijos, no estaba dispuesta. Y, algún día, él iba a comprenderlo.

Luke la tomó de la barbilla e hizo que lo mirara a los ojos.

-Si me crees, también deberías saber que si sucede lo peor, de todos modos sufriría por ti. Lo único que habrías conseguido es privarnos de toda la felicidad que podríamos sentir. Prométeme que vas a pensarlo, Hannah.

Lo único que pudo hacer ella fue asentir.

Capítulo 23

A Luke no le había gustado el aspecto que tenía Hannah. Mientras estaban visitando las casas, no dejaba de mirarla a ella, prestándole más atención que a lo que les rodeaba. No tenía buen color y estaba temblorosa. Aunque lo cierto era que no había comido nada en todo el día.

-Luke, ¿has visto lo grande que es el jardín trasero? -preguntó Hannah, sacándolo de su ensimismamiento-. Además, da directamente a la ensenada y tiene embarcadero. Podrías tener un barquito. A los niños les encantaría.

-Y, seguramente, la casa se inundaría cada vez que hubiera tormenta, por no hablar de los huracanes -dijo él, sin mirar ni siquiera el jardín-. Ya he visto suficiente por hoy. Vamos.

-Pero... si todavía quedan tres más -dijo Sallie Bryce.

-Otro día -dijo él con firmeza-. Hannah y yo tenemos que ir a un sitio.

Hannah lo miró con desconcierto.

-¿Sí?

-Sí -dijo él, y salió de la casa hacia el coche-. Hablamos mañana, Sallie.

-Muy bien -respondió la agente inmobiliaria con una simpatía forzada.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Hannah a Luke, con el ceño fruncido-. ¿Por qué te han entrado tantas prisas?

-Porque tengo hambre y quiero comer. No debería haberme saltado la comida. ¿Y tú? ¿Todavía no tienes hambre?

-No, en realidad, no.

-Bueno, pues come un poco de sopa de pescado, o lo que quieras -dijo él conduciendo hacia The Fish Tale.

Si con eso no recuperaba el color, se la iba a llevar directamente a la clínica. No sabía lo que le ocurría, pero iba a llegar al fondo de la cuestión. Que él supiera, podría estar embarazada e intentar ocultárselo. Sin embargo, algo le decía que aquello tenía más que ver con que estaba enferma de preocupación por el cáncer, y era eso lo que trataba de ocultar.

Cuando llegaron al restaurante, antes de que Hannah pudiera ponerse a discutir, él pidió la comida a Jack y se la llevó hacia un reservado.

-Esta tarde estás muy autoritario -comentó Hannah.

-Falta de comida.

-Bueno, así aprenderé a tenerte bien alimentado. No sabía que el hambre te ponía de tan mal humor y tan autocrático.

Le dio un sorbito al té helado que él le había pedido y tomó un pedacito de pan. Se puso a masticar con una expresión pensativa, y le preguntó:

-Bueno, y ¿qué te han parecido las casas que hemos visto?

-Nada que me haya parecido del otro mundo. ¿Y a ti?

-A mí me ha gustado la última -dijo ella-. En realidad, cualquier vivienda de Seaview está en peligro cuando hay un huracán, pero esta es lo suficientemente sólida como para haber soportado unas cuantas tormentas todos estos años. Las vistas y el jardín son increíbles. La cocina y el baño principal están reformados. Podrías mudarte tal y como está -añadió. Se sacó una hoja de papel del bolso y comenzó a tomar notas-. Tendrías que pintar, eso sí. Y arreglar las mosquiteras del porche trasero.

Para alivio de Luke, mientras hablaba, sus mejillas recobraron el color. Cuando Jack le puso delante el plato de sopa, comenzó a comer casi sin darse cuenta y siguió enumerando con entusiasmo todos los puntos fuertes de la casa, y haciendo una anotación cada vez que encontraba un defecto.

-¿Tanto te ha gustado? -le preguntó él, por fin-. Yo no me he fijado ni en la mitad de esas cosas.

-Para eso me has llevado a mí -replicó ella-. ¡Hombres! ¿Qué haríais sin nosotras?

-¿Vivir en una guarida? -preguntó él y no del todo en broma.

-¿En una guarida? -repitió Hannah-. Pues sí, probablemente -dijo, mientras se guardaba la hoja en el bolso-. Voy a pasar esto a máquina y te lo daré. Después, deberías volver a ver esa casa, pero prestando atención. Estos problemas te servirán para dar argumentos sólidos para negociar el precio si haces una oferta.

-Sí, señora -dijo él. Estaba aliviado, porque ella había recuperado el ánimo-. Y, ya que es obvio que estás más animada que antes, ¿te importaría que te hiciera una pregunta?

-¿El qué?

-¿Has pensado si vas a ir a ver a tu padre? Cada vez que te lo menciono, cambias de tema. No sé lo que sientes en este momento.

-Yo tampoco -reconoció ella-. Lo he estado evitando. La organización de la boda me ha dado la excusa perfecta para no pensar en él.

-Sí, una boda puede ser la manera perfecta de curar las viejas heridas.

-No -dijo ella con ferocidad-. No voy a mezclar ese drama con la boda de Kelsey. Correría el riesgo de estropeársela.

-Tranquila. No estaba sugiriendo que veas a tu padre por primera vez el día de la boda de tu hija. Pensaba que podíais reuniros antes y tratar de solucionar algunas cosas. Así, en la boda habría incluso algo más que celebrar: que tu padre pudiera ver a su nieta caminando hacia el altar.

-No sé... Podría ser un desastre.

-Si hablas con él antes y las cosas van mal, es obvio que no tienes que invitarlo.

-Entonces, tú crees que debería verlo, ¿no? E invitarlo a la boda.

-Creo que, mientras estés aquí, debes aprovechar la ventaja de que está cerca y, sí, por lo menos, reunirte con él una vez.

-Pero ¿por qué?

-Porque no creo que vayas a ser feliz por completo hasta que hayas superado el pasado -le dijo él-. No digo que tengas que lanzarte de cabeza e incluirlo en tu vida desde el principio, pero sí verlo para curar algunas viejas heridas. Si no, por lo menos podrás aceptar que las cosas no han salido bien y descansar. Pero eso solo puede suceder si te reúnes y hablas con él.

-¿Crees que es posible? ¿Puedes decir que tú has hecho eso con Lisa y con Brad?

-Lisa y yo cada vez estamos más cerca de esa situación. Cada visita ha sido un poco más fácil. Brad es otra historia, pero me imagino que, al final, conseguiré soportarlo. Ya no seremos amigos nunca más, pero espero que podamos mantener la cortesía en el trato.

-De acuerdo.

-¿De acuerdo, qué?

-Que sí. Llama a mi padre. Quiero que tú lo planees, y que me acompañes. En cuanto a lo de invitarlo a la boda, ya veremos cómo va el reencuentro. Todavía estoy intentando asimilar que Kelsey quiera que venga su padre. Puede que tener que verlos a los dos sea demasiado para mí.

-Es comprensible -dijo él-. ¿Seguro que quieres que prepare un encuentro con tu padre?

Ella asintió.

-Está bien. ¿Cuándo?

-Pronto, antes de que cambie de opinión. Mañana tengo que ir a la costa para hablar con los del catering de la boda. La cita es a las diez. Podemos verlo después.

-¿Y tu hermanastro?

-Vamos paso a paso, ¿no?

-El primero siempre es el que más cuesta. Pero yo estaré a tu lado.

Al día siguiente, y siempre, si ella se lo permitía.

Hannah había disentido con el encargado del catering casi por todo. Sin embargo, sabía que la sequedad de las palabras que salían de sus labios no tenía nada que ver con el menú, sino con el hecho de que iba a comer con su padre. A cada minuto que pasaba se arrepentía más y más de haber accedido. Ya tenía suficiente con la organización de la boda y las demás decisiones que debía tomar en un futuro. Además, últimamente no se sentía del todo bien, y no sabía por qué. Seguramente, era el estrés de la boda y de la revisión que tendría que hacerse una semana después.

-¿Cómo reaccionó mi padre cuando le sugeriste esto? -le preguntó a Luke, mientras retorció el pañuelo que se había puesto en la cabeza para ir en el ferry.

-Se puso tan nervioso como tú -dijo Luke-. Pero también parecía que tenía muchísimas ganas de verte.

-Seguramente, no vendrá -dijo Hannah-. Yo no lo haría, si fuera él.

-Claro que va a venir -respondió Luke, y entró en el aparcamiento del restaurante en el que habían quedado-. De hecho, allí está, esperando en la puerta.

Hannah se giró rápidamente y lo vio. Estaba igual, aunque más viejo, pero muy parecido al hombre a quien ella recordaba. Se le subió el corazón a la garganta, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Ha venido -susurró sin poder creerlo.

-Vamos, sal y ve a saludarlo. Ya aparco yo -le sugirió Luke-. Así tendréis unos minutos para estar a solas.

Hannah titubeó.

-No, casi creo que deberías estar ahí para presentarnos -dijo con una sonrisa temblorosa-. Soy tonta, ¿eh?

-No. Es comprensible. Vamos, ve. Ya nos ha visto.

Hannah salió lentamente del coche. Dio un paso en dirección a su padre, pero, de repente, echó a correr hacia él.

-Papá -susurró, y se arrojó a sus brazos como había hecho tantas veces cuando era pequeña.

Él la abrazó con todas sus fuerzas, sollozando.

-Oh, Hannah Banana, no creía que iba a vivir para ver este día -le dijo con la voz quebrada.

-Yo tampoco.

-Me alegro de que hayas venido. Pensaba que ibas a cambiar de opinión.

-Yo también.

Él dio un paso atrás.

-Déjame que te vea -dijo-. Eres igual que tu madre, Hannah. Tan guapa como era ella.

-No, no es verdad.

Su padre sonrió.

-Seguro que Luke está de acuerdo conmigo, ¿verdad? -le preguntó cuando Luke se acercaba a ellos.

-Pues sí -dijo Luke-. ¿Entramos?

-Al hacer la reserva he pedido una mesa en un rincón tranquilo -dijo su padre. Observó a Hannah, como si no creyera que aquello fuera real-. Y tengo esperando a Clay, por si cambias de opinión y quieres conocerlo hoy. Si quieres, puede reunirse con nosotros a los postres. Está deseando conocerte.

-Yo también quiero conocerlo -dijo Hannah. Se sentía abrumada de lo rápidamente que iban las cosas-. Pero... dame unos minutos para decidirme, ¿de acuerdo? Esto es muy rápido. Tengo muchas cosas que asimilar.

-Por supuesto.

Cuando estuvieron sentados en una mesa apartada, le dijo a Luke que pidiera algo para ella y se giró hacia su padre. Él tenía arrugas, pero todavía tenía los mismos ojos que recordaba, llenos de calidez y buen humor. Se le había puesto el pelo gris, pero lo llevaba con un buen corte. A pesar de los años que llevaban separados, habría podido reconocerlo en cualquier lugar. Seguía siendo el hombre al que había querido con todo su corazón.

Pero todavía estaba enfadada con él.

Y él, como si lo notara, tenía una expresión triste. La miró con fijeza.

-¿Por dónde empiezo?

-Solo dime por qué sucedió -le dijo ella-. ¿Por qué los elegiste a ellos antes que a nosotras?

-No hay respuesta para eso -admitió él-. Supongo que pensé que ellos me necesitaban más. Tu madre era una mujer muy fuerte, y las dos estabais rodeadas de gente que os quería. Lucy, que es como se llama ella, no tenía nada de eso -explicó, y miró a Luke-. Me imagino que Luke te habrá contado que ella tenía problemas mentales, y a mí me preocupaba que no pudiera cuidar bien de él. En ese sentido, no tenía ni la más mínima preocupación por ti, con tu madre y tus abuelos. Sabía que estabas en las mejores manos posibles.

Hannah estuvo a punto de preguntarle por qué había sido infiel a su madre y por qué había dejado embarazada a otra mujer, pero esa ofensa no había sido cometida contra ella. Era algo entre su padre y su madre. Además, ya no importaba. Era algo que pertenecía al pasado.

-¿Te has arrepentido alguna vez? ¿Me echabas de menos? ¿Y echabas de menos a mamá?

-Por supuesto, pero la vida continúa, Hannah. Tú ya tienes edad para saberlo. No puedes dejar que el pasado sea un lastre. Si lo haces, estás destruyendo tu presente y tu futuro y, ¿qué tiene eso de bueno?

-Mamá murió -dijo ella-. ¿Lo sabías?

Él asintió.

-Salió en el periódico. Estuve a punto de llamar a tu abuela, pero pensé que no era el mejor momento. En realidad, no estaba seguro de que hubiera un buen momento.

-Tengo una hija -le dijo ella, y sacó una fotografía de Kelsey del bolso para enseñársela-. Se va a casar muy pronto.

Él la miró con detenimiento, y se le empañaron los ojos.

-Es como mirar tu fotografía a esa edad. Debías de ser así. Es preciosa. Siento muchísimo haberme perdido todos esos años contigo.

-Está ayudando a la abuela a llevar la posada -dijo Hannah, sorprendiéndose de lo muy orgullosa que se sentía-. Y va a tener un hijo. Pronto serás bisabuelo.

-Oh, Dios... no puedo ser tan mayor.

-Yo todavía me estoy acostumbrando a la idea de que alguien me llame «abuela» -dijo Hannah.

Él hizo un gesto para devolverle la fotografía, pero Hannah no la tomó.

-Si quieres, quédatela.

-Claro que quiero.

Entonces, Hannah miró a Luke con una pregunta en los ojos. Sabía que él entendía lo que estaba pensando.

-¿Crees que...?

-Es cosa tuya -murmuró él.

Había dudado si debía invitar a su padre a la boda, pero ya no se le ocurría ningún motivo en contra. Con su presencia no se iba a montar ninguna escena. Sabía que la abuela Jenny sería muy educada, fueran cuales fueran sus sentimientos. Si existía el peligro de alguna escena, sería la que estallara entre su exmarido y ella.

-Papá -dijo. Tomó aire y le preguntó-: ¿Querías venir a la boda?

Él se quedó asombrado con la invitación.

-Pues claro que me encantaría ir, pero... ¿quieres que vaya solo?

Hannah se quedó pensativa. Teniendo en cuenta lo que sabía de la mujer de su padre y de las amenazas que lo habían apartado de ella, respondió:

-No puedo permitir que alguien estropee la boda de Kelsey -dijo.

Él asintió.

-Entiendo lo que quieres decir. Lo pensaré, ¿de acuerdo? Creo que ha pasado mucho tiempo y que las cosas podrían ir bien, pero no me voy a arriesgar a que Lucy lo eche todo a perder. Te lo prometo.

-¿Y Clay? Si decides venir, tráelo con su mujer. Me parece que hoy no voy a poder

conocerlo. Necesito irme a casa y pensar en todo esto -dijo. Se volvió hacia Luke-. Tenemos que irnos. El ferry sale enseguida.

Su padre se quedó decepcionado, pero la reunión había sido abrumadora para ella. No podía pasar ni un minuto más allí. Había ido bien, mejor de lo que ella esperaba, pero tenía las emociones a flor de piel y había puesto a prueba los límites de su propia madurez.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla a su padre.

-Hablamos pronto, ¿de acuerdo? Te llamaré.

Él asintió.

-Te quiero, Hannah Banana.

-Te quiero -dijo ella, y salió apresuradamente del restaurante.

Luke la alcanzó en el aparcamiento y la abrazó.

-¿Estás bien?

Ella asintió contra su pecho.

-¿Te alegras de haber venido?

Ella asintió de nuevo.

-Va a salir bien, ya lo verás. Vosotros dos vais a construir una relación nueva. Sé que es lo que él quiere.

-Yo también.

-Entonces, lo conseguirás.

-No debería haber salido corriendo ni dejarlo ahí plantado, pero no podía estar allí ni un minuto más.

-Lo entiende.

-¿Está bien?

-Un poco alterado, como tú. Le dije que llamara a Clay para que viniera a buscarlo. Así tendrá tiempo para asimilar lo que ha pasado. Hablarán sobre lo que deben decirle a Lucy y cómo abordar el tema de la boda.

-Gracias por organizar esto y por estar ahí.

-No hay otro sitio en el que quisiera estar.

Hannah lo miró a los ojos. Sabía que hablaba con sinceridad. Ojalá pudiera ella encontrar la forma de entregarse a su amor incondicional y al futuro que le estaba ofreciendo Luke.

Las semanas anteriores a la boda fueron vertiginosas, y eso, añadido al estrés de recuperar la relación con su padre, tenía a Hannah muy tensa de la mañana a la noche.

-Estás agotada -le dijo Sue cuando la llamó.

-Tengo mucho que hacer, y muy poco tiempo -le explicó Hannah-. Vas a venir a la boda, ¿no?

-Claro que sí -le dijo Sue-. Hasta ahora, el médico no me ha dicho que no pueda volar a causa del embarazo.

-Bueno, si te dice algo, no vengas, claro. No quiero que corras ningún riesgo.

-No, eso no lo haría -dijo Sue-. ¿Cómo van las cosas entre Luke y tú?

-Se ha comprado una casa -le dijo Hannah, y le explicó cómo era.

-Vaya, parece hecha a medida para una familia -comentó Sue con astucia.

-Sí, a sus hijos les va a encantar -respondió Hannah, sin darse por enterada.

-¿Y a ti? ¿Te encanta también?

-Es una casa estupenda. Tuve buenas vibraciones nada más entrar. Tiene muchas ventanas y muchísima luz, y las vistas son preciosas.

-Pues parece el lugar perfecto para alguien que quiere escribir cuentos para niños -sugirió Sue.

-¿Es que no puedes descansar un poco? -le rogó Hannah-. No voy a mudarme, ni a cambiar de profesión.

-¿Te ha pedido Luke que te vayas a vivir con él?

-Ha dicho muchas cosas, y yo, también. Pero no va a suceder, Sue. Déjalo, por favor.

-Solo déjame que te diga que estás loca -respondió Sue-. Y ahora, sí, lo dejo.

-Gracias.

-Por lo menos, hasta que vaya allí y pueda valorar las cosas por mí misma.

Hannah se echó a reír.

-Casi me arrepiento de haberte invitado.

-Claro que no. Nos vemos pronto. Y espero ver alguna de esas historias infantiles en blanco sobre negro cuando llegue. Si quieres que te dé mi opinión, me parece que una buena para empezar es esa sobre la sirena mágica y mística. Es el regalo para el bebé que quiero que me hagas, ¿de acuerdo? En tapa dura y con ilustraciones.

-Me parece que las editoriales no trabajan tan rápidamente.

-Bueno, pues espero para tener la versión ilustrada, pero quiero tenerla en papel para que sea el primer cuento que le leo a mi bebé.

-Como sé que vas a agobiarme hasta que la tengas, veré lo que puedo hacer -le dijo Hannah.

Después de colgar, fue a ducharse, y comenzó a hacerse el examen del pecho, como parte de su ritual diario. El primer tumor había aparecido en una mamografía cuando era tan pequeño que ella ni siquiera había podido sentirlo. E incluso así, incluso después de la quimioterapia, la radiación y los resultados de las últimas pruebas, seguía aterrorizada todo el tiempo. Temía que hubiera otros tumores que escaparan a sus autoexploraciones. Era muy minuciosa al hacérselas.

Se enjabonó las manos y comenzó a pasárselas por debajo de la cicatriz y por la axila del brazo derecho. En vez de la superficie suave y lisa que llevaba notando semanas, había... algo. Tomó aire bruscamente y luchó por controlar el pánico. Se pasó los dedos por aquel punto y notó un bulto. El día anterior no lo tenía, estaba segura.

Pensó en que últimamente no estaba sintiéndose bien del todo, y asumió que el cáncer se había extendido por todo su cuerpo. Notó el sabor de la bilis en la boca.

-No -susurró, apretando el bulto para hacerlo desaparecer. Empezaron a caérsele las lágrimas y se mezclaron con el agua de la ducha.

¿Era así como se había sentido su madre cuando había recaído? Había tenido aquel miedo terrible de tener que volver a pasar por las mamografías, las biopsias, la espera de los resultados, las operaciones, la quimioterapia, la radioterapia... Y todo ello, sin saber cuál iba a ser el resultado. ¿Podría ella enfrentarse a todo aquello de nuevo, sabiendo que ya no tenía muchas probabilidades de curarse?

Aquello era exactamente lo que le impedía aceptar el futuro que le ofrecía Luke. El cáncer era impredecible y cruel. Cuando la esperanza comenzaba a abrirse paso, el

cáncer podía borrarla de un plumazo. Se apoyó contra los azulejos de la pared y se puso a sollozar.

Alguien llamó a la puerta suavemente.

-¿Hannah? -le preguntó su abuela-. Hannah, ¿te encuentras bien?

Intentó hablar, pero no consiguió que las palabras salieran de su boca.

-Voy a entrar -le dijo su abuela.

Cuando entró en el baño, se asomó por la cortina.

Al ver a Hannah, se dio cuenta de todo, porque su expresión de angustia se agudizó, y a ella también se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Otro bulto? -preguntó con la voz temblorosa.

Hannah asintió.

-No pasa nada -dijo su abuela, decididamente-. Nos enfrentaremos a él. Puede que no sea nada en absoluto.

-Las dos sabemos que sí es algo -dijo Hannah.

-No tiene por qué ser maligno -insistió la abuela Jenny-. Vamos a ser positivas. Lo digo en serio, Hannah. Solo pensamientos positivos.

Hannah quería ser fuerte y poner buena cara. Debía de ser horrible para su abuela que ocurriera aquello justo después de que su hija hubiera muerto de cáncer. Sin embargo, tenía demasiado miedo como para ser positiva. Se echó a llorar de nuevo sin poder evitarlo.

Su abuela iba a meterse a la ducha con ella, pero retrocedió.

-Voy a buscar a Luke.

-¡No! -protestó Hannah-. No, abuela. Este no es su problema.

-Es médico. Puede que tenga algo para calmarte. Y te quiere. Su sitio está aquí.

Hannah sabía que no merecía la pena protestar más.

-Pero, por favor, haz lo que hazas, no se lo digas a Kelsey hasta que no sepamos más.

-Haré lo que pueda -dijo su abuela. Se dio la vuelta y dejó allí a Hannah.

Al momento, Luke estaba allí. Ni siquiera vaciló. Entró en la ducha completamente vestido y la abrazó.

-No pasa nada, Hannah. La abuela Jenny me ha dicho lo del bulto, pero no va a pasar nada.

Por extraño que pudiera parecerle, entre sus brazos tenía la sensación de que era cierto. Se quedaron así durante mucho tiempo; ella, con la cabeza apoyada en su pecho, los dos bajo la ducha abierta, con el corazón latiendo al unísono.

Él le acarició la espalda, para consolarla, y descendió suavemente hasta que llegó a su nalga y se la apretó suavemente. A pesar de las circunstancias, Hannah se rio.

-¿Qué pasa? -preguntó él.

-Sabía que esto no era completamente una cuestión de altruismo. Llevas días intentando desnudarme, pero siempre había demasiada gente en la posada y demasiados huéspedes de los que han venido a la boda, así que yo no podía ni escabullirme a tu casa. Tenía que haberme dado cuenta de que ibas a aprovechar la primera ocasión para magrearme un poco.

Él la miró con indignación durante dos segundos. Después, se encogió de hombros y sonrió.

-Abrazar a una mujer desnuda es algo irresistible. No puedes culparme por aprovechar la situación. Además, te he hecho sonreír.

-Porque es algo muy masculino.

-Y tú eres totalmente femenina, Hannah. No se te olvide. Pase lo que pase, siempre serás maravillosa e increíblemente femenina -le dijo. Tomó una toalla del toallero y se la dio-. Vamos, envuélvete con esto. Voy a buscar algo de la ropa que me dejé aquí.

Ella lo tomó de la mano cuando él iba a marcharse.

-No te vayas todavía, Luke, por favor. No quiero estar sola. Voy a empezar a pensar en todo lo que va a ocurrir.

-De acuerdo -dijo él. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama. La dejó sentada al borde-. ¿Dónde está tu bata?

-Colgada del gancho de la puerta. Pero me has visto desnuda, Luke, así que es un poco tarde para el pudor.

-Eh, lo que pasa es que estoy intentando comportarme como es debido. Además, seguro que tu abuela está en la puerta intentando decidir si ha cometido un error avisándome.

-Seguro que sabe lo que hay entre nosotros. A mí me gustaría pensar que es una ingenua, pero te ha enviado aquí por un buen motivo.

-Porque soy médico.

-No, porque sabía que eres la única persona que puede calmarme. Y tiene razón. Todavía estoy asustada, pero no tanto como hace un momento.

-¿Vas a dejarme que te examine?

-¿Es otra forma de meterme mano?

Él sonrió.

-Por supuesto.

Ella también sonrió.

-Aquí -dijo, y guio su mano hasta el bulto.

Observó su cara con atención, pero él no reveló nada mientras, con ternura, palpaba el abultamiento. Después, Luke se sentó.

-¿Cuál es el veredicto? -preguntó ella, al ver que él no decía nada.

-Vamos a tener que hacer una biopsia para asegurarnos -dijo, agarrándole la mano-. Pero estoy seguro, en un noventa y cinco por ciento, de que es solo tejido de la cicatriz.

Ella lo miró sin comprender, sin atreverse a tener esperanza.

-¿Tejido de la cicatriz?

-A mí me lo parece, pero vamos a examinarlo por si acaso, para que puedas quedarte tranquila por completo.

Hannah esperó a sentir alivio, pero no llegó. Un noventa y cinco por ciento no era el cien por cien. Se puso en pie.

-Voy a vestirme. Quiero que me hagas ahora mismo la prueba. ¿Puedes hacerla en la clínica?

-¿Seguro? ¿No preferirías ir a Nueva York a ver a tu oncólogo? Él podría hacerte varias pruebas.

-Tardaría demasiado. Hazlo aquí, Luke, y envía los resultados al oncólogo, si hay algún problema con lo que muestren, necesito saberlo.

Él asintió.

-Me cambio y nos vemos abajo. Pero, Hannah, quiero que sepas una cosa: pase lo que pase, no cambia nada. Yo sigo queriéndote. Sigo queriendo casarme contigo. ¿Entendido?

Hannah tuvo que contener las lágrimas.

-Entendido -dijo suavemente.

Porque, en aquel momento, solo en aquel momento del tiempo, quería creerlo con toda su alma.

Capítulo 24

Luke hizo un pacto con la abuela Jenny y con Hannah: no le diría nada sobre la biopsia a Kelsey. Hannah no quería que nada pudiera estropearle la boda a su hija, y solo quedaban unos días. La posada se estaba llenando de invitados; unos cuantos amigos de Nueva York y la familia de Jeff, que se había tomado con alegría la noticia del embarazo y la boda. Había aparecido incluso su jefe con su mujer, en parte, por amistad y, en parte, porque así Dave tendría la oportunidad de presionarla para que volviera a Nueva York.

Luke se alegraba de tener su nueva casa, porque Hannah había accedido a quedarse allí para poder abrir más habitaciones en la posada. Además, de ese modo podría escapar a la presión de Dave.

Sus hijos iban a llegar el viernes, la víspera de la boda. Era su primer vuelo a solas. Kelsey quería que participaran en la celebración.

Pero, por el momento, Hannah y él podían estar juntos. Sabía que ella estaba muy asustada por los resultados de las pruebas y que no podía hacer nada para calmarla. Se limitó a abrazarla durante toda la noche, porque la ansiedad no le permitía conciliar el sueño.

Se quedó dormida de madrugada. Él debía estar en la clínica una hora después, así que se levantó, se duchó y comenzó a preparar el desayuno. Esperaba que ella siguiera durmiendo, pero no lo daba por seguro.

Justo cuando estaba poniendo las tostadas, Hannah apareció en la cocina, descalza y con una de sus camisas. A él le pareció que nunca la había visto tan sexy, aunque ella no iba a creérselo si se lo decía. La percepción de sí misma se había destruido en cuanto había descubierto aquel bulto.

-Tendrías que estar en la cama -dijo él mientras le tendía un vaso de zumo de naranja.

-Tengo mucho que hacer. Tengo que ir a recoger a Sue al aeropuerto por la mañana y pasar por el catering. Por la tarde, Kelsey y yo tenemos que ir a la iglesia y cerciorarnos de que todo está a punto.

-Creía que lo de la iglesia era del dominio de la abuela Jenny.

Luke le puso a Hannah un plato de huevos revueltos delante.

-Eso díselo a Kelsey. Si no lo comprueba personalmente, no puede tacharlo de su lista de tareas.

Luke sonrió.

-Me recuerda a alguien.

Ella se encogió de hombros.

-Es una cosa de familia.

-¿Crees que podrás pasar por la clínica más tarde? -le preguntó él, despreocupadamente.

Hannah alzó la vista desde el plato, con una expresión de pánico.

-¿Por los resultados?

Él asintió.

-Los tendré esta tarde. Puedo esperar y decírtelo esta noche, si lo prefieres. Pensé en esperar hasta después de la boda, pero seguro que quieres saberlo cuanto antes, ¿no?

Ella asintió.

-Iré a la clínica. ¿Pasa algo si voy con Sue?

-Nada en absoluto -dijo él-. De verdad, Hannah, los resultados van a ser buenos. Estoy seguro.

-Que Dios te oiga -dijo ella.

-Siento que tenga que ser hoy.

-Bueno, no estoy todo el rato pensando en eso.

-Sí, ya lo sé, pero esta debería ser una semana feliz para todos.

-Si tienes razón en lo de los resultados, empezaré a estar feliz esta misma tarde -dijo ella con algo más de optimismo del que había mostrado desde la realización de la biopsia.

-Muy bien, esa es la actitud -dijo él, y le dio un beso en la mejilla-. No toques los platos. Van a venir a limpiar hoy por la mañana. Nos vemos esta tarde. ¿Sabes cuándo podrás pasar por allí?

-Estaré allí a las cuatro. ¿Te viene bien?

-Claro -respondió él.

Fue hacia la puerta y, allí, se detuvo.

-¿Te encuentras bien? Puedo pedirle al doctor Langley que atienda él la consulta si quieres que pase el día contigo.

-No es necesario. Estoy bien. Tengo que ocuparme de tantos detalles de última hora, que no voy a tener un segundo para pensar.

-Muy bien. Pues, entonces, hasta luego.

-Hasta luego -respondió ella.

Fuera, Luke miró al cielo.

-Por favor, Dios, concédenos más tiempo. No solo hoy, sino años.

La idea de haberse reencontrado con Hannah, de tenerla presente en su vida, y de perderla, le partía el corazón.

Hannah posó la mano en la tripa de embarazada de Sue y sonrió.

-Estás guapísima, tan embarazada y maternal.

-Pues yo me siento gorda y torpe -dijo Sue, y sonrió-. Pero nunca he estado tan feliz ni tan emocionada. ¿Y tú? Tan morena y esbelta. Parece que vivir en Seaview te favorece. ¿O es Luke la causa de que tengas tan buen color?

-Sí, él tiene parte del mérito -admitió Hannah.

-Bueno, y ¿cuál es el plan para hoy?

-Tengo que ir a la empresa del catering a comprobar que todo está a punto. Después, vamos a tomar el ferry para ir a la costa. Mi abuela nos está preparando una comida en la posada y, después, tenemos que reunirnos con Kelsey en la iglesia para que podamos oír personalmente el ensayo del ministro que va a officiar la ceremonia. Y he pensado

que después podrías dormir una siesta, si quieres.

-¿Y cuándo voy a conocer a Luke? ¿Va a venir a cenar con nosotras?

-En realidad, podría ser un poco antes -dijo Hannah cuidadosamente-. Tengo que pasar por su consulta a las cuatro.

Su tono de voz debió de delatarla, porque Sue se preocupó al instante.

-¿Qué ocurre?

Hannah tragó saliva.

-Me he encontrado un bulto.

Su amiga la tomó de la mano y se la apretó.

-¿Por qué no me llamaste?

-No podías hacer nada. Solo habría servido para preocuparte.

Sue ni siquiera trató de disimular su consternación.

-¿Lo han analizado?

-Luke me hizo una biopsia. Esta tarde le dan los resultados. Él cree que es tejido de la cicatriz.

-Entonces, eso es lo que vamos a pensar -dijo Sue.

-Kelsey no lo sabe -le advirtió Hannah.

-Entendido. Por supuesto que te voy a acompañar a la clínica, aunque no haya nada de lo que preocuparse.

Hannah se aferró a su mano. Se alegraba de tener a su amiga a su lado.

-Me alegro mucho de que estés aquí.

-Yo, también, cariño. Yo, también.

Sin embargo, a pesar de los intentos de Sue por recuperar el ánimo, no cabía duda de que la visita había quedado deslucida.

Luke tenía el sobre de los resultados de Hannah. Ella estaba sentada en el escritorio, frente a él, al lado de su amiga Sue. Ellas estaban agarradas de la mano, con tanta fuerza, que se les habían puesto blancos los nudillos. Hannah tenía una mirada llena de temor, y Sue tenía los ojos llenos de lágrimas.

Para no retrasarlo más, abrió el sobre y leyó el informe del laboratorio. Dejó escapar un suspiro de alivio, y tuvo que contenerse para no abrazar a Hannah.

-Tejido de la cicatrización. Nada más que eso -anunció.

Hannah pestañeó.

-¿Seguro?

-Es lo que dice aquí -respondió él con el papel en la mano-. Después de la boda, cuando vayas a ver a tu oncólogo de Nueva York, te harán más pruebas, pero los resultados de esta biopsia son negativos.

-Gracias a Dios -murmuró Sue-. Si hubieras dicho otra cosa, habría tenido que matarte.

Él se echó a reír.

-Sí, claro. Lo de matar al mensajero.

-Sé que no hemos podido hablar, pero soy la mejor amiga de Hannah, Sue. Y, por lo que tengo entendido, eres algo más que el mensajero.

Él sonrió.

-Eso ya lo veremos. Aunque estoy trabajando en ello.

-No te rindas.

-Bueno, que yo también estoy aquí -protestó Hannah-. Y me apetece celebrarlo. Vamos al supermercado a buscar algo que no tenga alcohol para poder brindar.

-Voy yo -dijo Sue-. Dime por dónde se va y yo lo traigo. Así podéis celebrarlo un poco en privado.

-¿Seguro? -le preguntó Hannah-. Hace mucho que no venías. ¿Encontrarás el supermercado?

-Es una isla. No me puedo perder mucho -dijo Sue.

Luke le dio las indicaciones y, cuando ella se marchó, él se levantó y rodeó el escritorio.

-Te dije que iban a ser buenas noticias -le dijo a Hannah.

-No siempre lo serán -respondió ella.

-Pueden ser buenas siempre -replicó él-. Para mí, eso es suficiente. Me gustan los riesgos.

-Hay algunos riesgos que son demasiado grandes.

Él le puso un dedo sobre los labios.

-Eso lo decido yo.

-Luke...

Para acallarla, la besó. Y lo hizo apasionadamente.

-¿Cómo es posible que no quieras más de esto? -le preguntó después.

Aunque se había quedado un poco embobada, Hannah señaló el informe que había sobre el escritorio.

-¿Y cómo es posible que tú quieras más de esto?

-Querida, son buenas noticias. Céntrate en eso.

-Quiero hacerlo -dijo ella.

-¿Y qué te lo impide?

-El pánico.

-Eso es una pérdida de tiempo. No va a cambiar nada. Lo único que hará es robarte la felicidad que puedas conseguir. Tienes que decidirte por vivir, Hannah. Aprovecha hasta el último segundo. Y quiero que lo hagas conmigo.

Esperó a que ella lo pensara, a que le ofreciera al menos una pequeña esperanza de que podían compartir el futuro.

-Lo intentaré -dijo Hannah, por fin, y le acarició la mejilla-. Es lo máximo que puedo decir, Luke. Lo intentaré, minuto a minuto.

Él asintió. No era todo lo que quería, pero era un comienzo.

-Entonces, vamos a sacar el máximo partido de esos minutos.

-Parezco un zepelín blanco gigante -se quejó Kelsey, mirándose al espejo.

Su padre respondió con solemnidad.

-Claro que no. Estás preciosa, ¿verdad, Hannah?

Kelsey puso los ojos en blanco.

-Vosotros tenéis que decirme eso, porque sois mis padres, y queréis que la boda se celebre. Yo debería haber esperado a que naciera la niña.

-Así es mejor, y estás preciosa de verdad, hija mía -le dijo Hannah-. Te lo prometo. Si quieres, puedo decirle a Jeff que entre. Seguro que él está de acuerdo conmigo.

-No, eso da mala suerte -respondió Kelsey-. Además, él también quiere que esta boda se celebre por todos los medios. Dirá lo que tenga que decir para que yo vaya al altar hoy mismo.

-Sí, eso es cierto -dijo Hannah-. Pero te prometo que lo que yo quiero, en realidad, es que seas feliz. Y creo que, con Jeff, lo vas a ser.

Kelsey abrazó a su madre.

-Yo también lo creo. No tengo ni idea de por qué he esperado tanto a decirle que sí.

-Te estabas tomando muy en serio el hecho de dar este paso, porque es algo muy importante -respondió Hannah-. Y me siento orgullosa de ti, por haber sabido averiguar lo que te hacía feliz y haber ido por ello. Y estás haciendo un trabajo magnífico en la posada. La abuela está eufórica por tenerte aquí, dirigiendo el negocio. Y también me siento orgullosa de que tengas la generosidad de aceptar a tu abuelo, a su mujer y a mi hermanastro en tu boda.

-Y a mí -dijo el padre de Kelsey-. Yo no he pasado tiempo suficiente contigo, hija, pero te prometo que eso va a cambiar.

-Lo he hecho todo por nuestra familia -dijo Kelsey-. Quiero que mi hija esté rodeada de gente que la quiera. Y, con respecto a la posada, no lo hago solo por la bisabuela. Me encanta. Me gusta conocer a los huéspedes y procurar que se lo pasen bien. Todos los días hay algo nuevo. Seaview es estupendo. Además, creo que tú también estás empezando a verlo así. ¿No, mamá?

Hannah asintió lentamente.

-Estar aquí contigo y con la abuela ha sido maravilloso. Va a ser muy duro tener que marcharme, sobre todo, con la niña a punto de nacer.

-Espera -le dijo Kelsey-. ¿Te vas a ir antes de que nazca el bebé? Papá... ¿puedo estar a solas un minuto con mamá?

-Claro -dijo él, y se marchó.

-Mamá, tienes que quedarte -le dijo Kelsey cuando estuvieron a solas.

-No, hija. Tengo que volver. Lo sabes. Has estado oyendo a Dave desde que llegó.

-Y también le he dicho que lo dejara -replicó Kelsey-. ¿Qué pasa con Luke? Sé que él quiere que te quedes. Tu hogar está aquí, con nosotras, mamá. ¿Qué te queda en Nueva York?

-Mi trabajo -dijo ella.

-Siéntate -dijo Kelsey.

-Hija, va a empezar la ceremonia. No tenemos tiempo para hablar de esto ahora.

-Pues te lo diré rápidamente. Mamá, lo único que tienes en Nueva York es un jefe que te hace trabajar demasiado. Sé que ha sido muy satisfactorio para ti durante todos estos años y que has ganado un buen sueldo, pero ya no te emociona como antes. Hace mucho tiempo que se ha convertido en algo rutinario para ti. Lo que pasa es que te da miedo admitirlo porque es todo lo que tienes.

-Eso no es cierto... -protestó Hannah con indignación.

-Sí -dijo Kelsey-. Llevabas años sin salir con un hombre hasta que has empezado con Luke. Y nunca habías conocido a nadie tan maravilloso como él. Allí solo tienes una amiga de verdad, Sue, y el resto son conocidos. Y yo no voy a volver. Toda tu familia va

a estar aquí, y te necesitamos. Por favor, mamá, prométeme que vas a pensarlo.

-Si con eso consigo que salgas a la iglesia y recorras el camino hasta el altar, te prometo lo que quieras.

-Lo digo en serio. Prométemelo.

Al oír su tono apagado, Hannah la miró con sorpresa.

-Es importante para ti, ¿no?

-Sí. Quiero que formes parte de la vida de mi hija. Y de la mía. Y quiero que seas tan feliz con Luke como yo lo soy con Jeff.

-Entonces, te prometo que lo voy a pensar.

-Eso espero -dijo Kelsey en tono de advertencia. Después, sonrió-. Bueno. Ahora, voy a casarme para que la niña no tenga que nacer en el pasillo.

Después de una boda perfecta, en la que todo el mundo, incluida Lucy, tuvo un comportamiento impecable, y con Kelsey y Jeff de camino a su luna de miel de tres días a la cercana isla de Sanibel, Hannah se puso a ayudar en la posada. Tenía pensado marcharse rápidamente a Nueva York para hacerse otra ronda de pruebas para cerciorarse de que los resultados de la biopsia eran acertados. Y, durante su estancia, tenía que hablar con Dave sobre el trabajo. Aunque él lo había intentado en Seaview cada vez que podía, no habían podido tener una conversación en serio.

A pesar de lo que le había dicho Kelsey, Hannah todavía creía que su vida estaba en Nueva York. Tal vez la verdad fuera que no podía soportar un cambio tan radical en aquel momento, cuando sentía tanta incertidumbre.

Separarse de Luke y de su familia iba a ser duro. Lo sabía, pero aquellos últimos meses habían sido un regalo inesperado y una gran oportunidad para curar viejas heridas y pasar tiempo con la gente más importante para ella. Y no sabía cómo describir lo que había encontrado con Luke, que estaba sentado a su lado mientras anochece.

Los huéspedes se habían retirado y tenían el porche para ellos. Su abuela se había ido al grupo de costura por primera vez desde hacía varios meses. Parecía que había recuperado toda la energía ahora que sabía que la posada iba a continuar en manos de la familia.

-Esta es la manera perfecta de terminar un día -murmuró Luke con satisfacción-. Aquí sentado, contigo.

-Sí -dijo Hannah.

En aquel momento, sonó su teléfono móvil e interrumpió la tranquilidad de la noche.

-Lo siento -murmuró, al ver que era Dave-. Tengo que contestar.

-No te preocupes. Voy a ir a servirnos más té.

-Gracias -dijo ella mientras abría el teléfono-. Hola, Dave, ¿qué tal?

-Esto es lo que quiero que sepas: te he concedido meses para que tomaras una decisión, Hannah. He tratado de no presionarte mucho durante este fin de semana, pero ya no puedo seguir esperando. Acabamos de conseguir una cuenta muy importante y necesito que vuelvas, o tendré que sustituirte. Así que... ¿vas a volver, o no?

-Voy a ir a Nueva York la semana que viene -le dijo ella-. ¿Podemos hablar de esto

entonces?

-Lo siento, pero no. Necesito saberlo ahora. Esta noche.

Ella frunció el ceño. Era evidente que Dave estaba en medio de una crisis y, aquella noche, eso le resultaba muy molesto. No había nada que pudiera ser tan importante como para que ella tuviera que tomar semejante decisión en los próximos cinco segundos. Claramente, había encontrado a una persona para ocupar su puesto y buscaba una excusa para poder contratarla.

-¿Quién es? -preguntó ella con calma.

-¿Quién? ¿El cliente de la nueva cuenta?

-No, la persona a la que quieres contratar.

-La persona a la que quiero eres tú -insistió él.

-¿Quién es?

Él musitó una palabrota.

-Me conoces demasiado bien. Max Carter acaba de quedarse libre, y es muy bueno. Encajaría muy bien aquí, pero no tengo sitio para él si tú quieres conservar tu trabajo.

Hannah miró al otro lado de la calle y vio el mar. El agua brillaba bajo la luz de la luna. Escuchó la música que salía de la posada, algún clásico de los favoritos de la abuela, Glenn Miller Orchestra, quizá. Entonces, Luke salió por la puerta con dos vasos de té helado en una bandeja.

Y, de repente, no tuvo ninguna duda. Tragó saliva y decidió que era hora de tener fe. Luke la miró a los ojos, y a ella se le aceleró el corazón como cuando tenía dieciséis años, y supo que no tenía elección. Si Luke estaba en Seaview Key, en Nueva York ya no había nada para ella.

-Contrata a Max -le dijo a Dave, sin titubear-. Tienes razón. Él encajará perfectamente.

A Dave se le escapó un jadeo.

-¿Me lo estás diciendo en serio?

-Sí -dijo ella, y entrelazó sus dedos con los de Luke.

-No lo estarás diciendo solo porque te estoy presionando para que tomes una decisión, ¿no? ¿Es esto lo que quieres de verdad? -preguntó Dave con incredulidad.

Hannah miró a Luke, y se dio cuenta de que había oído lo suficiente de la conversación como para entender lo que estaba pasando. Él sonrió.

-Sí, es lo que quiero de verdad.

Dave seguía hablando mientras ella colgaba el teléfono y lo dejaba a un lado.

Luke la abrazó.

-¿Estás segura de esto?

-¿Qué os pasa a los hombres? -replicó ella-. Llevas una buena temporada pidiéndome que me decidiera y, ahora que lo hago, no quieres aceptarla.

Luke sonrió al oír aquella respuesta de indignación fingida.

-Solo quería darte la última oportunidad de arrepentirte -le dijo-. Porque, una vez que me digas que sí, no vas a poder escapar, Hannah. No hay más.

Ella lo miró fijamente y se puso muy seria.

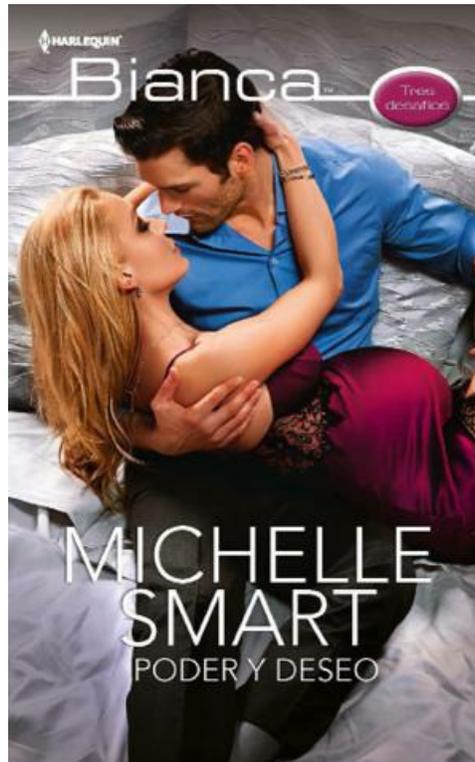
-No hay más -dijo con vehemencia-. Solo tú y yo, y el tiempo que nos quede.

-Para siempre -respondió él-. No pienso conformarme con menos.

Ella le acarició la mejilla, como había hecho unos días antes.

-Que Dios te oiga.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com